

SAN JUAN BTA. M.^a VIANNEY
(CURA DE ARS)

SERMONES ESCOGIDOS

TOMO I

VERSION DE
RDO. DR. D. CARLOS DE BOLOS
Catedrático del Seminario de Gerona

Serie
Grandes Maestros
N.º 13

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

TOMO I: 978-84-7693-214-8

Obra Completa: ISBN: 84-7693-211-1

Depósito legal: M. 45.755-2009

Impreso en España - *Printed in Spain*

Por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

A LOS PREDICADORES DE LENGUA ESPAÑOLA

Habiéndose conservado en esta versión de los Sermones del santo Cura de Ars todas las Cartas laudatorias episcopales que llevan las ediciones francesas, bastan ciertamente ellas para hacer una presentación honorífica de la obra a los lectores de habla española. Pero los requerimientos del editor señor Subirana, hallando eco favorable en nuestra antigua devoción al Santo Párroco y a sus singulares escritos oratorios, han dado ocasión a estos párrafos prefaciales, dirigidos al nuevo público de España y América, que tributará seguramente un acogimiento efusivo a esta obra tan digna de ser conocida y piadosamente saboreada.

Formando parte estos Sermones de una biblioteca destinada a servicio y uso de predicadores, queremos hacer leves indicaciones acerca del rico depósito de utilidades ministeriales escondido bajo su humilde envoltura.

En verdad que si algún párroco los adquirió con el fin exclusivo de emplearlos para preparación rápida e inmediata de sus predicaciones dominicales, sufrirá quizá desilusión cuando advierta que ni la materia ni menos la forma y estructura resultan siempre fácilmente acomodables al estado y sentir de su feligresía. Pero no caiga en desaliento ni arrincone este sermonario, movido tan sólo por impresiones superficiales. Todo valor divino o humano superior al nivel ordinario

suele ser poco asequible a la mirada frívola del contemplador distraído.

Hay una preparación que los tratadistas llaman *remota*, la cual desentumece y afina las facultades naturales, reaviva las potencias espirituales y enciende la llama divina. Sin ella el ministerio del púlpito viene a convertirse pronto en función automática, moribunda o muerta. Para esta preparación, más fundamental y necesaria, servirá de modelo y estimulante de virtud prodigiosa la lectura reverente que se merecen los escritos donde concentró un párroco santo las angustias y fatigas de un trabajo aspérrimo, pero ardiente de caridad y celo, encaminado a la conversión de una feligresía tenazmente reacia a la vida cristiana y que él, por fin, consiguió ganar al servicio de Dios. Todo sacerdote encargado de una porción de la heredad divina, que no sea mecánico ejecutor de ministerios y haya sentido las amarguras causadas por una resistencia y esterilidad persistentes, hallará aquí una lección viva y maravillosa de cómo, si bien es realmente Dios quien da el crecimiento, deben Cefas y Apolo esmerarse mucho en las labores de plantación y riego, con la seguridad de no ver jamás infructuosos sus esfuerzos.

Según los biógrafos del Santo, en los comienzos de su ministerio rectoral, fué elaborando penosamente estos Sermones, y consagró a ellos todo el tiempo que le dejaban libre la oración y la visita de la parroquia. Iba, primero, buscando materiales en los libros de su humilde biblioteca, especialmente en el P. Lejeune, en las «Instructions familières» de Bonnardel, en el «Ejercicio de Perfección» del P. Rodríguez y en las «Vidas de los Santos» del P. Ribadeneyra; terminada esta requisa, empezaban los tormentos de la composición para un hombre que no era escritor ni de talento notable, pero a quien la conciencia de su dignidad sacerdotal no permitía ser jamás *repetidor* y que com-

prendía la precisión inexcusable de acomodar a las particularidades de su público, rudo y disipado, la doctrina general, como el médico adapta al estado del enfermo las prescripciones terapéuticas. Además, y esto se echa de ver en casi todos los párrafos, sabía sacar siempre oportunamente del tesoro de su corazón la experiencia personal de su vida interior y del conocimiento de sus ovejas, la cual comunica a sus Sermones ese vigor apostólico, ese aliento sobrenatural que persuade, mueve, convierte y arrastra con una atracción magnética sólo explicable recurriendo a los misterios de la gracia. Mas, como hemos dicho, no consiguió esto, sobre todo al principio, sino tras pacientísima fatiga. «Sentado delante de su mesa de trabajo — dice uno de sus historiadores (1)— el pobre orador escribía, raspaba, corregía, veía deslizarse las horas sin que la redacción adelantase apenas; tenía con frecuencia la pluma en la mano durante siete horas seguidas y alguna vez le pasaba así la noche entera: resistía al sueño hasta que sus ojos cargados se cerraban solos». Ni cesaban todavía aquí los trabajos, pues debían aún pasar a su memoria párrafo tras párrafo aquellas líneas tan laboriosamente compuestas, que él iba corriendo con insistencia verdaderamente santa.

¡Oh trabajo fecundo! Dios bendijo con exuberancia de dones la buena voluntad de su Siervo. El fruto más directo tardó algo en llegar: la resistencia del auditorio guardó proporción con la perseverancia del sermoneador; pero cuando cayó vencida, el rendimiento fué total, sin condiciones: Ars trocóse en modelo de parroquias religiosas, en hogar primero de aquel incendio de piedad que luego fué propagándose a las comarcas vecinas y alcanzó irradiaciones inmensas.

Pero también fué extraordinario el provecho *per-*

(1) «Le Saint Curé d'Ars» par Joseph Vianey, édit. 43.^e, p. 45.

sonal del humilde cura de palabra monótona y vacilante, que empezó su ministerio adoctrinador infundiendo sopor y tedio en sus oyentes. No nos referimos a los merecimientos sobrenaturales de su abnegación heroica, sino a la transformación casi milagrosa de sus cualidades oratorias, que le convirtió en uno de los predicadores populares más notables de la Francia de aquel tiempo. Cuando la invasión de su parroquia por gentes venidas en peregrinación a purificar su alma en el confesonario del Santo y a enardecerse en amor de Dios al pie de su púlpito le forzó a arrinconar papeles y sermonarios y a improvisar cotidianamente delante de un público más selecto que su primer auditorio labriego, entonces, ahogados los defectos naturales y literarios, el raudal de elocuencia divina salida de aquellos labios y corazón siempre *orantes*, arrancó lágrimas de penitencia a millares de pecadores e hizo humillar la frente en admiración efusiva a hombres eminentes que, como Lacordaire, acudían a escucharle de todas las ciudades y centros culturales de Francia.

La lección para el sacerdote usador de esta obra no puede ser más obvia: a pesar de todas las deficiencias de una formación tardía, de la escasez de dotes naturales, de la obstinación pasiva de un público maleado..., la perseverancia en la preparación, inspirada por los ardores del celo apostólico y por la buena voluntad inicial que Dios pide a todo operario de su Iglesia, bastó, no sólo para un éxito tan fuera del alcance de los medios humanos, sino, además, para que se manifestase en éstos una fuerza insospechada y quedasen como eclipsados por un resplandor prodigioso defectos considerados antes capitales.

San Juan B. Vianney amaba a sus ovejas con amor semejante al del Pastor divino; sabía muy bien sus dolencias, sus flaquezas, sus peligros; le abrasaba un

deseo sincero de dar su vida por ellas y de conducir las a los pastos de vida eterna, cuyas sendas tan conocidas le eran. En estas páginas experimenta el lector la conmoción viva de aquella alma ardorosa que se consume de dolor viéndolas perderse por caminos de pecado o mantenerse remisas en el servicio de Dios. Léalas a menudo el predicador estas páginas y sentirá ir prendiendo en su espíritu ese abrasamiento divino semejante al de los antiguos profetas de Israel que prorrumpían en lamentos e increpaciones contra las gentes prevaricadoras de su pueblo. Este tono de vehemencia profética percíbese a veces aquí vivo y centelleante. Todas las amenazas de la ira divina, los terrores del juicio de Dios, la designación directa y la condenación durísima de los pecados más comunes entre sus feligreses caen a menudo desde el púlpito sobre las cabezas de éstos. No deja conciencia sin inquietar, ni vicio sin señalar con mano conminadora de grandes castigos. Las verdades más austeras de nuestra santa religión aparecen aquí casi de continuo y aun se deslizan *per accidens* en sermones de argumento suave. El brazo huesudo del predicador penitente, como el de Juan Bautista a orillas del Jordán, toma sin cesar el gesto anunciador de la proximidad de la cólera de Dios, y no pone casi freno a su boca cuando se permite *cantar claro*. Dirá alguno: Esto fuera contraproducente en nuestros días. Lo sería en un predicador que no se presentase aureolado con el nimbo de una vida santa y que en la hiel de sus palabras no llevase escondida la miel de la caridad. Pero bien lo sabían los vecinos de Ars que era el *amor* el único móvil de las indignaciones de su párroco, y no un amor cualquiera, sino más fiel y sacrificado que el de un padre. Muy seguros estaban de ello; lo había sentido personalmente cada uno, y, allá en los rincones de su corazón, comprendían que realmente debían de ser un mal muy terrible sus pe-

cados cuando así inflamaban la voz y hacían espantable el gesto de un padre tan dulce y misericordioso, a quien veían llorar por sus quebrantos y tristezas.

Esta y otras lecciones hallará aquí el predicador, de valor innegable para su preparación remota. Como modelos literarios son, en realidad, deficientes estos Sermones. Los defectos saltan a la vista, pero están principalmente en la forma, de la cual ningún orador debiera hacer gran caso, pues, siendo la parte más personal y circunstancial del discurso, no debe nunca copiarse. En cambio, brillan en ellos perfecciones, más ligadas con la estructura interna y el fondo, muy dignas de estima e imitación. Notemos algunas. Una de ellas es la habilidad del Santo para mantener despierta la atención del público mediante un diálogo animado, no artificioso y convencional, sino hecho brotar *ex ipsis visceribus rei*. Dicen que quien ama, conoce; y el Santo Cura de Ars conoce perfectamente el pensar, el sentir y el obrar de sus feligreses. Por eso en el diálogo van saliendo los pensamientos, dudas, dificultades, desazones, debilidades y caídas que o latén inconfesables en las conciencias o son tema frecuente de las conversaciones de vecindario. En su lenguaje, las comparaciones y símiles abundan a veces hasta entrelazarse, casi todos sacados de la vida rural, que él tan bien conocía por haber nacido y crecido en ella. Todo esto no sólo sirve para ejemplo, del cual no debe casi nunca apartarse la predicación parroquial sobre todo en públicos de escasa cultura, sino también para ofrecer materiales utilizables dignos de gran estima. Además, los asuntos de estos Sermones, versando casi siempre en torno de las verdades primarias de la vida moral cristiana y ligados de alguna manera con los evangelios de las dominicas, son de carácter esencialmente parroquial. Claro que, pronunciados hace cerca de un siglo en un ambiente muy

distinto, por un predicador tan personal que sostiene casi de continuo el tono enfático de exclamación, suponen, como en el empleo de cualquier otro sermonario, una acomodación discreta.

Finalmente — y ahora no nos dirigimos a los predicadores como a tales — hay otro público para el cual la presente obra tiene verdadero interés: es toda la *plebs christiana* a quien se adoctrina y amonesta desde los púlpitos. Estos Sermones, salidos de la boca del Santo, y vivificados por el vigor de su gesto y por las modulaciones de su voz, causaron honda impresión e hicieron penetrar en las almas de los oyentes las vibraciones religiosas del varón de Dios. Ahora, impresos y traducidos, mucho habrán perdido de su virtud emotiva. Pero, a la manera que el eco de un gran estampido no deja de ser también estruendoso, mucho se conserva aquí de su potencia originaria. El lector, pues, que, con una partecita siquiera de la reverencia de los devotos peregrinos que de todas las regiones de Francia acudían a Ars y se agolpaban en torno del púlpito célebre de su santo párroco, tome este libro en sus manos y recorra piadosamente sus páginas, algo percibirá sin duda de aquella conmoción santificadora que a tantos millares de almas convirtió. Sabido es que, tratándose de doctrina espiritual, la etiqueta de un Santo, de un Beato o de un Venerable es garantía casi infalible de un valor singular, porque es certificación segura de contener un género de calidad altísima, o, por mejor decir, divina, ya que, cuando un Santo nos habla de Dios y de los caminos de salvación, no nos dice ordinariamente cosas aprendidas de otros o elaboradas sólo con razonamiento humano, sino brotadas muchas del contacto de su vida con la misma vida divina, nacidas de una fuente que desciende límpida y fresca de los montes de Dios. Quien desee, por ejemplo, no sólo discurrir sobre la muerte, sino percibir como una

visión directa de sus terrores, consecuencias y esperanzas, lea atentamente el sermón *Sobre el pensamiento de la muerte*; quien desee vencer sus propias negligencias y tibiezas y tomar empuje para no fatigarse en el camino del cielo, lea el sermón *Sobre el servicio de Dios*. Todos hallarán en los Sermones del Santo Cura de Ars un *quid divinum* que penetra hasta las últimas divisiones del alma.

JOSÉ M.^a LLOVERA, PBRO.

CARTA DEL EMMO. CARD. MERRY DEL VAL
Secretario de Estado de Su Santidad Pío X

Reverendísimo Señor :

Acabáis de ofrecer al Padre Santo la obra que tuvisteis el feliz acierto de publicar, las Predicaciones del Venerable Juan Bautista Vianney, Cura de Ars, de cuya obra también os habéis dignado dedicarme un ejemplar.

El Padre Santo me confía la grata misión de significaros el agrado con que ha recibido vuestro obsequio y la satisfacción con que Su Santidad ha visto esta tan oportuna publicación de unos sermones de carácter tan apostólico.

El clero joven hallará en ellos un perfecto modelo del espíritu que debe informar la predicación de la divina palabra, y un manantial abundante y fecundo de santos afectos y expresiones emotivas.

Por todo lo cual, Su Santidad se complace en expresaros su felicitación y alabanza, lo mismo a vos que a vuestro excelente hermano Dom Agustín María, de quien habéis recibido una cooperación verdaderamente fraternal ; a ambos, Su Santidad os concede gustosamente su Apostólica Bendición.

Y, después de haberme hecho intérprete de los sentimientos del Padre Santo, aprovecho esta ocasión para agradeceros el ejemplar de los Sermones con que me habéis obsequiado, así como para testimoniaros el sentimiento de mi particular estima, que me mueve a ofrecerme, Monseñor, vuestro affmo. servidor.

Roma, 10 de febrero de 1905.

R. Card. MERRY DEL VAL.

CARTAS EPISCOPALES

*Carta de S. Eminencia el Cardenal COULLIÉ, Arzobispo
de Lyon y Vienne*

ARZOBISPADO

DE
LYON

Lyon, 26 junio 1903.

Apreciable Monseñor y Reverendo Padre :

Vuestro celo por la salvación de las almas os ha inspirado la idea de publicar las apostólicas instrucciones predicadas por el Bienaventurado Cura de Ars ; y, aunque la escritura es incapaz de reproducir los acentos de la palabra hablada, dicha publicación constituye un verdadero consuelo para las personas que tuvieron la suerte de oír al santo Sacerdote ; gracias a vuestra iniciativa, puede ahora decirse : *defunctus adhuc loquitur*.

Se os pide una nueva edición, destinada a alimentar la piedad de los fieles. No vaciléis en satisfacer tan santo anhelo ; esto será continuar la buena obra comenzada y tributar un nuevo homenaje al que hoy es honra y ejemplar de la clerecía.

Con el más respetuoso afecto, imploro sobre vosotros, amado Monseñor y Reverendo Padre, así como sobre todas vuestras obras, las más abundantes bendiciones de Dios.

† Pedro Card. COULLIÉ, Arzobispo de Lyon y Vienne,
Primado de las Galias.

Carta de Monseñor DADOLLE, Obispo de Dijón

ORISPADO

DE
DIJÓN

Dijón, 22 diciembre 1908.

Mi reverendo Padre :

Es, en cierta manera, un nuevo aspecto de la figura del Bienaventurado Cura de Ars el que se ha revelado, cuando, gracias a vuestra diligencia y a la de vuestro venerado hermano, ha salido a luz la obra oratoria del ejemplar Sacerdote, compilada en cuatro volúmenes compactos, los cuales aún no la abarcan toda.

He dicho «obra oratoria»: el término, empero, quizá no es aquí enteramente apropiado; en todo caso, es indudable que el santo Sacerdote no había previsto el honor de semejante título adjudicado con más o menos justicia a sus «pobres» Sermones.

Dichos Sermones son de aquella época de su vida en que el Cura de Ars cumplía su deber pastoral de la manera clásica, haciendo, mejor que todos, lo que todos hacían como él. Mas, cuando la simple parroquia de Ars se convirtió en lugar a donde acudían numerosas peregrinaciones, entonces la mesa de trabajo, la pluma, el tintero y los libros, en una palabra, toda esa sección del mobiliario parroquial, forzosamente tuvieron que holgar. El Apóstol no disponía de tiempo para usarlos, y prescindió de ellos.

Mas la ingente muchedumbre que por espacio de treinta años constituyó al pie del pequeño púlpito de Ars un auditorio casi ininterrumpido, no podía sospechar que la palabra que allí resonaba procediese de otra preparación que del continuado estado de oración en que vivía el predicador. Y sin embargo, si bien está

fuera de duda que la maravillosa facilidad de improvisar tenía, en aquella segunda etapa del orador, carácter de don sobrenatural, no es menos cierto que esta facilidad la había conquistado, en alguna manera, a costa de un trabajo ímprobo, realizado durante los primeros años de su ministerio. Y esto era lo generalmente ignorado antes de la publicación de estas copiosas páginas, tan laboriosamente escritas por el estudioso cura de aldea.

¡ Cuántas enseñanzas contienen, para nosotros, los Sermones del B. J. M.^a Bta. Vianney, cura de Ars !

Ante todo, son una revelación de su personalidad y de su valor intelectual. No era ciertamente una medianía, como se ha pretendido. Cultivadas tardíamente, frente a dificultades no despreciables, y disciplinadas bajo un método, quizá no del todo adecuado, solamente a la larga debían adquirir sus facultades la plenitud de agilidad y vigor de que dieron muestra. Se necesita ciertamente no ser un neófito en el orden intelectual, para saber, cual lo hace el Cura de Ars en sus Sermones, entablar el diálogo en forma tan limpia y cautivadora ; para que, una vez llamada la atención del auditorio, éste ya no la pierda ni por un momento, y quede pendiente de sus labios ante una doctrina que se le presenta por vía de afirmación, y, sobre todo, ante la evidencia de que se está tratando de sus más sagrados intereses, ya que tan vivamente apasionan al orador ; en una palabra, para que llegase a penetrar en este método de enseñanza práctica, característico del púlpito cristiano, y que tiene su principal auxiliar en una labor de análisis tan exacta como estimulante. El espíritu de observación aparece, en él, admirablemente desarrollado.

La parte doctrinal de los Sermones escritos por el Cura de Ars, proviene de una biblioteca, cuya composición no ha de ser difícil reconocer : algunas Vidas de

Santos, tres o cuatro sermonarios del siglo XVIII. A sus autores favoritos los tenía muy meditados ; mas, ni una sola vez se halla que los hubiese transcrito de una manera servil. Asimilábase su substancia por la reflexión, ayudado de su fe y de su razón, a las que hacía converger en las verdades que se disponía a anunciar a su pueblo. Después, al tomar la pluma, adivínase que todo su esfuerzo se dirigía a establecer la comunicación entre Dios y las almas : «Dios», de quien él era órgano, tan voluntaria y tan totalmente escondido ; y «almas», no así en general, sino las del auditorio para cuya instrucción y salvación debía velar.

Quizá cabría lamentar que el bienaventurado párroco no tuviese la idea de fechar sus modestos escritos, ya que ello hubiera permitido al editor el presentarlos por orden cronológico : y entonces tal vez, por vía de comparación, podríamos adivinar el proceso de su perfeccionamiento oratorio. Mas esto, a la verdad, tratándose de él, es algo muy secundario.

Es indiscutible que, en el empleo de su método, obtuvo muy rápidamente lo que constituye el mérito por excelencia de la palabra, a saber, el don de dar vida al discurso. Su composición no es ni literaria ni científica. Rellena en exceso las partes de su discurso ; interrumpe bruscamente la exposición y el razonamiento, para intercalar la pintura de costumbres, exhortaciones o reprensiones calurosas ; retorna a la instrucción mediante transiciones sin arte. La disposición de la pieza, ordinariamente muy larga, nada tiene de cosa refinada ; la sintaxis no es muy segura ; el vocabulario, vulgar. Pero ¿qué importa ? *Mens agitat molem* : bajo esta construcción pesada, palpita un alma, y un alma que da vida aun a los libros antiguos, tal como los leemos en la actualidad. ¿Cuáles son los sermonarios de la época, de los que pudiera afirmarse lo mismo ? ; Si muchos, más recientes, no son dignos de tal honor !

Si se nos pregunta qué hay que pensar de los Sermones del Cura de Ars desde el punto de vista práctico, si son mejor para colocarlos en un relicario o en una biblioteca sacerdotal, habremos de contestar: en un relicario, ciertamente, puesto que representan un heroico batallar en el ministerio de la palabra sagrada; pero también en una biblioteca, y, sobre todo, en una biblioteca sacerdotal.

Todo sacerdote puede sacar provecho de ellos.

No que estos sermones deban ser copiados o aprendidos, para recitarlos al pie de la letra. Deben ser leídos y releídos, por el ejemplo que nos evocan, y por el modelo que colocan ante nuestros ojos: nos recuerdan a un predicador que tomó a pechos la empresa de hacer triunfar la piedad por medio del trabajo, y nos presentan (puede decirse, en cada una de aquellas páginas, que aún se estremecen bajo la impresión del ardiente celo que las dictó) el modelo del secreto de una existencia; secreto que consiste en hablar con la propia alma. En el Cura de Ars, no hay duda, fué el Santo lo que hizo al Orador.

Ya veis, mi Reverendo Padre, cuán largamente he hablado acerca vuestra nueva edición.

Al expresaros mi agradecimiento, tampoco quiero dejar de felicitaros por la saludable y piadosa empresa que lleváis a cabo, ni de hacer votos para que obtenga el éxito más lisonjero.

Tened la seguridad de que siempre soy vuestro affmo. servidor en Cristo.

† PEDRO, Obispo de Dijón.

CARTAS EPISCOPALES
SOBRE LAS PRIMERAS EDICIONES

*Carta de Su Eminencia el Cardenal GUIBERT,
Arzobispo de París*

París, 4 marzo 1883

Señor Arcipreste :

Os agradezco la fineza de haberme enviado un ejemplar de los Sermones del Venerable Cura de Ars, compilados e impresos gracias a vuestra diligencia. Algunos, al leerlos, me han edificado; o mejor, me han admirado. Estamos acostumbrados a admirar la caridad, la bondad, el infatigable celo de aquel santo Pastor, continuamente en busca de las ovejas extraviadas, para devolverlas al redil. Mas nadie habló jamás de su elocuencia. Claro que no era un orador, a la manera de Bourdaloue o Massillon; mas las instrucciones que dirige a su pueblo, son muy sólidas y están repletas de doctrina cristiana. De desear sería que todos los párrocos preparasen sus pláticas con la misma diligencia que aquel santo Sacerdote.

Recibid, Señor Arcipreste, junto con mi agradecimiento sincero, la seguridad de mis sentimientos de consideración y afecto.

† J. Hipp. Card. GUIBERT, Arzobispo de París.

*Carta de Su Eminencia el Cardenal LANGENIEUX,
Arzobispo de Reims*

Reims, 18 agosto 1883.

Rdo. Señor :

Tenemos en nuestro poder, y hemos leído, los Sermones del Ven. Señor Vianney, que tuvisteis la feliz idea de publicar; y nos complacemos en juntar nuestra aprobación a la que ya habéis recibido de Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Lyon.

Como muy acertadamente hacéis notar, lo que hay que buscar en las pláticas del santo Sacerdote, no es lo que el apóstol San Pablo llama «la retórica de la humana sabiduría», sino la exactitud y solidez de doctrina, y «aquella elocuencia viva, ardiente y llena de fuego que los Santos saben sacar de la inagotable fuente del Corazón de Jesús». Instruir y edificar a las almas: he aquí el verdadero apostolado, y este fué el objetivo que desde el púlpito cristiano persiguió el Ven. Cura de Ars. Hasta dónde llegó su éxito, y cuál fué el bien que hizo en su humilde parroquia, y a los oyentes forasteros que, atraídos por la fama de su santidad, acudían a oírle, ya lo sabemos por la lectura de su vida admirable; sus escritos, revisados por vos con una diligencia tan competente como escrupulosa, acabarán de iniciarnos en las obras y en los éxitos de un ministerio que tantas maravillas ha obrado. Por esto, señor Párroco, creemos que, al ofrecer al clero (y en particular a esos venerables sacerdotes que silenciosamente consumen su vida en las pobres parroquias rurales) los ejemplos y las lecciones prácticas de un tal maestro en el arte de convertir y santificar las almas, hicisteis a la Iglesia un excelente servicio, merecedor de las ben-

diciones de Dios y de nuestra más sincera felicitación.

Recibid, señor Párroco, la expresión de mi afecto y consideración en N. S.

† BENITO MARÍA, Arzobispo de Reims.

*Carta de Su Eminencia el Cardenal MERMILLIOD,
Obispo de Lausanne y Ginebra*

Friburgo, 3 diciembre 1883.

Fiesta de San Francisco Javier.

Rdo. Señor :

La publicación de los Sermones del Venerable Cura de Ars, que habéis llevado a cabo, ha merecido los sufragios de eminentes obispos ; me es muy grato añadir a ellos mi agradecimiento y mi felicitación. Hasta el presente, los sacerdotes y los fieles leían con admiración los hechos heroicos, los trabajos y los éxitos de esa vida enteramente consagrada al servicio del Señor ; vuestros volúmenes revelan el poder de la palabra de este gran siervo de Dios, dando a comprender, además, cuánta fuerza y unción apostólicas le han comunicado la piedad, la oración y el estudio. Aquí brillan las cualidades que exigía San Bernardo : *Lucere et ardere multum est* ; la doctrina segura y substancial, la luminosa claridad de exposición, se juntan a las ardientes llamas que inspira el amor de las almas y del Salvador. El clero, y sobre todo los jóvenes sacerdotes, hallarán aquí un excelente modelo de predicación pastoral y popular. Sin prejuzgar en nada las decisiones de la Santa Sede sobre el Venerable Vianney, nos atrevemos a afirmar que sus sermones, en los que abunda el sentido teológico y el fuego del amor divino, tienen su

lugar señalado entre los escritos de San Vicente de Paúl y de San Alfonso de Liguorio.

Recibid, señor Cura, la seguridad de mis sentimientos de gratitud y afecto en N. S.

† GASPAR, Obispo de Lausanne y Ginebra.

*Carta de Monseñor de CABRIERES,
Obispo de Montpellier*

Montpellier, 16 diciembre 1883.

Rdo. Señor :

Os agradezco el envío de los Sermones del Venerable Cura de Ars.

Al coleccionar y publicar las instrucciones de este santo Sacerdote, cuya vida fué un continuado apostolado, de admirable fecundidad, y cuyo nombre nos evoca el recuerdo de las más excelsas virtudes sacerdotales, habéis llevado a cabo una obra útil y piadosa.

Si los sermones que habéis compilado para la edificación de vuestros hermanos de ministerio, y de las almas cristianas en general, parecen estar faltos de ciertas cualidades de estilo que los espíritus atildados suelen exigir, en cambio, en cada una de sus páginas hallamos el acento de la piedad más viva, de la fe más profunda, y la clara exposición de las sublimes verdades religiosas.

Desdeñando los recursos del arte, el celoso predicador sólo ha buscado los auxilios de la gracia. Y esta es la causa de que haya logrado tantas conversiones.

Los que lean sus apostólicos sermones, tal vez aprenderán a imitarle.

De esta manera, señor Párroco, habréis contribuido

a perpetuar la bienhechora misión del celoso siervo de Dios.

Recibid, señor párroco y vuestro señor hermano, la expresión de mis atentos y respetuosos sentimientos.

† ANATOLIO MARÍA, Obispo de Montpellier.

*Carta del Ilustre Canónigo TOCCANIER,
Cura de Ars*

Ars, 26 noviembre 1882.

Amado compañero :

Ayer tarde recibí los cuatro volúmenes de los Sermones del Venerable Vianney, que vuestra generosidad os ha impulsado a ofrecerme. Recibid, por ello, mi sincero agradecimiento.

Podéis suponer el particular interés que habrá de inspirarme la lectura de dichos sermones, predicados en esta parroquia por mi santo antecesor. No dejaré de aprovecharme de su doctrina para gloria de Dios, de nuestro santo Párroco y de toda la parroquia.

El Prelado se ocupa activamente en la causa de beatificación ; por cuyo motivo, a todos nos da ejemplo de una excesiva reserva en lo que al Venerable Vianney se refiere.

Dignaos recibir, con mi gratitud, mi afectuosa estima en el Señor.

TOCCANIER, Pbro.

PRÓLOGO DE LA TERCERA EDICIÓN

La buena acogida que del público han merecido los Sermones del Bienaventurado Cura de Ars, y las frases encomiásticas que a la obra se han dignado dedicar Prelados eminentes, nos animan a intentar una nueva edición de la misma, cuya empresa nos parece ahora en extremo oportuna, ya que el Sumo Pontífice Pío X acaba de elevar el humilde Párroco a los altares, colocándolo en el número de los Beatos.

Según atestigua uno de sus íntimos, el difunto señor Dubois, párroco de Fareins, la mayor parte de estos sermones fueron compuestos durante los primeros años de su ministerio, entre los años 1818 y 1827, antes de la extraordinaria labor a que hubo de someterse a causa de la muchedumbre de peregrinos que acudían a visitarle.

¿Cuáles fueron sus fuentes habituales? A juzgar por las notas marginales, escritas por la mano del Venerable, y por el detenido estudio de los manuscritos, consultó principalmente la Sagrada Escritura, una Teología elemental, la «Vida de los Santos» de Ribadeneyra, la Vida de los Padres del desierto, algún compendio de la doctrina de los Santos Padres, la Historia de la Iglesia, el tratado de Perfección cristiana de Rodríguez, y las obras del P. Lejeune.

«El P. Vianney, dice su biógrafo el R. P. Monnin, dedicó mucho tiempo a escribir sus pláticas, confesando él mismo que dicho trabajo le causaba una pena y una fatiga extraordinarias. Ello fué una de las más

rudas mortificaciones de su vida. Las componía de un tirón, empleando en ello noches enteras, encerrado en la sacristía, escribiendo a veces siete horas seguidas sin descansar» (1).

Mas, siendo su primordial preocupación instruir y edificar a sus ovejas, y no el producir una obra literaria, corregía muy poco sus sermones. Su humildad le impedía presentir que un día serían admirados y entregados a la publicidad. Por otra parte, jamás hubiera consentido él, en vida, entregarlos a la imprenta sin someterlos previamente a una severa corrección y al juicio doctrinal de la Iglesia. Así lo había declarado con gran viveza a un sacerdote amigo suyo, a quien confió los manuscritos de sus sermones, en una ocasión en que había quien buscaba la manera de substraerle algunos de ellos, a fin de divulgarlos entre el pueblo. Jamás hubieran salido a la luz del día sin los alientos de arriba.

Para responder, pues, a tales alientos e intenciones, emprendióse un trabajo de corrección de estos manuscritos. Reformáronse su ortografía y su puntuación, pero conserváronse sus idiotismos, así como ciertos barbarismos, de los cuales familiarmente se servía el Venerable, a fin de reproducir su pensamiento con la mayor fidelidad y energía. Muchísimas frases estaban incompletas, mal construídas, y, de consiguiente, ininteligibles; se rectificó su construcción y se añadieron ciertas palabras indispensables. Ciertos pasajes oscuros, dudosos o inexactos, han sido aclarados mediante notas. En una palabra, se ha puesto escrupulosa diligencia en no modificar en nada el pensamiento del autor.

Una página del primer Sermón sobre el juicio final, reproducida fotográficamente, permite hacerse cargo

(1) «*Praedicationi impensissimam operam dabat. Quamvis magnas difficultates in illa offenderet in praeparandis concionibus, nihil eum fastidiebat; sed integros dies et noctes insumebat.*». 1.er proceso: Tem. 9: De heroica Fide.

del trabajo llevado a cabo. El lector podrá convencerse del cuidado con que se ha publicado íntegramente el texto, a fin de conservar a las piezas su primitiva fisonomía y su carácter original.

Desgraciadamente, la colección no es completa ; un gran número de sermones fueron destruídos, o se perdieron. Si todos hubiesen llegado a nuestras manos, esta publicación constaría, a lo menos, de otros dos volúmenes, y, con ello, mostraríase plenamente el largo y tenaz trabajo a que sin descanso y sin fastidio se condenó el siervo de Dios.

Con todo, los que se ofrecen al público, ya darán perfecta idea del profundo conocimiento que de sus feligreses tenía el santo Sacerdote, la religiosa diligéncia con que los instruía, la libertad y franqueza apostólicas con que fustigaba sus desórdenes, aquella elocuencia viva, ardiente, llena de fuego, que los Santos saben sacar de la inagotable fuente del Corazón de Jesús.

Estos sermones tendrán la eficacia de dar a conocer al Venerable en un nuevo aspecto. Hasta el presente, muchos amigos de lo maravilloso hasta la exageración, le negaban, casi totalmente, los dones naturales, a fin de atribuirle los dones sobrenaturales en grado superlativo. No hay duda que, al final de su vida, le fueron concedidas gracias extraordinarias con soberana abundancia ; mas ¿no sería ello, acaso, en premio de su prudencia en procurar que fructificase el modesto talento que Dios le confiara ? Ante todo, empleó con escrupulosa fidelidad el tiempo libre de que dispuso durante los primeros años de su ministerio ; no cejó ni un momento en ejercitar y aprovechar los recursos de un espíritu poco cultivado aún, pero que no carecía de penetración, ni de memoria, ni de observación. A costa de trabajo infatigable, adquirió la verdadera ciencia del pastor de almas ; más tarde, cuando la siempre creciente muchedumbre de peregrinos no le daba lugar a es-

cribir ni a estudiar, Dios premió su trabajo con dones más excelsos.

La Providencia, que tenía en sus designios la restauración de la diócesis de Belley, había modelado con mano hábil sus elementos fundadores. Fueron éstos algunos obispos sabios y piadosos, cuyo recuerdo bendicen el clero y las poblaciones a ellos sujetas. Constituían también aquellos elementos una pléyade de sacerdotes humildes, laboriosos y llenos de celo. En primera línea, brilla el Venerable Juan Bautista María Vianney, y nadie como él justifica aquellas palabras de la Escritura: «Los labios del sacerdote guardarán la ciencia de la salvación, y de su boca brotarán las enseñanzas del Señor».

Roma, 15 enero 1905.

SERMONES
DE
SAN JUAN BTA. M.^a VIANNEY
CURA DE ARS

VERSION Y PRÓLOGO
POR EL
M. Iltre. Dr. D. JOSÉ M.^a LLOVERA
Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona

TOMO PRIMERO

Serie
Grandes Maestros
Nº 13

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

ES PROPIEDAD

COPYRIGHT 1927 BY
EUGENIO SUBIRANA

29548. — Imp. del Editor

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

SOBRE EL JUICIO FINAL

*Tunc videbunt Filium hominis
venientem cum potestate magna
et maiestate.*

Entonces verán al Hijo del hombre viniendo con gran poder y majestad terrible, rodeado de los ángeles y de los santos.

(S. Luc., XXI, 27.)

No es ya, hermanos míos, un Dios revestido de nuestra flaqueza, oculto en la obscuridad de un pobre establo, reclinado en un pesebre, saciado de oprobios, oprimido bajo la pesada carga de su cruz; es un Dios revestido con todo el brillo de su poder y de su majestad, que hace anunciar su venida por medio de los más espantosos prodigios, es decir, por el eclipse del sol y de la luna, por la caída de las estrellas, y por un total transtorno de la naturaleza. No es ya un Salvador que viene como manso cordero a ser juzgado por los hombres y a redimirlos; es un Juez justamente indignado que juzga a los hombres con todo el rigor de su justicia. No es ya un Pastor caritativo que viene en busca de las ovejas extraviadas para perdonarlas; es un Dios vengador que viene a separar para siempre los pecadores de los justos, a aplastar los malvados con su más terrible venganza, a anegar los justos en un torrente de dulzuras. Momento terrible, momento espantoso, ¿cuándo llegarás? Momento desdichado ¡ay! quizás en breve llegarán a nuestros oídos los anuncios precur-

sores de este Juez tan temible para el pecador. ¡ Oh pecadores ! salid de la tumba de vuestros pecados, venid al tribunal de Dios, venid a aprender de qué manera será tratado el pecador. El impío, en este mundo, parece hacer gala de desconocer el poder de Dios, viendo a los pecadores sin castigo ; llega hasta decir : No, no, no hay Dios ni infierno ; o bien : No atiende Dios a lo que pasa en la tierra. Pero dejad que venga el juicio, y en aquel día grande Dios manifestará su poder y mostrará a todas las naciones que El lo ha visto todo y de todo ha llevado cuenta.

¡ Qué diferencia, H. M., entre estas maravillas y las que Dios obró al crear el mundo ! Que las aguas rieguen y fertilicen la tierra, dijo entonces el Señor ; y en el mismo instante las aguas cubrieron la tierra y la dieron fecundidad. Pero, cuando venga a destruir el mundo, mandará al mar saltar sus barreras con ímpetu espantoso, para engullir el universo entero en su furor. Creó Dios el cielo, y ordenó a las estrellas que se fijasen en el firmamento. Al mandato de su voz, el sol alumbró el día y la luna presidió a la noche. Pero, en aquel día postrero, el sol se oscurecerá, y no darán ya más lumbre la luna y las estrellas. Todos estos astros caerán con estruendo formidable.

¡ Qué diferencia, H. M. ! Para crear el mundo empleó Dios seis días ; para destruirle, un abrir y cerrar de ojos bastará. Para crearle, a nadie llamó que fuese testigo de tantas maravillas ; para destruirle, todos los pueblos se hallarán presentes, todas las naciones confesarán que hay un Dios y reconocerán su poder. ¡ Venid, burlones impíos, venid incrédulos refinados, venid a ver si existe o no Dios, si ha visto o no todas vuestras acciones, si es o no todopoderoso ! ¡ Oh Dios mío ! ¡ cómo cambiará de lenguaje el pecador en aquella hora ! ¡ qué de lamentos ! ¡ ay ! ¡ cómo se arrepentirá de haber perdido un tiempo tan precioso ! Mas no es tiempo ya,

todo ha concluído para el pecador, no hay esperanza. ¡ Oh, qué terrible instante será aquél ! Dice San Lucas que los hombres quedarán yertos de pavor, pensando en los males que les esperan. ¡ Ay ! H. M., bien puede uno quedarse yerto de temor y morir de espanto ante la amenaza de una desdicha infinitamente menor que la que al pecador le espera y que ciertísimamente le sobrevendrá si continúa viviendo en el pecado.

H. M., si en este momento en que me dispongo a hablaros del juicio, al cual compareceremos todos para dar cuenta de todo el bien y de todo el mal que hayamos hecho, y recibir la sentencia de nuestro definitivo destino al cielo o al infierno, viniese un ángel a anunciaros ya de parte de Dios que dentro de veinticuatro horas todo el universo será abrasado en llamas por una lluvia de fuego y azufre ; si empezaseis ya a oír que el trueno retumba y a ver que la tempestad enfurecida asuela vuestras casas ; que los relámpagos se multiplican hasta convertir el universo en globo de fuego ; que el infierno vomita ya todos sus réprobos, cuyos gritos y alaridos se dejan oír hasta los confines del mundo, anunciando que el único medio de evitar tanta desdicha es dejar el pecado y hacer penitencia ; ¿ podríais escuchar, H. M., a esos hombres sin derramar torrentes de lágrimas y clamar misericordia ? ¿ No se os vería arrojaros al pie de los altares pidiendo clemencia ? ¡ Oh ceguera, oh desdicha incomprendible, la del hombre pecador ! los males que vuestro pastor os anuncia son aún infinitamente más espantosos y dignos de arrancar vuestras lágrimas, de desgarrar vuestros corazones.

¡ Ah ! estas terribles verdades van a ser otras tantas sentencias que pronunciarán vuestra condenación eterna. Pero la más grande de todas las desdichas es que seáis insensibles a ellas y continuéis viviendo en pecado sin reconocer vuestra locura hasta el momento

en que no haya ya remedio para vosotros. Un momento más, y aquel pecador que vivía tranquilo en el pecado será juzgado y condenado; un instante más, y llevará consigo sus lamentos por toda la eternidad. Sí, H. M., seremos juzgados, nada más cierto; sí, seremos juzgados sin misericordia; sí, eternamente nos lamentaremos de haber pecado.

I. — Leemos en la Sagrada Escritura, H. M., que cada vez que Dios quiere enviar algún azote al mundo o a su Iglesia, lo hace siempre preceder de algún signo que comience a infundir el terror en los corazones y los lleve a aplacar la divina justicia. Quiriendo anegar el universo en un diluvio, el arca de Noé, cuya construcción duró cien años, fué una señal para inducir a los hombres a penitencia, sin la cual todos debían perecer. El historiador Josefo refiere que, antes de la destrucción de Jerusalén, se dejó ver, durante largo tiempo, un cometa en figura de alfanje, que ponía a los hombres en consternación. Todos se preguntaban: ¡Ay de nosotros! ¿qué querrá anunciar esta señal? tal vez alguna gran desgracia que Dios va a enviarnos. La luna estuvo sin alumbrar ocho noches seguidas; la gente parecía no poder ya vivir más. De repente, aparece un desconocido que, durante tres años, no hace sino gritar, día y noche, por las calles de Jerusalén: ¡Ay de Jerusalén! ¡Ay de Jerusalén!... Le prenden; le azotan con varas para impedirle que grite; nada le detiene. Al cabo de tres años exclama: ¡Ay! ¡ay de Jerusalén! y ¡ay de mí! Una piedra lanzada por una máquina le cae encima y le aplasta en el mismo instante. Entonces todos los males que aquel desconocido había presagiado a Jerusalén vinieron sobre ella. El hambre fué tan dura que las madres llegaron a degollar a sus propios hijos para alimentarse con su carne. Los habitantes, sin saber por qué, se degollaban unos a

otros; la ciudad fué tomada y como aniquilada; las calles y las plazas estaban todas cubiertas de cadáveres; corrían arroyos de sangre; los pocos que lograron salvar sus vidas fueron vendidos como esclavos.

Mas, como el día del juicio será el más terrible y espantoso de cuantos haya habido, le precederán señales tan horrendas, que llevarán el espanto hasta el fondo de los abismos. Dícenos el Señor que, en aquel momento infausto para el pecador, el sol no dará ya más luz, la luna será semejante a una mancha de sangre, y las estrellas caerán del firmamento. El aire estará tan lleno de relámpagos que será un incendio todo él, y el fragor de los truenos será tan grande que los hombres quedarán yertos de espanto. Los vientos soplarán con tanto ímpetu, que nada podrá resistirles. Árboles y casas serán arrastradas al *caos* de la mar; el mismo mar de tal manera será agitado por las tempestades, que sus olas se elevarán cuatro codos por encima de las más altas montañas y bajarán tanto que podrán verse los horrores del abismo; todas las criaturas, aun las insensibles, parecerán quererse aniquilar, para evitar la presencia de su Criador, al ver cómo los crímenes de los hombres han manchado y desfigurado la tierra. Las aguas de los mares y de los ríos hervirán como aceite sobre brasas; los árboles y plantas vomitarán torrentes de sangre; los terremotos serán tan grandes que se verá la tierra hundirse por todas partes; la mayor parte de los árboles y de las bestias serán tragados por el abismo, y los hombres, que sobrevivan aún, quedarán como insensatos; los montes y peñascos se desplomarán con horrorosa furia. Después de todos estos horrores se encenderá fuego en los cuatro ángulos del mundo: fuego tan violento que consumirá las piedras, los peñascos y la tierra, como briznas de paja echadas en un horno. El universo entero será reducido a cenizas; es preciso que esta tierra manchada con

tantos crímenes sea purificada por el fuego que encenderá la cólera del Señor, de un Dios justamente irritado.

Una vez que esta tierra cubierta de crímenes sea purificada, enviará Dios, H. M., a sus ángeles, que harán sonar la trompeta por los cuatro ángulos del mundo y dirán a todos los muertos: Levantaos, muertos, salid de vuestras tumbas, venid y compareced a juicio. Entonces, todos los muertos, buenos y malos, justos y pecadores, volverán a tomar la misma forma que tenían antes; el mar vomitará todos los cadáveres que guarda encerrados en su *caos*, la tierra devolverá todos los cuerpos sepultados, desde tantos siglos, en su seno. Cumplida esta revolución, todas las almas de los santos descenderán del cielo resplandecientes de gloria y cada alma se acercará a su cuerpo, dándole mil y mil parabienes. Ven, le dirá, ven, compañero de mis sufrimientos; si trabajaste por agradar a Dios, si hiciste consistir tu felicidad en los sufrimientos y combates, ¡oh, qué de bienes nos están reservados! Hace ya más de mil años que yo gozo de esta dicha; ¡oh, qué alegría para mí venir a anunciarte tantos bienes como nos están preparados para la eternidad. Venid, benditos ojos, que tantas veces os cerrasteis en presencia de los objetos impuros, por temor de perder la gracia de vuestro Dios, venid al cielo, donde no veréis sino bellezas jamás vistas en el mundo. Venid, oídos míos, que tuvisteis horror a las palabras y a los discursos impuros y calumniosos; venid y escucharéis en el cielo aquella música celeste que os arrobará en éxtasis continuo. Venid, pies míos y manos mías, que tantas veces os empleasteis en aliviar a los desgraciados; vamos a pasar nuestra eternidad en el cielo, donde veremos a nuestro amable y caritativo Salvador que tanto nos amó. ¡Ah! allí verás a Aquel que tantas veces vino a descansar en tu corazón. ¡Ah! allí veremos esa mano

teñida aún en la sangre de nuestro divino Salvador, por la cual El nos mereció tanto gozo. En fin, el cuerpo y el alma de los santos se darán mil y mil parabienes; y esto por toda la eternidad.

Luego que todos los santos hayan vuelto a tomar sus cuerpos, radiantes todos allí de gloria según las buenas obras y las penitencias que hayan hecho, esperarán gozosos el momento en que Dios, a la faz del universo entero, revele, una por una, todas las lágrimas, todas las penitencias, todo el bien que ellos hayan realizado durante su vida; felices ya con la felicidad del mismo Dios. Esperad, les dirá el mismo Jesucristo, esperad, quiero que todo el universo se goce en ver cuánto habéis trabajado. Los pecadores endurecidos, los incrédulos decían que yo era indiferente a cuanto vosotros hicieseis por mí; pero yo voy a mostrarles, en este día, que he visto y contado todas las lágrimas que derramasteis en el fondo de los desiertos; voy a mostrarles en este día que a vuestro lado me hallaba yo sobre los cadalsos. Venid todos y compareced delante de esos pecadores que me despreciaron y ultrajaron, que osaron negar que yo existiese y que los viese. Venid, hijos míos, venid, mis amados, y veréis cuán bueno he sido y cuán grande fué mi amor para con vosotros.

Contemplemos por un instante, H. M., a ese infinito número de almas justas que entran de nuevo en sus cuerpos, haciéndolos semejantes a hermosos soles. Mirad a todos esos mártires, con las palmas en la mano. Mirad a todas esas vírgenes, con la corona de la virginidad en sus sienes. Mirad a todos esos apóstoles, a todos esos sacerdotes; tantas cuantas almas salvaron, otros tantos rayos de gloria los embellecen. Todos ellos, H. M., dirán a María, la Virgen-Madre: Vamos a reunirnos con Aquel que está en el cielo, para dar nuevo esplendor de gloria a vuestra hermosura.

Pero no, un momento de paciencia ; vosotros fuisteis despreciados, calumniados y perseguidos por los malvados ; justo es que, antes de entrar en el reino eterno, vengan los pecadores a daros satisfacción honrosa.

Mas ¡ terrible y espantosa mudanza ! oigo la misma trompeta llamando a los réprobos para que salgan de los infiernos. ¡ Venid, pecadores, verdugos y tiranos, dirá Dios que a todos quería salvar, venid, compareced ante el tribunal del Hijo del Hombre, ante Aquel de quien tantas veces atrevidamente pensasteis que no os veía ni os oía ! Venid y compareced, porque cuantos pecados cometisteis en toda vuestra vida serán manifestados a la faz del universo. Entonces clamará el ángel : ¡ Abismos del infierno, abrid vuestras puertas ! ¡ vomitad a todos esos réprobos ! su juez los llama. ¡ Ah, terrible momento ! todas aquellas desdichadas almas réprobas, horribles como demonios, saldrán de los abismos e irán, como desesperadas, en busca de sus cuerpos. ¡ Ah, momento cruel ! en el instante en que el alma entrará en su cuerpo, este cuerpo experimentará todos los rigores del infierno. ¡ Ah ! este maldito cuerpo, estas malditas almas se echarán mil y mil maldiciones. ¡ Ah ! maldito cuerpo, dirá el alma a su cuerpo que se arrastró y revolcó por el fango de sus impurezas ; hace ya más de mil años que yo sufro y me abraso en los infiernos. Venid, malditos ojos, que tantas veces os recreasteis en miradas deshonestas a vosotros mismos o a los demás, venid al infierno a contemplar los monstruos más horribles. Venid, malditos oídos, que tanto gusto hallasteis en las palabras y discursos impuros, venid a escuchar eternamente los gritos, alaridos y rugidos de los demonios. Venid, lengua y boca malditas, que disteis tantos besos impuros y que nada omitisteis para satisfacer vuestra sensualidad y vuestra gula, venid al infierno, donde la hiel de los

dragones será vuestro alimento único. ¡Ven, cuerpo maldito, a quien tanto procuré contentar; ven a ser arrojado por una eternidad en un estanque de fuego y de azufre encendido por el poder y la cólera de Dios! ¡Ah! ¿quién es capaz de comprender, ni menos de expresar las maldiciones que el cuerpo y el alma mutuamente se echarán por toda la eternidad?

Sí, H. M., ved a todos los justos y los réprobos que han recobrado su antigua figura, es decir, sus cuerpos tal como nosotros los vemos ahora, y esperan a su juez, pero un juez justo y sin compasión, para castigar o recompensar, según el mal o el bien que hayamos hecho. Vedle que llega ya, sentado en un trono, radiante de gloria, rodeado de todos los ángeles, precedido del estandarte de la cruz. Los malvados viendo a su juez, ¿qué digo? viendo a Aquel a quien antes vieron ocupado solamente en procurarles la felicidad del paraíso, y que, a pesar de El, se han condenado, exclamarán: Montañas, aplastadnos, arrebatadnos de la presencia de nuestro juez; peñascos, caed sobre nosotros; ¡ah, por favor, precipitadnos en los infiernos! No, no, pecador, acércate y ven a rendir cuenta de toda tu vida. Acércate, desdichado, que tanto despreciaste a un Dios tan bueno. ¡Ah! juez mío, padre mío, criador mío, ¿dónde están mi padre y mi madre que me condenaron? ¡Ah! quiero verlos; quiero reclamarles el cielo que me dejaron perder. ¡Ay, padre! ¡Ay, madre! fuisteis vosotros los que me condenasteis; fuisteis vosotros la causa de mi desdicha. No, no, al tribunal de tu Dios; no hay remedio para ti. ¡Ah! juez mío, exclamará aquella joven..., ¿dónde está aquel libertino que me robó el cielo? No, no, adelántate, no esperes socorro de nadie... ¡estás condenada! no hay esperanza para ti; sí, estás perdida; sí, todo está perdido, puesto que perdiste a tu alma y a tu Dios. ¡Ah! ¿quién podrá comprender la desdicha de un condenado que verá enfrente de sí,

al lado de los santos, a su padre o a su madre, radiantes de gloria y destinados al cielo, y a sí propio reservado para el infierno? Montañas, dirán estos réprobos, sepultadnos; ¡ah, por favor, caed sobre nosotros! ¡Ah, puertas del abismo, abríos para sepultarnos en él! No, pecador; tú siempre despreciaste mis mandamientos; pero hoy es el día en que yo quiero mostrarte que soy tu dueño. Comparece delante de mí con todos tus crímenes, de los cuales no es más que un tejido tu vida entera. ¡Ah, entonces será, dice el profeta Ezequiel, cuando el Señor tomará aquel gran pliego milagroso donde están escritos y consignados todos los crímenes de los hombres. ¡Cuántos pecados que jamás aparecieron a los ojos del mundo van ahora a manifestarse! ¡Ah! temblad los que, hace quizás quince o veinte años, venís acumulando pecado sobre pecado. ¡Ay, desgraciados de vosotros!

Entonces Jesucristo, con el libro de las conciencias en la mano, con voz de trueno formidable, llamará a todos los pecadores para convencerlos de todos los pecados que hayan cometido durante su vida. Venid, impúdicos, les dirá, acercaos y leed, día por día; mirad todos los pensamientos que mancharon vuestra imaginación, todos los deseos vergonzosos que corrompieron vuestro corazón; leed y contad vuestros adulterios; ved el lugar, el momento en que los cometisteis; ved la persona con la cual pecasteis. Leed todas vuestras voluptuosidades y lascivias, leed y contad bien cuántas almas habéis perdido, que tan caras me habían costado. Más de mil años llevaba ya vuestro cuerpo podrido en el sepulcro y vuestra alma en el infierno, y aún vuestro libertinaje seguía arrastrando almas a la condenación. ¿Veis a esa mujer a quien perdisteis, a ese marido, a esos hijos, a esos vecinos? Todos claman venganza, todos os acusan de su perdición, de que, a no ser por vosotros, habrían ganado el

cielo. Venid, mujeres mundanas, instrumentos de Satanás, venid y leed todo el cuidado y el tiempo que empleasteis en componeros; contad la multitud de malos pensamientos y de malos deseos que suscitasteis en las personas que os vieron. Mirad todas las almas que os acusan de su perdición. Venid, maldicientes, sembradores de falsas nuevas, venid y leed, aquí están escritas todas vuestras maledicencias, vuestras burlas, y vuestras maldades; aquí tenéis todas las disensiones que causasteis, aquí tenéis todas las pérdidas y todos los daños de que vuestra maldita lengua fué causa principal. Id, desdichados, a escuchar en el infierno los gritos y los aullidos espantosos de los demonios. Venid, malditos avaros, leed y contad ese dinero y esos bienes perecederos a los cuales apegasteis vuestro corazón, con menosprecio de vuestro Dios, y por los cuales sacrificasteis vuestra alma. ¿Habéis olvidado vuestra dureza para con los pobres? Aquí la tenéis, leed y contad. Ved aquí vuestro oro y vuestra plata, pedidles ahora que os socorran, decidles que os libren de mis manos. Id, malditos, a lamentar vuestra miseria en los infiernos. Venid, vengativos, leed y ved todo cuanto hicisteis en daño de vuestro prójimo, contad todas las injusticias, todos los pensamientos de odio y de venganza que alimentasteis en vuestro corazón; id, desdichados, al infierno. ¡Ah, rebeldes! mil veces os lo avisaron mis ministros, que, si no amabais a vuestro prójimo como a vosotros mismos, no habría perdón para vosotros. Apartaos de mí, malditos, idos al infierno, donde seréis víctimas de mi cólera eterna, donde aprenderéis que la venganza está reservada sólo a Dios. Ven, ven, bebedor, acércate, mira hasta el último vaso de vino, hasta el último bocado de pan que quitaste de la boca de tu esposa y de tus hijos; he aquí todos tus excesos, ¿los reconoces? ¿son los tuyos realmente, o los de tu vecino? He aquí el número de noches y de días que pasaste en las ta-

bernas, los domingos y fiestas; he aquí, una por una, las palabras deshonestas que dijiste en tu embriaguez; he aquí todos los juramentos, todas las imprecaciones que vomitaste; he aquí todos los escándalos que diste a tu esposa, a tus hijos y a tus vecinos. Sí, todo lo he escrito, todo lo he contado. Vete, desdichado, a embriagarte de la hiel de mi cólera en los infiernos. Venid, mercaderes, obreros, todos, cualquiera que fuese vuestro estado; venid, dadme cuenta, hasta el último maravedí, de todo lo que comprasteis y vendisteis; venid, examinemos juntos si vuestras medidas y vuestras cuentas concuerdan con las mías. Ved, mercaderes, el día en que engañasteis a ese niño. Ved aquel otro día en que exigisteis doblado precio por vuestra mercancía. Venid, profanadores de los Sacramentos, ved todos vuestros sacrilegios, todas vuestras hipocresías. Venid, padres y madres, dadme cuenta de esas almas que yo os confié; dadme cuenta de todo lo que hicieron vuestros hijos y vuestros criados; ved todas las veces que les disteis permiso para ir a lugares y juntarse con compañías que les fueron ocasión de pecado. Ved todos los malos pensamientos y descos que vuestra hija inspiró; ved todos sus abrazos y otras acciones infames; ved todas las palabras impuras que pronunció vuestro hijo. Pero, Señor, dirán los padres y madres, yo no le mandaba tales cosas. No importa, les dirá el juez, los pecados de tus hijos son pecados tuyos. ¿Dónde están las virtudes que les hicisteis practicar? ¿dónde los buenos ejemplos que les disteis y las buenas obras que les mandasteis hacer? ¡Ay! ¿qué va a ser de esos padres y madres que ven cómo van sus hijos, unos al baile, otros al juego o a la taberna, y viven tranquilos? ¡Oh, Dios mío, qué ceguera! ¡Oh, qué cúmulo de crímenes, por los cuales van a verse abrumados en aquellos terribles momentos! ¡Oh! ¡cuántos pecados ocultos, que van a

ser publicados a la faz del universo! ¡Oh, abismos de los infiernos! abríos para engullir a esas muchedumbres de réprobos que no han vivido sino para ultrajar a su Dios y condenarse.

Pero entonces, me diréis, ¿todas las buenas obras que hemos hecho de nada servirán? Nuestros ayunos, nuestras penitencias, nuestras limosnas, nuestras comuniones, nuestras confesiones, ¿quedarán sin recompensa? No, os dirá Jesucristo, todas vuestras oraciones no eran otra cosa que rutinas; vuestros ayunos, hipocresías; vuestras limosnas, vanagloria; vuestro trabajo no tenía otro fin que la avaricia y la codicia; vuestros sufrimientos no iban acompañados sino de quejas y murmuraciones; en todo cuanto hacíais, yo no entraba para nada. Por otra parte, os recompensé con bienes temporales: bendije vuestro trabajo; di fertilidad a vuestros campos y enriquecí a vuestros hijos; del poco bien que hicisteis, os di toda la recompensa que podíais esperar. En cambio os dirá Jesús, vuestros pecados viven todavía, vivirán eternamente delante de Mí; id, malditos, al fuego eterno, preparado para todos los que me despreciaron durante su vida.

II. — Sentencia terrible, pero infinitamente justa. ¿Qué cosa más justa, en verdad, para un pecador que toda su vida no hizo sino arrastrarse en el crimen, a pesar de las gracias que el Señor le ofrecía sin cesar para que saliera de él? ¿Veis a esos impíos que se morfaban de su pastor, que despreciaban la palabra de Dios, que hacían chanza de lo que su pastor les decía? ¿Veis a esos pecadores que hacían gala de no tener religión, que se burlaban de quienes la practicaban? ¿Veis a esos malos cristianos que siempre tenían en los labios horribles blasfemias, que se gloriaban de hallar, no obstante, el pan bien sabroso, que afirmaban no tener necesidad de confesarse? ¿Veis a esos increí-

dulos que aseguraban que todo concluía con la muerte? ¿Veis ahora su desesperación? ¿oís cómo confiesan su impiedad? ¿cómo claman misericordia? Mas ahora todo está acabado; el infierno es vuestra sola herencia. ¿Veis a ese orgulloso que escarnecía y despreciaba a todo el mundo? ¿le veis abismado en su corazón, condenado por una eternidad bajo los pies de los demonios? ¿Veis a ese incrédulo que decía que no hay Dios ni infierno? ¿le veis confesar a la faz de todo el universo que hay un Dios que le juzga y un infierno donde va a ser precipitado para jamás salir de él? Verdad es que Dios dará a todos los pecadores libertad de presentar sus razones y excusas para justificarse, si es que pueden. Mas, ¡ay! ¿qué podrá decir un criminal que no ve en sí mismo sino crimen e ingratitude? ¡Ay! todo lo que el pecador pueda decir en aquel momento infame sólo servirá para mostrar más y más su impiedad y su ingratitude.

He aquí, sin duda, H. M., lo que habrá de más espantoso en aquel terrible momento: será el ver nosotros que Dios nada perdonó para salvarnos; que nos hizo participantes de los méritos infinitos de su muerte en la cruz; que nos hizo nacer en el seno de su Iglesia; que nos dió pastores para mostrarnos y enseñarnos todo lo que debíamos hacer para ser felices. Nos dió los Sacramentos para hacernos recobrar su amistad cuantas veces la habíamos perdido; no puso límite al número de pecados que quería perdonarnos; si nuestra conversión hubiese sido sincera, estábamos seguros de nuestro perdón. Nos esperó años enteros, por más que nosotros no vivíamos sino para ultrajarle; no quería perdersen, mejor dicho, quería en absoluto salvarnos; ¡y nosotros no quisimos! Nosotros mismos le forzamos por nuestros pecados a lanzar contra nosotros sentencia de eterna condenación: Id, hijos malditos, id a reuniros con aquel a quien imitasteis; por mi parte, no os reco-

nozco sino para aplastaros con todos los furores de mi cólera eterna.

Venid, nos dice el Señor por uno de sus profetas, venid, hombres, mujeres, ricos y pobres, pecadores, quienesquiera que seáis, sea el que fuere vuestro estado y condición, decid todos, decid vuestras razones, y yo diré las mías. Entremos en juicio, pesémoslo todo con el peso del santuario. ¡ Ah ! terrible momento para un pecador, que, por cualquier lado que considere su vida, no ve más que pecado, sin cosa buena. ¡ Dios mío ! ¡ qué va a ser de él ! En este mundo, el pecador siempre encuentra excusas que alegar por todos los pecados que ha cometido ; lleva su orgullo hasta el mismo tribunal de la penitencia, donde no debiera comparecer sino para acusarse y condenarse a sí mismo. Unas veces, la ignorancia ; otras, las tentaciones demasiado violentas ; otras, en fin, las ocasiones y los malos ejemplos : tales son las razones que, todos los días, están dando los pecadores para encubrir la enormidad de sus crímenes. Venid, pecadores orgullosos, veamos si vuestras excusas serán bien recibidas el día del juicio ; explicaos delante de Aquel que tiene la antorcha en la mano, y que todo lo vió, todo lo contó y todo lo pesó. ¡ No sabías — dices — que aquello fuese pecado ! ¡ Ah, desdichado ! te dirá Jesucristo : si hubieses nacido en medio de las naciones idólatras, que jamás oyeron hablar del verdadero Dios, pudiera tener alguna excusa tu ignorancia ; pero ¿ tú, cristiano, que tuviste la dicha de nacer en el seno de mi Iglesia, de crecer en el centro de la luz, tú que a cada instante oías hablar de la eterna felicidad ? Desde tu infancia te enseñaron lo que debías hacer para procurártela ; y tú, a quien jamás cesaron de instruir, de exhortar y de reprender, ¿ te atreves aún a excusarte con tu ignorancia ? ¡ Ah, desdichado ! si viviste en la ignorancia, fué sencillamente porque no quisiste instruirte, porque no quisiste aprovecharte de las

instrucciones, o huíste de ellas. ¡Vete, desgraciado, vete! ¡tus excusas sólo sirven para hacerte más digno aún de maldición! Vete, hijo maldito, al infierno, a arder en él con tu ignorancia.

Pero — dirá otro — es que mis pasiones eran muy violentas y mi debilidad muy grande. Mas — le dirá el Señor — ya que Dios era tan bueno que te hacía conocer tus debilidades, ya que tus pastores te advertían que debías velar continuamente sobre ti mismo y mortificarte, para dominarlas, ¿por qué hacías tú precisamente todo lo contrario? ¿Por qué tanto cuidado en contentar tu cuerpo y tus gustos? Dios te hacía conocer tu flaqueza, ¿y tú caías a cada instante? ¿Por qué, pues, no recurrir a Dios en demanda de su gracia? ¿por qué no escuchar a tus pastores que no cesaban de exhortarte a pedir las gracias y las fuerzas necesarias para vencer al demonio? ¿Por qué tanta indiferencia y desprecio por los Sacramentos, donde hubieras hallado abundancia de gracia y de fuerza para hacer el bien y evitar el mal? ¿Por qué tan frecuente desprecio de la palabra de Dios, que te hubiera guiado por el camino que debías seguir para llegar a Él? ¡Ah, pecadores ingratos y ciegos! todos estos bienes estaban a vuestra disposición; de ellos podíais servirlos como tantos otros se sirvieron. ¿Qué hiciste para impedir tu caída en el pecado? No oraste sino por rutina o por costumbre. ¡Vete, desdichado! Cuanto más conocías tu flaqueza, tanto más debías haber recurrido a Dios, que te hubiera sostenido y ayudado en la obra de tu salvación. Vete, maldito, por ella te haces aún más criminal.

Pero, ¡las ocasiones de pecar son tantas! — dirá todavía otro. — Amigo mío, tres clases conozco de ocasiones que pueden conducirnos al pecado. Todos los estados tienen sus peligros. Tres clases hay, digo, de ocasiones: aquellas a las cuales estamos necesariamente expuestos por los deberes de nuestro estado, aquellas

con las cuales tropezamos sin buscarlas, y aquellas en las cuales nos enredamos sin necesidad. Si las ocasiones a las cuales nos exponemos sin necesidad no han de servirnos de excusa, no tratemos de excusar un pecado con otro pecado. Oíste cantar — dices — una mala canción; oíste una maledicencia o una calumnia; pero ¿por qué frecuentabas aquella casa o aquella compañía? ¿por qué tratabas con aquellas personas sin religión? ¿No sabías que quien se expone al peligro es culpable y en él perecerá? El que cae sin haberse expuesto, en seguida se levanta, y su caída le hace aún más vigilante y precavido. Pero ¿no ves que Dios, que nos ha prometido su socorro en nuestras tentaciones, no nos lo ha prometido para el caso en que nosotros mismos tengamos la temeridad de exponernos a ellas? Vete, desgraciado, has buscado la manera de perderte a ti mismo; mereces el infierno que está reservado a los pecadores como tú.

Pero — diréis — es que continuamente tenemos malos ejemplos delante de los ojos. ¿Malos ejemplos? Frívola excusa. Si hay malos ejemplos, ¿no los hay acaso también buenos? ¿Por qué, pues, no seguir los buenos mejor que los malos? Veías a una joven ir al templo, acercarse a la sagrada Mesa; ¿por qué no seguías a ésta, mejor que a la otra que iba al baile? Veías a aquel joven piadoso entrar en la iglesia para adorar a Jesús en el Sagrario; ¿por qué no seguías sus pasos, mejor que los del otro que iba a la taberna? Dí más bien, pecador, que preferiste seguir el camino ancho, que te condujo a la infelicidad en que ahora te encuentras, que el camino que te había trazado el mismo Hijo de Dios. La verdadera causa de tus caídas y de tu reprobación no está, pues, ni en los malos ejemplos, ni en las ocasiones, ni en tu propia flaqueza, ni en la falta de gracias y auxilios; está solamente en las malas disposiciones de tu corazón que tú no quisiste reprimir.

Si obraste el mal, fué porque quisiste. Tu ruina viene únicamente de ti.

Pero — replicaréis todavía — ¡ se nos había dicho siempre que Dios era tan bueno ! Dios es bueno, no hay duda ; pero es también justo. Su bondad y su misericordia han pasado ya para ti ; no te queda más que su justicia y su venganza. ¡ Ay, H. M. ! con tanta repugnancia como ahora sentimos en confesarnos, si, cinco minutos antes de aquel gran día, Dios nos concediese sacerdotes para confesar nuestros pecados, para que se nos borrasen, ¡ ah ! ¡ con qué diligencia nos aprovecharíamos de esta gracia ! Mas ¡ ay ! que esto no nos será concedido en aquel momento de desesperación. Mucho más prudente que nosotros fué el Rey Bogoris. Instruído por un misionero en la religión católica, pero cautivo aún de los falsos placeres del mundo, habiendo llamado a un pintor cristiano para que le pintara, en su palacio, la caza más horrible de bestias feroces, éste, al revés, por disposición de la divina providencia, le pintó el juicio final, el mundo ardiendo en llamas, Jesucristo en medio de rayos y relámpagos, el infierno abierto ya para engullir a los condenados, con tan espantosas figuras que el rey quedó inmóvil. Vuelto en sí, acordóse de lo que el misionero le había enseñado para que aprendiese a evitar los horrores de aquel momento en el cual no cabrá al pecador otra suerte que la desesperación ; y renunciando, al instante, a todos sus placeres, pasó lo restante de su vida en el arrepentimiento y las lágrimas.

¡ Ah, H. M. ! si este príncipe no se hubiese convertido, hubiera llegado igualmente para él la muerte ; hubiera tardado algo más, es verdad, en dejar todos sus bienes y sus placeres ; pero, al morir, aun cuando hubiese vivido siglos, habrían pasado a otros, y él estaría en el infierno ardiendo por siempre jamás ; mientras que ahora se halla en el cielo, por una eter-

nidad, esperando aquel gran día, contento de ver que todos sus pecados le han sido perdonados y que jamás volverán a aparecer, ni a los ojos de Dios, ni a los ojos de los hombres.

Fué este pensamiento bien meditado el que llevó a San Jerónimo a tratar su cuerpo con tanto rigor y a derramar tantas lágrimas. ¡Ah! — exclamaba él en aquella vasta soledad — paréceme que oigo, a cada instante, aquella trompeta, que ha de despertar a todos los muertos, llamándome al tribunal de mi Juez. Este mismo pensamiento hacía temblar a David en su trono, y a San Agustín en medio de sus placeres, a pesar de todos sus esfuerzos por ahogar esta idea de que un día sería juzgado. Decíale, de cuando en cuando, a su amigo Alipio: ¡Ah, amigo querido! día vendrá en que comparezcamos todos ante el tribunal de Dios para recibir la recompensa del bien o el castigo del mal que hayamos hecho durante nuestra vida; dejemos, amigo mío — le decía — el camino del crimen por aquel que han seguido todos los santos. Preparémonos, desde la hora presente, para ese gran día.

Refiere San Juan Clímaco que un solitario dejó su monasterio para pasar a otro con el fin de hacer mayor penitencia. La primera noche fué citado al tribunal de Dios, quien le manifestó que era deudor, ante su justicia, de cien libras de oro. ¡Ah, Señor! — exclamó él — ¿qué puedo hacer para satisfacerlas? Permaneció tres años en aquel monasterio, permitiendo Dios que fuese despreciado y maltratado de todos los demás, hasta el extremo de que nadie parecía poderle sufrir. Apareciósele Nuestro Señor por segunda vez, diciéndole que aún no había satisfecho más que la cuarta parte de su deuda. ¡Ah, Señor! — exclamó él — ¿qué debo, pues, hacer para justificarme? Fingióse loco durante trece años, y hacían de él todo lo que querían; tratabanle duramente, cual si fuera una acémila. Apare-

ciósele por tercera vez el Señor, diciéndole que tenía pagada la mitad. ¡ Ah, Señor !—repuso él—puesto que yo lo quise, es preciso que sufra para satisfacer a vuestra justicia. ¡ Oh, Dios mío ! no esperéis a castigar mis pecados después del juicio. Cuenta el mismo San Juan Clímaco otro hecho que hace estremecer. Había—dice—un solitario que llevaba ya cuarenta años llorando sus pecados en el fondo de una selva. La víspera de su muerte, abriendo de golpe los ojos, fuera de sí, mirando a uno y otro lado de su cama, como si viese a alguien que le pedía cuenta de su vida, respondía con voz trémula : Sí, cometí este pecado, pero lo confesé e hice penitencia de él años y años, hasta que Dios me lo perdonó. También cometiste tal otro pecado, le decía la voz. No—respondió el solitario—ese nunca lo he cometido. Antes de morir, se le oyó exclamar : ¡ Dios mío, Dios mío ! quitad, quitad, os pido, mis pecados de delante de mis ojos, porque no puedo soportar su vista. ¡ Ay ! ¿ qué va a ser de nosotros, si el demonio echa en cara aun los pecados que no se han cometido, cubiertos como estamos de culpas reales y de las cuales no hemos hecho penitencia ? ¡ Ah ! ¿ por qué diferirla para aquel terrible momento ? Si apenas los santos están seguros, ¿ qué va a ser de nosotros ?

¿ Qué debemos concluir de todo esto, H. M. ? Hemos de concluir que es necesario no perder jamás de vista que un día seremos juzgados sin misericordia, y que nuestros pecados se manifestarán a la vista del universo entero ; y que, después de este juicio, si nos hallamos culpables de estos pecados, iremos a llorarlos en los infiernos, sin poder ni borrarlos, ni olvidarlos. ¡ Oh ! ¿ qué ciegos somos, H. M., si no nos aprovechamos del poco tiempo que nos queda de vida para asegurarnos el cielo ! Si somos pecadores, tenemos ahora esperanza de perdón ; al paso que, si aguardamos a entonces, no nos quedará ya recurso

alguno. ¡ Dios mío ! hacedme la gracia de que nunca me olvide de tan terrible momento, en especial cuando me vea tentado, para no sucumbir ; a fin de que en aquel día podamos oír, salidas de la boca del Salvador, estas dulces palabras : « Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado desde el comienzo del mundo. »

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

SOBRE EL RESPETO HUMANO

Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.

Bienaventurado el que no tomare escándalo en mí.

(S. Mat., XI, 6.)

Nada más glorioso y honorífico para un cristiano, H. M., que el llevar el nombre sublime de hijo de Dios, de hermano de Jesucristo. Pero, al propio tiempo, nada más infame que avergonzarse de ostentarlo cada vez que se presenta ocasión para ello. No, H. M., no nos maraville el ver a hombres hipócritas, que fingen en cuanto pueden un exterior de piedad para captarse la estimación y las alabanzas de los demás, mientras que su pobre corazón se halla devorado por los más infames pecados. Quisieran, estos ciegos, gozar de los honores inseparables de la virtud, sin tomarse la molestia de practicarla. Pero maravíllenos aún menos el ver a otros, buenos cristianos, ocultar, en cuanto pueden, sus buenas obras a los ojos del mundo, temerosos de que la vanagloria se insinúe en su corazón y de que los vanos aplausos de los hombres les hagan perder el mérito y la recompensa de ellas. Pero ¿dónde encontrar, H. M., cobardía más criminal y abominación más detestable que la de nosotros, que, profesando creer en Jesucristo, estando obligados por los más sagrados juramentos a seguir sus huellas, a defender sus intereses y su gloria, aun a expensas de nuestra misma vida, somos tan viles, que, a la primera ocasión, violamos las prome-

sas que le hemos hecho en las sagradas fuentes bautismales? ¡Ah, desdichados! ¿qué hacemos? ¿Quién es Aquel de quien renegamos? ¡Ay! Abandonamos a nuestro Dios, a nuestro Salvador, para quedar esclavos del demonio, que nos engaña y no busca otra cosa que nuestra ruina y nuestra eterna infelicidad. ¡Oh, maldito respeto humano, qué de almas arrastras al infierno! Para mejor haceros ver su bajeza, os mostraré: 1.º Cuánto ofende a Dios el respeto humano, es decir, la vergüenza de hacer el bien; 2.º cuán débil y mezquino de espíritu manifiesta ser el que lo comete.

I. — No nos ocupemos, H. M., de aquella primera clase de impíos que emplean su tiempo, su ciencia y su miserable vida en destruir, si pudieran, nuestra santa religión. Estos desgraciados parecen no vivir sino para hacer nulos los sufrimientos, los méritos de la muerte y pasión de Jesucristo. Han empleado, unos su fuerza, otros su ciencia, para quebrantar la piedra sobre la cual Jesucristo edificó su Iglesia. Pero ellos son los que, insensatos, van a estrellarse contra esta piedra de la Iglesia, que es nuestra santa religión, la cual subsistirá a despecho de todos sus esfuerzos.

En efecto, H. M., ¿en qué vino a parar toda la furia de los perseguidores de la Iglesia, de los Nerones, de los Maximianos, de los Dioclecianos, de tantos otros que creyeron hacerla desaparecer de la tierra con la fuerza de sus armas? Sucedió todo lo contrario: la sangre de tantos mártires, como dice Tertuliano, sólo sirvió para hacer florecer más que nunca la religión; aquella sangre parecía una simiente de cristianos, que producía el ciento por uno. ¡Desgraciados! ¿qué os ha hecho esta hermosa y santa religión, para que así la persigáis, cuando sólo ella puede hacer al hombre dichoso aquí en la tierra? ¡Ay! ¡cómo lloran y gimen ahora en los infiernos, donde conocen claramente que

esta religión, contra la cual se desenfrenaron, los hubiera llevado al Paraíso ! Pero ¡ vanos e inútiles lamentos !

Mirad igualmente a esos otros impíos que hicieron cuanto estuvo en su mano por destruir nuestra santa religión con sus escritos, un Voltaire, un Juan-Jacobo Rousseau, un Diderot, un D'Alembert, un Volney y tantos otros, que se pasaron la vida no más que en vomitar con sus escritos cuanto podía inspirarles el demonio. ¡ Ay ! mucho mal hicieron, es verdad ; muchas almas perdieron, arrastrándolas consigo al infierno ; pero no pudieron destruir la religión como pensaban. Lejos de quebrantar la piedra sobre la cual Jesucristo ha edificado su Iglesia, que ha de durar hasta el fin del mundo, se estrellaron contra ella. ¿ Dónde están ahora estos desdichados impíos ? ¡ Ay ! en el infierno, donde lloran su desgracia y la de todos aquellos que consigo arrastraron.

Nada digamos tampoco, H. M., de otra clase de impíos que, sin manifestarse abiertamente enemigos de la religión, de la cual conservan todavía algunas prácticas externas, se permiten, no obstante, ciertas chanzas, por ejemplo sobre la virtud o la piedad de aquellos a quienes no se sienten con ánimos de imitar. Dime, amigo, ¿ qué te ha hecho esa religión que heredaste de tus antepasados, que ellos tan fielmente practicaron delante de tus ojos, de la cual tantas veces te dijeron que sólo ella puede hacer la felicidad del hombre en la tierra, y que, abandonándola, no podíamos menos de ser infelices ? ¿ Y a dónde piensas que te conducirán, amigo, tus *ribetes* de impiedad ? ¡ Ay, pobre amigo ! al infierno, para llorar en él tu ceguera.

Tampoco diremos nada de esos cristianos que no son tales más que de nombre ; que practican su deber de cristianos de un modo tan miserable, que hay para morir de compasión. Los veréis que hacen sus oraciones con fastidio, disipados, sin respeto. Los veréis en la iglesia sin devoción ; la santa Misa comienza siempre

para ellos demasiado pronto y acaba demasiado tarde ; no ha bajado aún el sacerdote del altar, y ellos están ya en la calle. De frecuencia de Sacramentos, no hablemos ; si alguna vez se acercan a recibirlos, su aire de indiferencia va pregonando que absolutamente no saben lo que hacen. Todo lo que atañe al servicio de Dios lo practican con un tedio espantoso. ¡ Buen Dios ! ¡ qué de almas perdidas por una eternidad ! ¡ Dios mío ! ¡ cuán pequeño ha de ser el número de los que entran en el reino de los cielos, cuando tan pocos hacen lo que deben por merecerlo !

Pero ¿ dónde están — me diréis — los que se hacen culpables de respeto humano ? Atendedme un instante, H. M., y vais a saberlo. Por de pronto os diré con San Bernardo que por cualquier lado que se mire el respeto humano, que es la vergüenza de cumplir los deberes de la religión por causa del mundo, todo muestra en él menosprecio de Dios y de sus gracias y ceguera del alma. Digo, en primer lugar, H. M., que la vergüenza de practicar el bien, por miedo al desprecio y a las mofas de algunos desdichados impíos o de algunos ignorantes, es un asombroso menosprecio que hacemos de la presencia de Dios, ante el cual estamos siempre y que en el mismo instante podría lanzarnos al infierno. ¿ Y por qué motivo, H. M., esos malos cristianos se mofan de vosotros y ridiculizan vuestra devoción ? ¡ Ah, H. M. ! yo os la diré la verdadera causa : es que, no teniendo virtud para hacer lo que hacéis vosotros, os guardan inquina, porque con vuestra conducta despertáis los remordimientos de su conciencia ; pero estad bien seguros de que su corazón, lejos de despreciaros, os profesan grande estima. Si tienen necesidad de un buen consejo o de alcanzar de Dios alguna gracia, no creáis que acudan a los que se portan como ellos, sino a aquellos mismos de los cuales se burlaron, por lo menos de palabra. ¿ Te avergüenzas, amigo, de servir a Dios,

por temor de verte despreciado? Mira a Aquel que murió en esta cruz; pregúntale si se avergonzó El de verse despreciado, y de morir de la manera más humillante en aquel infame patíbulo. ¡ Ah, qué ingratos somos para con Dios, que parece hallar su gloria en hacer publicar de siglo en siglo que nos ha escogido por hijos suyos ! ¡ Oh Dios mío ! ¡ qué ciego y despreciable es el hombre que teme un miserable *qué dirán*, y no teme ofender a un Dios tan bueno ! Digo, además, que el respeto humano nos hace despreciar todas las gracias que el Señor nos mereció con su muerte y pasión. Sí, H. M., por el respeto humano inutilizamos todas las gracias que Dios nos había destinado para salvarnos. ¡ Oh, maldito respeto humano, qué de almas arrastras al infierno !

En segundo lugar, digo que el respeto humano encierra la ceguera más deplorable. ¡ Ay ! no paramos atención en lo que perdemos. ¡ Ah, H. M. ! ¡ qué desgracia para nosotros ! perdemos a Dios, al cual ninguna cosa podrá jamás reemplazar. Perdemos el cielo, con todos sus bienes y delicias. Pero hay aún otra desgracia, y es que tomamos al demonio por padre y al infierno con todos sus tormentos por nuestra herencia y recompensa. Trocamos nuestras dulzuras y goces eternos en penas y lágrimas. ¡ Ay ! amigo, ¿ en qué piensas ? ¡ Cómo tendrás que arrepentirte por toda la eternidad ! ¡ Oh, Dios mío ! ¿ podemos pensar en ello y vivir todavía esclavos del mundo ?

Es verdad — me diréis — que quien por temor al mundo no cumple sus deberes de religión es bien desgraciado, puesto que nos dice el Señor que a quien se avergonzare de servirle delante de los hombres, no querrá El reconocerle delante de su Padre el día del juicio (1). Dios mío ! temer al mundo ; ¿ y por qué ? sa-

(1) Qui negaverit me coram hominibus, negabo et ego eum coram Patre meo, qui in caelis est (S. Mat., X, 33).

biendo como sabemos que absolutamente es fuerza ser despreciado del mundo para agradar a Dios. Si temías al mundo, no debías haberte hecho cristiano. Sabías bien que en las sagradas fuentes del bautismo hacías juramento en presencia del mismo Jesucristo; que renunciabas al mundo y al demonio; que te obligabas a seguir a Jesucristo llevando su cruz, cubierto de oprobios y desprecios. ¿Temes al mundo? Pues bien, renuncia a tu bautismo, y entrégate a ese mundo, al cual tanto temes desagradar.

Pero ¿cuándo es — me diréis — que obramos nosotros por respeto humano? Escucha bien, amigo mío. Es un día en que, estando en la feria, o en una posada donde se come carne en día prohibido, se te invita a comerla también; y tú, contentándote con bajar los ojos y ruborizarte, en vez de decir que eres cristiano y que tu religión te lo prohíbe, la comes como los demás, diciendo: Si no hago como ellos, se burlarán de mí. — ¿Se burlarán de ti, amigo? ¡Ah! tienes razón; ¡es una verdadera lástima! — ¡Oh! es que haría aun mucho más mal, siendo causa de todos los disparates que dirían contra la religión, que el que hago comiendo carne. — Conque ¿harías aún más mal? ¿Te parece bien que los mártires, por temor de las blasfemias y juramentos de sus perseguidores, hubiesen renunciado todos a su religión? Si otros obran mal, tanto peor para ellos. ¡Ah! di más bien: ¿no hay bastante con que otros desgraciados crucifiquen a Jesús con su mala conducta, para que también tú te juntes a ellos para dar más que sufrir a Jesucristo? ¿Temes que se mofen de ti? ¡Ah, desdichado! mira a Jesucristo en la cruz, y verás cuánto por ti ha hecho.

Conque ¿no sabes tú cuándo niegas a Jesucristo? Es un día en que, estando en compañía de dos o tres personas, parece que se te han caído las manos, o que no sabes hacer la señal de la cruz, y miras si

tienen los ojos fijos en ti, y te contentas con decir tu bendición y acción de gracias en la mesa mentalmente, o te retiras a un rincón para decirlas. Es cuando, al pasar delante de una cruz, te haces el distraído, o dices que no fué por nosotros que Dios murió en ella.

¿No sabes tú cuándo tienes respeto humano? Es un día en que, hallándote en una tertulia donde se dicen obscenidades contra la santa virtud de la pureza o contra la religión, no tienes valor para reprender a los que así hablan, antes al contrario, por temor a sus burlas, te sonríes. — Es que no hay — dices — otro remedio, si no quiero ser objeto de continua mofa. — ¿Temes que se mofen de ti? Por este mismo temor negó San Pedro al divino Maestro; pero el temor no le libró de cometer con ello un gran pecado, que lloró luego toda su vida.

¿No sabes tú cuándo tienes respeto humano? Es un día en que el Señor te inspira el pensamiento de ir a confesarte, y sientes que tienes necesidad de ello, pero piensas que se chancearán de ti y te tratarán de devoto. Es cuando te viene el pensamiento de ir a oír la santa Misa entre semana, y nada te impide ir; pero te dices a ti mismo que se burlarían de ti y que dirían: Esto es bueno para el que nada tiene que hacer, para los que viven de su renta.

¡Cuántas veces este maldito respeto humano te ha impedido asistir al catecismo y a la oración de la tarde! ¡Cuántas veces, estando en tu casa, ocupado en algunas oraciones o lecturas de piedad, te has escondido por disimulo, al ver que alguien llegaba! ¡Cuántas veces el respeto humano te ha hecho quebrantar la ley del ayuno o de la abstinencia, por no atreverte a decir que ayunabas o comías de vigilia! ¡Cuántas veces no te has atrevido a decir el *Angelus* delante de la gente, o te has contentado con decirlo para ti, o has salido del local donde estabas con otros para decirlo fuera!

¡ Cuántas veces has omitido las oraciones de la mañana o de la noche por hallarte con otros que no las hacían ; y todo esto por el temor de que se burlasen de ti ! Anda, pobre esclavo del mundo, aguarda el infierno donde serás precipitado ; no te faltará allí tiempo para echar en falta el bien que el mundo te ha impedido practicar.

¡ Oh, buen Dios ! ¡ qué triste vida lleva el que quiere agradar al mundo y a Dios ! No, amigo, te engañas. Fuera de que vivirás siempre infeliz, no has de conseguir nunca complacer a Dios y al mundo ; es cosa tan imposible como poner fin a la eternidad. Oye un consejo que voy a darte, y serás menos desgraciado : entregate enteramente o a Dios o al mundo ; no busques ni sigas más que a un amo ; pero una vez escogido, no le dejes ya. ¿ Acaso no recuerdas lo que te dice Jesucristo en el Evangelio : No puedes servir a Dios y al mundo, es decir, no puedes seguir al mundo con sus placeres y a Jesucristo con su cruz ? No es que te falten trazas para ser, ora de Dios, ora del mundo. Digámoslo con más claridad : es lástima que tu conciencia, que tu corazón no te consientan frecuentar por la mañana la sagrada mesa y el baile por la tarde ; pasar una parte del día en la iglesia y otra parte en la taberna o en el juego ; hablar un rato del buen Dios y otro rato de obscenidades o de calumnias contra tu prójimo ; hacer hoy un favor a tu vecino y mañana un agravio ; en una palabra, ser bueno y portarte bien y hablar de Dios en compañía de los buenos, y obrar el mal en compañía de los malvados.

¡ Ay, H. M. ! que la compañía de los perversos nos lleva a obrar mal. ¡ Qué de pecados no evitaríamos siuviésemos la dicha de apartarnos de la gente sin religión ! Refiere San Agustín que muchas veces, hallándose entre personas perversas, sentía vergüenza de no igualarlas en maldad, y, para no ser tenido en menos, se gloriaba aun del mal que no había cometido.

¡ Pobre ciego ! ¡ cuán digno eres de lástima ! ¡ qué triste vida !... ¡ Ah, maldito respeto humano ! ¡ qué de almas arrastras al infierno ! ¡ de cuántos crímenes eres tú la causa ! ¡ Ah, cuán culpable es el desprecio de las gracias que Dios nos quiere conceder para salvarnos ! ¡ Ay ! cuántos y cuántos han comenzado el camino de su reprobación por el respeto humano, porque, a medida que iban despreciando las gracias que les concedía Dios, la fe se iba amortiguando en su alma ; y poco a poco iban sintiendo menos la gravedad del pecado, la pérdida del cielo, las ofensas que pecando hacían a Dios. Así acabaron por caer en una completa parálisis, es decir, por no darse ya cuenta del infeliz estado de su alma ; se durmieron en el pecado y la mayor parte murieron en él.

En el sagrado Evangelio leemos que Jesucristo en sus misiones colmaba de toda suerte de gracias los lugares por donde pasaba. Ahora era un ciego, a quien devolvía la vista ; luego un sordo, a quien tornaba el oído ; aquí un leproso, a quien curaba de su lepra ; más allá un difunto, a quien restituía la vida. Con todo, vemos que eran muy pocos los que publicaban los beneficios que acababan de recibir. ¿ Y por qué esto, H. M. ? Es que temían a los judíos ; porque no se podía ser amigo de los judíos y de Jesús. Y así, cuando se hallaban al lado de Jesús, le reconocían ; pero, cuando se hallaban con los judíos, parecían aprobarlos con su silencio. He aquí precisamente lo que nosotros hacemos : cuando nos hallamos solos, al reflexionar sobre todos los beneficios que hemos recibido del Señor, no podemos menos de testificarle nuestro reconocimiento por haber nacido cristianos, por haber sido confirmados ; mas cuando estamos con los libertinos, parecemos compartir sus sentimientos, aplaudiendo con nuestras sonrisas o nuestro silencio sus impiedades. ¡ Oh, qué indigna preferencia, exclama San Máximo !

¡ Ah, maldito respeto humano, qué de almas arrastras al infierno ! ¡ Qué tormento no pasará, H. M., una persona que así quiere vivir y agradar a dos contrarios ! Tenemos de ello un elocuente ejemplo en el Evangelio. Leemos allí que el rey Herodes se había enredado en un amor criminal con Herodíades. Tenía esta infame cortesana una hija, que danzó delante de él con tanta gracia que le prometió el rey cuanto le pidiera, aunque fuera la mitad de su reino. Guardóse bien la desdichada de pedírsela, porque no era bastante ; fué a encontrar a su madre para tomar consejo sobre lo que debía pedir al rey, y la madre, más infame que su hija, presentándole una bandeja, la dijo : « Ve y pide que te mande poner en este plato la cabeza de Juan el Bautista, para traérmela ». Era esto en venganza de haberle echado en cara el Bautista su mala vida. Quedóse el rey sobrecogido de espanto ante esta demanda ; pues, por una parte, él apreciaba a San Juan Bautista, y le pesaba la muerte de un hombre tan digno de vivir. ¿ Qué iba a hacer ? ¿ qué partido iba a tomar ? ¡ Ah ! maldito respeto humano ¿ a qué te decidirás ? Herodes no quisiera decretar la muerte del Bautista ; pero, por otra parte, teme que se burlen de él, porque, siendo rey, no mantiene su palabra. Ve, dice por fin el desdichado a uno de los verdugos, ve y corta la cabeza de Juan el Bautista ; prefiero dejar que grite mi conciencia a que se burlen de mí. Pero ¡ qué horror ! al aparecer la cabeza en la sala, los ojos y la boca, aunque cerrados, parecían reprocharle su crimen y amenazarle con los más terribles castigos. Ante su vista, Herodes palidece y se estremece. ¡ Ay ! que el que se deja guiar por el respeto humano es bien digno de lástima.

Es verdad que el respeto humano no nos impide hacer algunas buenas obras. Pero ¡ cuántas veces, en las mismas buenas obras, nos hace perder el mérito ! ¡ Cuántas buenas obras, que no haríamos si no espe-

ráramos ser por ellas alabados y estimados del mundo !
¡ Cuántos no vienen a la iglesia más que por respeto humano, pensando que, desde el momento en que una persona no practica ya la religión, por lo menos exteriormente, no se tiene confianza en ella, pues, como suele decirse : ¡ donde no hay religión, no hay tampoco conciencia ! ¡ Cuántas madres que parecen tener mucho cuidado de sus hijos, lo hacen sólo por ser estimadas a los ojos del mundo ! ¡ Cuántos, que se reconcilian con sus enemigos sólo por no perder la estima de la gente ! ¡ Cuántos, que no serían tan correctos, si no supiesen que en ello les va la alabanza mundana ! ¡ Cuántos, que son más reservados en su hablar y más modestos en la iglesia a causa del mundo ! ¡ Oh ! maldito respeto humano, qué de buenas obras echas a perder, que a tantos cristianos conducirían al cielo, y no hacen sino empujarlos al infierno !

Pero — me diréis — es que es muy difícil evitar que el mundo se entrometa en todo lo que uno hace. ¿ Y qué, H. M. ? No hemos de esperar nuestra recompensa del mundo, sino de sólo Dios. Si se me alaba, sé bien que no lo merezco, porque soy pecador ; si se me desprecia, nada hay en ello de extraordinario, tratándose de un pecador como yo, que tantas veces ha despreciado con sus pecados al Señor ; muchos más merecería. Por otra parte, ¿ no nos ha dicho Jesucristo : Bienaventurados los que serán despreciados y perseguidos ? Y ¿ quiénes son los que os desprecian ? ¡ Ay ! algunos infelices pecadores, que, no teniendo el valor de hacer lo que vosotros hacéis, para disimular su vergüenza quisieran que obrarais como ellos ; algún pobre ciego que, bien lejos de despreciaros, debiera pasarse la vida llorando su infelicidad. Sus burlas os demuestran cuán dignos son de lástima y de compasión. Son como una persona que ha perdido el juicio, que corre por las selvas, se arrastra por tierra o se arroja a los

precipicios, gritando a los demás que hagan lo mismo ; grite cuanto quiera, la dejáis hacer, y os compadeceís de ella, porque no conoce su desgracia. De la misma manera, H. M., dejemos a esos pobres desdichados que griten y se mofen de los buenos cristianos ; dejemos a esos insensatos en su demencia ; dejemos a esos ciegos en sus tinieblas ; escuchemos los gritos y aullidos de los réprobos ; pero nada temamos, sigamos nuestro camino ; el mal se lo hacen a sí mismos y no a nosotros ; compadezcámoslos, y no nos separemos de nuestra línea de conducta.

¿Sabéis por qué se burlan de vosotros ? Porque ven que les tenéis miedo y que por la menor cosa os sonrojáis. No es de vuestra piedad de lo que ellos hacen burla, sino de vuestra inconstancia, y de vuestra flojedad en seguir a vuestro capitán. Tomad ejemplo de los mundanos ; mirad con qué audacia siguen ellos al suyo. ¿No les veis cómo hacen gala de ser libertinos, bebedores, astutos, vengativos ? Mirad a un impúdico ; ¿se avergüenza acaso de vomitar sus obscenidades delante de la gente ? ¿Y por qué esto, H. M. ? Porque los mundanos se ven constreñidos a seguir a su amo, que es el mundo ; no piensan ni se ocupan más que en agradarle ; por más sufrimientos que les cueste, nada es capaz de detenerlos. Ved aquí, H. M., lo que haríais también vosotros, si quisierais en este punto imitarlos. No temeríais al mundo ni al demonio ; no buscaríais ni querríais más que lo que pueda agradar a vuestro Señor, que es el mismo Dios. Convenid conmigo en que los mundanos son mucho más constantes en todos los sacrificios que hacen para agradar a su amo, que es el mundo, que nosotros en hacer lo que debemos para agradar a nuestro Señor, que es Dios.

II. — Pero ahora volvamos a empezar de otra manera. Dime, amigo, ¿por qué razón te mofas tú de

los que hacen profesión de piedad, o, para que lo entiendas mejor, de los que gastan más tiempo que tú en la oración, de los que frecuentan más a menudo que tú los Sacramentos, de los que huyen los aplausos del mundo? Una de tres, H. M. : o es que consideráis a estas personas como hipócritas, o es que os burláis de la piedad misma, o es, en fin, que os causa enojos ver que ellos valen más que vosotros.

1.º Para tratarlos de hipócritas sería preciso que hubierais leído en su corazón, y estuviéseis plenamente convencidos de que toda su devoción es falsa. Pues bien, H. M., ¿no parece natural, cuando vemos a una persona hacer alguna buena obra, pensar que su corazón es bueno y sincero? Siendo así, ved cuán ridículos resultan vuestro lenguaje y vuestros juicios. Veis en vuestro vecino un exterior bueno, y decís o pensáis que su interior no vale nada. Os muestran un fruto bueno ; indudablemente, pensáis, el árbol que lo lleva es de buena calidad, y formáis buen juicio de él. En cambio, tratándose de juzgar a las personas de bien, decís todo lo contrario : el fruto es bueno, pero el árbol que lo lleva no vale nada. No, H. M., no, no sois tan ciegos ni tan insensatos para disparatar de esta manera.

2.º Digo, en segundo lugar, que os burláis de la piedad misma. Pero me engaño ; nos os burláis de tal persona porque sus oraciones son largas o frecuentes y hechas con reverencia. No, no es por esto, porque también vosotros oráis (por lo menos, si no lo hacéis, faltáis a uno de vuestros primeros deberes). ¿Es acaso porque ella frecuenta los Sacramentos? Pero tampoco vosotros habéis pasado el tiempo de vuestra vida sin acercaros a los santos Sacramentos ; se os ha visto en el tribunal de la penitencia, se os ha visto llegaros a la sagrada mesa. No despreciáis, pues, a tal persona porque cumple mejor que vosotros sus deberes de religión, estando perfectamente convencidos del peligro en que

estamos de perdersnos, y, por consiguiente, de la necesidad que tenemos de recurrir a menudo a la oración y a los Sacramentos para perseverar en la gracia del Señor, y sabiendo que después de este mundo ningún recurso queda : bien o mal, fuerza será permanecer en la suerte que, al salir de él, nos quepa por toda la eternidad.

3.º No, H. M., nada de esto es lo que nos enoja en la persona de nuestro vecino. Es que, no teniendo el valor de imitarle, no quisiéramos sufrir la vergüenza de nuestra flojedad ; antes quisiéramos arrastrarle a seguir nuestros desórdenes y nuestra vida indiferente. ¿Cuántas veces nos permitimos decir : para qué sirven tanta mojigatería, tanto estarse en la iglesia, madrugando tanto para ir a ella, y otras cosas por el estilo ? ¡ Ah, H. M. ! es que la vida de las personas seriamente piadosas es la condenación de nuestra vida floja e indiferente. Bien fácil es comprender que su humildad y el desprecio que ellas hacen de sí mismas condena nuestra vida orgullosa, que nada sabe sufrir, que quisiera la estimación y alabanza de todos. No hay duda de que su dulzura y su bondad para con todos abochorona nuestros arrebatos y nuestra cólera ; es cosa cierta que su modestia, su circunspección en toda su conducta, condena nuestra vida mundana y llena de escándalos. ¿No es realmente esto solo lo que nos molesta en la persona de nuestros prójimos ? ¿No es esto lo que nos enfada cuando oímos hablar bien de los demás y publicar sus buenas acciones ? Sí, no cabe duda de que su devoción, su respeto a la iglesia nos condena, y contrasta con nuestra vida toda disipada y con nuestra indiferencia por nuestra salvación. De la misma manera que nos sentimos naturalmente inclinados a excusar en los demás los defectos que hay en nosotros mismos, somos propensos a desaprobar en ellos las virtudes que no tenemos el valor de practicar. Así lo es-

tamos viendo todos los días. Un libertino se alegra de hallar otro libertino que le aplauda en sus desórdenes; lejos de disuadirle, le alienta a proseguir en ellos. Un vengativo se complace en la compañía de otro vengativo, para aconsejarse mutuamente, a fin de hallar el medio de vengarse de sus enemigos. Pero poned una persona morigerada en compañía de un libertino, una persona siempre dispuesta a perdonar con otra vengativa; veréis cómo en seguida los malvados se desenfrenan contra los buenos y se les *echan encima*. ¿Y por qué esto, H. M., sino porque, no teniendo la virtud de obrar como ellos, quisieran poder arrastrarlos a su parte, a fin de que la vida santa que éstos llevan no sea una continuada censura de la suya propia? Mas, si queréis comprender la ceguera de los que se mofan de las personas que cumplen mejor que ellos sus deberes de cristianos, escuchadme un momento.

¿Qué pensarías de un pobre que tuviera envidia de un rico, si él no fuese rico sino porque no quiere serlo? No le diríais: amigo, ¿por qué has de decir mal de esta persona a causa de su riqueza? De ti solamente depende ser tan rico como ella, y aun más si quieres. Pues de igual manera, H. M., ¿por qué nos permitimos vituperar a los que llevan una vida más arreglada que la nuestra? Sólo de nosotros depende ser como ellos y aun mejores. El que otros practiquen la religión con más fidelidad que nosotros nos nos impide ser tan honestos y perfectos como ellos, y más todavía, si queremos serlo.

Digo, en tercer lugar, que las gentes sin religión que desprecian a quienes hacen profesión de ella...; pero, me engaño: no es que los desprecien, lo aparentan solamente, pues en su corazón los tienen en grande estima. ¿Queréis una prueba de esto? ¿A quién recurrirá una persona, aunque no tenga piedad, para hallar algún consuelo en sus penas, algún alivio en sus tris-

tezas y dolores? ¿Creéis que irá a buscarlo en otra persona sin religión como ella? No, amigos míos, no. Conoce muy bien que una persona sin religión no puede consolarle, ni darle buenos consejos. Irá a los mismos de quienes antes se burlaba. Harto convencido está de que sólo una persona prudente, honesta y temerosa de Dios puede consolarlo y darle algún alivio en sus penas. ¡Cuántas veces, en efecto, H. M., hallándonos agobiados por la tristeza o por cualquiera otra miseria, hemos acudido a alguna persona prudente y buena y, al cabo de un cuarto de hora de conversación, nos hemos sentido totalmente cambiados y nos hemos retirado diciendo: ¡Qué dichosos son los que aman a Dios y también los que viven a su lado! He aquí que yo me entristecía, no hacía más que llorar, me desesperaba; y, con unos momentos de estar en compañía de esta persona, me he sentido todo consolado. Bien cierto es cuanto ella me ha dicho: que el Señor no ha permitido esto sino por mi bien, y que todos los santos y santas habían pasado penas mayores, y que más vale sufrir en este mundo que en el otro. Y así acabamos por decir: en cuanto se me presente otra pena, no demoraré en acudir a él de nuevo en busca de consuelo. ¡Oh, santa y hermosa religión! ¡cuán dichosos son los que te practican sin reserva, y cuán grandes y preciosos son los consuelos y dulzuras que nos proporcionas...!

Ya veis, pues, H. M., que os burláis de quienes no lo merecen; que debéis, por el contrario, estar infinitamente agradecidos a Dios por tener entre vosotros algunas almas buenas que saben aplacar la cólera del Señor, sin lo cual pronto seríamos aplastados por su justicia. Si lo pensáis bien, una persona que hace bien sus oraciones, que no busca sino agradar a Dios, que se complace en servir al prójimo, que sabe desprenderse aun de lo necesario para ayudarle, que per-

dona de buen grado a los que le hacen alguna injuria, no podéis decir que se porte mal, antes al contrario. Una tal persona no es sino muy digna de ser alabada y estimada de todo el mundo. Sin embargo, a esta persona es a quien criticáis; pero ¿no es verdad que, al hacerlo, no pensáis lo que decís? Ah, es cierto, os dice vuestra conciencia; ella es más dichosa que nosotros. Oye, amigo mío, escúchame, y yo te diré lo que debes hacer: bien lejos de vituperar a esta clase de personas y burlarte de ellas, has de hacer todos los esfuerzos posibles por imitarlas, unirte todas las mañanas a sus oraciones y a todos los actos de piedad que ellas hagan entre día. Pero — diréis — para hacer lo que ellas se necesita violentarse y sacrificarse demasiado. ¡Cuesta mucho trabajo!... No tanto como queréis vosotros suponer, H. M. ¿Tanto cuesta hacer bien las oraciones de la mañana y de la noche? ¿Tan dificultoso es escuchar la palabra de Dios con respeto, pidiendo al Señor la gracia de aprovecharse? ¿Tanto se necesita para no salir de la iglesia durante las instrucciones? ¿para abstenerse de trabajar el domingo? ¿para no comer carne en los días prohibidos y despreciar a los mundanos empeñados en perderse?

Si es que teméis que os llegue a faltar el valor, dirigid vuestros ojos a la cruz donde murió Jesucristo, y veréis cómo no os faltará aliento. Mirad a esas muchedumbres de mártires, que sufrieron dolores que no podéis comprender vosotros, por el temor de perder sus almas. ¿Os parece que se arrepienten ahora de haber despreciado el mundo y el *qué dirán*?

Concluyamos, H. M., diciendo: ¡Cuán pocas son las personas que verdaderamente sirven a Dios! Unos tratan de destruir la religión, si fuese posible, con la fuerza de sus armas, como los reyes y emperadores paganos; otros con sus escritos impíos quisieran deshonorarla y destruirla si pudiesen; otros se mofan de ella

en los que la practican ; otros, en fin, sienten deseos de practicarla, pero tienen miedo de hacerlo delante del mundo. ¡ Ay, H. M. ! ¡ qué pequeño es el número de los que andan por el camino del cielo, pues sólo se cuentan en él los que continua y valerosamente combaten al demonio y sus sugerencias, y desprecian al mundo con todas sus burlas ! Puesto que esperamos nuestra recompensa y nuestra felicidad de sólo Dios, ¿ por qué, H. M., amar al mundo, habiendo prometido con juramento aborrecerlo y despreciarlo para no seguir más que a Jesucristo, llevando nuestra cruz todos los días de nuestra vida ? Dichoso, H. M., aquel que no busca sino sólo a Dios y desprecia todo lo restante. Esta es la dicha...

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

SOBRE LA SATISFACCIÓN

Facite ergo fructus dignos paenitentiae.

Haced, pues, dignos frutos de penitencia.

(S. Luc., III, 8.)

Este es, H. M., el lenguaje que el santo Precursor usaba con todos los que venían a él en el desierto a aprender de sus labios qué debían hacer para alcanzar la vida eterna. Haced dignos frutos de penitencia — les decía — para que vuestros pecados os sean perdonados. Es decir, H. M., que quien de vosotros haya pecado no tiene otro remedio que la penitencia, aun los que están ya perdonados. En efecto, nuestros pecados, perdonados en el tribunal de la penitencia, reclaman todavía penas y castigos, o en este mundo, con los dolores y miserias de la vida, o en las llamas del purgatorio. Esta diferencia hay, H. M., entre el sacramento del bautismo y el de la penitencia: en el del bautismo Dios no atiende más que a su misericordia, es decir, nos perdona sin exigir nada de nosotros; mientras que en el de la penitencia no nos perdona los pecados ni nos devuelve la gracia sino a condición de que suframos una pena temporal, o en este mundo, o en las llamas del purgatorio; y esto lo hace para castigar al pecador por el desprecio y el abuso de sus gracias. Dios quiere, además, que hagamos penitencia por nuestros pecados, a fin de preservarnos de

recaer en ellos, para que, acordándonos de lo que tuvimos que sufrir por ellos una vez ya confesados, no nos atrevamos de nuevo a cometerlos. Quiere también Dios que unamos nuestras penitencias a las suyas, y que consideremos cuánto sufrió El para hacer meritorias las nuestras. ¡ Ay, H. M. ! desengañémonos ; sin los sufrimientos de Jesucristo, todo cuanto pudiéramos haber hecho no hubiera bastado para satisfacer por el más insignificante de nuestros pecados. ¡ Ah, Señor ! ¡ cuán deudores os quedamos por este grande acto de vuestra misericordia para con nosotros, misera- bles ingratos ! Me propongo, pues, demostraros, H. M. : 1.º Que aunque nuestros pecados nos sean perdonados, no estamos exentos de hacer penitencia ; 2.º cuáles sean las obras por las que podemos satisfacer a la justicia di- vina, o, para hablar más claramente, me propongo mos- traros en qué consiste la satisfacción, que es la cuarta de las disposiciones que hemos de tener para recibir dignamente el sacramento de la penitencia.

I. — Todos sabéis, H. M., que el sacramento de la penitencia es un sacramento instituido por nuestro Se- ñor Jesucristo para perdonar los pecados cometidos después del bautismo. En este sacramento es donde el Salvador del mundo muestra principalmente la gran- deza de su misericordia, puesto que no hay pecados que este sacramento no borre, por grande que sea su número y por espantosa que sea su fealdad ; de suerte que todo pecador está seguro de su perdón y de recu- perar la amistad de su Dios, mientras él ponga de su parte las disposiciones por el sacramento requeridas. La primera disposición consiste en conocer bien sus pe- cados, el número de ellos y las circunstancias que pue- den aumentar su gravedad o cambiar su especie (1) ;

(1) Es hoy sentencia común entre los moralistas que no son mate-

y este conocimiento no se nos dará sino después de haberlo pedido al Espíritu Santo. Toda persona que en su examen de conciencia no pide las luces del Espíritu Santo no puede menos de hacer una confesión sacrílega (1). Si estáis en este caso, volved sobre vuestros pasos, porque podéis estar seguros de que vuestras confesiones han sido malas.

La segunda condición consiste en declarar bien los pecados, como os dice vuestro catecismo, sin artificio ni disfraces, es decir, tal como los conocéis en vuestra conciencia. Esta acusación no la haréis tampoco como es debido, sino en cuanto hayáis pedido para ello fuerza a Dios; sin esto es *imposible* (2) que declaréis vuestros pecados como se debe para obtener su perdón. Debéis, pues, examinar en la presencia de Dios si, cada vez que os habéis confesado, le habéis pedido esta fuerza; y si habéis faltado en esto, rehaced vuestras confesiones, porque podéis estar seguros de que nada valen.

La tercera condición que este sacramento pide, para alcanzar por él el perdón de los pecados, es la contrición, es decir, el arrepentimiento de haberlos cometido junto con la resolución sincera de no cometerlos más y un verdadero deseo de evitar todo aquello que pueda

ria necesaria de la confesión las circunstancias agravantes, aunque aumenten *notablemente* la malicia del pecado, siempre que no cambien su especie, moral o teológica. (N. del T.).

(1) Es más exacto decir que una persona que no pide las luces del Espíritu Santo *se expone* a hacer una confesión sacrílega, a causa de la debilidad de su memoria, de las astucias del demonio, de la ilusión de las pasiones, sobre todo del respeto humano, de la vanidad y de la rutina.

(2) El Santo entiende aquí la palabra *imposible* en el sentido de *difícil*. Absolutamente hablando no es imposible declarar los propios pecados sin la oración previa; pero la acusación sacramental es con frecuencia difícil sin una gracia particular de sinceridad, que sólo con la oración se obtiene; y en todo caso una buena confesión es una obra sobrenatural que no se puede llevar a cabo sin la gracia, cuyo medio de obtención ordinario es la oración.

hacernos caer de nuevo. Esta contrición viene del cielo y no se obtiene sino mediante la oración y las lágrimas ; oremos, por tanto, y lloremos, considerando que este defecto de contrición es el que condena mayor número de almas. Se acusan bien los pecados ; pero, con frecuencia, el corazón no entra en ello para nada. Se cuentan los pecados como se contaría una historia indiferente ; no hay en nosotros contrición, porque, si la hubiera, cambiaríamos de vida. Cada año, cada seis meses, cada mes, cada tres semanas, cada ocho días, si a mano viene, los mismos pecados, las mismas faltas ; andamos siempre por el mismo camino : no hay cambio alguno en nuestra manera de vivir. ¿ De dónde pueden provenir todas estas desgracias que precipitan tantas almas al infierno, sino de la falta de contrición ? ¿ Y cómo podemos esperar tenerla, si, con frecuencia, ni siquiera cuidamos de pedirla a Dios, o se la pedimos sin deseo casi de tenerla ? Si no notáis cambio alguno en vuestra conducta, es decir, si, después de tantas confesiones y comuniones, no sois mejores que antes, volved sobre vuestros pasos, para reconocer vuestra desdicha antes que no quede ya remedio. Para tener esperanza fundada de que nuestras confesiones van acompañadas de las disposiciones debidas, es preciso, H. M., que a la confesión se junte la conversión ; sin esto no haría sino prepararnos toda suerte de desdichas para la otra vida.

Pero, después de haber conocido bien, con la gracia del Espíritu Santo, nuestros pecados ; después de haberlos declarado como se debe ; después de habernos dolido sinceramente de ellos ; se necesita todavía una cuarta condición, para que las tres primeras produzcan los frutos esperados : es la satisfacción que debemos a Dios y al prójimo. *A Dios*, en reparación de la injuria que el pecado le ha hecho ; *al prójimo*, en reparación del agravio que le hicimos en su alma o en su cuerpo.

Comenzaré por deciros que, desde el principio del mundo acá, vemos que en todas partes, al perdonar Dios el pecado, ha exigido siempre una satisfacción temporal, como derecho que su justicia reclama. Su misericordia nos perdona ; pero su justicia quiere ser satisfecha en alguna pequeña cosa, de suerte que, después de haber pecado, aun cuando hayamos sido perdonados, debemos tomar venganza sobre nosotros mismos, haciendo sufrir a nuestro cuerpo que pecó. Pero ¿qué son, hermanos míos, nuestras penitencias en comparación de lo que nuestros pecados nos han merecido, o sea de una eternidad de tormentos? ¡ Oh ! ¡ cuán bondadoso sois, Dios mío, que os contentáis con tan poca cosa !

Si las penitencias que se os imponen os parecen duras y penosas de cumplir por el gran número de vuestros pecados mortales, recorred la vida de los santos, y veréis las penitencias que hicieron, aunque muchos estaban seguros de su perdón. Mirad a Adán, a quien el mismo Señor había dicho que su pecado le estaba perdonado, haciendo penitencia a pesar de ello por espacio de más de novecientos años, penitencia que hace temblar. Mirad a David, a quien el profeta Natán anuncia de parte de Dios que su pecado se le ha perdonado ya, y hace no obstante penitencia tan rigurosa que sus pies no pueden ya sostenerle ; compungido de dolor por su culpa, hace resonar con sus gritos y sollozos los ámbitos de su palacio. Dice que llorando bajará al sepulcro ; que el dolor no le dejará hasta el término de su vida ; corren sus lágrimas con tanta abundancia, que, según él mismo nos dice, con ellas moja el pan que come y riega con su llanto el lecho donde se acuesta. Mirad todavía a San Pedro, por un pecado que el temor le ha hecho cometer ; perdónale el Señor, y, no obstante, llora su pecado toda su vida con tanta abundancia de lágrimas, que llegan a dejar surco en su rostro.

¿Y qué hace Santa María Magdalena después de la muerte del Salvador? Va a sepultarse en un desierto, donde llora y hace penitencia toda su vida; y no obstante, bien la había perdonado el Señor, quien dijo al fariseo que muchos pecados le habían sido perdonados, porque había amado mucho. Pero, sin ir tan lejos, mirad, H. M., mirad las penitencias que se imponían en los primeros tiempos de la Iglesia. Mirad si las de hoy guardan alguna proporción con las de entonces. Por haber jurado inadvertidamente el santo nombre de Dios (¡ay! cosa tan común ahora, aun entre los niños, que no saben quizás las oraciones más ordinarias) se condenaba a aquellos cristianos a ayunar siete días a pan y agua. Por haber consultado a los adivinos, siete años de penitencia. Por haber trabajado unos momentos en domingo, penitencia durante tres días. Por haber hablado durante la santa Misa, ayuno de diez días a pan y agua. Si en Cuaresma se faltaba un día al ayuno, había que ayunar luego por espacio de siete días. Por haber danzado delante de una iglesia en domingo o día festivo, siete años de penitencia. Por haber violado el ayuno de las Cuatro Témporas, cuarenta días de ayuno a pan y agua. Por haberse burlado de un Obispo o del propio Pastor, poniendo en ridículo sus instrucciones, penitencia durante cuarenta días. Por haber dejado morir a un niño sin bautismo, tres años de penitencia. Por haberse disfrazado en carnaval, tres años de penitencia. Por haber bailado un joven o una joven, tres años de penitencia, y en caso de reincidencia, amenaza de excomunión. Por viajar, en los domingos o días de fiesta, sin necesidad, siete días de penitencia. Por haber caído una joven en pecado impuro con un hombre casado, diez años de penitencia.

Pues bien, H. M., ¿qué son, decidme, las penitencias que hoy se nos imponen, comparadas con estas que acabo de referir? Con todo, la justicia de Dios es la

misma ; y nuestros pecados no son menos horribles, ni merecen menos ser castigados.

II. — ¿No debiéramos cubrirnos de confusión, en vista de lo poco que hacemos, comparado con las rudas y prolongadas penitencias de los primeros cristianos? Pero ¿cuáles son — me diréis — las obras por las cuales podemos nosotros satisfacer a la justicia de Dios por nuestros pecados? Si deseáis practicarlas, nada más fácil, como vais a verlo. La primera es la *penitencia* que os impone el confesor, la cual forma parte del sacramento. Si no se tuviese la intención de cumplirla de todo corazón lo mejor que se pueda, la confesión no sería sino un sacrilegio ; la segunda es la oración ; la tercera es el ayuno ; la cuarta es la limosna ; la quinta, las indulgencias, que son las obras más fáciles de cumplir y a la vez más eficaces. Digo :

1.º La penitencia que el confesor nos impone antes de darnos la absolución, debemos recibirla con júbilo y gratitud, y cumplirla lo mejor que podamos, sin lo cual debiéramos estar con gran temor de hacer una confesión sacrílega. Si pensásemos, pues, que no la podremos cumplir, debemos exponer humildemente al confesor nuestras razones ; si las halla atendibles, nos la cambiará. Hay, empero, penitencias que el confesor ni puede ni debe cambiar. Tales son las penitencias que miran a la enmienda del pecador, como, por ejemplo, prohibir la taberna a un borracho, el baile a las jóvenes, o a un mozo la compañía de otra persona que le encamina al mal ; obligar a reparar la injusticia que se ha hecho, a confesar con frecuencia por haber vivido algún tiempo con negligencia respecto a la propia salvación. Convendréis conmigo en que un sacerdote no puede ni debe cambiar estas penitencias. Cuando uno tiene razones para hacerse cambiar la penitencia impuesta, debe ser el mismo sacerdote quien haga

el cambio, en cuanto se pueda; porque otro confesor ignoraría por qué motivos se impuso. ¿Halláis que vuestras penitencias son largas y dificultosas? ¡No seáis tan delicados! Comparadlas con las penas del infierno que vuestros pecados habían merecido. ¡Ah! ¡con qué gozo un pobre condenado no se avendría a practicar hasta el fin del mundo las penitencias que a vosotros se os señalan y otras mucho más rigurosas, si a este precio pudiera poner término a su suplicio! ¡Qué dicha ésta para él! mas nunca le será concedida.

Pues bien, H. M., recibiendo alegremente nuestra penitencia, con un verdadero deseo de cumplirla lo mejor que podamos, nos libramos del infierno, como si el Señor concediese a un condenado la gracia que acabamos de decir. ¡Oh, Dios mío! ¡cuán poco conoce su ventura el pecador! Digo:

1.º Que debemos cumplir la penitencia que el confesor nos ha impuesto, y que el omitirla sería un gran pecado. Solamente con esta condición concede Dios de nuevo su gracia al pecador, y el sacerdote, en nombre de Dios, le absuelve de su pecado. ¿No sería, por tanto, H. M. una impiedad quedarse sin cumplir la penitencia y esperar todavía el perdón? Sería proceder irracionalmente; querer la recompensa sin que nada nos costase.

¿Qué pensaremos, H. M., de aquellos que no cumplen la penitencia? Por mi parte os diré lo que pienso de tales personas. Si es que no han recibido todavía la absolución, son personas que ni aun deseos tienen de convertirse, puesto que rehusan aplicar los medios necesarios para ello, y, cuando vuelvan a confesarse, el confesor debe negarles la absolución por segunda vez. Mas si, habiendo sido ya absueltos, no cuidan de cumplir la penitencia, cometen pecado mortal, si los pecados confesados eran mortales y la penitencia impuesta considerable; y han de temer que su confesión

haya sido sacrílega, por defecto de una sincera voluntad de satisfacer a Dios por su pecado. Entended que hablo aquí de los que hubiesen omitido toda su penitencia o parte considerable de ella; no de los que se hubiesen olvidado de cumplirla, o no hubiesen podido hacerlo en el tiempo prescrito.

Digo, además, que es preciso cumplir la penitencia toda entera, dentro del tiempo señalado, y devotamente. En primer lugar, *enteramente*. No debe omitirse nada de lo que se nos ha impuesto; al contrario, debiéramos añadir algo a lo que nos señaló el confesor. Dice San Cipriano que la penitencia ha de igualar la falta, que el remedio no debe ser menor que el mal. Y decidme, H. M., ¿qué penitencias se nos imponen? Alguna parte de rosario, alguna letanía, alguna limosna, algunas pequeñas mortificaciones. Decidme, ¿guardan todas estas cosas alguna proporción con nuestros pecados, que merecen tormentos sin término? Los hay que cumplen su penitencia andando o sentados, cosa que no se debe hacer. Vuestra penitencia habéis de rezarla de rodillas, a no ser que el sacerdote os diga que podéis rezarla sentados o caminando. Y si alguna vez habéis caído en esta falta, debéis confesaros de ella y no reincidir.

En segundo lugar, digo que habéis de cumplirla *dentro del tiempo señalado*, pues no haciéndolo pecarías, a menos que no pudierais obrar de otra manera, y en este caso debéis decirlo al confesor cuando volváis a confesaros. Si, por ejemplo, él os ordena hacer una visita al Santísimo Sacramento después de los oficios, porque sabe que os juntáis con compañías que no os conducirán a Dios; si os manda alguna mortificación en la comida, porque sois inclinados a la gula; hacer un acto de contrición, cuando tengáis la desgracia de recaer en el pecado que habéis confesado; o bien cuando otras veces esperáis a cumplir vuestra penitencia

hasta el momento en que os disponéis para volveros a confesar : comprendéis tan bien como yo que en todos estos casos sois culpables y no debéis descuidar el acusaros, así como que habéis de evitar el que vuelvan a repetirse en adelante.

Digo, en tercer lugar, que habéis de cumplir vuestra penitencia *devotamente*, es decir, con piedad, y con sincero deseo de dejar el pecado. Hacerla con piedad, H. M., es hacerla con atención de la mente y con devoción del corazón. Si rezáis vuestra penitencia con distracciones voluntarias, no la habéis cumplido, estáis obligados a rezarla de nuevo. Hacerla con piedad es hacerla con una grande confianza en que el Señor nos perdonará nuestros pecados por los méritos de Jesucristo, el cual satisfizo por nosotros con sus padecimientos y su muerte en la cruz. Hemos de cumplir la penitencia con alegría, llenos de gozo porque nos es dado satisfacer a Dios a quien offendimos y porque se nos proporcionan medios fáciles de borrar nuestros pecados que merecerían hacernos sufrir por toda la eternidad. Una cosa no habéis nunca de olvidar y es que, cada vez que vais a cumplir vuestra penitencia, debéis decir a Dios : Dios mío, uno esta ligera penitencia a la que Jesucristo, mi Salvador, os ofreció por mis pecados. Esto hará vuestra penitencia meritoria y agradable a Dios.

Decía, además, que debemos cumplir la penitencia con un verdadero deseo de dejar el pecado en absoluto, cueste lo que cueste, aun cuando fuese preciso morir. Si no tenemos estas disposiciones, bien lejos de satisfacer a la justicia de Dios, la ultrajamos de nuevo, lo cual nos hace todavía más culpables.

He dicho que no habemos de contentarnos con la penitencia que el confesor nos impone, porque ella es nada o casi nada, si la comparamos con lo que merecen nuestros pecados. Si el confesor nos contempla tanto,

no es sino por el temor de disgustarnos de trabajar por nuestra salvación. Si verdaderamente tomáis a pecho vuestra salvación, vosotros mismos debéis imponeros nuevas penitencias. Os diré cuáles os serán más convenientes. Si habéis tenido la desgracia de dar escándalo, debéis tornaros tan vigilantes que vuestro prójimo nada pueda ver en vosotros que no le incite al bien ; habéis de mostrar con vuestra conducta que vuestra vida es ya verdaderamente cristiana. Y si habéis tenido la desgracia de pecar contra la santa virtud de la pureza, debéis mortificar vuestro miserable cuerpo con el ayuno, no concediéndole más que lo indispensable para conservar la vida y para que pueda cumplir con sus deberes, y hacerle dormir de cuando en cuando sobre el duro suelo. Si os sucede tener a mano algún manjar que halaga vuestra gula, debéis rehusarlo a vuestro cuerpo, y despreciarlo tanto cuanto antes le amasteis ; él quería perder vuestra alma, es necesario que le castigéis. Es preciso que vuestro corazón, que ha pensado en cosas impuras, dirija sus pensamientos al infierno, que es el lugar reservado a los impúdicos. Si estáis apegados a la tierra, conviene que hagáis todas las limosnas posibles, en castigo de vuestra avaricia, privándoos de todo lo que no os es absolutamente indispensable para la vida.

¿ Hemos sido negligentes en el servicio de Dios ? Impongámonos como un deber, en penitencia, el asistir a todos los ejercicios de piedad que se hacen en nuestra parroquia. Quiero decir, a la Misa, a las Vísperas, al catecismo, a la meditación, al rosario, a fin de que Dios, viendo nuestra solicitud, se mueva a perdonarnos nuestras negligencias. Si entre los oficios disponemos de algunos momentos, tengamos alguna lectura piadosa, que servirá de alimento a nuestra alma, leamos sobre todo la vida de algún Santo, donde veremos lo que ellos hacían para santificarse ; esto nos alentará ; ha-

gamos alguna corta visita al Santísimo Sacramento, para pedirle perdón de los pecados cometidos entre semana. Si nos sentimos culpables de alguna falta, vayamos a descargarnos de ella, a fin de que nuestras oraciones y todas nuestras buenas obras sean más agradables a Dios y más ventajosas para nuestra alma. ¿Tenemos la costumbre de jurar o de encolerizarnos? Pongámonos de hinojos, para repetir esta santa oración: Dios mío, sea bendito vuestro santo nombre por los siglos de los siglos; Dios mío, purificad mi corazón, purificad mis labios, a fin de que jamás pronuncien palabras que os ultrajen y me separen de Vos. Cada vez que cayereis en este pecado, debéis al instante hacer un acto de contrición o dar alguna limosna a los pobres. ¿Habéis trabajado en domingo; habéis comprado o vendido sin necesidad en este día santo? Entregad a los pobres una limosna mayor que el provecho obtenido. ¿Habéis comido o bebido con exceso? Privaos de algo en todas vuestras comidas. Ahí tenéis, H. M., algunas penitencias que no solamente podrán satisfacer a la justicia de Dios, si van unidas a las de Jesucristo, sino que podrán también preservaros de recaer en vuestros pecados. Si queréis portaros de esta manera, estaréis seguros de corregiros con la gracia del Señor.

Sí, H. M., hemos de darnos pena y castigo allá mismo donde hemos practicado el mal; este es el verdadero medio de evitar las penitencias y castigos de la otra vida. Verdad es que esto cuesta; pero no podemos excusarnos, mientras estamos aún en vida y Dios se contenta con tan poca cosa. Si aguardamos para después de la muerte, no llegaremos a tiempo. H. M., todo habrá concluido; sólo nos quedará el lamentarnos de no haberlo hecho. ¿Sentimos, H. M., alguna repugnancia por la penitencia? Demos una mirada a nuestro amable Salvador; veamos lo que El ha hecho y sufrido para

satisfacer al Padre por nuestros pecados. Animémonos con el ejemplo de tantos mártires ilustres, que con tanto júbilo entregaron sus cuerpos al verdugo. Animémonos también, H. M., con el pensamiento de las devoradoras llamas del purgatorio, donde están sufriendo pobres almas, condenadas por pecados quizás menores que los nuestros. Si os cuesta trabajo, H. M., hacer penitencia, también tendréis en cambio la recompensa eterna que con ella se merece.

2.º Hemos dicho que se puede satisfacer a la justicia de Dios con la *oración*, no solamente con la oración vocal o mental, sino también con el ofrecimiento de todas nuestras acciones, elevando de cuando en cuando nuestro corazón a Dios entre día y diciendo: Dios mío, Vos sabéis que si trabajo es por Vos; Vos me habéis condenado a trabajar para satisfacer a vuestra justicia por mis pecados. Dios mío, tened piedad de mí, que no soy más que un miserable pecador, que tantas veces me he rebelado contra Vos, mi Salvador y mi Dios. Deseo que todos mis pensamientos, todos mis deseos no tengan sino un objeto, y que todas mis acciones no vayan encaminadas sino a agradaros. Será también muy agradable a Dios pensar a menudo en nuestras postrimerías, es decir, en la muerte, en el juicio, en el infierno, que ha sido hecho para morada de los pecadores.

3.º He dicho también que podemos satisfacer a la divina justicia con el *ayuno*. Se comprende bajo el nombre de ayuno (1) todo lo que puede mortificar el cuerpo o el espíritu, como renunciar a la propia vo-

(1) El Santo toma aquí la palabra *ayuno*, no en su sentido riguroso y estricto, sino en su sentido amplio y extensivo. En el sentido riguroso y estricto, consiste el ayuno en no tomar más que una comida al día, a la cual se puede añadir una ligera colación por la noche y la llamada *parvedad* por la mañana, según la práctica tolerada en la Iglesia. (N. del T.).

luntad, cosa tan grata a Dios que nos merece más que treinta días de penitencia; sufrir por amor de Dios las repugnancias, las injurias, los desprecios, las confusiones que no creemos merecer; privarnos de algunas visitas, como sería ir a ver a nuestros parientes, nuestros amigos, nuestras tierras y otras cosas semejantes que nos ocasionarían algún placer; estarnos algún tiempo más de rodillas, para que el cuerpo, que ha pecado, sufra de alguna manera.

4.º He dicho, además, que podemos satisfacer a la divina justicia con la *limosna*, como dijo el profeta a Nabucodonosor: «Redime tus pecados con la limosna» (1). Hay varias clases de limosnas: las que miran al cuerpo, como dar de comer a los que no tienen pan; vestir a los que no tienen con qué cubrir su desnudez; visitar a los enfermos; darles algún dinero; arreglarles la cama; pasar algún rato haciéndoles compañía; prepararles las medicinas: he aquí las que miran al cuerpo. Pero hay otras que miran al alma, y son todavía mucho más preciosas que las que miran al cuerpo: se las llama *limosnas espirituales*. ¿Cómo se hace — me diréis — la limosna espiritual? Os lo explicaré: la hacéis cuando vais a consolar a una persona que pasa alguna tristeza, que acaba de experimentar alguna pérdida, y vosotros la consoláis con palabras llenas de bondad y de caridad, recordándole la gran recompensa que Dios ha prometido a los que padecen por su amor, y que las penas de este mundo duran sólo un momento, mientras que la recompensa será eterna. La limosna espiritual se hace instruyendo a los ignorantes, que son pobres gentes que se perderán si alguien no tiene compasión de ellas. ¡Ay! cuántas de estas personas hay que no saben lo necesario para salvarse; que ignoran los principales misterios de nuestra santa religión;

(1) Peccata tua eleemosynis redime (Dan., IV, 24).

que, no obstante sus penas y todas sus buenas obras, se condenarán.

Padres y madres, amos y amas, ¿dónde están vuestros deberes? ¿Los conocéis algún tanto? No, yo creo que no los conocéis. Si tuvierais de ellos algún conocimiento, ¿cuál no sería vuestra diligencia por ver si vuestros hijos conocen bien de la religión todo aquello que se necesita para no perderse! ¡Cómo buscaríais todos los medios posibles para enseñarles aquello a que vuestro deber de padre y de madre os obliga! ¡Dios mío! ¡cuántos niños perdidos a causa de la ignorancia! y esto por culpa de sus padres, que, no pudiendo quizás instruirles por sí mismos, ni siquiera han sido capaces de confiarlos a quien podía hacerlo, y los han dejado vivir en este estado y condenarse por toda la eternidad.

Amos y amas, ¿qué limosna hacéis a vuestros pobres domésticos, la mayor parte de los cuales no saben nada de su religión? ¡Dios mío! ¡cuántas almas se pierden, de las cuales los amos y amas darán cuenta el día del juicio! Yo le pago su sueldo — diréis vosotros —; el instruirse es cosa suya; yo no lo tengo más que para trabajar; no es sólo lo que yo le doy lo que el gana. Os engañáis: no os ha confiado el Señor esa pobre criatura únicamente para que os ayude a trabajar, sino también para que la enseñéis a salvar su alma. ¡Ah! ¡pueden los amos vivir tranquilos viendo a sus criados en estado de condenación cierta? ¡Dios mío! ¡cuán poco les interesa la pérdida de una alma! ¡Ay! ¡cuántas veces las señoras verán que sus criados omiten las oraciones de la mañana y de la noche, que quizás ni siquiera toman agua bendita, y nada les dirán, o se contentarán con pensar: «Este criado no tiene mucha religión», pero sin pasar de aquí: con tal que cumpla bien con su trabajo, ya estáis contentos. ¡Oh, buen Dios! ¡qué ceguera! ¿quién es capaz de comprender-

la? Yo os digo que los amos debieran tener tanto cuidado y tomar tantas precauciones para instruir o hacer instruir a sus criados como a sus hijos, mientras aquéllos están a su servicio. Dios os pedirá cuenta de ellos lo mismo que de los hijos, ni más ni menos. Hacéis con ellos las veces de padre y madre; con vosotros se entenderá Dios. ¡Ay! si tantos pobres criados no tienen religión, esta desgracia viene en gran parte de que no se los instruye. Si tuvierais la caridad de instruirlos, enseñándoles lo que deben hacer para salvarse, los deberes que han de cumplir para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismos, las verdades de nuestra santa religión que absolutamente es necesario saber, haríais que abriesen sus ojos a su desdicha. ¡Oh! ¡qué de gracias os darían por toda la eternidad, diciendo que después de Dios a vosotros deben su felicidad eterna! ¡Dios mío! ¡es posible que se dejen perder almas tan preciosas, cuyo rescate tanto ha costado a Jesucristo! — Pero me diréis: esto cuesta poco de decir; va uno a hablarles de religión, y los hay que ni siquiera atienden o bien lo toman a burla. — Por desgracia es esto demasiado cierto. Hay algunos tan desdichados que no quieren abrir los ojos a su desdicha; pero no todos son así; también los hay que se alegran mucho de que se los instruya. Es menester tratarlos con dulzura, considerando que, aun cuando os parecerá que de nada les aprovecha, seréis recompensados lo mismo que si los hubieseis hecho santos. Y desengañaos: tarde o temprano se acordarán de lo que les hayáis enseñado; y vendrá un día en que se aprovecharán de ello y rogarán a Dios por vosotros.

Les debéis, además, la limosna de vuestras oraciones. Los amos que tienen criados no deben pasar ni un solo día sin rogar a Dios por ellos. Estoy persuadido de que los hay que quizás nunca han rogado a Dios por sus criados. ¡Dios mío! ¡cuántas personas que

no conocen sus deberes ; que, por consiguiente no los cumplen, y que se perderán por toda la eternidad ! Padres y madres, amos y amas, no descuidéis esta limosna espiritual que debéis a vuestros hijos y a vuestros domésticos. Les debéis también, además, la limosna de los buenos ejemplos, que les servirán de guía para ir al cielo.

Aquí teneis, H. M., las cosas que yo creo más capaces de satisfacer a la justicia de Dios por vuestros pecados ya confesados y perdonados.

Podéis todavía satisfacer a la justicia de Dios llevando con paciencia todas las miserias que os veréis obligados a sufrir a pesar vuestro, como son las enfermedades, las flaquezas, las aflicciones, la pobreza, las fatigas de vuestros trabajos, el frío, el calor, las desgracias que os sucedan, la necesidad de morir.

Ved cuánta es la bondad de Dios, que nos ha hecho la gracia de que todas nuestras acciones puedan ser meritorias y capaces de suprimir todas las penas de la otra vida. Mas, por desgracia, H. M., no es este el espíritu con que sufrimos los males que Dios nos envía como otras tantas gracias que nos hace ; ¡ ay ! ciegos hasta el extremo acerca de nuestro bien, llegamos hasta a murmurar y maldecir la mano de tan buen Padre, que cambia las penas eternas por otras que sólo duran unos momentos. ¿ Es digna de nosotros, H. M., esta ceguera acerca de nuestra felicidad ? Saquemos partido de todo : adversidades, dolencias, aflicciones ; todas estas cosas son bienes que recogemos para el cielo, o más bien, que nos librarán de sufrir tormentos muy rigurosos en la otra vida. Unamos todas nuestras penas a las de Jesucristo, a fin de hacerlas meritorias y dignas de satisfacer a la justicia de Dios. En fin, el gran medio de satisfacer a la justicia de Dios es amarle mucho, tener un vivo pesar de nuestros pecados, porque Jesucristo nos dice que muchos pecados se perdonan a quien mucho ama,

y que, a quien menos ama, menos pecados se le perdonan (1).

5.º Hemos dicho, por último, que las *indulgencias* son medios muy eficaces para satisfacer a la justicia de Dios, es decir, para librarnos de las penas del purgatorio. Estas indulgencias se componen de los méritos sobreabundantes de Jesucristo, de la Virgen Santísima y de los Santos, todo lo cual constituye un tesoro inagotable, del cual nos da facultad para tomar una parte nuestro buen Dios. Para que mejor lo entendáis, es como si debierais veinte o treinta monedas a un rico que quiere cobrarlas, y vosotros no tenéis con qué pagar, o, por lo menos, os será menester un tiempo infinito para satisfacer vuestra deuda. Viene otro rico y os dice: «¿No tenéis con qué pagar vuestras deudas? tomad de mis arcas todo lo necesario para satisfacer lo que debéis». Esto es precisamente lo que hace Dios: nos hallamos en la impotencia de satisfacer a su justicia, y El nos abre el tesoro de las indulgencias, del cual podemos tomar todo lo que nos hace falta para ello. Hay indulgencias parciales, que no perdonan todas nuestras penas, sino sólo una parte, como son las que se ganan diciendo las letanías del Santo Nombre de Jesús, por las cuales hay concedidos 200 días de indulgencia (2); o diciendo las de la Santísima Virgen, que tienen concedidos 100 días (3), y así tantas otras. Hay indulgen-

(1) S. Luc., VII, 47.

(2) En 1862, a petición de un gran número de obispos, concedió Pío IX para sus diócesis una indulgencia de 300 días a los que rezasen las letanías del Santo Nombre de Jesús (Decreto de la S. Congr. de Ritos, de 24 de agosto de 1862).

(3) Las letanías de la Sma. Virgen, llamadas «Letanías lauretanas», en varias Constituciones pontificias, están aprobadas y enriquecidas con 300 días de indulgencia por cada vez, y una indulgencia plenaria en las cinco fiestas siguientes: Inmaculada Concepción, Natividad, Anunciación, Purificación y Asunción (fiestas antes todas de precepto según el calendario romano) para todos los fieles que las dicen diariamente, a condición de que en los mencionados días, confesados y comulgados, visiten una iglesia pública, rogando por las intenciones del Papa (Pío VII, decreto de 30 de septiembre de 1817).

cias concedidas por rezar el *Avemaría*, el *Angelus*, los tres actos de fe, esperanza y caridad, por visitar a los enfermos, por instruir a los ignorantes. Pero las indulgencias plenarias son la remisión de todas las penas que debemos sufrir en el purgatorio; de suerte que, si nos confesamos de un gran número de pecados, después de ello, aunque estén ya perdonados, nos queda todavía un número casi infinito de años de purgatorio; pero, ganando una de estas indulgencias plenamente, quedamos tan libres del purgatorio como el niño que muere luego de bautizado, o el mártir que acaba de dar su vida por Dios. Estas indulgencias pueden ganarlas los que pertenecen a la Cofradía del Santo Rosario todos los primeros domingos de mes, confesando y comulgando, y en todas las festividades de la Santísima Virgen, y el tercer domingo de cada mes los que son de la Cofradía del Santísimo Sacramento (1). ¡Oh, H. M. ! ¡cuán fácil es evitar las penas de la otra vida para un cristiano que se aproveche de las gracias que le ofrece el buen Dios ! Pero debo advertiros también que, para ganar tantos bienes, es menester hallarse en estado de gracia, haber confesado y comulgado, y rezar las oraciones prescritas por el Papa; únicamente para el *Viacrucis* deja de haber necesidad de confesar y comulgar. Pero es siempre necesario hallarse libre de pecado mortal, tener un grande arrepentimiento de todos los veniales, con un verdadero propósito de no volver a cometerlos. Llevando estas disposiciones, podéis ganarlas para vosotros o para las almas del purgatorio. Nada tan fácil, H. M., como satisfacer a la divina justicia, teniendo tantos medios para ello; de suerte que, si vamos al purgatorio, será sólo por culpa nuestra. ¡Oh ! si los cristianos estuviesen bien instruídos y quisiesen

(1) Desde los tiempos del Santo ha aumentado en gran manera el número de indulgencias, plenarias y parciales, concedidas por la Iglesia. (N. del T.).

aprovecharse de todas las gracias que Dios les ofrece, ¡qué de bienes no amontonarían para la eternidad! ¡Dios mío! si somos tan pobres, es porque no queremos enriquecernos. Pero no está aún dicho todo.

Después de haber satisfecho a Dios, falta aún satisfacer a nuestro prójimo por el daño que le hemos causado, ora en el cuerpo, ora en el alma. Se le causa daño en el cuerpo, es decir en su persona, ultrajándole, bien con palabras injuriosas o despreciativas, bien con malos tratos. Si hemos tenido la desgracia de ultrajarle con palabras injuriosas, será menester presentarle nuestras excusas y reconciliarnos con él. Si le habéis agraviado hiriendo a sus bestias, cosa muy posible cuando las halláis haciendo algún estrago en vuestras cosechas, estáis obligados a compensarles lo que aquéllas hayan perdido de valor; podíais hacerlos indemnizar y no maltratar a las bestias. Si habéis cometido alguna injusticia, estáis obligados a repararla tan pronto como os sea posible, y, de no hacerlo así, sois culpables en alto grado. Si habéis descuidado hacerlo, sois culpables, y tenéis que acusaros de esta omisión. Si habéis agraviado al prójimo en su honor, con vuestra maledicencia por ejemplo, estáis obligados a dar de él buenas referencias, tanto cuanto antes las disteis malas, diciendo todo el bien que de él sepáis, ocultando los defectos que pueda tener y que no tengáis obligación de descubrir. Si le habéis calumniado, debéis ir en busca de las personas a quienes dijisteis cosas falsas de vuestro prójimo y declararles que lo dicho por vosotros no es verdad, que os da pena de ello, y rogarles que no lo crean. Mas si le habéis causado daño en su alma, el mal es todavía más difícil de reparar; es menester, con todo, hacerlo en cuanto se pueda, sin lo cual nunca nos perdonará Dios.

Habéis de examinar bien si por ventura no habéis dado escándalo a vuestros hijos o a vuestros vecinos.

¡ Cuántos padres y madres, cuántos amos, que escandalizan a sus hijos y criados, porque no hacen las oraciones de la mañana ni de la noche, o las harán mientras se vistan, o echados sobre una silla, o se sentarán a la mesa sin hacer ni siquiera la señal de la cruz antes y después de comer ! ¡ Cuántas veces los oirán jurar y quizás también blasfemar ! ¡ Cuántas veces los habrán visto trabajar el domingo por la mañana, incluso antes de la santa Misa ! Debéis también examinar si habéis cantado canciones malas, si habéis comprado malos libros, si habéis dado malos consejos, diciendo, por ejemplo, a alguno que se vengue, que se tome la justicia por su mano, que diga palabras injuriosas a otro. Debéis también examinar si, al tomar prestado algún objeto a vuestro vecino, descuidasteis el devolvérselo ; si descuidasteis hacer alguna limosna que se os había encargado o alguna restitución de parte de vuestros parientes difuntos. Para tener la dicha de que se os perdonen los pecados, es preciso que nada retengáis de los bienes del prójimo, cuando debéis y podéis devolverlos ; que, si manchasteis su reputación, hayáis hecho lo posible por reparar el agravio ; que os hayáis reconciliado con vuestros enemigos, hablándoles como si no os hubiesen hecho más que bien durante su vida, sin guardar nada en vuestro corazón sino la caridad que el cristiano debe tener para con todos. Es preciso recibir de buen grado vuestra penitencia, con verdadero deseo de cumplirla lo mejor que podáis, y cumplirla de rodillas con piedad y gratitud, pensando cuán bueno es Dios que se contenta con tan poco, y hacer de manera que las penas que pasáis en vuestro estado os sirvan de penitencia. Es preciso ganar las indulgencias que podamos, a fin de que, al morir, tengamos la dicha de haber satisfecho a Dios por nuestros pecados y al prójimo por los daños que le hayamos hecho, y podamos todos comparecer confiadamente ante el tribunal de Dios. Dicha, etc.

PARA EL DÍA DE NAVIDAD

SOBRE EL MISTERIO

Evangelizo vobis gaudium magnum: natus est vobis hodie Salvator.

Vengo a daros una feliz nueva :
que os ha nacido hoy un Salvador.

(S. Luc., II, 10.)

¿ A un moribundo sumamente apegado a la vida puede acaso dársele más dichosa nueva que decirle que un médico hábil va a sacarle de las puertas de la muerte? Pues infinitamente más dichosa, H. M., es la que el ángel anuncia hoy a todos los hombres en la persona de los pastores. Sí, H. M., el demonio había inferido, por el pecado, las más crueles y mortales heridas a nuestras pobres almas. Había plantado en ellas las tres pasiones más funestas, de donde dimanaban todas las demás, que son el orgullo, la avaricia, la sensualidad. Habiendo quedado esclavos de estas vergonzosas pasiones, éramos todos nosotros como otros enfermos desahuciados, y no podíamos esperar más que la muerte eterna, si Jesucristo, nuestro verdadero médico, no hubiese venido a socorrernos. Pero no, conmovido por nuestra desdicha, dejó el seno de su Padre y vino al mundo, abrazándose con la humillación, la pobreza y los sufrimientos, a fin de destruir la obra del demonio y aplicar eficaces remedios a las crueles heridas que nos había causado esta antigua serpiente. Sí, H. M., viene este tierno Salvador para curarnos de todos estos males, para merecernos la gracia de llevar una vida

humilde, pobre y mortificada ; y, a fin de mejor conducirnos a ella, quiere El mismo darnos ejemplo. Esto es lo que vemos de una manera admirable en su nacimiento.

Vemos que El nos prepara : 1.º con sus humillaciones y obediencia, un remedio para nuestro orgullo ; 2.º con su extremada pobreza, un remedio a nuestra afición a los bienes de este mundo, y 3.º con su estado de sufrimiento y de mortificación, un remedio a nuestro amor a los placeres de los sentidos. Por este medio, H. M., nos devuelve la vida espiritual que el pecado de Adán nos había arrebatado ; o, por mejor decir, viene a abrirnos las puertas del cielo que el pecado nos había cerrado. Conforme a esto, H. M., pensad vosotros mismos cuál debe ser el gozo y la gratitud de un cristiano a la vista de tantos beneficios. ¿ Se necesita más, H. M., para movernos a amar a este tierno y dulce Jesús, que viene a cargar con todos nuestros pecados, y va a satisfacer a la justicia de su Padre por todos nosotros ? ¡ Oh Dios mío ! ¿ puede un cristiano considerar todas estas cosas sin morir de amor y gratitud ?

I. — Digo, pues, H. M., que la primera llaga que el pecado causó en nuestra alma es el orgullo, esa pasión tan peligrosa, que consiste en un fondo de amor y estima de nosotros mismos, el cual hace : 1.º que no queramos depender de nadie ni obedecer ; 2.º que nada temamos tanto como vernos humillados a los ojos de los hombres ; 3.º que busquemos todo lo que nos puede ensalzar en su estimación. Pues bien, H. M., ved lo que Jesucristo viene a combatir en su nacimiento por la humildad más profunda.

No solamente quiere El depender de su Padre celestial y obedecerle en todo, sino que quiere también obedecer a los hombres y en alguna manera depender de su voluntad. En efecto : el emperador Augusto, por

vanidad, por capricho o por interés, ordena que se haga el censo de todos sus súbditos, y que cada uno de ellos se haga inscribir en el lugar donde nació. Y vemos que, apenas publicado este edicto, la Virgen Santísima y San José se ponen en camino, y Jesucristo, aunque en el seno de su madre, obedece con conocimiento y elección esta orden. Decidme, H. M., ¿podemos encontrar ejemplo de humildad más grande y más capaz de movernos a practicar esta virtud con amor y diligencia? ¡Qué! ¿un Dios obedece a sus criaturas y quiere depender de ellas, y nosotros, miserables pecadores, que, en vista de nuestras miserias espirituales, debiéramos escondernos en el polvo, ¿podemos aun buscar mil pretextos para dispensarnos de obedecer los mandamientos de Dios y de su Iglesia, a nuestros superiores, que ocupan en esto el lugar del mismo Dios? ¡Qué bochorno para nosotros, H. M., si comparamos nuestra conducta con la de Jesucristo! Otra lección de humildad que nos da Jesucristo es la de haber querido sufrir la repulsa del mundo. Después de un viaje de cuarenta leguas (1), María y José llegaron a Belén. ¡Con qué honor no debía ser recibido Aquel a quien esperaban hacía cuatro mil años! Mas como venía para curarnos de nuestro orgullo y enseñarnos la humildad, permite que todo el mundo le rechace y nadie le quiera hospedar. Ved, pues, H. M., al Señor del universo, al Rey de cielos y tierra, despreciado, rechazado de los hombres, por los cuales viene a dar la vida a fin de salvarlos. Preciso es, pues, que el Salvador se vea reducido a que unos pobres animales le presten su morada. ¡Dios mío! ¡qué humildad y qué anonadamiento para un Dios! Sin duda, H. M., nada nos es tan sensible como las afrentas, los desprecios y las re-

(1) Nazaret dista 35 leguas de Belén, según Baczec-Vigouroux, *Manuel biblique*, tom. III, p. 127.

pulsas ; pero si nos paramos a considerar los que padeció Jesucristo, ¿podremos nunca quejarnos, por grandes que sean los nuestros ? ¡ Qué dicha para nosotros, H. M., tener ante los ojos tan hermoso modelo, al cual podemos seguir sin temor de equivocarnos !

Digo que Jesucristo, muy lejos de buscar lo que podía ensalzarle en la estima de los hombres, quiere, por el contrario, nacer en la obscuridad y en el olvido ; quiere que unos pobres pastores sean secretamente avisados de su nacimiento por un ángel, a fin de que las primeras adoraciones que reciba vengan de los más humildes entre los hombres. Deja en su reposo y en su abundancia a los grandes y a los dichosos del siglo, para enviar sus embajadores a los pobres, a fin de que sean consolados en su estado, viendo en un pesebre, tendido sobre un manojo de paja, a su Dios y Salvador. Los ricos no son llamados sino mucho tiempo después, para darnos a entender que de ordinario las riquezas y comodidades suelen alejarnos de Dios. Después de tal ejemplo, ¿podremos, H. M., ser ambiciosos y conservar el corazón henchido de orgullo y lleno de vanidad ? ¿Podremos todavía buscar la estimación y el aplauso de los hombres, si volvemos los ojos al pesebre ? ¿No nos parecerá oír al tierno y amable Jesús que nos dice a todos : «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón?» (1). Gustemos, pues, H. M., de vivir en el olvido y desprecio del mundo ; nada temamos tanto, nos dice San Agustín, como los honores y las riquezas de este mundo, porque, si fuera permitido amarlas, las hubiera amado también Aquel que se hizo hombre por amor nuestro. Si El huyó y despreció todo esto, nosotros debemos hacer otro tanto, amar lo que El amó y despreciar lo que El despreció : tal es, H. M., la lección que Jesucristo nos da al venir al mundo, y

(1) Discite a me, quia mitis sum et humilis corde (S. Mat., XI, 29).

tal es al propio tiempo el remedio que aplica a nuestra primera llaga, que es el orgullo. Pero hay en nosotros una segunda llaga no menos peligrosa : la avaricia.

II. — Digo, H. M., que la segunda llaga que el pecado ha abierto en el corazón del hombre, es la avaricia, es decir, el amor desordenado de las riquezas y bienes terrenales. ¡ Ay, H. M. ! ¡ qué estragos causa esta pasión en el mundo ! Razón tiene San Pablo en decirnos que ella es la fuente de todos los males. ¿ No es, en efecto, de este maldito interés de donde vienen las injusticias, las envidias, los odios, los perjurios, los pleitos, las riñas, las animosidades y la dureza para con los pobres ? Según esto, H. M., ¿ podemos extrañarnos de que Jesucristo, que viene a la tierra para curar las pasiones de los hombres, quiera nacer en la más grande pobreza y en la privación de todas las comodidades, aun de aquellas que parecen necesarias a la vida humana ? Y por esto vemos que comienza por escoger una Madre pobre y quiere pasar por hijo de un pobre artesano ; y, como los profetas habían anunciado que nacería de la familia real de David, a fin de conciliar este noble origen con su grande amor a la pobreza, permite que, en el tiempo de su nacimiento, esta ilustre familia haya caído en la indigencia. Va todavía más lejos. María y José, aunque harto pobres, tenían, con todo, una pequeña casa en Nazaret ; esto era todavía demasiado para El : no quiere nacer en un lugar que le pertenezca ; y por esto obliga a su santa Madre a que haga con José un viaje a Belén en el tiempo preciso en que ha de ponerle en el mundo. ¿ Pero a lo menos en Belén, patria de su padre David, no hallará parientes que le reciban en su casa ? Nada de esto, nos dice el Evangelio ; no hay quien le quiera recibir ; todo el mundo le rechaza so pretexto de que es pobre. Decidme, H. M., ¿ a dónde irá este tierno

Salvador, si nadie le quiere recibir para resguardarle de las inclemencias de la estación? No obstante, queda todavía un recurso: irse a una posada. José y María se presentan, en efecto. Pero Jesús, que todo lo tenía previsto, permitió que el concurso fuese tan grande que no quedase ya sitio para ellos. ¡Oh, H. M.! ¿a dónde irá, pues, nuestro amable Salvador? San José y la Santísima Virgen, buscando por todos lados, divisan una vieja casucha donde se recogen las bestias cuando hace mal tiempo. ¡Oh, cielos! ¡asombraos! ¡un Dios en un establo! Podía escoger el más espléndido palacio; mas, como ama tanto la pobreza, no lo hará. Un establo será su palacio, un pesebre su cuna, un poco de paja su lecho, míseros pañales serán todo su ornamento, y pobres pastores formarán su corte.

Decidme, ¿podía enseñarnos de una manera más eficaz el desprecio que debemos tener a los bienes y riquezas de este mundo, y, al propio tiempo, la estima en que hemos de tener a la pobreza y a los pobres? Venid, miserables, dice San Bernardo, venid vosotros, todos los que tenéis el corazón apegado a los bienes de este mundo, escuchad lo que os dicen este establo, esta cuna y estos pañales que envuelven a vuestro Salvador! ¡Ah! ¡desdichados de vosotros los que amáis los bienes de este mundo! ¡Ay! ¡cuán difícil es que los ricos se salven! ¿Por qué? — me preguntaréis — ¿Por qué, H. M.? Os lo diré:

1.º Porque ordinariamente la persona rica está llena de orgullo; es menester que todo el mundo le haga acatamiento; es menester que las voluntades de todos los demás se sometan a la suya.

2.º Porque las riquezas apegan nuestro corazón a la vida presente: así vemos todos los días que los ricos temen en gran manera la muerte.

3.º Porque las riquezas son la ruina del amor de Dios y extinguen todo sentimiento de compasión para

con los pobres, o, por mejor decir, las riquezas son un instrumento que pone en juego todas las demás pasiones. ¡Ay, H. M. ! si tuviésemos abiertos los ojos del alma, ¡ cuánto temeríamos que nuestro corazón se apegase a las cosas de este mundo ! ¡ Ah ! si los pobres llegaran a entender bien cuánto los acerca a Dios su estado y de qué modo les abre el cielo, ¡ cómo bendecirían al Señor por haberlos puesto en una posición que tanto los aproxima a su Salvador !

Si ahora me preguntáis : ¿ cuáles son esos pobres a quienes tanto ama Jesucristo ? Son, H. M., los que sufren su pobreza con espíritu de penitencia, sin murmurar y sin quejarse. Sin esto su pobreza no les serviría sino para hacerlos aun más culpables que los ricos. Entonces — me diréis — ¿ qué han de hacer los ricos para imitar a un Dios tan pobre y despreciado ? Os lo diré : no han de apegar su corazón a los bienes que poseen, han de emplear esos bienes en buenas obras en cuanto puedan ; han de dar gracias a Dios por haberles concedido un medio tan fácil de rescatar sus pecados con sus limosnas ; no han de despreciar nunca a los que son pobres, antes al contrario, han de respetarlos viendo en ellos una gran semejanza con Jesucristo. Así es cómo, con su gran pobreza, nos enseña Jesucristo a combatir nuestro apego a los bienes de este mundo ; por ella nos cura la segunda llaga que nos ha causado el pecado. Pero nuestro tierno Salvador quiere todavía curarnos una tercera llaga producida en nosotros por el pecado, que es la sensualidad.

III. — Esta pasión consiste en el apetito desordenado de los placeres que se gozan por los sentidos. Esta funesta pasión nace del exceso en el comer y beber, del excesivo amor al descanso, a los regalos y comodidades de la vida, a los espectáculos, a las reuniones profanas, en una palabra, a todos

los placeres que dan gusto a los sentidos. ¿Qué hace Jesucristo para curarnos de esta peligrosa enfermedad? Vedlo: nace en los sufrimientos, las lágrimas y la mortificación; nace durante la noche, en la estación más rigurosa del año. Apenas nacido, se le tiende sobre unos manojos de paja, en un establo. ¡Oh, Dios mío! ¡qué estado para un Dios! Cuando el Eterno Padre crió a Adán, le puso en un jardín de delicias; nace ahora su Hijo, y le pone sobre un puñado de paja. ¡Oh, Dios mío! ¡qué estado, H. M.! Aquel que hermosea el cielo y la tierra, Aquel que constituye toda la felicidad de los ángeles y de los santos, quiere nacer y vivir y morir entre sufrimientos. ¿Puede acaso mostrarnos de una manera más elocuente el desprecio que debemos tener a nuestro cuerpo, y cómo debemos tratarlo duramente por temor de perder el alma? ¡Oh, Dios mío! ¡qué contradicción! Un Dios sufre por nosotros, un Dios derrama lágrimas por nuestros pecados, y nosotros nada quisiéramos sufrir, quisiéramos toda suerte de comodidades...

Pero también, H. M., ¡qué terribles amenazas no nos hacen las lágrimas y los sufrimientos de este divino Niño! «¡Ay de vosotros, — nos dice Él — que pasáis vuestra vida riendo, porque día vendrá en que derramaréis lágrimas sin fin!» (1). «El reino de los cielos — nos dice — sufre violencia, y sólo lo arrebatarán los que se la hacen continuamente» (2). Sí, H. M., si nos acercamos confiadamente a la cuna de Jesucristo, si mezclamos nuestras lágrimas con las de nuestro tierno Salvador, en la hora de la muerte escucharemos aquellas dulces palabras: «¡Dichosos los que lloraron, porque serán consolados!» (3).

(1) Vae vobis, qui ridetis nunc: quia lugebitis et flebitis (S. Luc., VI, 25).

(2) Regnum caelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud (S. Mat., XI, 12).

(3) Beati qui lugent: quoniam ipsi consolabuntur (S. Mat., V, 5).

Tal es, pues, H. M., la tercera llaga que Jesucristo vino a curar haciéndose hombre : la sensualidad, es decir, ese maldito pecado de la impureza. ¡ Con qué ardor, H. M., hemos de querer, amar y buscar todo lo que puede procurarnos o conservar en nosotros una virtud que nos hace tan agradables a Dios ! Sí, H. M., antes del nacimiento de Jesucristo, había demasiada distancia entre Dios y nosotros para que pudiésemos atrevernos a rogarle. Pero el Hijo de Dios, haciéndose hombre, quiere aproximarnos sobremanera a El y forzarnos a amarle hasta la ternura. ¿Cómo, H. M., viendo a un Dios en estado de tierno infante, podríamos negarnos a amarle con todo nuestro corazón ? El quiere ser, por sí mismo, nuestro Mediador, se encarga de pedirlo todo al Padre por nosotros ; nos llama hermanos e hijos suyos ; ¿podía tomar otros nombres que nos inspirasen mayor confianza ? Vayamos, pues, a El plenamente confiados cada vez que hayamos pecado ; El pedirá nuestro perdón, y nos obtendrá la dicha de perseverar.

Mas, para merecer esta grande y preciosa gracia, es preciso, H. M., que sigamos las huellas de nuestro modelo ; que amemos, a ejemplo suyo, la pobreza, el desprecio y la pureza ; que nuestra vida responda a nuestra alta cualidad de hijos y hermanos de un Dios hecho hombre. No, H. M., no podemos considerar la conducta de los judíos sin quedarnos sobrecogidos de asombro. Este pueblo estaba esperando al Salvador hacía ya cuatro mil años, había estado rogando siempre movido por el deseo que tenía de recibirle ; y, al presentarse, nadie se encuentra que le ofrezca un pequeño albergue ; siendo Dios omnipotente vese precisado a que le presten su morada unos pobres animales. No obstante, H. M., en la conducta de los judíos, criminal como es, hallo yo, no un motivo de excusa para aquel pueblo, sino un motivo de condenación para

la mayor parte de los cristianos. Sabemos que los judíos se habían formado de su libertador una idea que no se avenía con el estado de humillación en que El se presentaba; parecían no poder persuadirse de que El fuese el que había de ser su libertador; pues, como nos dice muy bien San Pablo: «Si los judíos le hubiesen reconocido Dios, jamás le hubieran dado muerte» (1). Pequeña excusa es ésta para los judíos. Mas nosotros, H. M., ¿qué excusa podemos tener para nuestra frialdad y nuestro desprecio de Jesucristo? Sí, sin duda, H. M., nosotros creemos verdaderamente que Jesucristo apareció en la tierra, y que dió pruebas las más convincentes de su divinidad: he aquí el objeto de nuestra solemnidad. Este mismo Dios quiere, por la efusión de su gracia, nacer espiritualmente en nuestros corazones: he aquí los motivos de nuestra confianza. Nosotros nos gloriamos, y con razón, de reconocer a Jesucristo por nuestro Dios, nuestro Salvador y nuestro modelo: he aquí el fundamento de nuestra fe. Pero, con todo esto, decidme, ¿qué homenaje le rendimos? ¿Acaso hacemos por El algo más que si todo esto no creyéramos? Decidme, H. M., ¿responde a nuestra creencia nuestra conducta? Mirémoslo un poco más de cerca, y veremos que somos todavía más culpables que los judíos en su ceguera y endurecimiento.

IV. — Por de pronto, H. M., no hablamos de aquellos que, habiendo perdido la fe, no la profesan ya exteriormente; hablamos de aquellos que creen todo lo que la Iglesia nos enseña, y, sin embargo, nada o casi nada hacen de lo que la religión nos manda. Hagamos acerca de esto, H. M., algunas reflexiones apropiadas a

(1) Si enim cognovissent, nunquam Dominum gloriae crucifixissent (I Cor., II, 8).

los tiempos en que vivimos. Censuramos a los judíos por haber rehusado un asilo a Jesucristo, a quien no conocían. Pero ¿hemos reflexionado bien, H. M., que nosotros le hacemos igual afrenta cada vez que descuidamos recibirlo en nuestros corazones por la santa comunión? Censuramos a los judíos por haberle crucificado, a pesar de no haberles hecho más que bien; y decidme, H. M., ¿a nosotros qué mal nos ha hecho, o por mejor decir, qué bien ha dejado de hacernos? Y en recompensa, H. M., ¿no le hacemos nosotros el mismo ultraje cada vez que tenemos la audacia de entregarnos al pecado? Y nuestros pecados ¿no son mucho más dolorosos para su corazón que lo que los judíos le hicieron sufrir? No podemos leer sin horror todas las persecuciones que sufrió de parte de los judíos, que con ello creían hacer una obra grata a Dios. Pero ¿no hacemos nosotros una guerra mil veces más cruel a la santidad del Evangelio con nuestras costumbres desarregladas? ¡Ay, H. M.! que todo nuestro cristianismo se reduce a una fe muerta; y parece que no creemos en Jesucristo sino para ultrajarle más y deshonorarle con una vida tan miserable a los ojos de Dios. Juzgad, según esto, H. M., qué deben pensar de nosotros los judíos, y con ellos todos los enemigos de nuestra santa religión. Cuando ellos examinan las costumbres de la mayor parte de los cristianos, encuentran una gran multitud de éstos que viven poco más o menos como si nunca hubiesen sido cristianos. Mas no quiero entrar en detalles acerca de esto, porque no acabaría nunca.

Me limitaré a dos puntos esenciales, que son el culto exterior de nuestra santa religión, y los deberes de la caridad cristiana. No, H. M., nada debiera sernos más humillante y más amargo que los reproches que los enemigos de nuestra fe nos echan en cara a este propósito; porque todo ello no tiende sino a demos-

trarnos cómo nuestra conducta está en contradicción con nuestras creencias. Vosotros os gloriáis — nos dicen — de poseer en cuerpo y alma la persona de ese mismo Jesucristo, que en otro tiempo vivió en la tierra, y a quien adoráis como a vuestro Dios y Salvador; vosotros creéis que El baja a vuestros altares, que mora en vuestros sagrarios, que su carne es verdadero manjar y su sangre verdadera bebida para vuestras almas; mas, si ésta es vuestra fe, entonces sois vosotros los impíos, ya que os presentáis en las iglesias con menos respeto, compostura y decencia de los que usaríais para visitar en su casa a una persona honesta. Los paganos ciertamente no habrían permitido que se cometiesen en sus templos y en presencia de sus ídolos, mientras se ofrecían los sacrificios, las inmodestias que cometéis vosotros en presencia de Jesucristo, en el momento mismo en que decís que desciende sobre vuestros altares. Si verdaderamente creéis lo que afirmáis creer, debierais estar sobrecogidos de un temblor santo.

¡ Ay, H. M. ! estas censuras no son sino muy merecidas. ¿ Qué puede pensarse, en efecto, viendo la manera como la mayor parte de los cristianos se portan en nuestras iglesias ? Los unos están pensando en sus negocios temporales, los otros en sus placeres ; éste duerme, a esotro se le hace el tiempo interminable ; el uno vuelve la cabeza, el otro bosteza, el otro se está rascando, o revolviendo las hojas de su devocionario, o mirando con impaciencia si falta todavía mucho para que terminen los santos oficios. La presencia de Jesucristo es un martirio, mientras que se pasarán cinco o seis horas en el teatro, en la taberna, en la caza, sin que este tiempo se les haga largo ; y podéis observar que, durante los ratos que se conceden al mundo y a sus placeres, no hay quien se acuerde de dormir, ni de bostezar, ni de fastidiarse. Pero ¿ es posible que la pre-

sencia de Jesucristo sea tan ingrata a los cristianos, que debieran hacer consistir toda su dicha en venir a pasar unos momentos en compañía de tan buen padre? Decidme, ¿qué debe pensar de nosotros el mismo Jesucristo, que ha querido hallarse presente en nuestros sagrarios sólo por nuestro amor, al ver que su santa presencia, que debiera constituir toda nuestra felicidad, o más bien nuestro paraíso en este mundo, parece ser un suplicio y un martirio para nosotros? ¿No hay razón para creer que esta clase de cristianos no irá jamás al cielo, donde debería estar toda la eternidad en presencia de este mismo Salvador? ¡*Habría realmente motivo* para que se les hiciese largo el tiempo!... ¡Ah, H. M.! vosotros no conocéis vuestra ventura cuando tenéis la dicha de presentaros delante de vuestro Padre, que os ama más que a sí mismo, y os llama al pie de sus altares, como en otro tiempo llamó a los pastores, para colmaros de toda suerte de beneficios. Si estuviésemos bien pñetrados de esto, ¡con qué amor y con qué diligencia vendríamos aquí como los Reyes Magos, para hacerle ofrenda de todo lo que poseemos, es decir, de nuestros corazones y de nuestras almas! ¿No vendrían los padres y madres con mayor solicitud a ofrecerle toda su familia, para que la bendijese y le diese las gracias de la santificación? ¡Y con qué gusto no acudirían los ricos a ofrecerle una parte de sus bienes en la persona de los pobres! ¡Dios mío! ¡cuántos bienes nos hace perder para la eternidad nuestra poca fe!

Pero escuchad todavía a los enemigos de nuestra santa religión: nada digamos — continúan ellos — de vuestros Sacramentos, con respecto a los cuales vuestra conducta dista tanto de vuestra creencia como el cielo dista de la tierra, según los principios de vuestra fe. Tened el bautismo, por el cual quedáis convertidos en otros tantos dioses, elevados a un grado de honor que

no puede comprenderse, porque supone que sólo Dios os sobrepuja. Mas ¿qué se puede pensar de vosotros, viéndolo cómo la mayor parte os entregáis a crímenes que os colocan por debajo de las bestias desprovistas de razón? Tenéis el sacramento de la confirmación, por el cual quedáis convertidos en otros tantos soldados de Jesucristo, que valerosamente sientan plaza bajo el estandarte de la cruz, que jamás deben ruborizarse de las humillaciones y oprobios de su Maestro, que en toda ocasión deben dar testimonio de la verdad del Evangelio. Y no obstante, ¿quién lo dijera? se hallan entre vosotros yo no sé cuántos cristianos que por respeto humano no son capaces de hacer públicamente sus actos de piedad; que quizás no se atreverían a tener un crucifijo en su cuarto o una pila de agua bendita a la cabecera de su cama; que se avergonzarían de hacer la señal de la cruz antes y después de la comida, o se esconden para hacerla. ¿Veis, por consiguiente, cuán lejos estáis de vivir conforme vuestra religión os exige? Tocante a la confesión y comunión, nos decís vosotros, es verdad, que son cosas muy hermosas y muy consoladoras; pero ¿de qué manera os aprovecháis de ellas? cómo las recibís? Para unos no son más que una costumbre, una rutina y un juego; para otros un suplicio; no van más que, por decirlo así, arrastrados. Mirad cómo es preciso que vuestros ministros os insten y estimulen para que os lleguéis al tribunal de la penitencia, donde se os da, según decís, el perdón de vuestros pecados, o a la sagrada mesa, donde creéis que se come el pan de los ángeles, que es vuestro Salvador. Si creyeseis lo que decís, ¿no sería más bien necesario enfrenaros, considerando cuán grande es vuestra dicha de recibir a vuestro Dios, que debe constituir vuestro consuelo en este mundo y vuestra gloria en el otro? Todo esto que, según vuestra fe, constituye una fuente de gracia y de santificación,

para la mayor parte de vosotros no es en realidad más que una ocasión de irreverencias, de desprecios, de profanaciones y de sacrilegios. O sois unos impíos, o vuestra religión es falsa ; pues, si estuviéseis bien convencidos de que vuestra religión es santa, no os conduciríais de esta manera en todo lo que ella os manda. Vosotros tenéis, además del domingo, otras fiestas, establecidas, decís, unas para honrar lo que vosotros llamáis los misterios de vuestra religión, otras para celebrar la memoria de vuestros apóstoles, las virtudes de vuestros mártires, que tanto se sacrificaron por establecer vuestra religión. Pero estas fiestas, estos domingos, ¿ cómo los celebráis ? ¿ No son principalmente estos días los que escogéis para entregaros a toda suerte de desórdenes, excesos y libertinaje ? ¿ No cometéis más maldades en estos días, tan santos según decís, que en todo otro tiempo ? Respecto a los divinos oficios, que para vosotros son una reunión con los santos del cielo, donde comenzáis a gustar de su misma felicidad, ved el caso que hacéis de ellos : una gran parte no asiste casi nunca ; los demás van a ellos como los criminales al tormento ; ¿ qué podría pensarse de vuestros misterios, a juzgar por la manera como celebráis sus fiestas ? Pero dejemos a un lado este culto exterior, que, por una extravagancia singular y por una inconsecuencia llena de irreligión, confiesa y desmiente al mismo tiempo vuestra fe. ¿ Dónde se halla entre vosotros esa caridad fraterna, que, según los principios de vuestra creencia, se funda en motivos tan sublimes y divinos ? Examinemos algo más de cerca este punto, y veremos si son o no bien fundados esos reproches. ¡ Qué religión tan hermosa la vuestra — nos dicen los judíos y aun los mismos paganos — si practicaseis lo que ella os ordena ! No solamente sois todos hermanos, sino que juntos — y esto es lo más hermoso — no hacéis más que un mismo cuerpo con

Jesucristo, cuya carne y sangre os sirven de alimento todos los días; sois todos miembros unos de otros. Hay que convenir en que este artículo de vuestra fe es admirable, y tiene algo de divino. Si obraseis según vuestra fe, seríais capaces de atraer a vuestra religión todas las demás naciones; así es ella de hermosa y consoladora, y así son de grandes los bienes que promete para la otra vida. Pero lo que hace creer a todas las naciones que vuestra religión no es como decís vosotros, es que vuestra conducta está en abierta oposición con lo que ella os manda. Si se preguntase a vuestros pastores y pudiesen ellos revelar lo que hay de más secreto, nos mostrarían vuestras querellas, vuestras enemistades, vuestras venganzas, vuestras envidias, vuestras maledicencias, vuestras chismorre-rías, vuestros pleitos y tantos otros vicios, que causan horror a todos los pueblos, aun a aquellos cuya religión tanto dista, según vosotros, de la santidad de la vuestra. La corrupción de costumbres que reina entre vosotros impide a los que no son de vuestra religión abrazarla; porque, si estuviéseis bien persuadidos de que ella es buena y divina, os portaríais muy de otra manera.

¡Ay, H. M. ! ¡ qué bochorno para nosotros oír de los enemigos de nuestra religión semejante lenguaje ! Pero ¿ no tienen razón sobrada para usarlo ? Examinando nosotros mismos nuestra conducta, vemos positivamente que nada hacemos de lo que aquélla nos manda. Parece, al contrario, que no pertenecemos a una religión tan santa sino para deshonrarla y desviar a los que la quisieran abrazar : una religión que nos prohíbe el pecado, que nosotros cometemos con tanto gusto y al cual nos precipitamos con tal furor que parece no vivimos sino para multiplicarlo ; una religión que cada día presenta ante nuestros ojos a Jesucristo como un buen padre que quiere colmarnos de

beneficios, y nosotros huimos su santa presencia, o si nos presentamos ante El, en el templo, no es más que para despreciarle y hacernos aún más culpables; una religión que nos ofrece el perdón de nuestros pecados por el ministerio de sus sacerdotes, y, lejos de aprovecharnos de estos recursos, o los profanamos o los rehuímos; una religión que nos descubre tantos bienes en la otra vida, y nos muestra medios tan seguros y fáciles de conseguirlos, y nosotros no parece que conozcamos todo esto sino para convertirlo en objeto de un cierto desprecio y chanza de mal gusto; una religión que nos pinta de la manera más horrible los tormentos de la otra vida, con el fin de movernos a evitarlos, y nosotros obrando como si para merecerlos no hubiésemos todavía pecado bastante. ¡Oh, Dios mío! ¡en qué abismo de ceguera hemos caído! Una religión que no cesa nunca de advertirnos que debemos trabajar sin descanso en corregir nuestros defectos, y nosotros, lejos de hacerlo así, yendo en busca de todo lo que puede enardecer nuestras pasiones; una religión que nos advierte que no hemos de obrar sino por Dios, y siempre con la intención de agradarle, y nosotros no teniendo en nuestras obras más que miras humanas, queriendo siempre que el mundo sea testigo del bien que hacemos, que nos aplauda y felicite por ello. ¡Oh, Dios mío! ¡qué ceguera y qué pobreza la nuestra! ¡Y pensar que podríamos allegar tantos tesoros para el cielo, con sólo portarnos según las reglas que nos da nuestra religión santa!

Pero escuchad todavía cómo los enemigos de nuestra santa y divina religión nos abruman con sus reproches: decís vosotros que vuestro Jesús, a quien consideráis como vuestro Salvador, os asegura que mirará como hecho a sí propio todo cuanto hiciereis por vuestro hermano; ésta es una de vuestras creencias, y por cierto muy hermosa. Pero, si esto es así como

vosotros nos decís, ¿es que no lo creéis sino para insultar al mismo Jesucristo? ¿es que no lo creéis sino para maltratarle y ultrajarle de la manera más cruel en la persona de vuestro prójimo? Según vuestros principios, las menores faltas contra la caridad han de ser consideradas como otros tantos ultrajes hechos a Jesucristo. Pero entonces, decid, cristianos, ¿qué nombre daremos a esas maledicencias, a esas calumnias, a esas venganzas y a esos odios con que os devoráis los unos a los otros? He aquí que vosotros sois mil veces más culpables para con la persona de Jesucristo, que los mismos judíos a quienes echáis en cara su muerte. No, H. M., las acciones de los pueblos más bárbaros contra la humanidad nada son comparadas con lo que todos los días hacemos nosotros contra los principios de la caridad cristiana. Aquí tenéis, H. M., una parte de los reproches que nos echan en rostro los enemigos de nuestra santa religión.

No me siento con fuerzas para proseguir, H. M.; tan triste es esto y deshonroso para nuestra santa religión, tan hermosa, tan consoladora, tan capaz de hacernos felices, aun en este mundo, mientras nos prepara una dicha infinita para la eternidad. Y si esos reproches son ya tan humillantes para un cristiano cuando no salen más que de boca de los hombres, dejo a vuestra consideración qué será cuando tengamos la desventura de oírlos de boca del mismo Jesucristo, al comparecer delante de El, para darle cuenta de las obras que nuestra fe debiera haber producido en nosotros. Miserable cristiano — nos dirá Jesucristo — ¿dónde están los frutos de la fe con que yo había enriquecido tu alma? ¿de aquella fe en la cual viviste y cuyo Símbolo rezabas todos los días? Me habías tomado por tu Salvador y tu modelo. He aquí mis lágrimas y mis penitencias, ¿dónde están las tuyas? ¿Qué fruto sacaste de mi sangre adorable, que hacía manar sobre ti por mis Sacramen-

tos? ¿De qué te ha servido esta cruz, ante la cual tantas veces te prosternaste? ¿Qué semejanza hay entre tú y Yo? ¿Qué hay de común entre tus penitencias y las mías? ¿entre tu vida y mi vida? ¡Ah, miserable! dame cuenta de todo el bien que esta fe hubiera producido en ti, si hubieses tenido la dicha de hacerla fructificar. Ven, depositario infiel e indolente, dame cuenta de esta fe preciosa e inestimable, que podía y debía haberte producido riquezas eternas, si no la hubieses indignamente ligado con una vida toda carnal y pagana. ¡Mira, desgraciado, qué semejanza hay entre tú y Yo! Considera mi Evangelio, considera tu fe. Considera mi humildad y mi anonadamiento, y considera tu orgullo, tu ambición y tu vanidad. Mira tu avaricia, y mi desasimiento de las cosas de este mundo. Compara tu dureza con los pobres y el desprecio que de ellos tuviste, con mi caridad y mi amor; tus destemplanzas, con mis ayunos y mortificaciones; tu frialdad y todas tus irreverencias en el templo, tus profanaciones, tus sacrilegios y los escándalos que diste a mis hijos, todas las almas que perdiste, con los dolores y tormentos que por salvarlas yo pasé. Si tú fuiste la causa de que mis enemigos blasfemasen mi santo Nombre, yo sabré castigarlos a ellos como merecen; pero a ti quiero hacerte probar todo el rigor de mi justicia. Sí — nos dice Jesucristo — (1), los moradores de Sodoma y de Gomorra serán tratados con menos severidad que este pueblo desdichado, a quien tantas gracias concedí, y para quien mis luces, mis favores y todos mis beneficios fueron inútiles, pagándome con la más negra ingratitud.

Sí, H. M., los malvados maldecirán eternamente el día en que recibieron el santo bautismo, los pastores

(1) Verumtamen dico vobis, quia terrae Sodomorum remissius erit in die iudicii, quam tibi (S. Mat., XI, 24).

que los instruyeron, los Sacramentos que les fueron administrados. ¡Ay! ¿qué digo? este confesonario, este comulgatorio, estas sagradas fuentes, este púlpito, este altar, esta cruz, este Evangelio, o para que lo entendáis mejor, todo lo que ha sido objeto de su fe, será objeto de sus imprecaciones, de sus maldiciones, de sus blasfemias y de su desesperación eterna. ¡Oh, Dios mío! ¡qué vergüenza y qué desgracia para un cristiano, no haber sido cristiano sino para mejor condenarse y para mejor hacer sufrir a un Dios que no quería sino su eterna felicidad, a un Dios que nada perdonó para ello, que dejó el seno de su Padre, y vino a la tierra a vestirse de nuestra carne, y pasó toda su vida en el sufrimiento y las lágrimas, y murió en la cruz para salvarle! Dios no ha cesado, se dirá el mísero, de perseguirme con tantos buenos pensamientos, con tantas instrucciones de parte de mis pastores, con tantos remordimientos de mi conciencia. Después de mi pecado, se me ha dado a sí mismo para servirme de modelo; ¿qué más podía hacer para procurarme el cielo? Nada, no, nada más; si hubiese yo querido, todo esto me hubiera servido para ganar el cielo, que no es ya para mí. Volvamos, H. M., de nuestros extravíos, y tratemos de obrar mejor que hasta el presente.

PRIMER DOMINGO DEL AÑO

SOBRE LA SANTIFICACIÓN DEL CRISTIANO

*Domine, dimitte illam et hoc
anno.*

Señor, déjala aun este año.

(S. Luc., XIII, 8.)

Un hombre — nos dice el Salvador — tenía una higuera plantada en su viña, y fué a buscar fruto en ella y no lo halló. Y dijo al que labraba la viña: Mira, tres años ha que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo hallo; córtala, pues: ¿para qué ha de ocupar aun la tierra? El viñador le respondió: Señor, déjala aun este año, y la cavaré alrededor, y le echaré estiércol; quizás con esto dé fruto, y si no, la cortáis después y la echarás al fuego.

No, H. M., no, esta parábola no necesita explicación. Somos precisamente nosotros esta higuera que Dios ha plantado en el seno de su Iglesia, y de la cual tenía El derecho a esperar buenas obras; pero hasta el presente hemos defraudado sus esperanzas. Indignado por nuestra conducta, quería quitarnos de este mundo y castigarnos; pero Jesucristo, que es nuestro verdadero viñador, que cultiva nuestra alma con tanto cuidado, y que es además nuestro mediador, ha intercedido por nosotros ante su Padre, para que nos deje aun este año en la tierra, prometiéndole que redoblará sus cuidados y hará todo cuanto pueda por convertirnos. Padre mío—le dice nuestro tierno Salvador—un año más; no los castigéis tan pronto; yo los per-

seguiré sin tregua, ora por los remordimientos de la conciencia que los devorarán, ora por buenos ejemplos, ora por santas inspiraciones. Encargaré a mis ministros que les anuncien que estoy siempre dispuesto a recibirlos, que mi misericordia es infinita. Pero si, a pesar de todo esto, se obstinan en no amarnos, lejos de defenderlos contra vuestra justicia, yo mismo me volveré contra ellos, rogándoos que los quitéis del mundo y los castigéis. Prevengamos, H. M., desdicha tan grande, y aprovechémonos de esta misericordia, que es infinita. H. M., pasemos santamente el año que vamos a comenzar; y para esto evitemos todos los desórdenes que han hecho tan criminales a los ojos de Dios nuestros pasados años. Ésto es lo que voy a mostraros sencilla y familiarmente, a fin de que, comprendiéndolo bien, podáis aprovecharos de estas instrucciones.

I. — ¿Por qué está nuestra vida, H. M., llena de tantas miserias? Si lo consideramos bien, la vida del hombre no es otra cosa que una cadena de males: las enfermedades, las pesadumbres, las persecuciones, o las pérdidas, en fin, de bienes de fortuna caen sobre nosotros sin cesar; de suerte que a dondequiera que el hombre vuelva su vista no encuentra en la tierra más que cruces y aflicciones. Buscad, preguntad a quien queráis, desde el más humilde hasta el más encumbrado, todos os hablarán el mismo lenguaje. En fin, H. M., el hombre aquí en la tierra, a menos que se vuelva hacia Dios, no puede menos de ser desgraciado. ¿Sabéis por qué, H. M.? — Me diréis que no. — Pues bien; voy a manifestaros la verdadera razón de ello. Es que, no habiéndonos puesto Dios en este mundo más que como en un lugar de proscripción y de destierro, con todos estos males quiere forzarnos a no apegar a él nuestro corazón y a suspirar por otros bienes más grandes, más puros y más duraderos que los que

pueden hallarse en esta vida. Para hacernos sentir mejor la necesidad de fijar nuestra mirada en los bienes eternos, ha dado Dios a nuestro corazón deseos tan vastos y extensos, que ninguna cosa criada es capaz de contentarle : hasta el punto de que, si espera hallar alguna satisfacción en los bienes creados, apenas posee lo que con tanto ardor deseaba, apenas gustado el placer que de aquel objeto se prometía, se vuelve ya hacia otro lado, esperando encontrar algo mejor. Así se halla constreñido y forzado a confesar, por propia experiencia, que es vano empeño el de querer hallar la felicidad en las cosas perecederas de acá abajo. Si espera tener algún consuelo en este mundo, no lo hallará sino despreciando las cosas pasajeras y que tan poco duran, y encaminándose hacia el noble y venturoso fin por el cual Dios le ha criado. ¿Quieres ser dichoso, amigo mío? Levanta al cielo tus ojos ; allí tu corazón encontrará con qué saciarse plenamente.

Para probaros esto, H. M., yo no tendría más que preguntar a un niño y pedirle para qué fin Dios le ha criado y puesto en el mundo ; él me respondería : Para conocerle, amarle y servirle y por este medio ganar la vida eterna. — Y todos estos bienes, estos honores, estos placeres, ¿qué hay que hacer con ellos? — Y me contestaría : Todo esto no existe más que para ser despreciado, y todo cristiano fiel a las promesas hechas a Dios en el bautismo lo desprecia y lo huella bajo sus pies. — Entonces, me diréis, ¿qué hemos de hacer? ¿De qué manera hemos de conducirnos en medio de tantas miserias, para llegar al venturoso fin por el cual hemos sido criados? — ¡ Oh, H. M. ! nada más fácil : todos los males que os sobrevienen son los verdaderos medios para conducirlos a él. Voy a mostrároslo de una manera tan clara como la luz del mediodía. Ante todo os advertiré que Jesucristo, con sus sufrimientos y su muerte, ha hecho meritorios todos nuestros actos, de

suerte que para el buen cristiano no hay un solo movimiento de nuestro corazón y de nuestro cuerpo que quede sin recompensa, si se hace por El. Quizás no os parecerá esto bastante claro todavía. Pues bien, si esto no os basta, entremos en materia. Seguidme un instante y vais a ver la manera de hacer que todas vuestras acciones sean meritorias para la vida eterna, sin cambiar nada en vuestro modo de obrar. Basta sencillamente hacerlo todo con la intención de agradar a Dios, y añadiré que, en vez de hallar más penosas vuestras acciones haciéndolas por Dios, os serán, por el contrario, más suaves y ligeras. Por la mañana, al despertaros, pensad en seguida en Dios, y haced sin demora la señal de la cruz, diciéndole: Dios mío, os entrego mi corazón, y, pues sois tan bondadoso al concederme un día más, hacedme la gracia de que cuanto haga en él no sea sino para gloria vuestra y bien de mi alma. ¡Ay! — debemos decirnos a nosotros mismos — ¡cuántos han caído en el infierno desde ayer, que quizás eran menos culpables que yo! Preciso es, pues, que me porte mejor de lo que me he portado hasta ahora.

Ya desde aquel momento habéis de ofrecer a Dios todas las acciones del día, diciéndole: Recibid, oh Dios mío, todos los pensamientos, todas las acciones que yo haga en unión de lo que Vos sufristeis durante vuestra vida mortal por amor de mí. Jamás habéis de olvidaros de hacer este acto; pues, para que nuestras acciones sean meritorias para el cielo, es necesario que las hayamos ofrecido a Dios, sin lo cual quedarían sin recompensa. Llegada la hora de levantaros, hacedlo con prontitud; guardaos de dar oído al demonio, que os tentará a que os quedéis un poco más en la cama, para que dejéis vuestra oración o la hagáis distraídos pensando que os esperan, o que vuestro trabajo corre prisa. Cuando os vistáis, hacedlo con modestia; pensad

que Dios os está mirando, y que el ángel de vuestra guarda está a vuestro lado, como no lo podéis dudar. En seguida arrodillaos, sin escuchar al demonio que os dirá que dejéis vuestra oración para otro rato, a fin de moveros a ofender a Dios desde la mañana ; al contrario, decid vuestras oraciones con la mayor modestia y respeto posibles. Acabada vuestra oración, pensad en las ocasiones de ofender a Dios que se os podrán presentar durante el día, a fin de estar prevenidos y evitar esta desgracia. Tomad en seguida alguna buena resolución que os esforzaréis en ejecutar desde el primer momento, como, por ejemplo, la de hacer vuestro trabajo con espíritu de penitencia, evitar las impaciencias, las murmuraciones, los juramentos, guardar la lengua. Por la tarde examinaréis si habéis sido fieles a ella ; si hubiereis faltado, debéis imponeros alguna penitencia en castigo de vuestra infidelidad, con la certidumbre de que, si observáis esta práctica, pronto habréis conseguido corregiros de todos vuestros defectos.

Cuando vais a vuestro trabajo, en vez de ocuparos de la conducta del uno y del otro, ocupaos en algún buen pensamiento, por ejemplo el de la muerte, pensando que pronto os tocará salir de este mundo ; y examinaréis qué bien habéis practicado desde que estáis en él, y gemiréis sobre todo por los días perdidos para el cielo, lo cual os llevará a redoblar vuestras buenas obras, vuestras penitencias y vuestras lágrimas ; — o bien ocupaos en el pensamiento del juicio : que quizás, antes de acabar el día, iréis a dar cuenta de toda vuestra vida, y que este momento decidirá de vuestra suerte, eternamente desgraciada o eternamente feliz ; — o pensaréis en el infierno, en el cual están ardiendo los que vivieron en el pecado ; o en la felicidad del paraíso, que es la recompensa de los que son fieles en el servicio de Dios ; — o bien podéis entreteneros, si queréis, en considerar la fealdad del pecado, que nos separa de Dios,

y nos hace esclavos del demonio, lanzándonos a un abismo de males eternos.

Es que nosotros — me diréis — no sabemos hacer todas estas meditaciones. — ¿No? pues considerad la bondad de Dios. ¿No sabéis meditar estas grandes verdades? Pues decid alguna oración, rezad el santo rosario. Si sois padres o madres de familia, decidlo por vuestros hijos, a fin de que Dios les haga la gracia de ser buenos cristianos, de que sean un día vuestro consuelo en este mundo y vuestra gloria en el otro. Los hijos deben decirlo por sus padres y madres, a fin de que Dios los conserve y de que los eduquen muy cristianamente. O bien rogad por los pecadores, para que tengan la dicha de volver a Dios. Y con esto evitaréis un número infinito de palabras inútiles, y aun quizás de conversaciones que a menudo no son las más inocentes.

Es preciso, H. M., que os acostumbréis desde muy temprano a emplear santamente el tiempo. Acordaos de que no podemos salvarnos sin pensar en nuestra salvación, y de que, si existe un negocio digno de que pensemos en él, es éste de nuestra salvación, ya que no nos ha puesto Dios en la tierra sino para él.

Antes de empezar vuestro trabajo, debéis, H. M., hacer siempre la señal de la cruz, y no imitar a esos hombres sin religión que no se atreven a santiguarse cuando se hallan en compañía de otros. Ofreced sencillamente vuestras penas a Dios, y renovad de vez en cuando vuestro ofrecimiento; con esto tendréis la dicha de atraer la bendición del cielo sobre vosotros y sobre cuanto hicieréis. Ya veis, H. M., cuántos actos de virtud podéis practicar portándoos de esta manera, sin hacer otra cosa que lo mismo que estáis haciendo. Si trabajáis con intención de agradar a Dios, de obedecer a sus mandamientos que os ordenan ganar vuestro pan con el sudor de vuestro rostro, hacéis un acto de obediencia; si con el fin de obtener alguna gracia para

vosotros o para vuestro prójimo, hacéis un acto de confianza y de caridad. ¡ Oh, H. M. ! ¡ cuánto podemos merecer todos los días para el cielo no haciendo otra cosa que lo que hacemos, pero haciéndolo por Dios y por la salvación de nuestra alma ! Cuando oís dar la hora, ¿ quién os impide pensar en la brevedad del tiempo y considerar interiormente : las horas pasan y la muerte se acerca, corro hacia la eternidad ; ¿ me hallo pronto a comparecer ante el tribunal de Dios ? ¿ no está mi alma en pecado ? Y si tuvierais, H. M., esta desgracia, haced pronto un acto de contrición, y formad propósito de confesaros en seguida, por dos razones : la primera, porque, si tuvieseis la desgracia de morir en aquel estado, os condenaríais sin remedio ; la segunda, porque todas las buenas obras que hiciereis serían perdidas para el cielo. Por otra parte, H. M., ¿ tendríais valor para permanecer en un estado que os hace enemigos de vuestro Dios que tanto os ama ? Al descansar de vuestras fatigas, alzad los ojos hacia ese hermoso cielo que os está preparado, si tenéis la dicha de servir a Dios como es debido, diciéndoos interiormente : ¡ Oh, hermoso cielo ! ¿ cuándo tendré la ventura de poseerte ?

Sin embargo, H. M., hay que decir que el demonio no deja de hacer cuanto puede para llevarnos al pecado, pues nos dice San Pedro que « da vueltas sin cesar a nuestro alrededor como león rugiente, para devorarnos ». Habéis pues, de haceros cuenta, H. M., de que, mientras viviereis en la tierra, pasaréis tentaciones. ¿ Qué debéis, pues, hacer cuando advertís que el demonio os quiere llevar al mal ? Oídllo. En primer lugar recurrir en seguida a Dios, diciéndole : ¡ « Dios mío, venid en mi socorro ! ¡ Virgen Santa, ayudadme ! » o bien : « ¡ Santo ángel de mi guarda, combatid por mí contra el enemigo de mi salvación ! » Haced luego estas reflexiones : A la hora de la muerte, ¿ quisiera haber hecho esto ? ¡ Ah ! sin duda que no ; ¡ ea, pues !

preciso es que resista a esta tentación. Verdad es que podría ahora ocultarme a los ojos del mundo; pero Dios me ve. Cuando llegue la hora de juzgarme, ¿qué le responderé, si tengo la desgracia de cometer este pecado? Creedme, H. M., haccos estas pequeñas reflexiones siempre que fuereis tentados, y veréis que la tentación disminuirá a medida de vuestra resistencia, y saldréis victoriosos. Pasada la tentación, veréis que, si cuesta algún trabajo resistir, quedáis sobradamente recompensados por el gozo y el consuelo que experimentáis luego de haber echado al demonio. Tengo la certeza de que muchos de vosotros estáis pensando ahora mismo que es la pura verdad esto que os digo.

Los padres y madres deben acostumbrar desde muy pequeñitos a sus hijos a resistir a la tentación; porque es un hecho que hay jóvenes de quince y diez y seis años que no saben qué cosa sea resistir a una tentación, y que se dejan coger en los lazos del demonio como los pajaritos en las redes del cazador. ¿De dónde viene esto sino de la ignorancia o de la negligencia de los padres? Pero me diréis: ¿cómo quiere usted que enseñemos todo esto a nuestros hijos, si no lo sabemos nosotros mismos?—Pues si no estáis suficientemente instruídos, ¿por qué tomasteis el estado del matrimonio, cuando sabíais, o por lo menos habíais de saber, que, si Dios os daba hijos, estabais obligados, so pena de condenación, a instruirlos acerca del modo cómo debían conducirse para llegar al cielo? ¿Es que no bastaba que vuestra ignorancia os perdiera a vosotros mismos, sin que debiese arrastrar también a otros a la perdición? Y si estáis plenamente convencidos de que no tenéis las suficientes luces, ¿por qué, a lo menos, no hacéis que os instruyan sobre vuestros deberes los que tienen la misión de hacerlo? — Me diréis: ¿cómo he de atreverme a confesar a mi pastor que no estoy bien instruído? se reirá de mí. ¿Se reirá de vosotros?

Os equivocáis, H. M.; tendrá una gran satisfacción en enseñaros lo que habéis de saber y lo que habéis de enseñar a vuestros hijos.

Debéis también enseñarles a santificar su trabajo, es decir, a trabajar no para enriquecerse, ni para hacerse estimar del mundo, sino para agradar a Dios, que nos lo manda en expiación de nuestros pecados; de este modo tendréis el consuelo de verlos el día de mañana jóvenes sensatos y obedientes, y de que sean vuestro contento en este mundo y vuestra gloria en el otro; tendréis la dicha de verlos temerosos de Dios y dueños de sus pasiones. No, H. M., mi intento no es hoy hacer ver a los padres y madres la grandeza de sus obligaciones; son éstas tan grandes y tan terribles que bien merecen toda una instrucción aparte. Les diré tan sólo que deben todos esforzarse en inspirar a sus hijos el temor y el amor de Dios; que las almas de los hijos son un depósito que Dios ha confiado a los padres, del cual un día habrán de darle cuenta muy rigurosa.

Debéis, por último, terminar el día con la oración de la noche, que, en cuanto se pueda, ha de hacerse en común; porque, H. M., nada más ventajoso que esta práctica de piedad. El mismo Jesucristo nos dice: «Si dos o tres personas se reúnen para orar en mi nombre, yo estaré en medio de ellas» (1). Por otra parte, ¿qué cosa más consoladora para un padre de familia que ver cada día a todos los de su casa prostrados a las plantas del buen Dios, para adorarle y darle gracias por los beneficios recibidos durante el día, pidiéndole al mismo tiempo perdón por las pasadas faltas? ¿No tiene motivo para esperar que todos pasarán santamente la noche? El que lleva los rezos

(1) Ubi enim sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum (S. Mat., XVIII, 20).

no debe ir demasiado aprisa, a fin de que los demás puedan seguirle; ni tampoco demasiado despacio, dando pie a que se distraigan los demás, sino guardar un justo medio. A esta oración de la noche se debe añadir un examen en común, es decir, detenerse un instante para traer cada uno a la memoria sus pecados. He aquí las ventajas de este examen: nos lleva a concebir dolor de nuestros pecados; nos inspira el propósito de no recaer en ellos; hace que, cuando vamos a confesar, nos sea mucho más fácil recordarlos; en fin, si nos cogiese de improviso la muerte, compareceríamos con mayor confianza ante el tribunal de Dios, pues nos dice San Pablo que «si nos juzgamos a nosotros mismos, Dios será menos riguroso en su juicio» (1). Sería también de desear que, antes de ir a acostaros, tuvieseis un pequeño rato de lectura piadosa, por lo menos durante el invierno: esto os sugeriría algunos buenos pensamientos, que os ocuparían al acostaros y al levantaros, y con ello grabaríais más perfectamente en vuestro espíritu las verdades de salvación. En las casas donde no hay quien sepa leer, no hay que apurarse. Podéis rezar el santo rosario, con lo cual atraeréis sobre vosotros la protección de la Santísima Virgen. ¡Ah, H. M. ! cuando de esta manera se ha pasado el día, entonces sí que puede uno entregarse en paz al descanso y dormirse en el Señor. Si despierta durante la noche, aprovecha aquel momento para alabar y adorar a Dios. Aquí tenéis, H. M., el plan de vida que debéis seguir, y el buen orden que debéis establecer en vuestras familias.

II. — Veamos ahora los desórdenes más comunes y más peligrosos que es preciso evitar, y luego las obli-

(1) Quod si nosmetipsos diiudicemus, non utique iudicemur (I Cor., XI, 31).

gaciones particulares de cada estado. Digo, primeramente, que los pecados, los desórdenes más comunes son las *veladas o tertulias*, los *juramentos* (1), las palabras y canciones deshonestas. Digo primeramente las *tertulias* (*les veilles*) (2): sí, H. M., sí, estas reuniones nocturnas son ordinariamente la escuela donde los jóvenes pierden todas las virtudes de su edad y aprenden toda suerte de vicios. En efecto, H. M., ¿cuáles son las virtudes de la juventud? ¿No son el gusto por la oración, la frecuencia de Sacramentos, la sumisión a los padres, la asiduidad en el trabajo, una admirable pureza de conciencia, un vivo horror al pecado vergonzoso? Tales son, H. M., las virtudes que los jóvenes deben esforzarse por adquirir. Pues bien, H. M., yo os digo que, por muy asentado que se halle un joven o una joven en estas virtudes, si tienen la desgracia de frecuentar ciertas tertulias o ciertas compañías, muy pronto las habrán perdido todas. Vosotros que sois testigos de ello, decidme, H. M., ¿qué es lo que allí se oye sino palabras las más sucias y obscenas? ¿Qué es lo que allí se ve sino familiaridades entre los jóvenes, que ruborizan el pudor? y me atrevo a decir que, si fuesen infieles, no harían más de lo que hacen. Y los padres y madres lo presencian, y nada les dicen; y los amos y amas lo ven, y guardan silencio. Un falso respeto humano cierra sus labios. ¿Y vosotros sois cristianos, vosotros tenéis religión, vosotros esperáis ir un día al cielo? ¡Oh, Dios mío, qué ceguera! ¿Es posible concebirla? Iréis, sí, pobres ciegos,

(1) En el sentido de votos, reniegos, maldiciones, imprecaciones, etc.

(2) Las *veilles* o *veillées* en la comarca de Dombes y otras son reuniones que se organizan en las noches de invierno para hacer en común y más alegremente ciertos trabajos fáciles.—Pero, como dice el Santo, «estas asambleas nocturnas son ordinariamente la escuela donde los jóvenes pierden todas las virtudes de su edad, y aprenden toda clase de vicios».

pero es al infierno donde iréis; ese será vuestro paradero.

¿Cómo os quejáis luego de que vuestras bestias se os mueran? Sin duda habéis olvidado todos los crímenes que en los cinco o seis meses de invierno se han cometido en vuestras cuadras (1). Habéis olvidado lo que dice el Espíritu Santo: «Que dondequiera que se cometa el pecado, caerá la maldición del Señor» (2). ¡Ay! ¡cuántos jóvenes que conservarían aun su inocencia si no hubiesen concurrido a estas reuniones, no volverán quizá jamás a Dios! ¿Y no es también al salir de semejantes sitios cuando los jóvenes se van a rondar y traban relaciones que las más de las veces acaban en un escándalo y en la pérdida de la reputación de alguna doncella? ¿No es allí donde los jóvenes libertinos, después de haber vendido su alma al demonio, quieren también perder la de los demás? Sí, H. M., son incalculables los males que de ahí resultan. Si sois cristianos y deseáis salvar vuestras almas y las de vuestros hijos y de vuestros criados, jamás debéis tener estas reuniones en vuestra casa, a menos que estéis presentes vosotros, alguno de los cabezas de familia, para impedir que se ofenda a Dios. Cuando estáis ya todos dentro, debéis cerrar la puerta y no dejar que entre nadie más. Comenzad vuestro trabajo rezando una o dos decenas del rosario, para atraeros la bendición de la Santísima Virgen, cosa que podéis hacer mientras se va trabajando. Proscribid luego todas esas canciones lascivas o malas, que profanan vuestro co-

(1) En ciertas comarcas estas reuniones tienen lugar en las cuadras, donde la respiración y el natural calor de los animales mantiene una temperatura agradable.

(2) Puede citarse entre otros ejemplos, el de Acab y Jezabel, castigados en la misma villa de Naboth, a quien habían hecho apedrear: «In loco hoc, in quo linxerunt canes sanguinem Naboth, lambent quoque sanguinem tuum... Canes comedent Iezabel in agro Iezrael» (III Reg., XXI, 19, 23).

razón y vuestra boca, templos del Espíritu Santo, lo propio que todos esos cuentos, que no son sino mentiras, y que de ordinario van contra las personas consagradas a Dios, lo cual los hace más criminales. No dejéis nunca que vuestros hijos vayan a estas reuniones en otras casas. ¿Para qué se apartan de vosotros, sino para estar más libres? Si sois fieles en el cumplimiento de vuestros deberes, será Dios menos ofendido y vosotros menos culpables.

Hay además otro desorden, tanto más deplorable, cuanto que es muy común: *las palabras libres*. No, H. M., nada más abominable, más horrible que estas palabras. En efecto, H. M., ¿qué cosa más contraria a la santidad de nuestra religión que estas palabras impuras? Ellas ofenden a Dios y escandalizan al prójimo; o, para hablar más claramente, lo echan a perder todo. Muchas veces no se necesita más que una palabra deshonesta para ocasionar mil pensamientos malos, mil vergonzosos deseos, y aun quizás para precipitar en un número infinito de otras infamias, y para enseñar a las almas inocentes el mal que tenían la dicha de ignorar. ¿Y cómo, H. M.? ¿es posible que un cristiano permita a su espíritu ocuparse en tales horrores! ¿Un cristiano, que es templo del Espíritu Santo, un cristiano que ha sido santificado por el contacto del Cuerpo adorable y por la preciosa Sangre de Jesucristo! ¡Oh, Dios mío! ¡cuán poco conocemos lo que hacemos al pecar! Si Nuestro Señor nos dice que «podemos conocer al árbol por sus frutos» (1), juzgad por el lenguaje de ciertas personas cuál debe estar de corrompido su corazón. Y, con todo, ninguna cosa más común. ¿Qué conversaciones mantiene la gente joven? ¿No son siempre en torno de este maldito pecado? ¿Tienen en la boca otra cosa? Entrad, os diré con San

(1) Ex fructibus eorum cognoscetis eos (S. Mat., VII, 16).

Juan Crisóstomo, entrad en esas tabernas, es decir, en esas madrigueras de la impureza; ¿sobre qué versan las conversaciones, aun entre personas de cierta edad? ¿No llegan hasta el punto de apostar a quién ganará por su desvergüenza en el hablar? ¿No parece su boca una cloaca de la cual se sirve el infierno para vomitar toda la inmundicia de sus impurezas sobre la tierra y tragar las almas? ¿Qué hacen estos malos cristianos, o mejor, emisarios del abismo? ¿Están alegres? En vez de cantar las alabanzas de Dios, son las canciones más licenciosas, capaces de hacer morir de horror a un cristiano, las que salen de su boca. ¡Santo Dios! ¿quién no temblará pensando en el juicio que ha de merecer a Dios esta conducta? Si, como nos asegura el mismo Jesucristo, una sola palabra ociosa no quedará sin castigo, ¡ay! ¿cuál será el castigo de esos discursos licenciosos, de esas conversaciones indecentes, de esas infamias y horrores que hacen erizar el cabello?

¿Queréis comprender la ceguera de estos pobres infelices? Escuchad sus excusas: no lo hacemos con mala intención, os dirán; o también: lo decimos en broma, son bagatelas y tonterías que no hacen mal ninguno. ¿Qué es esto, H. M.? Un pecado tan horrible a los ojos de Dios, un pecado que sólo por el sacrilegio es excedido, ¿lo tenéis por bagatela? ¡Ay! es que vuestro corazón está depravado y corrompido por este vicio odioso. ¡Ah, no! no se puede reír y bromear con una cosa de la cual debíamos huir con más horror que de un monstruo que nos persigue para devorarnos. Por otra parte, H. M., ¿qué crimen no será amar lo que Dios quiere que detestemos soberanamente? Decís que no lo hacéis con mala intención; mas, dime, miserable víctima de los abismos, los que te oyen, ¿tendrán por esto menos malos pensamientos y menos deseos criminales? Tu intención ¿detendrá por ventura su fantasía y su corazón? Reconócelo paladi-

namente, y di que tú eres la causa de su ruina y de su condenación eterna. ¡ Oh ! ¡ cuántas almas arroja al infierno este pecado ! El Espíritu Santo nos dice que este maldito pecado de la impureza ha cubierto la superficie de la tierra (1).

No, H. M., no voy a proseguir esta materia ; volveré a ocuparme de ella en otra instrucción, donde trataré de pintárosla mucho más horrible. Digo ahora que los padres y madres deben ser muy vigilantes respecto de sus hijos y criados, y no hacer ni decir nunca cosa alguna que pueda ofender esta hermosa virtud de la pureza. ¡ Cuántos hijos y criados hay que no se entregaron a este vicio hasta que lo aprendieron del ejemplo de sus padres y amos ! ¡ Cuántos hijos y criados perdidos por los malos ejemplos de sus padres y madres, de sus amos y amas ! ¡ Ah ! ¡ más les valiera que les hubiesen clavado un puñal en el pecho !... Por lo menos hubieran tenido la dicha de morir en gracia, hubieran ido al cielo, mientras que vosotros los arrojáis al infierno.

Los amos deben vigilar mucho a sus criados. Si alguno tienen que se muestre libertino en su hablar, la caridad aconseja que le reprendan bondadosamente dos o tres veces ; pero, si no se corrige, debéis echarle de vuestra casa ; si no, vuestros hijos no tardarán en parecérselo. Y aun digamos que un criado de esta especie es capaz de atraer toda suerte de maldiciones sobre una casa.

Otro desorden que reina en las familias y entre los trabajadores son las impaciencias, las murmuraciones o quejas, los *juramentos* (votos o maldiciones). Pues bien, H. M., ¿ qué adelantáis con vuestras impaciencias y quejas ? ¿ Van mejor vuestros negocios con ello ? ¿ Disminuyen acaso vuestros sufrimientos ? ¿ No

(1) Omnis caro corruperat viam suam (Gen., VI, 12).

es precisamente todo lo contrario? Impacientándoos no lograréis sino sufrir aún más, y, lo que es peor todavía, perdéis todo el mérito de vuestro sufrimiento. Me diréis tal vez : esto cuesta muy poco de decir, cuando no se tiene que padecer nada ; si estuviese usted en mi lugar, quizás lo haría aún peor. Tendríais razón de hablar así, H. M., si no fueseis cristianos, si no hubiese para vosotros otra esperanza que los bienes y los placeres de que podemos disfrutar en este mundo ; si, por otra parte, fuésemos nosotros los primeros que sufrimos ; pero desde Adán hasta el presente todos los santos han tenido algo que padecer, y la mayor parte de ellos bastante más que nosotros ; sino que ellos han sufrido con paciencia, sumisos siempre a la voluntad de Dios, y ahora sus penas han terminado, y su dicha ha comenzado para no terminar jamás. ¡ Ah, H. M. ! miremos ese cielo tan hermoso, pensemos en la felicidad que Dios nos tiene preparada, y soportaremos todos los males de la vida, en espíritu de penitencia, con la esperanza de una recompensa eterna. ¡ Oh ! ¡ si, al llegar la noche, tuvieseis la dicha de poder decir que aquel día ha sido todo entero para Dios !

Digo que los trabajadores, si quieren ganar el cielo, deben aguantar con paciencia el rigor de las estaciones, el mal humor de los que les dan trabajo ; evitar esas quejas y esas maldiciones que son tan comunes entre ellos, y cumplir fielmente su deber. Los esposos y esposas deben vivir unidos en paz, edificarse mutuamente, orar el uno por el otro, sobrellevar sus defectos con paciencia, animarse a la virtud con sus buenos ejemplos y seguir las reglas santas y sagradas de su estado, pensando que son « hijos de santos » (1), y que, por consiguiente, no han de portarse como los paganos, que no tienen la dicha de conocer al verdadero Dios.

(1) Filii Sanctorum sumus (Tob., II, 18).

Los amos deben tener igual cuidado de sus criados que de sus hijos, acordándose de lo que dice San Pablo, que «si no tienen cuidado de sus criados, son peores que los gentiles» (1), y serán castigados más severamente en el día del juicio. Los criados son para serviros y guardaros fidelidad y debéis tratarlos, no como esclavos, sino como hijos y hermanos vuestros. Los criados han de considerar a sus amos como lugartenientes de Jesucristo en la tierra con respecto a ellos. Su deber es servirles con alegría, obedecerles con agrado, sin quejas ni murmuraciones, y cuidar de sus bienes como si fuesen propios. Los criados han de evitar entre sí ciertos actos excesivamente familiares, que tan peligrosos y funestos son para la inocencia. Si alguna vez tenéis la desgracia de hallaros en alguna de estas ocasiones, debéis apartarla, cueste lo que costare: entonces precisamente es cuando habéis de seguir aquel consejo de Jesucristo, que dice: «Si vuestro ojo derecho o vuestra mano derecha os son ocasión de pecado, arrancadlos y echadlos lejos de vosotros, porque más vale ir al cielo con un ojo solo o con una mano sola, que ser arrojado al infierno con los dos» (2), es decir, que por ventajosa que sea la condición en que os halláis, es menester dejarla sin demora; sin esto no os salvaríais. Anteponed a todo vuestra salvación, nos dice Jesucristo, porque es «la única cosa que os debe preocupar» (3). ¡Ay, H. M. ! ¡cuán raros son los cristianos que están prontos a sufrirlo antes que exponer la salvación de su alma!

Acabáis de ver en compendio, H. M., todo lo que

(1) Si quis autem suorum, et maxime domesticorum curam non habet, fidem non habet, et est infideli deterior (I Tim., V, 8).

(2) Et si oculus tuus scandalizat te, erue eum, et proice abs te: bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare, quam duos oculos habentem⁸ mitti in gehennam ignis (S. Mat., XVIII, 9).

(3) Unum est necessarium (S. Luc., X, 42).

habéis de hacer para santificaros en vuestro estado. ¡Ay! ¡qué de pecados no tenemos que echarnos en cara hasta el presente! Juzguémonos, H. M., según estas reglas, y tratemos de ajustar a ellas en adelante nuestra conducta. ¿Y por qué, H. M., no haríamos todo cuanto podemos para agradar a nuestro Dios que tanto nos ama? ¡Ah! ¡si nos tomásemos la pena de echar una mirada sobre la bondad de Dios para con nosotros! En efecto, H. M., todos los sentimientos de Dios con respecto al pecador no son sino sentimientos de bondad y de misericordia. Por más que sea pecador, Dios le ama todavía. Dios odia el pecado, es verdad; pero ama al pecador, que, aun cuando pecador, no deja de ser su obra, creada a semejanza suya, y de ser el objeto de sus más tiernos suspiros desde toda la eternidad. Por él creó el cielo y la tierra; por él dejó la compañía de los ángeles y santos; por él sufrió tanto, aquí en la tierra, por espacio de treinta y tres años; por él fundó esta hermosa religión, tan digna de Dios, tan capaz de hacer felices a los que tienen la dicha de seguirla.

¿Queréis, H. M., que os muestre cuánto nos ama Dios, por más que seamos pecadores? Escuchad al Espíritu Santo, quien os dice que Dios se porta con nosotros como se portó David con su hijo Absalón, el cual levantó un ejército de malvados para destronar y quitar la vida a tan buen padre, con el fin de reinar en su lugar. Vióse David forzado a huir y abandonar su palacio para poner en salvo su vida, ante la persecución de su desnaturalizado hijo. Pero, a pesar de que este crimen había de serle a David extremadamente odioso, nos dice el Espíritu Santo que su amor por el hijo ingrato era sin límites, y que a medida que el hijo ingrato armaba su furor, aquel buen padre sentía nuevo amor por él. Viéndose, pues, constreñido a ponerse al frente de un ejército, para detener al desdichado, su pri-

mer cuidado antes de empeñar combate fué recomendar a sus oficiales y soldados que respetasen la vida de su hijo. El hijo, criminal y bárbaro, quiere quitar la vida al padre, y el padre intercede por él. Muere aquél por una visible permisión de la Providencia; y David, muy lejos de alegrarse de la ruina del rebelde, y de sentirse en mayor seguridad, parece olvidarse de su vida y de su reino, para no pensar más que en llorar la muerte de quien sólo trataba de perderle. Tan grande fué su dolor, tan abundantes sus lágrimas, que cubrió su rostro con un velo, para no ver la luz; retiróse a la obscuridad de su palacio, y dió rienda suelta a la amargura de su corazón. Tan penetrantes eran sus clamores, tan amargas y copiosas sus lágrimas, que sembró la consternación hasta entre sus tropas, reprochándose a sí mismo el no haber tenido la fortuna de morir por salvar la vida de su hijo. A cada instante se le oía exclamar: ¡Absalón, hijo mío! ¡que no haya muerto yo en lugar de ti! ¡que no pueda quitarme yo la vida para devolvértela! ¡Ay! ¡pluguiera a Dios que hubiese muerto yo en tu lugar (1). Ni quiso ya recibir consuelo en toda su vida; su dolor le acompañó hasta el sepulcro.

Decidme, H. M., ¿habrías pensado nunca que vuestra pérdida causase tantas lágrimas y dolores a nuestro divino Salvador? ¡Ah! ¿quién no se conmovirá?... Un Dios llorando la ruina de un alma y no cesando de clamar: ¿Amigo, a dónde vas, que corres a perder tu alma y a tu Dios? ¡Deténte! ¡deténte! ¡Ah! mira mis lágrimas, mi sangre que corre todavía; ¿será menester que por salvarte muera segunda vez? Pues heme aquí. ¡Oh, ángeles del cielo! bajad a la tierra; venid a llorar conmigo la pérdida de esta alma.

(1) Fili mi Absalom, Absalom fili mi: quis mihi tribuat ut ego moriar pro te Absalom fili mi, fili mi Absalom (II Reg., XVIII, 33).

¡ Oh ! ¡ qué desgraciado es un cristiano, si se obstina en correr todavía al abismo, a pesar de la voz que hace resonar continuamente Dios en sus oídos !

Me diréis : Pero ¡ si nadie nos habla de esta manera ! — ¡ Ay, amigos ! si no os empeñarais en cerrar vuestros oídos, escucharíais sin cesar la voz de Dios que os persigue. Dime, amigo, ¿ qué son sino esos remordimientos de tu conciencia, luego que has caído en el pecado ? ¿ Por qué esas turbaciones, esas tempestades, que te agitan ? ¿ Por qué ese temor y ese pavor dondequiera que te halles, creyéndote a cada instante próximo a ser herido por los rayos del cielo ? ¡ Cuántas veces no has sentido, en el mismo instante de pecar, como si una mano invisible quisiera detenerte, y una voz que te decía : ¡ Desgraciado ! ¿ qué vas a hacer ? ¡ Ah, hijo mío ! ¿ por qué quieres condenarte ?... ¿ No convendréis conmigo en que un cristiano que desprecia tantas gracias merece ser abandonado y reprobado, porque no prestó oídos a la voz de Dios, ni se aprovechó de sus gracias ? Pero no, H. M. ; sólo a Dios desprecia esa alma ingrata y parece cómo si quisiese quitarle la vida. Todas las criaturas claman venganza ; y es precisamente ese Dios el único que quiere salvarla, y se opone a todo cuanto pudiera dañarla, velando por su conservación como si fuera sola en el mundo, y como si de su felicidad dependiera la del mismo Dios. Mientras el pecador le clava el puñal en el seno, Dios le tiende la mano, para decirle que le quiere perdonar. Los rayos y truenos del cielo parecen echarse al pie del trono de Dios, pidiendo que les deje aplastar al ingrato. ¡ Ah ! no, no, les dice el divino Salvador, me cuesta demasiado esta alma, y yo la amo todavía, aunque pecadora. Pero, Señor, replican ellos, ¿ no veis que vive sólo para ultrajaros ? No importa, quiero conservarla, porque sé que un día me amará : he aquí por qué deseo su conservación.

¡ Ah, H. M. ! ¿ seríais tan duros que no os conmoviera tanta bondad de parte de nuestro Dios ? Pues bien, prosigamos. Vais a ver otro espectáculo del amor de Dios para con sus criaturas y sobre todo para con un pecador convertido. El Señor nos lo presenta por boca del profeta Isaías. Llega hasta el punto de querer disimular nuestros pecados, diciéndonos que Dios trata al pecador que le ultraja, como una madre trata a su hijo desprovisto aun de razón. ¿ Veis, nos dice, a un niño que no tiene aun el uso de la razón ? Unas veces se pone de mal humor, otras se impacienta, chilla, se irrita, llega hasta a golpear con sus manecitas el seno de su madre que le sostiene, se esfuerza por satisfacer su cólera impotente. Pues bien, nos dice el profeta, ¿ qué venganza creéis que tomará la madre de la temeridad de su hijo ? Vedlo : le estrechará y le apretará más tiernamente contra su corazón ; redoblará sus cariños ; le mimará, le ofrecerá el pecho y le dará su leche, para calmar su lloro : esta será toda su venganza. Y añade el profeta : Si ese niño tuviese conocimiento de lo que hace, ¿ qué debiera pensar viendo tanta dulzura de parte de su madre ? Démosle por un momento el uso de la razón que le ha negado la naturaleza. ¿ Qué pensará y qué juzgará de todo esto, pasado el arrebató de cólera ? Sin duda quedará pasmado de su temeridad al irritarse contra la que le llevaba en brazos y con sólo abrir la mano podía dejarle caer en tierra y aplastarle. Pero al propio tiempo, ¿ temerá acaso que su buena madre se niegue a perdonarle sus infantiles furores ? ¿ No verá, por el contrario, que le están ya perdonados, puesto que ella redobla sus mimos, cuando podía tan fácilmente vengarse ? Sí, dice el santo profeta, esta es la manera como trata Dios al pecador en medio de sus mayores desórdenes. Sí, añade, el Señor os ama tanto, aunque pecadores, que os lleva en sus manos hasta los días de vuestra ancianidad. No, no, dice él, podrá una

madre tener el valor de abandonar a su hijo (1), mas nunca podría yo abandonar a una de mis criaturas.

¡ Ay, H. M. ! nada más fácil de concebir. ¿ No parece, en verdad, que cierra Dios los ojos a nuestros pecados ? ¿ No se ven todos los días pecadores que parecen vivir sólo para ultrajarle, y hacen todos los esfuerzos posibles para perder a los demás, sea con sus malos ejemplos, sea con sus burlas, sea con su hablar deshonesto ? ¿ No se diría que el infierno los ha enviado para arrancar a esas almas de las manos del mismo Dios, y arrojarlas al infierno ? Convenís en esto conmigo. Pues bien, ¿ no cuida acaso Dios de esos desdichados, que viven sólo para hacerle sufrir y arrebatarle las almas ? ¿ No hace acaso por ellos todo lo que hace por los más justos ? ¿ No manda al sol que los alumbre y a la tierra que los alimente ? ¿ A los animales, que los sustenten unos, que les vistan otros, o que los alivien en sus trabajos ? ¿ No ordena a todos los hombres que los amen como a sí mismos ? Sí, H. M., diríase que Dios, por su parte, se agota por beneficiarnos a fin de captarse nuestro amor, al paso que el pecador emplea todo cuanto está en su mano para hacer guerra a Dios y despreciarle ! ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuán ciego es el hombre ! ¡ cuán poco conoce lo que hace pecando, rebelándose contra tan buen padre, contra un amigo tan cariñoso !

Deplorando nuestra ceguera, ¿ qué debemos concluir de todo esto, cristianos ? Que, pues Dios es tan bueno al darnos la esperanza de un año más, hemos de hacer todo lo posible para pasarlo santamente, y que durante este año podemos aún ganarnos la amistad de nuestro Dios, reparar el mal que hemos hecho, no sólo en

(1) Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui ? et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui. (Is., XLIX, 15).

el pasado año, sino en toda nuestra vida, y asegurarnos una eternidad de dicha, de gozo y de gloria. ¡ Oh ! ¡ si, al llegar el próximo año, tuviésemos la suerte de poder decir que el presente ha sido todo para Dios ! ¡ Qué riqueza de vida eterna habríamos atesorado ! Es lo que...

EPIFANÍA

SOBRE LOS REYES MAGOS

*Vidimus stellam eius, et venimus
adorare eum.*

Hemos visto su estrella y hemos
venido a adorarle.

(S. Mat., II, 2).

Día feliz para nosotros, H. M., día por siempre memorable, en el cual la misericordia del Salvador nos sacó de las tinieblas de la idolatría para llamarnos al conocimiento de la fe, en la persona de los Magos, que vienen de Oriente para adorar y reconocer al Mesías, en nuestro nombre, por su Dios y Salvador. Sí, H. M., ellos son nuestros padres y modelos en la fe. ¡ Dichosos nosotros si somos fieles en imitarlos y seguirlos! ¡ Oh! exclamaba con transportes de amor y gratitud el papa San León: «Angeles de la ciudad celeste, prestadnos vuestras llamas de amor para dar gracias al Dios de las misericordias por nuestra vocación al cristianismo y a la salud eterna». Celebremos, H. M.—dice este Santo—con alegría los comienzos de nuestras venturosas esperanzas. Pero, a ejemplo de los Magos, seamos fieles a nuestra vocación, o, de lo contrario, temblemos de que no nos aplique Dios el mismo castigo que a los judíos, su pueblo escogido. Desde Abraham hasta su venida les había el Señor llevado como de la mano, mostrándose dondequiera su protector y su libertador; y luego los rechazó y los desechó a causa del menosprecio que habían hecho de sus gracias. Sí, H. M., esta preciosa fe nos será quitada y

Dios la transportará a otros países, si no practicamos sus obras. Pues bien, H. M., ¿queremos conservar entre nosotros este precioso depósito? Sigamos fielmente las huellas de nuestros padres en la fe.

Para formarnos una pálida idea de la grandeza del beneficio de nuestra vocación al cristianismo, no tenemos más que considerar qué eran nuestros antepasados antes de la venida del Mesías, su Dios, su Salvador, su luz y su esperanza. Vivían entregados a toda suerte de crímenes y de desórdenes, enemigos de Dios, esclavos del demonio, víctimas destinadas a venganzas eternas. ¿Es posible, H. M., es posible que reflexionemos sobre un estado tan deplorable, sin que de todo corazón demos gracias a este Dios de bondad, por habernos querido llamar al conocimiento de la verdadera religión, y haber hecho todo lo que hizo para salvarnos? ¡Oh favor, oh gracia inestimable, tan preciosa como poco conocida en el desdichado siglo en que vivimos, en que la mayor parte de los cristianos no lo son más que de nombre! Pues bien, H. M., ¿qué hemos hecho a Dios para ser preferidos a tantos otros que han perecido y perecen aun todos los días en la ignorancia y en el pecado? Pero ¿qué digo? ¿No somos acaso más indignos aun nosotros de esta gracia que el infortunado pueblo de los judíos? Si hemos nacido en el seno de la Iglesia católica, mientras tantos otros perecen fuera de ella, se debe a un puro efecto de la bondad de Dios para con nosotros. Hablemos, pues, de nuestra vocación a la fe. Considerando la fe de los Magos, veremos que ellos la practicaban con obras, y que su fidelidad a la gracia fué pronta, generosa y perseverante. Compararemos luego nuestra fe, tan débil, con la suya, tan viva. Hablaremos por último, de la gratitud que debemos a Dios por el don de la fe que nos ha concedido. ¿Podremos nunca agradecer como se debe al Señor tan gran ventura?

I. — 1.º Decimos, primeramente, que la fidelidad de los Magos a la gracia fué *pronta*. En efecto, apenas divisan la estrella milagrosa, cuando, sin pararse a examinar nada, parten en busca de su Salvador, con tanta prisa, con tan encendido deseo de llegar al término a donde la gracia, figurada por la estrella, los llama, que nada es capaz de detenerlos. ¡Ay, H. M. ! ¡ cuán lejos estamos nosotros de imitarlos ! ¡ Cuántos años ha que Dios nos llama con su gracia, inspirándonos el pensamiento de dejar el pecado y reconciliarnos con El ? Y nosotros, siempre insensibles y rebeldes. ¡ Ah ! ¡ cuándo llegará el venturoso día en que hagamos como los Magos, que todo lo dejaron y abandonaron para darse a Dios ?

2.º En segundo lugar, H. M., decimos que su fidelidad a la vocación fué *generosa*, puesto que vencieron todas las dificultades y todos los obstáculos que se les oponían, por seguir a la estrella. ¡ Ay ! ¡ qué de sacrificios no han de hacer ! Han de abandonar su país, su casa, su familia, su reino, en una palabra, han de separarse de todo lo que más aman en el mundo, han de avenirse a soportar las fatigas de un largo y penoso viaje, hecho en la estación más rigurosa del año : todo parece oponerse a su intento. ¡ Cuántas chanzas no han de sufrir de parte de sus iguales, y aun del mismo pueblo ! ¡ Pero, no ! nada es capaz de detenerlos en un paso de tanta importancia. Y ved precisamente en qué consiste, H. M., el mérito de la fe, en renunciar a todo, y en sacrificar lo que más amamos, para obedecer a la voz de la gracia que nos llama.

¡ Ay, H. M. ! si para ganar el cielo se exigiesen de nosotros sacrificios como los de los Magos, ¡ cuán escaso sería el número de los escogidos ! Pero no, H. M., con hacer solamente lo que hacemos cuando se trata de negocios temporales, tenemos seguridad de ganarlo. Ved a un avaro : día y noche trabajará por ganar y

amontonar dinero. Ved a un bebedor : se consumirá y sufrirá toda la semana por reunir algunas monedas con que beber el domingo. ¡ Mirad a esos jóvenes entregados a los placeres ! Caminarán dos o tres leguas por procurarse un placer insulso y acompañado de muchos sinsabores. Irán de noche, desafiarán el mal tiempo. De vuelta a su casa, lejos de ser compadecidos, llevarán una reprimenda, por lo menos si sus padres no han perdido la memoria de que Dios les pedirá un día cuenta de su alma. Bien claro lo veis que en todo esto hay que hacer muchos sacrificios ; y sin embargo, nada os arredra, y salís con todo ; unos por fraude, otros por astucia, todo se va haciendo. Mas, tratándose de la salvación, ¿ qué es lo que hacemos ? Casi todo nos parece impracticable. Confesemos, H. M., que es bien deplorable nuestra ceguera, de hacer cuanto podemos por este miserable mundo y no querer hacer nada por asegurar nuestra eterna felicidad.

Veamos todavía, H. M., hasta qué punto llevan los Magos su generosidad. Llegando a Jerusalén, la estrella que los había guiado en su viaje, desaparece de su vista. Créense ellos ya en el lugar donde ha nacido el Salvador a quien vienen a adorar, y piensan que Jerusalén entera se hallará en el colmo de la mayor alegría, por el nacimiento de su libertador. ¡ Qué desencanto ! ¡ qué sorpresa para ellos ! Jerusalén, no sólo no da señal alguna de alegría, sino que hasta ignora si el libertador ha nacido. Quedan tan sorprendidos los judíos de ver llegar a los Magos para adorar al Mesías, que éstos se pasan del anuncio que recibieron en Oriente. ¡ Qué prueba para su fe ! ¿ Se necesitaba más para renunciar a su propósito y regresar lo más secretamente posible a su país, por temor de ser la fábula de todo Jerusalén ? ¡ Ay, H. H. ! esto hubieran hecho muchos de nosotros, si hubiese sido sometida su fe a semejante prueba. No carecía de misterio la desapari-

ción de la estrella : venía a despertar la fe de los judíos que tenían los ojos cerrados ante el gran acontecimiento ; era menester que unos extranjeros viniesen a darles en cara su ceguera.

Pero todo esto, lejos de desanimar a los Magos, no sirve, por el contrario, sino para afirmarlos en su resolución. Abandonados, al parecer, por la luz que los guiaba, ¿se amilanarán? ¿Desistirán de su empresa? ¡ Oh, no ! H. M. ; nosotros sí, lo hubiéramos hecho, y sin duda por menores contratiempos. Pero ellos siguen otro camino : van a consultar a los doctores, como gente versada en las profecías donde se indicaba el lugar y el momento en que el Mesías había de nacer, y les piden en qué lugar nacerá el nuevo Rey de los Judíos. Hollando todo respeto humano, penetran hasta en el palacio de Herodes, y le piden dónde está el rey que acaba de nacer, declarándole, sin miedo alguno, que han venido a adorarle. Que el rey se ofenda de este lenguaje, poco les importa ; nada es capaz de detenerlos en una empresa tan importante ; quieren hallar a su Dios a toda costa. ¡ Qué valor, H. M., qué firmeza ! ¿ Y nosotros, H. M. ? Nosotros nos encogemos por temor a una pequeña chanza. Un *qué dirán* nos impide cumplir nuestros deberes de religión y frecuentar los Sacramentos. ¡ Cuántas veces no nos hemos avergonzado de hacer la señal de la cruz, antes y después de la comida ! ¡ Cuántas veces no hemos quebrantado por respeto humano las leyes de la abstinencia y del ayuno, por el temor de ser notados o de pasar por buenos cristianos ! ¿ Dónde está nuestro valor ? ¡ Oh ! ¡ qué vergüenza para nosotros el día del juicio, cuando el Salvador confrontará nuestra conducta con la de los Magos, nuestros padres en la fe, que todo lo dejaron y sacrificaron antes que resistir a la voz de la gracia que los llamaba !

3.º Mirad además cuán grande fué su *perseverancia*. Los doctores de la ley les dicen que todas las profecías

anunciaban que el Mesías había de nacer en Belén, y que el tiempo era llegado. Apenas recibida la respuesta, se ponen en camino para aquella ciudad. ¿No debían suponer que les sucedería lo que a la Virgen Santísima y a San José? ¿que la concurrencia sería mucha, y se encontrarían sin albergue? ¿Podían sospechar siquiera que los judíos, que hacía cuatro mil años estaban esperando al Mesías, no correrían en tropel a postrarse ante su cuna, reconociéndole por su Dios y su libertador? Pero no, H. M., nadie se mueve: los judíos viven en las tinieblas y en ellas se quedan. Expresiva imagen del pecador, que no cesa de oír la voz de Dios que le llama, por la voz de sus pastores, para que deje el pecado, y sólo le sirve para ser más culpable y más obstinado... (1)

Pero volvamos a los santos reyes Magos. Parten solos de Jerusalén; ¡y con qué puntualidad! ¡Oh! ¡qué fe la suya! ¿Los dejará Dios sin recompensa? Ciertamente que no, H. M. Han salido apenas de la ciudad, y de nuevo la antorcha, es decir, la estrella milagrosa, aparece delante de ellos, y como que los toma por la mano para conducirlos hasta el recinto de miseria y de pobreza donde se halla Jesús. Una vez allí se detiene y parece decirles: Ved a Aquel a quien he venido a anunciaros. Ved al esperado de las gentes. Sí, en-
trad, y le veréis. Es el engendrado desde toda la eternidad, que acaba de nacer, es decir, que acaba de tomar un cuerpo humano, el cual debe sacrificar para salvación de su pueblo. No os espante el aparato de miseria en que le veréis. Envuelto se os presenta en pobres pañales; pero es el mismo que lanza el rayo desde lo más alto de los cielos. Su voz estremece los infiernos, porque los infiernos ven en El a su vencedor. Los santos re-

(1) Las cuatro postrimerías, muerte, juicio, infierno y gloria (Nota del Santo).

yes sienten entonces sus corazones tan encendidos de amor, que se arrojan a los pies de su Salvador y riegan con sus lágrimas la paja que le está sirviendo de cama.

¡Qué espectáculo, H. M. ! Unos reyes reconociendo por su Dios y Salvador a un tierno niño tendido en un pesebre, entre dos viles animales ! ¡ Oh ! ¡ cuán preciosa cosa es la fe ! No sólo no los desalienta aquel estado de pobreza, sino que más bien los conmueve y edifica. Sus ojos no se cansan de contemplar al Salvador del mundo, al Rey de cielos y tierra, al Señor de todo el universo, en aquel estado. Las delicias de que sienten inundado su corazón son tan copiosas, que ofrecen a su Dios todo lo que tienen y todo lo que le pueden dar. Desde aquel momento consagran a Dios sus personas, no queriendo ser dueños ni aun de sí mismos. No contentos con esto, le ofrecen también sus reinos. Siguiendo la costumbre de los orientales, que jamás se llegaban a los grandes príncipes sin hacerles algún presente, ofrecen a Jesús los más ricos productos de su país, es decir : oro, incienso y mirra ; y con estos presentes expresan perfectamente la idea que habían concebido del Salvador, reconociendo su divinidad, su realeza o soberanía y su humanidad. Su divinidad, por el incienso, que es debido sólo a Dios ; su humanidad, por la mirra, que se emplea para embalsamar los cadáveres ; su soberanía, por el oro, que es el ordinario tributo que se paga a los soberanos. Pero esta ofrenda expresa aun mucho mejor los sentimientos de su corazón : su ardiente caridad, manifestada por el oro, símbolo de ella ; su tierna devoción, figurada por el incienso ; los sacrificios que con corazón mortificado hacían a Dios, representados por la mirra.

¡Qué virtud, H. M., la de estos tres orientales ! Viendo Dios la disposición de sus corazones, ¿ no debía decir ya entonces lo que dirá luego en otra ocasión :

que no ha hallado «fe más viva en todo Israel»? (1). En efecto, los judíos tienen en medio de ellos al Mesías, y ninguna atención paran en él; los Magos vienen de muy lejanas tierras a buscarle y reconocerle como Dios. Los judíos le tratan luego como al hombre más criminal que puede haber existido en la tierra, y acaban por crucificarle al mismo tiempo que El está dando las pruebas más evidentes de su divinidad; mientras que los Magos le ven tendido sobre pajas, reducido a la condición más vil, y se echan a sus plantas para adorarle, reconociéndole como a su Dios, su Salvador y su libertador. ¡Oh! ¡qué cosa tan preciosa es la fe! Si tuviésemos la dicha de entenderla bien, ¡cuál sería nuestra diligencia en conservarla!

II. — ¿A quiénes imitamos, H. M., a los judíos o a los Magos? ¿Qué es lo que se observa en la mayor parte de los cristianos? ¡Ay! una fe débil y lánguida; y ¿cuántos hay que no tienen ni aún la fe de los demonios, los cuales creen que hay un Dios y tiemblan en su presencia? (2). No ha de costar mucho el vencerse de ello. Mirad, H. M., si realmente creemos que Dios está presente en nuestros templos cuando conversamos en su recinto, cuando volvemos la cabeza de una parte a otra, y cuando nos resistimos a doblar nuestras rodillas mientras El nos muestra el exceso de su amor, sea durante la comunión o hasta en el momento de la bendición. ¿Creemos que existe un Dios? ¡Oh! no, H. M., o, si lo creemos, es tan sólo para ultrajarle. ¿Qué uso hacemos, H. M., del don precioso de la fe y de los medios de salvación que hallamos en el seno de la Iglesia católica? ¿Qué conformidad hay entre nuestra vida y la santidad de nuestra religión?

(1) Non inveni tantam fidem in Israël (S. Mat., VIII, 10).

(2) Et daemones credunt, et contremiscunt (Sant., II, 19).

¿Podemos decir, H. M., que nuestra conducta se conforma a las máximas del Evangelio, y a los ejemplos que nos ha dado Jesucristo? ¿Amamos y practicamos todo aquello que Jesucristo ama y practica? Es decir, ¿amamos la pobreza, las humillaciones y los desprecios? ¿Preferimos la cualidad de cristianos a todos los honores y a todo lo que podamos poseer y desear en la tierra? ¿Sentimos para con los Sacramentos aquel respeto, aquel deseo y aquel afán de aprovecharnos de las gracias que el Señor nos prodiga en ellos? Ved ahí, H. M., sobre qué debemos examinarnos cada uno de nosotros en particular.

Mas ¡ay! ¿cuán grandes y amargas no serán las reprensiones que sobre esos diferentes puntos habremos de hacernos? En vista de tantas infidelidades e ingratitudes, ¿no deberemos temer que Jesucristo nos quite, como a los judíos, ese don precioso de la fe, para transportarlo a otros dominios en donde se haga de él mejor uso? ¿Por qué dejaron los judíos de ser el pueblo de Dios? ¿No fué, por ventura, a causa del desprecio que hicieron de sus gracias? Andad con cuidado, nos dice San Pablo, ya que, si no permanecéis firmes en la fe, seréis rechazados y repelidos como los judíos.

¡Ay, H. M.! ¿quién no temerá que esa desdicha nos sobrevenga, al considerar cuán poca fe hay en la tierra? En efecto, H. M., ¿cuál es la fe que se observa entre los jóvenes que deberían, precisamente, consagrar al Señor la primavera de sus días, para darle gracias por haberlos enriquecido con tan precioso depósito? ¿No se los ve, por el contrario, ocupados unos en dar satisfacción a su vanidad, otros solazándose en los placeres? ¿No se ven hasta obligados a confesar que aun habría que enseñárseles que tienen alma? Parece cómo si Dios se la hubiese dado sólo para perderla. ¿Cuál es la fe que encontramos entre aquellos que ya

alcanzaron la edad madura, y empiezan a estar ya desengañados de los devaneos de la juventud? ¿Pero no están enteramente ocupados, noche y día, en acrecentar su fortuna? ¿Piensan en salvar su pobre alma, cuando la fe les dice que, si la pierden, todo está perdido para ellos? No, H. M., no, ¡poco les importa que ella se pierda o se salve, con tal de aumentar sus caudales! Por fin, ¿cuál es la fe que vemos en los ancianos, quienes, dentro de breves momentos, van a ser citados para comparecer ante Dios a fin de rendir cuentas de su vida, vida que, tal vez, no ha sido más que un tejido de pecados? ¿Piensan en aprovecharse del corto tiempo que Dios, en su misericordia, es servido aún concederles, y que no deberían dedicar a otra cosa que a llorar sus faltas? ¿No se los ve, no se los oye hacer gala alegremente, siempre que tienen ocasión, de los placeres que han gustado durante las locuras de su juventud? ¡Ay, H. M.! forzosamente hemos de reconocer que la fe está casi extinguida, o mejor, que esto es lo que dicen todos aquellos que aun no han abandonado su alma a la tiranía del demonio. En efecto, H. M., ¿cuál es la fe que esperamos hallar en un cristiano que permanecerá tres, cuatro y seis meses sin frecuentar los Sacramentos? ¡Ay! ¡y cuántos hay que esperan un año entero, y otros hasta dejan transcurrir tres o cuatro años! Temamos, H. M., temamos atraer sobre nosotros castigos análogos a los que Dios ha hecho sentir a tantas otras naciones, de las cuales la fe ha sido transportada a otra parte, y que, a buen seguro, los tenían menos merecidos, o se habían aprovechado de ella mejor que nosotros, destinados a ocupar el lugar de los judíos.

Mas ¿qué debemos hacer, H. M., para tener la dicha de no quedar jamás privados del don de la fe? Debemos hacer como los Magos que se esforzaron continuamente en hacer su fe más y más viva. Mirad, H. M.,

cuán unidos a Dios por la fe están los Magos. En cuanto se hallan postrados ante el pesebre, ya no piensan en abandonar a su Dios. Hacen como un hijo que va a separarse de un buen padre, que vacila y procura retardar la partida, buscando pretextos a fin de prolongar su dicha. A medida que el momento va acercándose, corren las lágrimas, el corazón se quebranta. Tal hacen los Santos Reyes. Cuando fué preciso abandonar la cueva, lloraban con amargo llanto, parecía como si estuviesen retenidos allí por férreas cadenas. Por una parte, la caridad los impulsaba a regresar pronto, para anunciar la buena nueva a todo su reino; por otra, se veían obligados a separarse de Aquel a quien habían ido a buscar desde tan lejos, y que sólo hallaron después de vencer grandes dificultades. Mirábanse el uno al otro para ver quién partiría primero. Mas el ángel les advirtió que convenía salir para anunciar esa venturosa nueva a las gentes de sus reinos, pero con la precaución de no volver a la ciudad de Herodes: ya que, si Herodes les encargó tantas precauciones y que se informasen con diligencia para darle a conocer el lugar del nacimiento del Niño, esto no era para otra cosa que para darle muerte; convenía, pues, seguir otro camino. Hermosa figura de un pecador convertido que dejó el pecado para entregarse a Dios: de ninguna manera debe volver al lugar fatal que antes frecuentaba. Estas palabras del ángel los llenaron del más vivo dolor. Dominados por el temor de ser la causa de su muerte, después de despedirse de Jesús, de María y de José, parten lo más secretamente posible, se apartan, en su marcha, del camino real, a fin de no inspirar sospechas. En vez de hospedarse en las posadas, pasan las noches al abrigo de los árboles, en las cavidades de las peñas. y andan de esta manera unas treinta leguas.

Apenas llegados a su país respectivo, anuncian a todos sus súbditos el propósito de abandonar cuanto

poseen, ya que no pueden resignarse a tener algo en dominio, después de haber visto a su Dios sumido en una tan gran pobreza; considerándose dichosos de que, a lo menos en esto, puedan imitarle. Dedicán las noches a la oración, mientras, de día, recorren las casas de ciudad en ciudad, para comunicar a todos la dicha que habían experimentado, narrarles lo que vieron en aquel establo, y ponderarles las lágrimas que el Dios recién nacido derramara ya, para llorar los pecados de los hombres. Castigaban sus cuerpos con penitencias rigurosas; semejantes a tres ángeles recorriendo las provincias de su país para preparar los caminos del Señor; no podían hablar del dulce Salvador sin derramar abundantes lágrimas, y cada vez que, juntos conversaban recordando aquel momento feliz en que se hallaron ante el establo, les parecía que iban a morir de amor. ¡Oh! ¿no podían ellos decir, H. M., como los discípulos de Emmaús (1): Acaso no nos parecía cómo si nuestros corazones se abrasasen de amor, cuando nos hallábamos prosternados a sus plantas en aquel pobre rincón de miseria?» ¡Ah! si hubiesen tenido la dicha de albergarlo en su corazón, cual nosotros podemos ahora hacerlo, ¿no habrían prorrumpido en los mismos transportes que San Francisco cuando exclamaba: «¡Oh! aminorad, Señor, vuestro amor, o bien aumentad mis fuerzas, pues no puedo resistir más»? ¡Oh, con qué gran cuidado le guardarían en su pecho! Si El les hubiese dicho que por un solo pecado le perderían, ¿no hubieran preferido cien veces la muerte antes que atraer una tal desgracia? ¡Oh, con qué edificación y pureza de vida se mantuvieron durante los noventa y cuatro años que sobrevivieron al nacimiento del Salvador!

Se lee que Santo Tomás, después de la Ascensión

(1) *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis?* (S. Luc., XXIV, 32).

del Salvador, fué a anunciar el Evangelio a aquellos países. Allí los encontró a los tres. Desde que salieron de la cueva de Belén, no cesaron de propagar la fe en sus territorios. Santo Tomás quedó admirado de hallarlos tan saturados del espíritu de Dios y encumbrados a un tal alto grado de santidad, y encontró todos los corazones dispuestos a recibir la gracia santificante, por la obra que habían llevado a cabo los Santos Reyes. El Apóstol les contó cuánto el Salvador había hecho y sufrido desde que ellos tuvieron la dicha de verle en el pesebre; díjoles que había vivido hasta la edad de treinta y tres años, que había trabajado en la obscuridad, sometido a la Virgen María y San José, ayudándoles a vivir con su trabajo; que San José murió mucho tiempo antes que el Salvador; que la Virgen vivía aún, estando bajo el cuidado de uno de los discípulos de Jesús. Les dijo que el Salvador, durante los tres últimos años de su vida, padeció cuanto pudiera hacerse padecer al mayor criminal del mundo; que cuando comenzó a anunciar a los hombres que venía para salvarlos, que era el Mesías desde tanto tiempo esperado, y les enseñaba cómo debían portarse a fin de participar de las gracias que les traía, entonces se le arrojaba, a pedradas, fuera de las reuniones y asambleas; que recorrió gran parte del país, curando a los enfermos que se le presentaban, resucitando muertos y echando el demonio del cuerpo de los posesos. El causante de su muerte fué uno de los que El había escogido para anunciar al mundo su Evangelio, el cual, dominado por la avaricia, le vendió por treinta dineros. Fué preso como un criminal, atado a una columna, y allí se le flageló de una manera tan cruel, que llegó a quedar desfigurado. Fué arrastrado por las calles de Jerusalén, con una cruz auestas, bajo cuyo peso caía a cada paso; su sangre regaba las piedras de las calles por donde pasaba, y, en sus repetidas caídas, los verdugos obligábanle a levantarse, a golpes y a co-

ces ; terminaron por crucificarle, y El, lejos de vengarse de tantos ultrajes, no cesó de orar por sus verdugos ; y en aquella cruz expiró, mientras los viandantes y los judíos le llenaban de maldiciones. Después, pasados tres días, resucitó tal como El mismo había profetizado ; y, cuarenta días más tarde, subió a los cielos. Tomás, lo mismo que los Apóstoles que le acompañaron en su misión, habían sido testigos de todo aquello.

Al oír la narración de cuanto el Salvador sufriera, los Santos Reyes parecían no poder vivir ya más. ¡ Mataron a ese tierno Salvador ! — exclamaban — ¡ Ah ! ¿ habrá podido existir crueldad semejante ? ¡ Y El todavía los perdonó ! ¡ Oh ! ¡ cuán bueno es y cuán misericordioso ! Y ellos, tan vivamente sentían el dolor, que no podían contener las lágrimas ni ahogar los sollozos. Santo Tomás los bautizó, los ordenó de presbíteros y los consagró obispos, a fin de que, con la consagración, tuviesen mayor potestad para propagar la fe. Estaban, ellos, tan animados por el amor de Dios, que, a cuantos encontraban, los detenían diciéndoles : Venid, H. M., venid, que os contaremos lo que sufrió el Mesías que, en otro tiempo, vimos nosotros en aquel establo.

Hasta tal punto su corazón estaba inflamado por el amor de Dios, que parecía fuesen, a cada momento, transportados al cielo. Su vida toda no fué más que una serie de milagros y conversiones. Como que en vida habían estado siempre unidos con tanta intimidad, Dios permitió que fuesen enterrados en un mismo sepulcro. El que murió primero fué colocado al lado derecho ; mas, a la muerte del segundo, como fuese colocado al lado del otro, el que había fallecido primero cedió su lugar a aquél ; finalmente, cuando llegó la hora al último, los dos anteriormente muertos se separaron dejándole el lugar del medio, como merecedor de una gloria mayor por haber trabajado más tiempo por el Salvador. Estaban tan imbuídos en la humildad

de su Maestro, que dieron muestras de ella hasta después de su muerte. Desde su vocación a la fe, prosperaron continuamente en virtudes y en el amor de Dios. ¡ Oh ! ¡ cuán dichosos seríamos, H. M., si siguiéramos las huellas de nuestros padres en la fe, que, en su humildad, juzgaban de ningún valor todas sus buenas obras ! (1)

III. — Y ¿ qué debemos hacer, H. M., para testimoniar a Dios nuestra gratitud por habernos dado medios tan fáciles para salvarnos ? Hemos de ser agradecidos. En el mundo, cuando el menor servicio deja de ser correspondido, pronto exteriorizamos nuestras quejas ; ¿ qué juicio formará, pues, Dios de nuestra ingratitud ? Moisés, antes de su muerte, congregó ante su presencia a todo el pueblo judío, poniéndole de manifiesto todos los beneficios de que el Señor le colmara incesantemente, y añadiendo que, si no se mostraba agradecido, había de temer los más grandes castigos ; ¡ y esto es, precisamente, lo que le ha acontecido, pues fué abandonado de Dios ! ¡ Ay, H. M. ! que los beneficios de que Dios nos ha colmado son aún mucho más preciosos que los de los judíos.

¡ Oh ! ¡ si pudieseis interrogar a vuestros antepasados y comprender por qué camino llegasteis hasta el bautismo, por qué senda la Providencia os ha conducido hasta este momento precioso en que estáis adornados del don inapreciable de la fe ! Después de haber evitado todos los accidentes y peligros que hubieran podido, como a tantos otros, ahogaros en el mismo seno materno, el Señor, al punto que visteis la luz del día, os recibió en sus brazos y os dijo : Sois mis hijos muy ama-

(1) El P. Giry en su «Vida de los Santos», cita el hecho de la sepultura común de los Reyes Magos, según el Almanaque de Colonia ; pero añade : «Estas cosas no son muy seguras, pues ningún autor antiguo hace de ellas mención». (Tomo 1, p. 372, edit. Palmé).

dos. Desde aquel momento, no os ha perdido ya de vista. A medida que vuestra razón iba desarrollándose, vuestros padres, vuestras madres y vuestros pastores no cesaron de anunciaros los beneficios que el Salvador tiene prometidos a los que le sirven. Tocante a vuestra conservación, puede decirse que habéis sido la niña de sus ojos. Nos dice el Espíritu Santo que el Señor, sacando a su pueblo de Egipto y guiándole hacia la tierra prometida, puede compararse a «un águila volando alrededor de sus pequeñuelos para excitarlos a levantar el vuelo, la cual los coge y los lleva sobre sus alas» (1). He aquí precisamente, H. M., lo que Jesús hace por nosotros. Extiende sus alas, es decir, sus brazos en la cruz, para recibirnos y para excitarnos con sus enseñanzas y ejemplos a deshacernos de este mundo y elevarnos con El al cielo. La Sagrada Escritura nos dice que los israelitas recibieron de Dios, por singular favor de su bondad, el país de Canaán, para chupar la sabrosísima miel que encontraban en los agujeros de las piedras, para nutrirse con la más pura flor de la harina, y para beber el vino más exquisito (2). Sí, todo esto no es más que una débil imagen de los bienes espirituales con que podemos saciarnos en el seno de la Iglesia. ¿No es, por ventura, en las llagas de Jesucristo donde hallamos los más grandes consuelos? ¿No es, por ventura, en los Sacramentos donde nos saciamos con ese vino tan delicioso cuya dulzura y cuya fuerza embriagan nuestras almas?

¿Qué más podía hacer Dios, por vosotros, de lo que hizo? Cuando el profeta Nathán fué enviado a David para reprenderle su pecado, díjole: «Oye, príncipe, he aquí lo que dice el Señor: Yo te salvé de las manos de Saúl para hacer que reinases en su lugar; yo te di to-

(1) Sicut aquila provocans ad volandum pullos suos, et super eos volitans, expandit alas suas (Deut., XXXII, 11).

(2) Ibid., 13, 14.

dos los bienes y todas las riquezas de la casa de Judá y de Israel, y, si consideras que esto es poco, añadió, aun estoy dispuesto a darte mucho más» (1). Pero a nosotros, H. M., ¿qué más puede darnos, cuando nos ha hecho participantes de todos sus tesoros? H. M., ¿cuál es nuestro agradecimiento, o mejor, cuál es el desprecio, cuál es el abuso que no hayamos cometido? ¿Qué caso, qué uso hacemos de la palabra de Dios que con tanta frecuencia se nos predica? ¡Oh! ¡cuántos desgraciados hay que no conocen a Jesucristo! ¡a quienes su palabra santa jamás les ha sido anunciada, y que serían grandes santos si alcanzasen tan sólo las migajas de ese pan sagrado que sin cesar se os prodiga y que vosotros dejáis que se pierda! ¿Cuál es el uso que hacemos de la confesión, en donde Dios nos manifiesta cuán grande es su misericordia, y en la que es suficiente dar a conocer las llagas de la pobre alma para quedar curado? ¡Ay! que la mayor parte desprecian tal remedio, y los demás se acercan a él lo menos posible. ¿Cuál es el uso que hacemos de la sagrada comunión y de la santa Misa? Si en el mundo cristiano no hubiese más que un templo en el que se celebrase este augusto misterio, en donde se consagrarse y fuese permitido recibir el cuerpo y la sangre preciosa de Jesucristo, sentiríamos, sin duda, H. M., una santa envidia de los que se hallasen a las puertas de ese templo y les fuese dado, cuantas veces quisieran, visitar y recibir a Jesús Sacramentado. H. M., nosotros somos este pueblo escogido; nosotros estamos a la puerta de ese lugar tan santo, tan puro, en donde cada día se inmola el mismo Dios. ¿Cuál es el uso que hacemos de tal beneficio?

Cuando Dios venga a juzgar al mundo, un judío, un idólatra, un mahometano podrán decir: ¡Oh! si

(1) II Reg., XII, 7, 8.

hubiese tenido la fortuna de vivir en el seno de la Iglesia católica, si hubiese sido cristiano, si hubiese recibido las gracias que recibió ese pueblo escogido, ciertamente habría vivido de otra manera. Sí, H. M., nosotros disponemos de estas gracias y favores de predilección. Pero, repitámoslo, ¿cómo usamos de ellas, dónde está nuestro agradecimiento? No, H. M., no, nuestra ingratitud no quedará impune; Dios, en su cólera, nos arrebatará esos dones de los cuales tan poca estima hicimos, antes bien los despreciamos, haciéndolos servir para el pecado. Yo no digo, H. M., que las sequías, las inundaciones, los pedriscos, las enfermedades y todos los azotes de su justicia caigan sobre nosotros: todo esto es nada, aunque todo esto es, ciertamente, una parte del castigo debido a nuestra ingratitud. Pero tiempo vendrá en que Dios, en vista de que menospreciamos el don precioso que heredamos de nuestros padres en la fe, nos lo quitará para darlo a otros. ¡Ay, H. M. ! ¿no hemos estado a punto de perder nuestra fe en estos desgraciados tiempos que acaban de pasar? (1) ¿no es esto un aviso en el que Dios viene a decirnos que, si no usamos mejor de nuestra fe, ella nos será arrebatada? Este solo pensamiento, H. M., ¿no será bastante para hacernos temblar y redoblar nuestras oraciones y buenas obras, a fin de que Dios no nos prive de tal beneficio? ¿No hemos de estar prontos, como los Magos, a sacrificarlo todo antes que perder este tesoro? Sí, H. M., imitemos a los Magos. Por ellos Dios nos ha transmitido la fe; en ellos hallaremos el más acabado modelo de una fe viva, generosa y perseverante. Unidos en espíritu y de corazón con los santos Reyes Magos, dirijámonos, H. M., a Jesucristo y adorémosle por nuestro Dios; amémosle como

(1) El santo párroco se refiere a hechos ocurridos en su nación. (N. del Tr.)

a nuestro Salvador, entreguémonos a El como a nuestro Rey. Ofrezcámosle el incienso de una oración ferviente, la mirra de una vida penitente y mortificada, el oro de una pura caridad; o mejor como los Magos, hagámosle entrega universal de todo cuanto somos y de todo cuanto poseemos; y así, Dios, no solamente nos conservará este depósito precioso de la fe, sino que nos la avivará más y más, y por este medio seremos agradables a Dios y nos aseguraremos una felicidad sin fin. Esto es lo que os deseo (1).

(1) Citar a los santos Inocentes (Nota del autor).

SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE LA EPIFANÍA

SOBRE EL MATRIMONIO

Vocatus est Iesus ad nuptias.

Jesús fué invitado a unas bodas.

(S. Juan, II, 2).

Cuán felices serían los cristianos, si tuviesen el acierto de imitar a esos devotos esposos que invitaron a Jesucristo a que asistiese a sus bodas, les bendijese y les comunicase las gracias necesarias para su santificación; mas, H. M., son muy pocos los que hacen lo debido para empeñar a Jesucristo a asistir a sus bodas a fin de que las bendiga: al contrario, parece que se toman todas las precauciones para alejarlo. ¡Ay! ¡cuántas personas se habrán condenado por no haber invitado a Jesucristo a sus bodas, cuánta gente comienza ya el infierno en este mundo! ¡Ay! ¡cuántos cristianos entran en ese estado con las mismas disposiciones o aún peores y más criminales que los paganos! Reconozcamos, H. M., y lamentemos, que, entre todos los Sacramentos, ninguno hay que sea tan profanado. Si parece que sólo se recibe este gran sacramento para cometer un sacrilegio. ¡Ay! al ver tantos casamientos desgraciados, tanta gente infortunada, tantos que, por las maldiciones que vomitan el uno contra el otro, comienzan verdaderamente el infierno en este mundo, no busquemos otra causa que la profanación de este sacramento.

¡ Ay ! Si de treinta matrimonios hubiese solamente tres celebrados con las disposiciones adecuadas para recibir todas las gracias propias de este sacramento, esto ya sería una gran cosa. Mas ¿ qué resulta, también, de todas esas profanaciones, si no es una generación de réprobos ? ¿ Cómo considerar sin espanto, Dios mío, el espectáculo de tantos infelices que no entran en ese estado más que para precipitarse en el infierno ? ¿Cuál es mi propósito, H. M. ? Vedlo aquí. Primeramente mostrar a los que entraron en ese estado las faltas que en él han cometido, y, después, prevenir a los que piensan tomarlo acerca de las disposiciones con que han de llegarse a él.

I. — Nadie pone en duda, H. M., que podamos salvarnos en todos los estados constituídos por Dios, cada uno en aquel a que por Dios ha sido destinado, mientras llevemos las disposiciones que El requiere de nosotros ; de manera que, si en nuestro estado nos perdemos, es que no hemos entrado en él con buenas disposiciones. Pero es muy cierto que hay estados que encierran mayores dificultades que otros. Ya sabemos cuál es el que más contiene : el matrimonio ; y, no obstante, vemos que es el estado que se recibe en peores disposiciones. Cuando se va a recibir el sacramento de la confirmación, se procura primero recoger el espíritu, y al mismo tiempo recibir la instrucción suficiente para hacerse digno de las gracias que le están anejas ; mas para el sacramento del matrimonio, del cual depende ordinariamente la felicidad o la desgracia eterna de aquel que lo recibe, lejos de prepararse a él por medio del recogimiento o por cualquier otra buena obra, parece ponerse empeño especial en acumular crimen sobre crimen, para recibirlo ; parece cómo si se temiese no haber cometido bastantes iniquidades para merecer la maldición de Dios, a fin de ser desgraciado durante toda

la vida, y prepararse un infierno por toda la eternidad. Cuando uno quiere entrar en el estado eclesiástico, o en un monasterio, o hasta quedarse en el celibato, lo consulta, ora, practica buenas obras, al objeto de pedir a Dios, lo mejor posible, la gracia de conocer su vocación; aunque en la Orden religiosa todo nos lleva a Dios, todo nos aparta del mal, a pesar de ello, se toman todas las precauciones; mas, para el matrimonio, en el que es tan difícil salvarse, o por mejor decir, donde hay tantos que se condenan, ¿cuáles son los preparativos que se hacen para pedir a Dios la gracia de merecer el auxilio del cielo tan necesario para podernos santificar en tal estado? Son contados los que se preparan, o, en todo caso, lo hacen de una manera tan fría que en ello no toma ningún interés el corazón.

Desde el momento en que un joven o una joven comienzan a pensar en colocarse, empiezan también a apartarse de Dios abandonando las prácticas de religión, la oración y los Sacramentos. Los adornos y los placeres ocupan el lugar de la religión, y los crímenes más vergonzosos reemplazan a los Sacramentos. Y siguen por ese camino hasta el momento de entrar en el matrimonio, en el que, la mayor parte, por no decir todos, consuman su condenación eterna cometiendo tres sacrilegios en el espacio de dos o tres días, a saber, profanan el sacramento de la penitencia, el de la Eucaristía y el del matrimonio, si por desgracia el sacerdote les ha administrado antes los dos primeros. La mayor parte de los cristianos entran en el matrimonio con un corazón mil veces más corrompido por el vicio de la impureza, que muchos paganos, los cuales nunca se atreverían a lo que tantos y tantos cristianos se atreven. Una joven que desee alcanzar un joven no da muestras de mayor pudor que una bestia la más inmundada. ¡Ay! es ella quien abandona a Dios, y Dios la abandona después a ella; y entonces se lanza perdi-

damente a lo más infame. ¡Ay! ¿qué ha de ser de esos pobres que reciben el sacramento del matrimonio en semejante estado, sobre todo cuando muchísimos de esos desgraciados no descubrirán su miseria en la confesión? ¡Oh Dios mío! ¡con qué horror puede y debe mirar el cielo tales matrimonios!

Mas ¿en qué se convierten esos desgraciados? ¡Ay! en el escándalo de una parroquia y en un manantial de desventura para los hijos que de ellos van a nacer. ¿Qué es lo que se oye, en efecto, en aquella casa? Nada más que juramentos, blasfemias, imprecaciones y maldiciones. Esa joven creía que si podía alcanzar a aquel joven, o ese joven a aquella muchacha, nada les iba a faltar; mas ¡ay! ¡qué cambio, cuántas lágrimas, qué de remordimientos, que de gemidos, después de haberse instalado en el hogar! Pero todo ello no sirve para nada. Comenzó ya la vida desgraciada, y es preciso continuar en ella hasta la muerte, hay que vivir con una persona a quien, por lo común, no podemos ver ni oír; en una palabra, H. M., comenzamos el infierno en este mundo para continuarlo después en la eternidad. ¡Ay! ¡y cuán grande es el número de matrimonios en tal manera desgraciados! y todo proviene de la profanación de este sacramento. ¡Ah! si, al entrar en el matrimonio, se reflexionase sobre lo que va a hacerse, las cargas que hay que sobrellevar y las dificultades que habrán de salir al paso para llegar a salvarse, oh, Dios mío, ¡con cuánta mayor prudencia portaríase uno! Pero la desgracia de la mayor parte está en que, al entrar en dicho estado, han perdido ya la fe. Añádase a esto, que el demonio, por su parte, hace todos los posibles para hacerlos indignos de las gracias que Dios les concedería si estuviesen bien preparados. Y el demonio, no solamente espera su alma, sino que además avizora, como víctimas suyas, a los hijos que van a nacer. ¡Oh!

¡cuán dichosos son los que Dios no llama a ese estado! Oh! ¡cómo deben dar repetidamente gracias a Dios por haberlos librado de tales y tantos peligros de perdición! Esto aun prescindiendo de que en el cielo estarán más cerca de Dios, de que todas sus acciones le serán más agradables, de que su vida será más plácida y su eternidad más dichosa. ¡Dios mío! ¿quién será capaz de entender esto? ¡Ay! casi nadie, pues todos siguen, no su vocación, sino el impulso de sus pasiones.

Sin embargo, H. M., aunque sea tan difícil salvarse en el estado del matrimonio, en el que indudablemente se condenarán la mayor parte, aquellos que Dios llama a tal estado pueden ciertamente salvarse en él, si tienen la fortuna de adornarse con las disposiciones que Dios les pide; entonces El les concederá, por sus Sacramentos, las gracias que les fueron prometidas. Cada uno debe dirigirse a donde Dios le llame, hasta el punto de que podemos muy bien afirmar que la mayor parte de cristianos que se condenan, lo hacen por no haber seguido su vocación, ya sea porque no pidieron a Dios que se la diese a conocer, ya sea porque, por su mala vida, se hicieron indignos de conocerla.

Para mostraros cómo puede uno salvarse en el matrimonio, si a él es llamado por Dios, escuchad lo que dijo San Francisco de Sales, un día que, estando en el colegio, conversaba con uno de sus compañeros acerca del estado que tomarían. Díjole San Francisco: Creo que Dios me llama al sacerdocio, hallo en ese estado tantos medios de santificarme y de ganar almas para Dios, que, sólo al pensarlo, siento llenarse de alegría mi corazón; ¡cuán feliz sería si pudiese convertir pecadores a Dios! Durante toda la eternidad, los oiría cantar alabanzas al Señor en el cielo. El otro le dijo: Creo que Dios me llama al estado de matrimonio, que tendré hijos y los haré buenos cristianos y que yo

mismo me santificaré. Ambos siguieron una vocación del todo distinta, ya que uno fué sacerdote y obispo, y el otro entró en el matrimonio; sin embargo, los dos son santos. El que se casó tuvo hijos e hijas; uno de sus hijos fué arzobispo, que llegó a gran santidad; otro fué religioso; el tercero fué presidente de cámara, y transformó su casa en una especie de monasterio. Se levantaba todos los días a las cuatro de la madrugada, y a las cinco hacía sus oraciones junto con su servidumbre, a la que instruía diariamente. Muchas de sus hijas fueron religiosas; de manera que, nos dice San Francisco de Sales, todos en aquella familia fueron modelos de virtud en el país donde vivieron. Ya veis, pues, cómo, aunque sea tan difícil, difícilísimo, el salvarse en el estado del matrimonio, aquellos que son llamados por Dios, si se ponen en buenas disposiciones, pueden esperar su santificación. Pero vamos a tratar de una manera más directa de lo que respecta a este sacramento.

II. — Si preguntase a un niño qué viene a ser el sacramento del matrimonio, me contestaría así: Es un sacramento instituído por Nuestro Señor Jesucristo, que proporciona la gracia necesaria para santificar a los que se casan según las leyes de la Iglesia y del Estado (1). Mas ¿cuáles son las disposiciones requeridas para recibir las gracias que Dios nos comunica por medio de este sacramento? Son éstas: 1.^a Estar suficientemente instruído acerca de los deberes de su estado y de las tribulaciones que en él se experimentan. 2.^a Hallarse en estado de gracia, esto es, haber hecho una buena confesión de todos sus pecados, con un verdadero propósito de no volver a cometerlos. Si me pre-

(1) Es de creer que esta definición del matrimonio será la corriente en los catecismos franceses, (N. del Tr.)

guntáis por qué es preciso hallarse en estado de gracia para casarse, os contestaré : 1.º Porque es un sacramento de vivos ; es decir, que nuestra alma debe hallarse limpia de pecados ; 2.º no estando en gracia, se comete un sacrilegio, a menos que ello sea por falta de suficiente instrucción.

Los que quieren recibir dignamente este sacramento deben estar suficientemente instruídos a fin de conocer sus obligaciones y de poder enseñar a sus hijos cómo deben portarse para vivir cristianamente. Si el que se casa no sabe en qué consiste el sacramento que va a recibir, quién lo instituyó, qué gracias nos comunica, cuáles son las disposiciones de que debemos adornarnos, es evidente que no puede menos de cometer un sacrilegio. ¡ Ay ! ¡ cuántos sacrilegios se cometen al recibir este gran sacramento, y cuánta gente se casa sin saber ni los principales misterios, por ejemplo, cuál de las tres divinas personas se hizo hombre ! No sabrían ni siquiera responderos que es la segunda Persona la que tomó un cuerpo y un alma en el seno de la Santísima Virgen por obra del Espíritu Santo, y que esto se celebra el 25 de marzo ; que en 25 de diciembre fué cuando a media noche vino Jesús a este mundo, y que nació como hombre y no como Dios, ya que como Dios existe desde toda la eternidad. Cuántos hay que ignoran que es en Jueves Santo cuando se conmemora el acto de instituir Jesucristo el adorable sacramento de la Eucaristía, tomando el pan, bendiciéndolo y cambiándolo en su cuerpo ; e ignoran que después tomó el vino y lo transformó en su sangre, diciendo en seguida a sus Apóstoles : « Cuantas veces pronunciareis estas mismas palabras, obraréis el mismo milagro ». Cuántos hay que no saben tampoco que es en Jueves Santo cuando Jesucristo instituyó los sacerdotes, al decir estas palabras : « Haced esto en mi memoria. Cuantas veces diréis las mismas palabras,

transformaréis, como yo, el pan en mi cuerpo y el vino en mi sangre» (1). Hasta tal vez algunos ignoran el día en que murió el Salvador, el día en que resucitó, y el día en que subió a los cielos. ¿Esto os admira? ¡Ay! que existen también más de cuatro que ni aun saben cuánto sufrió y cómo murió el Redentor; es decir, que no saben que Dios sufrió y murió como hombre y no como Dios, ya que, como Dios, no podía padecer ni morir. ¡Cuántos hay que creen que las tres personas de la Santísima Trinidad sufrieron y murieron! ¡Cuántos no saben que Jesucristo como hombre es más joven que la Santísima Virgen, y que, como Dios, existe desde toda la eternidad! Cuántos se hallarían perplejos, si antes de casarse se les hubiese preguntado: ¿quién instituyó los Sacramentos, cuáles son los efectos de cada sacramento en particular, y cuáles son las disposiciones que cada sacramento requiere para recibirlo? ¡Cuántos hay que creen que los Sacramentos fueron instituidos por la Santísima Virgen o por los Apóstoles, e ignoran que fué Jesucristo, y que sólo El podía instituirlos y unir a ellos las gracias que al recibirlos se nos comunican: esto es, que el bautismo nos purifica del pecado que nos encadena al venir al mundo, que éste es el primer sacramento que el hombre puede recibir, y que las aguas fueron consagradas para el bautismo cuando San Juan bautizó a Jesucristo en el Jordán, que Jesús lo instituyó al decir a sus Apóstoles: «Id, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en nombre del Padre, etc., etc.» (2).

¡Cuántos hay que no tienen conocimiento de quién es el Espíritu Santo que reciben en el sacramento de la Confirmación, ni saben que este sacramento solamente puede ser administrado por los obispos, y que

(1) I Cor., XI, 23-26.

(2) Euntes, ergo docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, etc. (S. Mat., XXVIII. 19).

es necesario el estado de gracia para recibirlo ! ¡ Cuántos no saben en qué momento se recibe el sacramento de la Penitencia, e ignoran que es precisamente cuando se confiesan y se les da la absolución, pero no todas las veces que simplemente se confiesan ! ¡ Cuántos no saben que en el sacramento de la Eucaristía reciben el cuerpo, la sangre y el alma de Nuestro Señor Jesucristo, y que en él no reciben ni a los ángeles ni a los santos ! ¡ Cuántos no saben apreciar la diferencia entre el sacramento de la Eucaristía y los demás, es decir, no saben que en el sacramento de la Eucaristía reciben el cuerpo adorable y la preciosa sangre de Jesucristo, mientras que en los otros no recibimos más que la aplicación de los méritos de su sangre preciosa ! ¡ Cuántos no conocen cuáles sean los sacramentos de vivos y cuáles los de muertos, e ignoran también por qué se los llama así ; no saben que el bautismo, la Penitencia y en algunos casos la Extremaunción, son los sacramentos de muertos, ya que ellos nos devuelven la vida de la gracia que habíamos perdido por el pecado ; ni saben que a los demás se los llama sacramentos de vivos porque precisa para recibirlos que estemos libres de pecado en nuestra conciencia ! ¡ Cuántos hay también que no saben lo que reciben cuando se les ungen los sentidos, ni qué gracia confiere el sacramento de la Extremaunción a los enfermos que lo reciben dignamente, esto es, no saben que este sacramento de la Extremaunción los purifica de todos los pecados que cometieron por los sentidos, o sea con los ojos, la boca, el oído, etc., etc. ! ¡ Cuántos otros han ignorado la gracia que comunicaba el sacramento del matrimonio ! ¡ Cuántos que no saben que los Sacramentos no empezaron su efecto hasta después de la venida del Espíritu Santo ! ¡ Ay ! ¡ cuántos sacrilegios ! ¡ cuántos casados se condenarán ! y sin embargo, si ignoráis todas estas cosas, habéis de pensar que todos los Sa-

cramentos por vosotros recibidos son poco menos que sacrilegios.

Otra razón que debe conducir a prepararse lo mejor posible para recibir todas las gracias que este sacramento confiere, es la de considerar que en tal estado hay, ciertamente, muchas miserias que soportar. ¡Cuántas pobres mujeres hay que se ven obligadas a compartir su vida con maridos de genio irascible a los cuales una nonada hace montar en cólera; como leones, están siempre contra ellas, las reprenden y hasta con frecuencia las maltratan; ni el pan las dejan comer con tranquilidad. Y ellas mueren de tristeza; raro es el día que pasan sin derramar lágrimas (1). Otras hay cuyos maridos consumen todos sus haberes en la taberna, mientras en su casa la mujer con sus hijos perece de miseria. Esto que digo de los maridos, es también aplicable a las mujeres. ¡Cuántos maridos tienen por esposas a mujeres de cuya boca no sale nunca ni una palabra amable, que los desprecian, que abandonan los quehaceres de la casa, que no hacen otra cosa que reprenderlos desde la mañana hasta la noche! Habréis de convenir, pues, conmigo que es necesaria una gracia extraordinaria para sufrir todo esto sin quejarse, y convertirlo en mérito para la otra vida. Pues bien, H. M., si hubieseis recibido todas las gracias que os confiere este sacramento, tendríais un tesoro infinito para el cielo; las gracias que Dios os preparó para salvaros y que ha vinculado a vuestra vocación, os volverían soportable todo aquello, removiendo cualquiera ocasión de queja. Pero ¿de dónde viene que este hombre no pueda sufrir los defectos que nota en su esposa, y que la mujer maldiga, a todas horas, a su marido por borracho? Es que tales personas no han

(1) Ejemplo de Santa Mónica y de tantas otras, etc.... (Nota del autor).

recibido las gracias del sacramento del matrimonio ; no pueden dejar de ser desgraciadas durante su vida y tal vez condenarse después de su muerte.

Pero, además de todo lo que acabamos de decir, hay todavía una mayor desdicha que lamentar, y es que los hijos participan de la desgracia de sus padres. ¡ Ay ! ¿ quién podrá mostrar el estado deplorable de los hijos que nacen de tales matrimonios ? Los veréis vivir casi como bestias. Ignorando los padres por completo su religión, es imposible que la puedan enseñar a sus hijos. ¡ Ay ! niños existen de diez u once años de edad que no saben aún las oraciones del cristiano ni una palabra de religión, y de cuya boca no sale ya otra cosa que juramentos y malas conversaciones. ¡ Ay ! ¡ cuántas personas casadas y cuántos hijos condenados ! ¡ si no se hubieran aquéllos casado, a lo menos se habrían condenado solos ! ¡ Oh, cómo puebla los infiernos la profanación de este sacramento !

2.º Pero, me diréis, ¿ qué debe hacerse para entrar santamente en ese estado ? Amados míos, vedlo aquí. Atended bien, y dichosos de vosotros si os aprovecháis. Es preciso que vuestro casamiento no se asemeje al de los paganos. He aquí lo que son los matrimonios de los paganos. Cuando quieren establecerse, unos toman una mujer para tener hijos a quienes puedan dejar su nombre y sus bienes ; otros, para tener una compañera que los ayude en los quehaceres de la vida ; algunos la escogen por su belleza o por sus atavíos, pero muy pocos por su virtud. Después se toman garantías de una parte y otra ; concertado el contrato, se celebra la boda, rodeada de ciertas ceremonias religiosas, a su manera ; se organiza un gran festín, en donde los concurrentes se entregan a toda suerte de algazaras y excesos. He aquí, H. M., cómo proceden los paganos, esto es, los que no tienen como nosotros la dicha de conocer al verdadero Dios. Si vuestras bodas no

ofrecen cosa mejor, estad seguros que habéis profanado este sacramento; y, después de ello, tendréis aún que resignaros a pasar una eternidad desdichada en los infiernos.

Es, pues, ciertamente, el espíritu de piedad lo que caracteriza el matrimonio cristiano; de aquí que sea preciso recibirlo en nombre de Jesucristo, con intención de agradarle y de seguir su vocación, proponiéndose la salvación del alma y nada más. No es, pues, ni el interés, ni el deseo de seguir las inclinaciones del corazón, lo que debe conducir a un cristiano a casarse; sino el ánimo de seguir la voz de Dios que os llama a ese estado, y el propósito de educar cristianamente a los hijos que Dios será servido concederos. Pero, en un negocio de tanta importancia, no debe darse un solo paso con precipitación, y no omitir el consultarlo con los padres, ni decidir nada sin su consentimiento. Los padres, por otra parte, no deberán jamás obligar a sus hijos a casarse con persona a quien no aman, ya que en tal caso uno y otra serían indefectiblemente desgraciados. Débese, siempre y ante todo, escoger a personas piadosas: debéis preferirlas hasta cuando posean menos bienes que otras, pues podéis tener la seguridad de que Dios bendecirá vuestro matrimonio; mientras que, en los que carecen de todo sentimiento religioso, veréis cómo sus bienes son dilapidados en poco tiempo. No hagáis como muchas que toman a un joven de malas inclinaciones, dado a la bebida, diciendo que después de casado se corregirá; por lo común sucede todo lo contrario: él se hará cada día peor, y vosotros consumiréis vuestra vida en una especie de infierno. ¡Ay! ¡y cuán numerosos son tales matrimonios!

Por medio de la oración y las buenas obras es como debéis implorar de Dios la gracia de conocer a aquel o aquella que El os tiene destinado. Dícese que para

que un matrimonio sea acertado o dichoso, es preciso que, antes de ser concertado en la tierra, sea preparado en el cielo. Por de pronto los jóvenes que quieren merecer las gracias del matrimonio que Dios tiene reservadas para los que aspiran a santificarse en dicho estado, no deberán nunca hablarse a solas, ni de día ni de noche, fuera de la presencia de sus padres, ni jamás se permitirán la menor familiaridad, ni palabra alguna indecente, ya que con ello, ténganlo por seguro, apartarán a Dios de sus bodas, y si Dios no asiste a ellas, no faltará a las mismas el demonio. ¡ Ay ! que de doscientos no habrá siquiera uno que observe tal proceder. Pero puede también afirmarse que de doscientos matrimonios, de doscientas familias, no existe una tan sólo en que reinen la religión y la paz de tal manera que pueda ser tenida como una casa donde mora Dios. Por el contrario, hay muchos que por espacio de tres o cuatro años se abandonan a los bailes, saraos, teatros, tabernas, en los cuales lugares pasan las tres cuartas partes de la noche, solos, dispuestos a permitirse todo aquello que el demonio de la impureza sea capaz de inspirarles. Dios mío, ¿ y allí están los cristianos que bajo el velo nupcial han de aportar un corazón puro y libre de todo pecado ? ¡ Ay ! ¿ quién podrá calcular el gran número de pecados que cubren su corazón y afean su alma ? ¡ Ay ! ¿ cómo podrá esperarse que Dios, con ser omnipotente, pueda bendecir las bodas de gente que así ha vivido, encenagada tal vez durante muchos años en la más infame impureza ? ¿ que quizás ni se encomienda a Dios al levantarse y al acostarse ? ¿ que desde hace muchos años abandonó los Sacramentos, o, si los frecuentó, fué sólo para profanarlos ? ¡ Ay ! ¿ cómo será posible que la sangre adorable de Jesucristo pueda descender sobre esas bodas para santificarlas, y hacer que las penalidades del matrimonio se dulcifiquen y sean meritorias

para el cielo ? ¡ Ay ! ¡ cuántos sacrilegios, y cuántas personas casadas irán a arder en los abismos ! ¡ Dios mío, y cuán poco conocen los cristianos por dónde ha de venir su desgracia y su perdición eterna ! ¡ Ay ! ¡ que después de sus bodas no dejarán sus infames crímenes ; siempre en las mismas iniquidades, siempre en el camino del infierno en donde caerán a no tardar ! No, H. M., no entremos en detalles acerca de los horrores que en el matrimonio se cometen, pues ello hace morir de pesadumbre. Echemos sobre ello un velo, que no se correrá en realidad hasta el gran día de las venganzas, en el cual veremos todas esas torpezas sin temor de manchar nuestra imaginación. Personas casadas, tened siempre presente que todo será descubierto en el día del juicio ; y lo que causará entonces más sorpresa a muchos, será que los cristianos se hayan permitido semejantes infamias. Esperemos, pues, hasta entonces.

III. — Y si ahora me preguntáis cuáles son las condiciones necesarias para que el matrimonio sea aceptable ante Dios y ante los hombres, amados míos, ved ahí los dos requisitos : es preciso que se contraiga según las leyes de la Iglesia y del Estado ; sin esto el matrimonio sería nulo, esto es, los contrayentes vivirían en pecado, como dos personas que se juntan sin casarse ante la Iglesia. La Iglesia ha dictado sus leyes, asistida, dirigida por el Espíritu Santo.

Si me preguntáis ahora en qué consisten los esponsales, os diré : son la promesa que se hacen dos personas de contraer matrimonio. Desde el momento que dos personas han celebrado esponsales, bajo ningún pretexto deben morar en una misma casa, por causa de los peligros y tentaciones a que están expuestas ; puesto que el demonio no perdona ocasión para hacerlas indignas de la bendición de Dios prometida en el sacramento del matrimonio. Esta es la razón por la

cual la Iglesia prohíbe habitar bajo un mismo techo durante el tiempo que duran los esponsales.

Ya os he dicho, H. M., que ningún sacramento hay en que se tomen tantas precauciones externas, ni que se celebre con tanto aparato. Después que se ha iniciado el contrato, durante tres domingos seguidos se publican los nombres de las personas que se van a casar, y esto por dos razones: la primera para invitar a todos los fieles a que rueguen por ellas a fin de que Dios les conceda las gracias necesarias para entrar santamente en ese estado. La segunda razón es para descubrir los impedimentos que podrían ser obstáculo para la celebración de aquel matrimonio. Cuando la Iglesia prohíbe el matrimonio, dícese que hay *impedimento*; entre estos impedimentos hay unos que anulan el matrimonio, de manera que quien contrajese matrimonio con alguno de los impedimentos de que ahora vamos a tratar no sería realmente casado, su vida no sería más que una fornicación continuada. ¡Ay! ¡cuántos matrimonios hay de éstos, los cuales sin cesar atraen sobre sí las penalidades, y las maldiciones del cielo! No dudemos, H. M., de que la profanación de este sacramento y los crímenes que se cometen en el matrimonio, son la causa de los grandes males con que Dios nos abruma, como así lo tendremos que reconocer en el día del juicio.

Hemos dicho que hay impedimentos llamados *dirimentes*; he aquí los que se dan con más frecuencia. El primero es el parentesco hasta el cuarto grado inclusive, esto es, que alcanza hasta el cuarto grado, mas no hasta el quinto: esto se comprende fácilmente. Si, cuando se publica un matrimonio, creéis que el que lo anuncia ignora lo que los futuros contrayentes le ocultan, tenéis obligación de comunicárselo, y, no haciéndolo, cometéis un grave pecado mortal, pues habéis de saber que hay muchos que ocultan todo lo posible sus impedimentos, por temor de tener que recurrir a la dispensa, o para

evitar los dispendios que ello pueda causar. El segundo es la afinidad, o sea, que un viudo no puede casarse con los parientes de su difunta esposa hasta el cuarto grado, ni la viuda puede contraer con los parientes de su difunto marido. El tercero es el parentesco espiritual, esto es, que uno no puede casarse con el sujeto a quien ha echado el agua o apadrinado en el bautismo, ni con el padre o madre del mismo. El cuarto es la pública honestidad, es decir, que, cuando uno ha contraído esponsales con una determinada persona, no puede casarse ni con la madre, ni con la hija, ni con la hermana de dicha persona (1). Ved aquí, H. M., los impedimentos que más comúnmente pueden ser conocidos por los fieles, y cuando se publica un matrimonio que se sabe está incluido en alguno de estos casos, hay obligación de declararlo bajo pena de pecado mortal y bajo peligro de ser excomulgado, es decir, separado del seno de la Iglesia. Ved, pues, H. M., con cuánto cuidado debéis ir en no dejar de declarar lo que sepáis. Hay, después, otros impedimentos menos comunes, algunos de los cuales son secretos e infamantes, como el adulterio y el homicidio; en tal caso los que son culpables deben declararlo a su confesor. Las leyes de la Iglesia que prohíben esta clase de matrimonios son muy sabias y han sido dictadas todas por el Espíritu Santo. Hay, además, el voto simple de castidad, de seis meses, un año, etc.

Sin embargo, a veces la Iglesia concede dispensa de ciertos impedimentos, imponiendo la obligación de dar alguna limosna; pero tened siempre presente que las dispensas pedidas, en las que no se han declarado las

(1) Adviértase que el Santo, al especificar los impedimentos, sigue la disciplina canónica vigente en su tiempo. La disciplina actual acerca de los impedimentos de consanguinidad, afinidad, pública honestidad y parentesco espiritual, que son los que se detallan en el texto, está contenida en los cánones 1076, 1077, 1078, 1079 y 768 del *Codex Juris Canonici*. (N. del Tr.)

cosas tal como son, no valen nada. El Papa solamente accede a condición de que sea verdad lo que se le declara; de manera que si lo que decimos no es del todo exacto, esto es, si alegáis razones que no son tales, o las exageráis, las dispensas obtenidas no valen nada, y, por consiguiente, vuestro matrimonio es nulo: es decir, no estáis casados y habéis cometido un sacrilegio recibiendo el sacramento del matrimonio, así como recibiendo los demás sacramentos que suelen acompañarle. ¡Ay! ¡cuán grande es el número de esos desdichados, y cuán confiados duermen mientras el demonio les prepara un infierno eterno! No aleguéis, pues, nunca razones falsas, y cuando vuestros pastores no hallen aceptables las aportadas, guardaos de forzarlos con la amenaza de que vais a juntaros a pesar de todos los obstáculos. ¡Ay! ¡cuántas personas casadas se condenan! (1).

Pero me diréis, ¿cómo debe pasarse el tiempo de los esponsales? Vedlo aquí. Ese tiempo es un tiempo sagrado que habéis de pasar en el retiro, la oración, y haciendo toda clase de buenas obras, para merecer de Jesucristo que, como a los esposos de Caná de Galilea, os haga la merced de asistir a vuestras bodas para bendeciros, concediéndoo los auxilios necesarios para poder santificaros en ellas. Es recomendable, y a veces necesario, hacer una confesión general, sea para reparar las faltas que durante la vida se habrán podido cometer, sea para hacerse más digno de recibir este sacramento, toda vez que las gracias son más o menos abundantes a proporción de las disposiciones con que

(1) «Una dispensa obtenida sin razones legítimas anula el matrimonio». (Instrucción del padre Juan Gibert, doctor de la Sorbona, sobre el matrimonio, pág. 335.) (Nota del santo autor).

Se entiende por dispensa obtenida sin razones legítimas la que se alcanza no declarando lo que se debería descubrir, o alegando razones falsas, de las exigidas por el derecho, la costumbre o el estilo de la Curia romana.

se recibe. Decidme, H. M., ¿es de esta manera como se emplea el precioso tiempo de los esponsales? ¡Ay! no toméis, H. M., a los paganos por modelo; aunque ellos no llegan a lo que muchos cristianos de nuestros días se permiten. Esos desgraciados cristianos no se contentan con haber dejado transcurrir casi toda su vida, o a lo menos una buena parte de ella, en el crimen y en la más negra infamia; el primer día de los esponsales les parece que aun han hecho poco: por esto se entregan desenfrenadamente a la danza, saraos, tabernas, y a comer carne aun siendo día de abstinencia. No contentos con hacer solos el mal, como si temiesen no provocar suficientemente la cólera de Dios, para que en vez de bendecirles les maldiga, se juntan tres o cinco personas a la vez; es decir, según su fortuna; los que tienen recursos invitan más y los que no poseen tanto invitan menos; pero siempre procuran que haya el mayor número posible. Hay muchos que, a trueque de perder su alma, se abrumarán de deudas entregándose a toda suerte de excesos durante el día y buena parte de la noche en las tabernas; entreteniéndose peligrosamente por los caminos, tal vez en compañía de la misma prometida. Pero, me diréis, ¿qué le importa a usted todo esto? No es suyo el dinero que gastamos, ni a usted le debemos nada. Cierto, no hay duda que el empleo de vuestro dinero no me importa, pero me importan vuestras almas, las cuales Dios ha puesto a mi cargo. Ya veis cómo empieza el santo retiro de los jóvenes que acaban de celebrar esponsales; ya veis cuál es su preparación para recibir el sacramento del matrimonio. Pero no está ahí todo, el demonio no tiene aún bastante. Después de pasados unos días de jolgorio en el domicilio de los padres de la joven, emplearán todo el resto del tiempo en recorrer las casas para notificar los esponsales. En cada casa cometerán tres o cuatro serios pecados a causa

de los besos y abrazos que darán o permitirán. Me diréis : esta es la costumbre. ¡ Ah ! vuestras costumbres son las de los paganos ; como hasta el presente habéis seguido el camino de los paganos, es preciso continuar. Mas, a pesar de vuestras excusas, ellas no impedirán que, al comparecer ante el tribunal de Dios para dar cuenta de vuestra desdichada vida, sean tenidos por pecado, y muchos de ellos graves, todos los abrazos que habréis dado o recibido durante el tiempo de vuestros esponsales.—¡ Oh ! no sé ver el por qué.—¿ No sabéis ver el por qué ? Es que vuestra vista está enturbiada ; mas no os inquietéis, pues ya os la esclarecerá el supremo Juez. ¿ Por qué no se hacen esas manifestaciones de cariño los jóvenes entre sí y las muchachas ellas con ellas ? Bien claro lo veo : porque el demonio no hallaría en ello su ganancia. El tiempo de los esponsales transcurre en esta disipación, o mejor en esta cadena de pecados, dejando aún a parte lo que acontece entre las mujeres (1). Dios mío, ¿ son esa gente paganos o cristianos ? ¡ Ay ! no lo sé ; lo que es cierto es que son almas infelices que el demonio devora y arrastra hasta precipitarlas al fuego de perdición. Se acerca el tiempo del matrimonio, faltan sólo tres o cuatro días ; van a comparecer ante el tribunal de la penitencia sin arrepentimiento y sin propósito de enmendarse. La prueba es clara : no tenéis más que mirar los placeres a que se entregan, las danzas, los excesos en la comida y en la bebida ; inauguran la familia entregándose, el día de su casamiento, a todo lo que el demonio es capaz de inspirarles, y aun peor si posible les fuera. Acaban de recibir este gran sacramento ; ¡ ah ! digo mal, acaban de cometer un horrible sacrilegio, y van a poner el sello de su reprobación, sumiéndose un día,

(1) Fácilmente se advierte que aquí el santo autor fustiga costumbres propias del país donde ejercía su ministerio. (N. del Tr.).

dos días, o más, en toda suerte de excesos y disipaciones. ¡Dios mío! ¿qué pensaremos de esos pobres cristianos? ¡Ay! los habéis abandonado ya, porque ellos no han omitido nada para forzaros a maldecirlos y rechazarlos.

Pero, me diréis, es ciertamente lícito, en tal día, el regocijarse. Sí, no hay duda, mas regocijarse en el Señor. Podéis, ahora, decir lo que os plazca, mas no por esto dejaréis de rendir cuenta hasta de un céntimo gastado inútilmente; podéis ahora mofaros de esto, pero no impediréis que ello sea tal como yo os digo. En su día lo veremos, procurad que entonces no sea ya demasiado tarde para vosotros.—Nos cuesta mucho creer todo esto, pues que, si obrásemos mal, Dios nos castigaría; y, no obstante, vemos a muchos que se divierten y al mismo tiempo les marchan bien sus negocios.—Esto, amados míos, lejos de ser una buena señal, es una de las mayores desdichas. ¿Sabéis por qué Dios Nuestro Señor se porta de esta manera? Pues porque es justo. Os recompensa en esta vida todo el bien que habéis hecho, para que después de vuestra muerte no tenga más que arrojaros al infierno. He aquí la razón por la que, a primera vista, parece que os bendice a pesar de todos los horrores por vosotros cometidos con ocasión de vuestros esponsales y de vuestras bodas, a los cuales hay que añadir los pecados cometidos por aquellos a quienes habréis invitado, ya que tales crímenes, sin dejar de ser a ellos imputables, corren también de vuestra cuenta. ¡Ay! ¡cuántos pecados descubrirá la muerte allá mismo donde no se sospecha su existencia!

¿Qué es lo que un cristiano debería hacer para recibir dignamente este sacramento? Lo mejor sería prepararse interiormente haciendo una buena confesión y emplear santamente el día de sus esponsales; lo que se habría podido gastar, repartirlo entre los

pobres, a fin de atraer sobre sí la bendición divina. El día del casamiento, vayan los esposos a la iglesia ya a primera hora, para implorar los auxilios y las luces del Espíritu Santo al recibir la bendición nupcial. Que la sangre de Jesucristo se derrame sobre sus almas. El día de la boda procuren pasarlo en la presencia de Dios pensando cuán malo estaría profanar aquella santa jornada. Después del casamiento, deben acudir a un confesor a fin de que los instruya, para que no se pierdan por ignorancia, o mejor, para que puedan conducirse siempre como verdaderos hijos de Dios. ¡Ay! ¿dónde están los cristianos que así se portan? Mas ¡ay! ¿dónde hallar también los casados que se salvarán? ¡Cuántos habrá que se pierdan! Si apenas existe uno que comparezca adornado de buenas disposiciones. ¿Qué hemos de sacar de esto? Vedlo aquí: que la mayor parte de los cristianos entran en el matrimonio sin pedir a Dios las gracias necesarias, con un alma y un corazón cubiertos de mil y mil pecados, profanando este sacramento; lo cual es para ellos una fuente de desdichas en este mundo y en el otro. ¡Felices los cristianos que ingresan con buenas disposiciones y perseveran en ellas hasta el fin! Esto es lo que os deseo...

TERCER DOMINGO DESPUÉS DE LA EPIFANIA

SOBRE LA ORACIÓN DE UN PECADOR
QUE NO QUIERE DEJAR EL PECADO

Cum descendisset Jesus de monte, seculae sunt cum turbac multae. Et ecce leprosus veniens adorabat eum.

Habiendo bajado, Jesús, de la montaña, siguióle una gran muchedumbre; y entonces acercóse a El un leproso y le adoró.

(S. Mat., VIII, 1-2).

Leyendo estas palabras, H. M., me imagino yo el día de una gran festividad en la que acude a nuestras iglesias una gran muchedumbre, en pos de Jesucristo, no bajado de una montaña, pero sí presente sobre nuestros altares, en donde la fe nos lo presenta como un rey en medio de su pueblo, como un padre rodeado de sus hijos, y como un médico acompañado de sus enfermos. Unos adoran a este Dios, cuya inmensidad son incapaces de contener el cielo y la tierra, con una conciencia pura, como a un Dios que reina en su corazón; es sólo el amor lo que los conduce aquí para ofrecer un sacrificio de alabanzas y de acciones de gracias; están seguros de que no saldrán del regazo de este Dios sin quedar colmados de toda suerte de bendiciones. Otros comparecen ante este Dios tan puro y tan santo con el alma totalmente cubierta de peca-

dos; pero, volviendo en sí mismos, descubren su desdichada situación, conciben el más vivo horror por sus pasados desarreglos, y, resueltos firmemente a cambiar de vida, se llegan a Jesús llenos de confianza, se echan a los pies del mejor de los padres, y le ofrecen el sacrificio de un corazón contrito y humillado. Antes no salgan de allí, verán cerrado el infierno y abiertas las puertas del cielo. Pero además de estas dos clases de adoradores hay una tercera: a saber, aquellos cristianos lastimosamente cubiertos de la inmundicia del pecado y adormecidos en el mal, que en manera alguna piensan salir de su estado, y, no obstante, hacen como los demás, a lo menos en apariencia, y vienen también a orar y a adorar al Señor. No os voy a hablar de aquellos que acuden con un alma pura y agradable a su Dios: a los tales sólo una cosa tengo que decirles, y es que perseveren. A los segundos, les diré que redoblen sus oraciones, sus lágrimas y sus penitencias; pero piensen que, conforme a la promesa del mismo Dios, todo pecador que a El se llega con un corazón contrito y humillado tiene seguridad de obtener el perdón (1). Están seguros, dice Jesucristo, de haber reconquistado la amistad de su Dios y el derecho a la gloria del cielo que la cualidad de hijos de Dios les otorga. Voy, pues, a hablaros hoy solamente de aquellos pecadores que en la apariencia viven, mas en la realidad están ya muertos. Extraño comportamiento, H. M., sobre el cual no me atreviera a expresar mi opinión, si el Espíritu Santo, desde los comienzos del mundo y en términos precisos, no hubiese ya dicho que la oración de un pecador que no quiere salir de su estado, y no pone todos los medios posibles para librarse del pecado, es execrable a los

(1) Cor contritum et humiliatum Deus non despiciet (Ps., L, 19).

ojos del Señor (1). A este endurecimiento hemos de añadir aún el desprecio que implica de todas las gracias con que el cielo le brinda. Es, pues, mi propósito mostraros cómo la oración del pecador que rehusa salir del pecado, no es más que una acción ridícula, llena de contradicciones y mentiras, tanto si la consideramos por parte del pecador que la formula, como por parte de Jesucristo a quien se dirige. Más claro: la oración de un pecador que quiere permanecer en el pecado no es otra cosa que una acción la más impía e insultante. Escuchadme unos instantes, y quedaréis de ello tristemente convencidos.

I. — No me propongo, H. M., hablaros extensamente de las cualidades que la oración ha de tener para ser agradable a Dios y provechosa al que la hace; poca cosa os voy a decir de su eficacia; solamente os diré de paso que es una dulce conversación entre el alma y su Dios, la cual nos le hace reconocer como nuestro Creador, nuestro bien sumo y nuestro último fin; es un comercio entre el cielo y la tierra: nosotros enviamos al cielo nuestras preces y nuestras buenas obras, y el cielo nos envía las gracias que nos son necesarias para santificarnos. Os diré, además, que la oración levanta nuestro corazón y nuestra alma hasta el cielo, y nos hace despreciar el mundo con todos sus placeres. Finalmente, la oración hace bajar a Dios hasta nosotros. En otros términos: la oración bien hecha atraviesa y penetra la bóveda de los cielos y sube hasta el mismo trono de Jesucristo, desarma la justicia de su Padre, mueve y excita su misericordia, abre los tesoros de gracias del Señor, los roba y los arrebatata — séame permitida la expresión — y vuelve al mismo que la en-

(1) Qui declinat aures suas ne audiat legem, oratio eius erit execrabilis (Prov., XXVIII, 9).

vió, cargada de toda suerte de bendiciones. Si me fuese necesario demostrar esto, no tendría más que abrir los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. Allí veríamos cómo jamás ha podido Dios denegar lo que se le ha pedido mediante la oración hecha tal como se debe. Aquí, veo yo a treinta mil hombres sobre los cuales Dios ha resuelto descargar el peso de su justa indignación, para destruirlos en castigo de sus crímenes. Moisés solo, va a implorar perdón para ellos, prosternándose ante el Señor. Apenas ha comenzado la oración, el Señor, que había resuelto la pérdida de aquellos pecadores, cambia su decreto, les devuelve su amistad, y les promete su protección y toda suerte de bendiciones; y esto por la oración de un solo hombre (1). Allá, veo un Josué, quien, hallando que el sol va demasiado presto a su ocaso, y temiendo que el día no le dejará tiempo para vengarse de sus enemigos, ruega al Señor, postrada su faz en tierra, manda al sol que se detenga, y, por un milagro jamás visto y que no se repetirá jamás tal vez, el sol suspende su curso para proteger a Josué y darle tiempo para perseguir y destruir al enemigo (2). Más lejos, veo aún a Jonás enviado por el Señor a la gran ciudad de Nínive, esa ciudad tan pecadora, a la que el Señor, que es la misma bondad y la misma justicia, había determinado castigar destruyéndola. Jonás, recorriendo aquella gran ciudad, anuncia a sus moradores, de parte del mismo Dios, que dentro de cuarenta días será destruída. Ante tan triste y desoladora noticia, todos se postran faz en tierra, todos recurren a la oración. Al instante, el Señor revoca su sentencia y los mira con ojos benignos; y, lejos de castigarlos, les muestra su amor colmándolos de toda suerte de beneficios (3). Si miro a otro lado, veo al profeta

(1) Exod., XXXII, 28-34.

(2) Jos., X.

(3) Jon., I-IV.

Elías, que, para castigar los pecados de su pueblo, pide a Dios que deje de enviarles la lluvia. Y el cielo le obedece durante dos años y medio, y la lluvia no cae hasta que el mismo profeta la implora de Dios mediante la oración (1).

Si del Antiguo Testamento pasamos al Nuevo, vemos que la oración, lejos de perder su fuerza, no hace más que adquirir mayor poder bajo la ley de gracia. Mirad a Magdalena: desde el momento en que ella ora arrojándose a los pies del Salvador, le son perdonados sus pecados, y siete demonios salen de su cuerpo (2). Mirad a San Pedro: después de haber negado a su Dios, recurre a la oración; en seguida el Salvador vuelve hacia él los ojos y le perdona (3). Mirad también al buen ladrón (4). Y si Judas, el traidor Judas, en vez de desesperarse, hubiese vivamente pedido a Dios el perdón de su pecado, el Señor le habría absuelto de su falta. Sí, H. M., el poder de la oración bien hecha es tan grande que, aun cuando todo el infierno, todas las criaturas del cielo y de la tierra clamaran venganza, y Dios mismo se armara de todos sus rayos para destruir al pecador, si este pecador se arroja a sus pies implorando misericordia, con sentimiento de haberle ofendido y con deseo de amarle, tenga por seguro que será perdonado. Lo cual es consecuencia de la promesa que nos tiene hecha, al asegurarnos que nos concederá todo lo que a su Padre pediremos en su nombre (5). Dios mío, ¡cuán dulce y consolador para un cristiano, es estar seguro de alcanzar todo lo que pedirá a Dios por la oración!

Pero, me diréis tal vez, ¿cómo ha de hacerse esta

(1) III Reg., XVII, 44.

(2) Luc., VII, 47; VIII, 2.

(3) Ibid., XXII, 61-62.

(4) Ibid., XXIII, 42-43.

(5) Et quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam... Si quid petieritis me in nomine meo, hoc faciam (Joan., XIV, 13-14).

oración para que tenga un tal poder ante Dios? Vedlo aquí, amados míos, sin rodeos: para que nuestra oración tenga ese poder, debe estar animada de una fe viva, de una constante y firme esperanza, la cual nos lleve a creer que, por los méritos de Jesucristo, estamos seguros de alcanzar lo que vamos a pedir, y, por fin, de una ardiente caridad.

1.º Digo, en primer lugar, que es preciso que tengamos *una fe viva*. Y ¿por qué, me diréis vosotros? Vedlo aquí, amados míos: porque la fe es la base y fundamento de todas nuestras buenas obras; sin esa fe, todas nuestras acciones, aunque buenas en sí mismas, serían obras sin mérito. Debemos también estar tan penetrados de la presencia de Dios, ante quien tenemos la dicha de estar, como un enfermo al que una fiebre violenta ha hecho caer en delirio y desatina: una vez fija su mente en algún objeto, aunque éste nada tenga de visible, está tan persuadido de que lo ve o lo toca, que, por más que uno se esfuerce en afirmarle lo contrario, se resiste absolutamente a creerlo. Sí, H. M., esa fe violenta, por decirlo así, fué aquella con que Santa Magdalena buscaba al Salvador cuando no lo halló en el sepulcro. Estaba ella tan penetrada del objeto que buscaba, que Jesucristo, para probarla, o mejor, no pudiendo ocultarse por más tiempo al amor que así le encadenaba, apareciósele bajo la figura de hortelano, y la preguntó, a quién buscaba y por qué lloraba. Y ella, sin decirle que buscaba al Salvador, exclamó: «¡Ah! si sois vos quien lo ha sustraído, decidme dónde lo pusisteis para que yo vaya a buscarlo» (1). Era su fe tan viva y tan ardiente, que habría forzado a Jesucristo a bajar a la tierra, aun cuando, por decirlo así, se hubiese hallado en el regazo de su Padre celestial. Sí, H. M., ved cuál es la fe de que debe estar animado un

(1) Joan., XX, 15.

cristiano cuando tiene la dicha de hallarse en la presencia de Dios, a fin de que Dios no pueda denegarle cosa alguna.

2.º En segundo lugar, os he dicho que a la fe hay que juntar *la esperanza*, es decir, una confianza firme y constante de que Dios puede y quiere concedernos lo que le pedimos. ¿Queréis de ella un modelo? Ved aquí uno: considerad a Cananea (1); está su oración animada de una fe tan viva, y de una esperanza tan firme de que Dios puede concederle lo que le pide, que no cesa de rogar, de apremiar, y hasta, por decirlo así, de hacer violencia a Jesucristo. Es en vano que hasta el mismo Jesucristo parezca rechazarla; no sabiendo de qué otro medio valerse, se arroja a sus pies diciéndole por toda oración: «¡ Señor, ayúdame!», y estas palabras con tanta fe pronunciadas, encadenan la voluntad del mismo Dios. Y admirado el Señor, exclama: «¡ Oh mujer, grande es tu fe! hágase conforme tú lo desees» (2).

Sí, H. H., esta fe, esta esperanza nos hacen vencer todos los obstáculos que se oponen a nuestra salvación. Mirad a la madre de San Sinfiriano; su hijo se encaminaba al martirio: «¡ Ah, hijo mío, valor! ¡ un momento solo de paciencia, y el cielo será tu recompensa!». Decidme, H. M., ¿qué es lo que sostenía a todos los santos mártires en medio de sus tormentos? ¿No era, ciertamente, esta dichosa esperanza? Mirad la calma de que disfruta San Lorenzo sobre las parrillas ardientes. ¿Qué podía sostenerle? — Diréis vosotros: la gracia. — Cier- to, pero esta gracia ¿no es precisamente la esperanza de

(1) Matth., XV.

(2) O mulier, magna est fides tua: fiat sicut vis (Matth., XV, 28). «Cesad de importunarme». «Dame, amigo mío, un poco de pan, pues acaba de llegar uno de mis amigos y no tengo con que obsequiarle». (Nota del santo autor.)

Estas palabras están sacadas de la parábola de los dos amigos (Luc., XI).

una recompensa eterna? Mirad también a San Vicente, a quien arrancaron las entrañas con unos garfios de hierro; ¿quién le dió fuerza para sufrir tan extraordinarios y horribles tormentos? ¿No era esta dichosa esperanza? En una palabra, H. M., ¿qué es lo que debe mover a un cristiano, cuando se pone ante la presencia de Dios, a rechazar todas esas distracciones que el demonio se esfuerza en sugerirle durante la oración, y a vencer el respeto humano? ¿No es, por cierto, el pensamiento de que hay un Dios que le ve, y de que, si su oración es tal como debe ser, será recompensada con una felicidad eterna?

3.º En tercer lugar, os he dicho que la oración de un cristiano debe estar informada de *la caridad*, es decir, que el que ora debe amar a Dios de todo corazón y odiar el pecado con todas sus fuerzas. — ¿Y por qué, me diréis? — Amados míos, escuchad la razón: porque un cristiano pecador que ora, debe siempre estar arrepentido de sus pecados, y ha de tener el deseo de amar cada vez más a Dios. San Agustín nos ofrece un ejemplo bien claro de esto. Cuando acude a orar en el jardín, se considera verdaderamente en la presencia de Dios; espera que, por gran pecador que haya sido, Dios se apiadará de él; llora su vida pasada, promete al Señor cambiar de conducta, y hacer, con el auxilio de su gracia, todos los posibles para amarle (1). Y en efecto, ¿cómo es posible amar a Dios y el pecado? No, H. M., esto no será jamás. Un cristiano que ama verdaderamente a su Dios, ama aquello que Dios ama, aborrece lo que Dios aborrece; de donde concluyo yo que la oración de un pecador que no quiere dejar el pecado, carece de las condiciones que acabamos de enumerar.

II. — Vais a ver ahora conmigo cómo, consideran-

(1) *Conf.*, lib. VIII, c. VIII.

do la oración de un pecador con respecto a sus disposiciones, no es más que un acto ridículo, lleno de contradicciones y mentiras. Sigámosle un instante a ese cristiano pecador que ora, y digo un instante, porque, ordinariamente, apenas comienza sus preces, ha dado ya fin a ellas; escuchemos a ese pobre ciego, escuchemos a ese pobre sordo: ciego acerca de los bienes que pierde y de los males que se prepara, sordo a la voz de la conciencia que clama, y a la voz de Dios que le llama reciamente. Mas entremos en materia, pues tengo para mí que estáis descando saber lo que viene a ser la oración de un pecador que no quiere abandonar el pecado, ni siente disgusto de haber ofendido a Dios. Escuchad: las primeras palabras que articula al comenzar su oración son una falsedad, entra ya en contradicción consigo mismo: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Amigo, aguarda un momento. Dices que empiezas tu plegaria en nombre de las tres personas de la Santísima Trinidad. ¿Has, pues, olvidado que, aun no hace de ello ocho días, estabas en una reunión donde se te decía que después de la muerte todo ha ya concluído, y que, siendo esto así, no existe ni Dios, ni cielo, ni infierno? Si, en tu endurecimiento, amigo mío, así lo crees, no vienes a orar; vienes sólo a entretenerte y divertirte. — ¡Ah! diréis vosotros, son muy raros los que usan tal lenguaje. — Sin embargo, algunos hay aun entre los que me escuchan y que no dejan de hacer alguna plegaria de cuando en cuando. Y podría demostraros, además, que las tres cuartas partes de los que se hallan en esta iglesia, aunque no hablen así con la boca, lo hacen con su conducta y su manera de vivir; ya que, si un cristiano pensase verdaderamente en lo que dice al pronunciar los nombres de las tres personas de la Santísima Trinidad, quedaría sobrecogido de pavor hasta desesperarse, contemplando en sí mismo la imagen del Padre

desfigurada por él de una manera horrible, la imagen del Hijo que hay en su alma, arrastrada por el lodo del vicio, y la imagen del Espíritu Santo, del cual su corazón es templo y tabernáculo, cubierta de inmundicia y suciedad. Sí, H. M., si el pecador tuviese conocimiento de lo que dice y de lo que es, ¿podría pronunciar esas tres palabras sin morir de horror? Oídle cómo miente: «Dios mío, yo creo que estáis aquí presente». De modo, amigo mío, que crees estar en la presencia de Dios, delante del cual los ángeles, que son criaturas sin mancha, tiemblan y no osan levantar sus ojos, delante del cual se cubren con sus alas por no poder resistir el brillo de una majestad que el cielo y la tierra no pueden contener; ¡y tú, tan cargado de crímenes, permaneces ante Él doblando una sola rodilla! ¿Te atreves a abrir ni siquiera la boca para soltar tal abominación? Di mejor que haces como los monos, que haces lo que ves hacer a los demás, o tal vez, que ese es un momento de distracción que te tomas al semejar que rezas.

El cristiano que se pone en la presencia de Dios, que siente lo que dice al Autor mismo de su existencia, ¿no queda sobrecogido de pavor viendo, por un lado, cuán indigno es de comparecer ante un Dios tan grande y tan temible, y, por otro, su ingratitud? ¿No le parecerá, a cada instante, que va a abrirse la tierra debajo de sus pies para tragárselo? ¿No se mirará como si estuviese entre la vida y la muerte? ¿No estará su corazón devorado por la pena y lleno de agradecimiento? He dicho pena, pensando cuán desgraciado fué al ofender a un Dios tan bueno, y he dicho agradecimiento, al considerar cuán caritativo y paciente ha de ser un Dios que le sufre en su santa presencia, a pesar de su ingratitud y de todos los ultrajes de que se ha hecho culpable. Pero, tú que rezas, y que, por ahora al menos, no piensas dejar el pecado, dime, ¿qué dife-

rencia pones entre un templo y un salón de baile — y séame permitida esta horrorosa comparación — siendo el uno la morada de Dios y el otro la casa del demonio? (1). Si no la sabes, yo te la voy a mostrar, hela aquí. ¿En qué te ocupas cuando concurre al baile? Al entrar, tu primer cuidado está en pasear la mirada escrutadora, fijándote en la forma como la sala está construída, en las tapicerías que la adornan, en las personas conocidas para saludarlas y cumplimentarlas; está en procurarte prontamente un asiento a propósito para conversar. No quiero ahora ir más allá; no quiero, por tanto, referirme a los malos pensamientos, malos deseos, pecaminosas miradas: dejemos esto a un lado, y francamente, amigo mío, tu que deberías entregarte sin tregua a la desesperación sabiendo el estado horrible en que te encuentras por estar cargado de pecados, ¿no es éste también el comportamiento que observas cuando te llegas a la casa del Señor? Ya te he dicho que, cuando una persona mundana entra en un salón de baile, para nada se ocupa de Dios, sino de cosas indiferentes y de sus placeres: cuando vienes al templo, ¿piensas, por ventura, ante quién te hallas, y con quién vas a hablar? Habrás de convenir conmigo en que tu comportamiento es igual en uno y otro caso. He dicho que, al entrar, una de sus primeras preocupaciones es el contemplar la ornamentación de la sala: pues bien, ¿no es esto lo que haces también tú al llegar a la casa del Señor? La miras de arriba abajo, curioseas de un rincón a otro del templo (2). Digo también que otro de sus primeros cuidados es el examinar las personas conocidas que allí hay y de saludarlas: ¿no es esto, precisamente, lo que tú haces, al

(1) La diferencia es ésta: de un baile uno no quisiera salir nunca, mientras que de una iglesia uno saldría fuera al momento de haber entrado. (Nota del autor).

(2) Hubo un santo que estuvo cuatro años sin mirar al techo de su celda. Este santo es San Pedro de Alcántara. (Nota del autor).

encontrar en la iglesia a una persona o a un amigo al que no habías visto desde algunos días? No tienes escrúpulo en hablarle y saludarle en tal lugar, en darle los buenos días en presencia del Señor que está en cuerpo y alma sobre el altar, que te ama, que no te llama en su santa presencia más que para perdonarte y colmarto de los mayores beneficios. Otra ocupación de esa clase de gente, es la de examinar la belleza de las personas concurrentes y la manera con que se presentan ataviadas; y de aquí nacen las miradas pecaminosas, los malos pensamientos y los malos deseos.

Ahora bien, amigo mío, ¿me dirás que esto no se refiere a ti? ¿Esto no va contigo, ni aun cuando oyes la santa Misa? Mientras que un Dios se inmola ante la justicia de su Padre para satisfacer por tus pecados, tú llevas en torno tus miradas para admirar la hermosura de fulana, o para fijarte en los atavíos de zutana. Y ¿no es ello causa de hacer nacer en ti un número casi infinito de pensamientos que nunca deberías tener, y de concebir toda suerte de malos deseos? Abre, pues, los ojos, amigo mío, y verás que todo lo que dices a Dios no es otra cosa que mentira y engaño.

Prosigamos. «Dios mío, dices, os adoro y amo con todo mi corazón». Te engañas, amigo mío, no has de decir Dios, sino tu dios: y ¿cuál es tu dios? He lo aquí: es una joven a quien has dado tu corazón, y que tiene continuamente ocupado tu pensamiento. Y tú, hermana mía, ¿cuál es tu dios? ¿No será, tal vez, aquel joven a quien, para complacerle, consagras todas tus atenciones, quizá hasta en el mismo templo, donde no deberías venir para otra cosa que para llorar tus pecados e implorar de Dios tu conversión? ¿No es verdad que, durante vuestra oración, ocupan vuestro espíritu los objetos por vosotros amados, y acuden a vuestra presencia para hacerse adorar en lugar de vuestro Dios? ¿No es cierto que unas veces se os presenta,

para hacerse adorar, el dios de la gula, dirigiendo vuestro pensamiento a lo que vais a comer cuándo estéis en casa? ¿O bien, otras veces, se os presenta el dios de la vanidad, haciéndoos vanagloriar de vosotros mismos, consideraros dignos de merecer la veneración de los hombres? ¿Sabéis qué le decís entonces a Dios? Mirad: «Señor, decís, bajad del trono en que estáis sentado, cededme vuestro lugar». ¡Dios mío, qué horror, qué abominación! Y, sin embargo, así os expresáis siempre que deseáis complacer a alguno de esos dioses. En otras ocasiones, será el dios de la avaricia, de la vanidad, del orgullo, o hasta de la impureza, el que se llegue hasta vosotros para hacerse adorar y amar en lugar del verdadero Dios.

¿Queréis que os muestre esto en forma aun mas clara? Escuchadme. Durante la santa Misa o mientras estáis rezando, os acude un pensamiento de odio o de venganza; si amáis más a Dios que a esos objetos, los apartaréis con prontitud; cuando no los apartáis, dais muestras de que los preferís a Dios, poniéndolos en el lugar de El hasta entregarles vuestro corazón. Cuando consentís tales pensamientos, es como si dijeseis a Dios: «Dios mío, salid de mi presencia y permitid que ponga en vuestro sitio a este demonio para ofrecerle los afectos de mi corazón». Habréis de convenir, pues, conmigo, H. M., que en vuestras oraciones, casi nunca adoráis al Señor, sino alguna de esas inclinaciones, o sea esas pasiones, y no otra cosa. — Algo fuerte es esto, — me dirá alguno. — ¿Es demasiado fuerte esto, amigo mío? Pues bien, yo voy a mostrarte cómo es la pura verdad. Dime, tú hermano mío, o tú hermana mía: cuando os confensáis, ¿no os habla así vuestro confesor: «Si apartas esos deseos, esos pensamientos, si te enmiendas de esos malos hábitos, si dejas esas tabernas, yo te daré a tu Dios, y tendrás la dicha de recibirle hoy en tu corazón»? «No, padre mío,

le contestáis, todavía no; no tengo valor para hacer este sacrificio, esto es, para dejar estas danzas, estos juegos, estas malas compañías». ¿Y no es esto preferir que en vuestras almas reine el demonio en lugar de Dios? El confesor dirá a aquel vengativo: «Amado mío, si no perdonas a esta persona que te ultrajó, no puedes tener la dicha de poscer al Dios de los cristianos». «No, padre mío, le responderá él, prefiero dejar de recibir al Señor». «Amigo mío, dirá también el confesor a un avaro, si no devuelves aquellas riquezas que no te pertenecen, serás indigno de recibir a tu Dios». «Padre mío, no tengo la intención de devolverlas tan pronto»; y así podemos decir de todos los demás pecados. Es innegable que, si se mostrase visiblemente lo que amamos, cada uno tendría ante sí una rama de los siete pecados capitales, y Dios tan sólo quedaría para los ángeles.

Pero vamos más allá, y veremos y oiremos a ese charlatán, a ese cristiano mentiroso. Veamos, ante todo, su fe. Hemos dicho que es la fe la que nos manifiesta la excelsitud de la majestad de un Dios ante el cual tenemos la dicha de comparecer; esta fe, junto con la esperanza, es la que sostenía a los mártires en medio de los más horribles tormentos. Decidme, ese pecador, al comenzar sus oraciones, ¿puede pensar, puede creer que ellas serán recompensadas? ¡Cómo! ¡una oración ocupada en toda suerte de objetos menos en Dios; una oración hecha vistiéndose o trabajando, con el corazón ocupado en la tarea, qué sé yo, hasta tal vez lleno de odio, de venganza y de toda clase de malos pensamientos! ¡una oración hecha en medio de gritos y juramentos detrás de vuestros hijos o criados! Si eso ocurriera, ¿no sería forzoso reconocer que Dios recompensa el mal?

2.º Digo además que el pecador, al hacer su oración, no tiene esperanza alguna, si no es la que su oración ha-

brá presto terminado. A esto se reduce toda su esperanza, — Pero, me diréis, este pecador, con todo y ser pecador, algo debe esperar. — Pues yo opino que un pecador no cree ni espera nada, pues si creyese que hay un juicio, y, por consiguiente, un Dios que le pedirá estrecha cuenta de todos los minutos y de todos los segundos de su vida, y que esta rendición de cuentas tendrá lugar cuando menos lo piense; si creyese que un solo pecado mortal es suficiente para que sea tenido como digno de eterna reprobación; si considerara que en su vida no hay una oración, ni un deseo, ni una acción, ni un movimiento de su corazón que no quede escrito en el libro de ese soberano Juez; si mirase su conciencia cargada de crímenes, quizás los más nefandos, y que tal vez él solo es reo de tantos pecados cuantos bastarían para condenar una ciudad de cien mil almas al fuego devorador, ¿podría permanecer tranquilo en tal estado? No, indudablemente. Si creyese de verdad que después de ese juicio hay para los pecadores un infierno eterno, y que basta para caer en él un solo pecado mortal si se muere en tal estado; que la cólera de Dios la aplastará por una eternidad, y que los pecadores caen allí continuamente a millares; ¿no tomaría más seguras precauciones para evitar una tal desgracia? Si verdaderamente creyese que existe un cielo, esto es, una bienaventuranza eterna para todos aquellos que habrán practicado fielmente lo que la religión les prescribe, ¿sería capaz de portarse como se porta? Indudablemente que no. Si, en el momento en que está dispuesto a pecar, creyese que Dios le ve, que pierde el cielo y atrae sobre sí toda suerte de males para esta y la otra vida, ¿tendría valor para hacer lo que el demonio le inspira? No, amados míos, ello le sería imposible. De aquí concluyo yo que un cristiano que pecó y permanece en su pecado, es que ha perdido enteramente la fe; es un infeliz a quien los

demonios han sacado los ojos, y suspendido con una delgadísima cuerda sobre el más espantoso abismo; ellos procuran impedir, por todos los medios, que vea los horrores que le están preparados. Hablemos más claro: sus llagas son ya tan profundas y su mal tan inveterado, que es absolutamente insensible a su estado; es un preso, condenado a perder la vida en el patíbulo, que se divierte mientras aguarda la hora de la ejecución; es en vano advertirle que su sentencia está ya pronunciada y que dentro de poco tiempo ya no será de este mundo; diríais, al verle y al observar cómo se porta, que se le anunció que acaba de sobrevenirle una fortuna. ¡Oh, Dios mío, cuán desgraciado es el estado de un pecador!

De la esperanza de un pecador, ya no hay necesidad de hablar, pues la esperanza de un animal y la suya son una misma cosa; examinad la conducta de uno y otro, y veréis cómo no hay diferencia. Una bestia hace consistir todo su bienestar en la bebida, en la comida y en los placeres de la carne; no hallaréis otros en un pecador que vive obstinado en la culpa. — Pero, me diréis, aun asiste a Misa y reza algunas oraciones. — Y ¿por qué motivo lo hace? No es el deseo de agradar a Dios y de salvar su alma lo que le hace obrar así, sino la costumbre, la rutina contraídas en su juventud. Si el domingo ocurriese sólo una vez al año o cada diez años, vendría solamente cada año y aun menos; hace lo que ve hacer a los demás. Por la manera como se porta en todo esto, bien podéis ver cómo no exagero. Y para mejor haceros conocer lo que es la esperanza de un cristiano pecador, os digo que no es otra que la esperanza de una bestia de carga; pues es evidente que un animal no espera gozar más que aquí en la tierra. Un pecador endurecido que no intenta dejar el placer, ni quiere salir del pecado, no debe esperar otra cosa, ya que él dice y piensa, o a

lo menos hace los posibles para persuadirse de ello, que todo acaba con la muerte. ¡Dios mío, en vano habéis muerto por esos pecadores! ¡Ah! amigo mío, con todo y creer que tienes alma, te envileces hasta lo más ínfimo, pues te colocas al nivel de las bestias y de los más despreciables animales.

3.º Hemos dicho también que la oración de un buen cristiano debe estar animada de la caridad, o sea del amor de Dios que le incline a amarle con todo su corazón, y a odiar y detestar soberanamente el pecado como el mayor de todos los males, unido esto a un desco sincero de no cometerlo jamás, de combatirlo y de aplastarlo donde quiera lo encontremos. Ya veis cómo tampoco esto se halla en las oraciones de un pecador a quien no sabe mal haber ofendido a Dios, pues le tiene clavado en la cruz de su corazón durante todo el tiempo que allí reina el pecado. ¿Queréis oír por un instante aún a ese mentiroso? Vedle y escuchadle cómo prosigue su acto de contrición. Si alguna vez habéis visto representar una obra teatral, no ignoraréis que todo lo que allí se hace no es sino falsedad y mentira. Pues bien, prestad oídos por un momento a ese pecador que ora, y veréis que no hace ni dice otra cosa que falsedades; veréis cómo todo lo que hace no es más que mentira y doblez. Os será imposible oírle rezar el acto de contrición sin sentirnos sobreco- gidos de compasión: «Dios mío, comienza, que veis mis pecados, veis también el dolor de mi corazón». ¡Oh, Dios mío! ¿es posible que sea pronunciada tal abominación? Sí, no hay duda, pobre ciego, que Él ve tus pecados; demasiado los ve, por desgracia. Mas ¿dónde está tu dolor? Di mejor: «Dios mío, que veis mis pecados, ved también el dolor de los santos solita- rios en las selvas, donde emplean las noches llorando sus pecados». Pero tú, bien se conoce que no tienes ni indicio de dolor. Lejos de tenerlo, lo que haces es re-

húsalo, ya que continúas en tales pecados sin querer dejarlos. «Dios mío, continúa ese mentiroso, tengo un gran pesar de haberos ofendido». Pero ¿es posible que se profieran tales impiedades y blasfemias? Si realmente estuvieses apesadumbrado como dices, ¿podrías permanecer un mes, dos, tres, quizá diez o veinte años con el pecado en tu corazón? Aun más, si estuvieses apesadumbrado de haber ofendido a Dios, ¿sería necesario que el ministro del Señor tuviese que ocuparse continuamente en ponderar los castigos que Dios reserva al pecado, para hacerte concebir horror al mismo? ¿Sería necesario arrastrarte, por decirlo así, a los pies de tu Salvador para inducirte a dejar la culpa? «Perdonadme, Dios mío, dice, ya que sois infinitamente bueno y amoroso y el pecado os desagrada». Cállate, amigo, que no sabes lo que hablas. Ciertamente Dios es bueno; si hubiese escuchado solamente a su justicia, hace ya mucho tiempo que arderías en los infiernos. «Dios mío, va diciendo, perdonad mis culpas por los méritos de la pasión y muerte de vuestro amado Hijo Jesucristo». ¡Ay! amigo mío, todos los sufrimientos que Jesucristo ha tenido la caridad de soportar por ti, no serán capaces de ablandar tu endurecido corazón. «Concededme, dice, la gracia de poder cumplir el propósito que ahora tomo de hacer penitencia y de no ofenderos jamás». Pero, amigo mío, ¿puedes tú razonar de esta manera? ¿Dónde está, pues, esta resolución tomada de no volver a ofender a Dios? Toda vez que amas el pecado y que, lejos de querer salir de él, buscas los lugares y las personas que al pecado pueden arrastrarte; di mejor, amigo mío, que te sería enojoso que el buen Dios te otorgase la gracia de jamás ofenderle, ya que tanto te complaces en arrastrarte por las inmundicias de tus vicios. Tengo para mí, amigo mío, que fuera mejor callarse antes que hablar de esta manera.

Pero vayamos más lejos. Leemos en el Evangelio que, después que los soldados hubieron conducido a Jesucristo al pretorio, hallándose juntos a su alrededor, le despojaron de sus vestiduras, echaron sobre sus espaldas un manto de escarlata, coronáronle de espinas, golpeáronle la cabeza con una caña, diéronle de bofetadas, escupiéronle en el rostro, y después de todo esto, doblando una rodilla en su presencia, le adoraban. ¿Podrá hallarse un ultraje más horrible? Pues bien, ¿de esto os pasmáis? Ved aquí exactamente la conducta de un cristiano que está en pecado y que no intenta ni quiere salir de tal estado; y yo digo, además, que él solo ha hecho lo que hicieron juntos los judíos, pues, como nos dice San Pablo, cada vez que cometemos un pecado, damos muerte al Salvador del mundo (1); esto es, hacemos todo lo que sería necesario para darle muerte, si fuese aun capaz de morir otra vez. Mientras el pecado domina en nuestro corazón, tenemos, como los judíos, a Jesucristo clavado en cruz; y, con ellos, nos llegamos a insultarle doblando ante El la rodilla, haciendo el simulacro de dirigirle nuestras oraciones.

Pero, me dirás, no es ésta mi intención cuando rezo; ¡líbreme Dios de cometer jamás semejantes horrores! — ¡Valiente excusa, amigo mío! El que comete un pecado, no tiene intención de perder la gracia; no obstante la pierde; y ¿es por ello menos culpable? Indudablemente que no, puesto que sabe muy bien que no puede realizar tal acción o decir tal cosa sin que se haga culpable de pecado mortal. Siguiendo tu razonamiento, resulta que ninguno de los condenados que están ardiendo en el infierno, tenía intención de condenarse; ¿son por esto menos culpables? No, porque sabían muy bien que, viviendo como

(1) Rursus crucifigentes sibimetipsis Filium Dei (Hebr., VI, 6).

vivían, estaban destinados a condenarse. Un pecador que ora con el pecado en su corazón, no tiene la intención de burlarse de Jesucristo ni de insultarle; pero no es menos cierto que se burla de Él, puesto que sabe muy bien que uno se burla de Dios cuando le dice: «Dios mío, os amo», mientras ama el pecado, o bien: «Me confesaré pronto». ¡Fijaos en esta última mentira! pues no piensa ni en confesarse ni en convertirse. Pero, dime, ¿cuál es tu intención cuando vienes a la iglesia, o practicas eso que llamas tus oraciones? Tal vez me dirás, si te atreves todavía a ello, que es la de realizar un acto de religión, rendir a Dios el honor y la gloria que se le deben. ¡Oh, horror! ¡oh, ceguera! ¡oh, impiedad! querer honrar a Dios por medio de la mentira, esto es, por medio de aquello que le ultraja. ¡Oh, abominación! ¡tener a Jesucristo en la boca y crucificarlo en su corazón, juntar lo más santo que existe con lo más detestable que pueda imaginarse, cual es el servicio del demonio! ¡Oh! ¡qué horror! ¡ofrecer a Dios un alma que mil veces se prostituyó al demonio! ¡Oh, Dios mío! ¡cuán ciego es el pecador, y tanto más, cuanto no se conoce, ni procura conocerse!

¿No tenía, pues, yo razón cuando dije, al empezar, que la oración de un pecador no era más que un tejido de mentiras y contradicciones? Tanta verdad es esto que he dicho, que el mismo Espíritu Santo nos enseña que la oración de un pecador que no quiere salir del pecado es execrable a los ojos del Señor (1). Muy horrible y digno de compasión es tal estado, dirás conmigo. Pues bien, ¡mira cómo te cegó el pecado! y sin embargo, sin temor a exageración, te digo que a lo menos la mitad de los que están aquí, de los que me escuchan en esta iglesia, pertenecen a este número. Y con todo, ¿verdad que esto no te conmueve, antes

(1) Prov., XXVIII, 9.

bien te fastidia y esta hora se te hace demasiado larga? He aquí, amigo mío, el desdichado abismo a donde el pecado conduce al pecador. Por de pronto, sabes que, desde ha seis meses, un año o más, estás en pecado, y con todo ¿verdad que te sientes tranquilo? — Enteramente tranquilo, me dirás. — No es esto difícil de creer, pues el pecado te sacó los ojos, y no ves nada; ha endurecido tu corazón haciéndote insensible, hasta el punto de que, con toda seguridad, cuanto acabo de decir no te sugerirá reflexión alguna. ¡Oh, Dios mío, a qué abismos conduce el pecado!

Mas ahora me diréis vosotros: ¿qué falta nos hace orar, toda vez que nuestras oraciones no son más que insultos que hacemos a Dios? No es esto lo que quise significaros al decir que vuestras oraciones no eran más que mentiras. Lo que hay es que, en vez de decir: «Dios mío, os amo», debierais decir: «Dios mío no os amo, pero hacedme la gracia de amaros mucho». En lugar de decir: «Dios mío, siento un extremo pesar de haberos ofendido», decidle: «Dios mío, yo no siento dolor alguno de mis pecados, dadme todo el arrepentimiento que debo tener». Lejos de exclamar: «Quiero confesar mis pecados», decid mejor: «Dios mío, yo me siento encadenado a mis culpas, como si jamás hubiese de apartarlas; dadme aquel horror que debo concebir, a fin de que las aborrezca, las deteste y las confiese, para no recaer jamás en ellas». ¡Oh, Dios mío, dadnos este horror eterno al pecado, puesto que es vuestro enemigo, fué la causa de vuestra muerte, nos arrebató vuestra amistad, y nos separa de Vos! ¡Ah! ¡haced, divino Salvador, que, siempre que vengamos a vuestras plantas a orar, lo hagamos con un corazón que os ame, y que en la manifestación de sus afectos no os diga más que la verdad! Esta es, H. M., la gracia que os deseo.

CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE LA EPIFANÍA

SOBRE LOS ENEMIGOS DE NUESTRA SALVACIÓN

Motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus.

Levantóse en el mar una gran^g tempestad, hasta el punto que la embarcación quedaba cubierta por las olas.

(S. Mat., VIII, 24).

Aquí tenéis, H. M., la figura, o mejor, la vida de un pobre cristiano en la tierra. Nuestra alma, sujeta a mil pasiones, expuesta a mil tentaciones, es verdaderamente semejante a una barquilla dominada por las olas y en peligro de naufragar a cada momento. Al considerar esto, H. M., ¿quién de nosotros podrá vivir tranquilo viendo los peligros por los cuales quedamos expuestos a perdernos para siempre? ¿Quién de nosotros, H. M., no sentirá la necesidad de vigilar incesantemente los movimientos de su corazón, es decir, todos sus pensamientos, palabras y acciones, para saber si ellas tienen por objeto complacer a Dios o bien agradar al mundo? Mas, ¡ay! digámoslo con pena, H. M., son muchos los que en sus obras no buscan a Dios, sino solamente al mundo. Pero también, ¿qué se sigue de ello? ¡Ay! no resulta otra cosa sino que el diablo se los lleva al infierno con la misma facilidad con que una madre conduce un hijo de cua-

tro o cinco años a cuantos lugares se le antoja. Sí, H. M., un cristiano que quiere agradar a Dios y salvar su alma, debe temblar ante dos cosas: los poderosos enemigos que le rodean y su furor en procurar nuestra ruina, y, además la tranquilidad e indiferencia con que vivimos en medio de tantos peligros a que continuamente nos hallamos expuestos. Y para haceros comprender con cuánta diligencia debemos vigilar y orar, voy ahora a mostraros: 1.º cuáles sean los enemigos que debemos temer y evitar; 2.º qué es lo que hemos de hacer para vencerlos.

I. — No son nuestros verdaderos enemigos aquellos que afean nuestra reputación, que nos despojan de nuestros bienes, que atentan contra nuestra misma vida: éstos no son más que instrumentos de que se sirve la Providencia para santificarnos, dándonos ocasión de practicar la humildad, la mansedumbre, la caridad y la paciencia. Si tomamos a pechos la salvación de nuestra alma, lejos de odiarlos y de quejarnos de ellos, al contrario, los amaremos más y más. Ciertamente que es algo duro para un cristiano que tiene aficionado su corazón a la tierra, verse despojado de sus bienes; es verdad que resulta algo sensible para un orgulloso ver empañada su reputación; no hay duda que es espantoso para un hombre que vive casi como si nunca hubiese de morir, sentir que la muerte le acecha: sin embargo, H. M., no son éstos los que aquí llamamos nuestros enemigos; por el contrario, éstos son los que nos conducen al cielo, si queremos aprovecharnos de ellos cristianamente. Mas si deseáis ahora saber cuáles son los enemigos que hemos de temer, vedlo aquí, H. M., escuchadlo atentamente y grabadlo firmemente en vuestro corazón. Nuestros verdaderos enemigos son aquellos que trabajan para arrebatarnos la inocencia a nuestra pobre alma, o para robarle el tesoro de la gracia, para

causarle la muerte ante Dios y precipitarla al infierno. ¡Ah, H. M. ! ¡ cuán terribles y formidables son tales enemigos ! A más de ser peligrosos, nos los hallamos en todas partes, o mejor, los llevamos dentro de nosotros mismos : lo cual ha de movernos a mantenernos constantemente en guardia, ya que sólo la muerte podrá librarnos de ellos para siempre. ¡ Ay, H. M. ! no en vano se dice que «la vida del hombre es un combate continuado» (1). Y os diré además, H. M., que no hay para nosotros enemigos más de temer que aquellos que son invisibles ; y si deseáis conocerlos, vamos en su busca, es decir, penetremos en nuestro corazón y llamémoslos a cada uno por su nombre, a fin de que no nos sea posible engañarnos.

¿No veis, H. M., este loco amor a nosotros mismos, esta secreta complacencia por la cual nos llenamos de nosotros mismos ? ¿No veis cómo nos gloriamos interiormente de nuestros pequeños méritos, de nuestros bienes, de nuestro talento, de nuestra familia ; despreciamos interiormente a los demás, y nos colocamos más altos que nuestros iguales, o al nivel de los que están muy por encima de nosotros ? «Valgo tanto como aquél, decimos ; valgo más que éste, no es tan buen operario como yo ; no presentará un trabajo hecho tan a la perfección como el mío». ¿Os dais cuenta, H. M., de ese enemigo invisible que continuamente os persigue y tanto daño os causa ? Cuando vuestro hermano fracasa en alguna empresa, ¿no es el miserable orgullo lo que os induce a pensar que no acertó en emplear los medios adecuados para salir con éxito, y que vosotros en su lugar habríais obrado de muy distinta manera ; que es un imbécil ; que no entiende en nada y sólo sigue su capricho ? ¿Lo conocéis, ahora, H. M., ese sutil enemigo que, sin notarlo vosotros, os causa la muerte ?

(1) Militia est vita hominis super terram (Job, VII, 1).

Esos bienes que adquiristeis, tal vez no del todo legítimamente; esa figura que, según vuestro parecer, es más agradable que la de cualquier otro; vuestro vestido, más rico o más elegante que el de vuestro vecino, y mil otras bagatelas, ¿no son causa de que se hinche vuestra vanidad? y esta hinchazón, ¿no aparece también en vuestra manera de hablar, en el modo de andar, en vuestro talante? ¿Lo veis, pues, cómo sois orgullosos? Si una persona pobre y humilde os saluda quitándose el sombrero a vuestro paso o haciéndoo las más corteses reverencias, apenas os dignaréis dirigirle la palabra; creeréis haber hecho bastante correspondiéndole con una inclinación de cabeza, o respondiéndole sí o no. A duras penas le miraréis, como si fuera de una pasta inferior a la vuestra. ¿Lo veis, H. M., lo comprendéis hasta qué punto os devora el orgullo? ¿No veis, además, cuán susceptibles os mostráis según el modo como se os habla? ¡Ay! una palabra algo intencionada, la más pequeña broma a costa vuestra, una acogida algo fría, todo esto os impresiona; os quejáis, llegando hasta a murmurar, en esta o parecida forma, de vuestro prójimo: «¡Ah! bien se conoce que su educación no es de reyes ni de príncipes!» Tenéis muy presente el favor que, tal vez, le habréis hecho, y deseáis que llegue la ocasión para echárselo en cara. Dios mío, ¡cuánto orgullo, cuánto amor propio! Mirad aquel hombre: después que adquirió tales o cuales fincas que no tenía, ved cómo anda con la cabeza más erguida, y se hace amigo de aquellos con quienes antes no se atrevía a alternar, por creerlos de un nivel muy superior al suyo! Si los negocios de vuestro vecino tienen mejor éxito que los vuestros, si él alcanza ciertos provechos que vosotros no pudisteis alcanzar, ¡observad cómo la tristeza y el enojo invaden vuestro corazón! Mas si, al contrario, le sobreviene algún percance que desbarata sus negocios, o que le humilla y

empequeñece, ¿no sentís, de súbito, en vuestro corazón, una cierta alegría, un refinado placer interior? No veis, H. M., no sentís esa envidia, esos celos que a todas partes os persiguen?

A la persona que nos ofendió, tal vez ¡ay! sin querer, nos repugna el verla y el oírla; gústanos hablar mal de ella; estamos contentos cuando los demás la critican, nos complacemos en hallar ocasión de mortificarla. ¿Lo veis, H. M.? ¿lo sentís ese odio, esa sed de venganza, esa animosidad que os devora?

¿Queréis saber ahora, H. M., hasta qué punto estamos aferrados a la vida y a los bienes de este mundo? ¿No está, por ventura, vuestro espíritu, noche y día, lleno de vuestros negocios temporales, de vuestras ocupaciones, de vuestro comercio? ¿No estáis continuamente ocupados pensando o hablando de vuestro dinero, o discurriendo acerca del modo de recaudarlo y acrecentarlo? ¡Ay! ¡cuántas veces el pensamiento de vuestras empresas temporales os domina hasta durante el tiempo de vuestras oraciones, mientras estáis en la casa de Dios, durante la santa Misa! ¿Cuántas veces en ella habréis pensado en las gestiones que realizaréis al salir de la misma, en los viajes que vais a emprender, en las personas que vais a hallar para el éxito de vuestros negocios, para cerrar una compra o una venta? ¡Ay! para ganar cinco pesetas andaríais tres o cuatro leguas; y en cambio, ¿haríais treinta pasos para realizar una buena obra, para prestar un servicio al prójimo, o para oír una vez la santa Misa durante la semana? Desprenderos de una moneda en favor de los pobres, es ¡ay! lo mismo que arrancaros las entrañas. Cuando se trata de ganar o perder algo, no respetáis domingos ni días de fiesta; no hay preceptos de la ley de Dios ni mandamientos de la Iglesia que os detengan.

¿No estoy en lo cierto, H. M., cuando afirmo que, despreciando los mandamientos, no habéis osado ne-

garos a contribuir al pecado de los demás rehusando dar vuestro dinero para los excesos que se cometen en las bodas de vuestros parientes? ¿Verdad que no os atrevisteis a manifestar que ni vosotros ni vuestros hijos queríais estar presentes en ellas? Veis, H. M., lo sentís, cómo el respeto humano os ciega y os pierde? Y ¿qué diré de vuestra singular manera de examinar a los demás, de vuestra afición a criticar la conducta y los actos de vuestro prójimo, metiéndooos en lo que no os interesa, divulgando lo que sabéis y hasta lo que no sabéis? ¿No percibís, H. M., ese enemigo íntimo que trae a todas partes la confusión y mete disensiones entre las familias; no comprendéis quién es ese enemigo interior que así os engaña? ¿Es, por ventura, que la impureza os domina? ¿No están vuestra mente y vuestra imaginación llenas de pensamientos inmundos, de representaciones y deseos impuros? ¿No veis, H. M., no sentís ese fuego impuro que os abrasa y devora? Pues bien, H. M. vedlos ahí esos enemigos en que no paramos atención.

¿Sabeis, H. M., por qué los conocemos poco? ¡Ay! porque cerramos los ojos y tapamos los oídos a fin de no verlos ni conocerlos. Mas, para conocerlos bien, no hemos de hacer otra cosa que penetrar en nuestro corazón; allí es donde se han escondido, allí es donde, a lo menos en alguna manera, los conoceremos. Acabo de señalaros los más ostensibles y comunes. Pero, cuanto más escudriñéis, mayor número vais a hallar. ¡Ay! nuestro miserable corazón es semejante a la inmensidad ignota y profunda del mar, que encierra una multitud infinita de peces de todos tamaños y especies. Sí, H. M., igual es nuestro corazón. En su recinto encierra una turba de malas inclinaciones, unas más débiles, otras más fuertes, pero todas igualmente capaces de perdernos, si no ponemos extremada precaución en reprimirlas. Tales son, H. M., los enemigos que

moran dentro de nosotros mismos, de cuya compañía no podemos huir, y contra quienes no nos queda otro remedio que luchar. Pero me diréis tal vez : éstos son nuestros enemigos internos, mas ¿cuáles son los enemigos de fuera ?

Si descáis saberlo, H. M., vedlos aquí, atended bien, a fin de que podáis conocerlos, combatirlos, y, con la gracia de Dios, vencerlos. Os diré, primeramente, que los de fuera vienen a juntarse con los de dentro, a fin de embestir con más furor a los cristianos. Sí, H. M., todas las criaturas que el Señor hizo para que el hombre usase de ellas, sirven para su salvación o para su perdición, según el uso que haga de las mismas. Para convencerlos de ello, escuchadme un momento. Ved a ese pobre indigente que, en su estrechez, tan fácilmente ganaría el cielo. Pero, ¡ ay ! ¿ qué hace ? Lo que hizo el mal ladrón, que desde la cruz bajó al infierno, en vez de remontarse al cielo : murmura, se queja, siente envidia de los ricos, habla mal de ellos, tratándolos de cueles y tiranos ; las penalidades y las aflicciones, que son gracias muy provechosas que Dios le envía, le llevan a la desesperación. Por otra parte, mirad a los ricos, mirad a los que gozan de buena salud. En vez de dar gracias a Dios, y de hacer buen uso de los bienes que El les concedió, haciendo participantes de ellos a los pobres, a fin de poder rescatar la pena de sus pecados, ¿ qué hacen ? Las riquezas los vuelven orgullosos y los llevan a vivir en un completo olvido de su salvación. Sí, H. M., en cualquier estado en que nos hallemos, por todas partes encontraremos enemigos a quienes combatir. Aquí oímos malas conversaciones ; allá vemos malos ejemplos ; digamos mejor, H. M., ya despiertos, ya dormidos, sea que comamos, sea que bebamos, en todo momento y en todo lugar hay asechanzas que evitar y tentaciones que combatir, hasta en los recreos más inocentes, en la compañía de

las personas más virtuosas que frecuentamos, en nuestras acciones más santas, hasta en la misma oración. ¡ Ay ! ¡ cuántas distracciones ! ¡ cuántos pensamientos de orgullo ! ¡ cuántas veces nos hemos preferido a los demás a quienes creemos menos buenos que nosotros ! En nuestras confesiones ¡ ay ! ¡ cuántos rodeos para aparecer menos culpables de lo que somos en realidad ! ¡ cuántas veces hemos resuelto cambiar de confesor para experimentar menos confusión ! ¡ Ay ! ¡ cuántos sacrilegios en nuestras comuniones ! ¡ cuántas miras humanas ! ¡ cuántas veces, si estuviésemos solos, seríamos menos modestos de lo que aparentamos en público ! ¡ Cuánta hipocresía en nuestros ayunos ! ¡ cuántas veces simulamos ayunar, y quebrantamos la ley al estar solos ! Al dar limosna, ¡ cuántas veces buscamos el aplauso de los hombres ! ¡ Ay, H. M. ! ¡ cuántos lazos debemos evitar ! ¡ cuántas tentaciones hemos de combatir ! Sí, H. M., el demonio, que ha jurado nuestra pérdida, ronda sin cesar a nuestro alrededor para hacernos caer en sus redes. Sí, H. M., se sirve de cuanto nos rodea para inducirnos al mal. Ved el procedimiento que sigue para tentarnos : examina, primeramente, todos los movimientos de nuestro corazón. Al que está inclinado al orgullo, le pone ante los ojos o le mete en el espíritu todo aquello que pueda fomentar la tal inclinación ; le hace creer que todo cuanto hace está muy bien hecho o muy bien dicho ; le hace darse cuenta de que es muy diestro, muy elegante, muy ordenado, muy caritativo. Al que tiene afición al dinero, le hace considerar la felicidad de que gozan los ricos, cómo están ellos exentos de miseria, cómo pueden hacer lo que les viene a gusto, y cómo son amados y respetados de todo el mundo. Al que está sujeto al vicio de la impureza, le presenta continuamente ante la imaginación los placeres de los sentidos, de tal manera que todo cuanto ve se los evoca. A los

que tienen el corazón sensible, ora los lleva a caer en el orgullo, ora en la desesperación. A los que representan alguna apariencia de virtud, les hace creer que son tenidos en muy buena opinión; les gusta que los demás se encomienden en sus oraciones; se creen dignos y capaces de grandes cosas; algunas veces hasta piensan que podrían hacer milagros. ¡Ay, H. M. ! ¡cuán pocos escapan a tantas asechanzas y, por consiguiente, cuán pocos llegarán al cielo !

Mas, me diréis tal vez, ¿quién podrá conocer todos esos artificios? ¿quién podrá descubrirlos? Vedlo aquí, H. M. : solamente los que se dan cuenta de ellos, los que los combaten y resisten. Pues bien, H. M., ya hemos visto algunos de los enemigos de nuestra salvación. Vosotros mismos podéis juzgar si son de temer. Mas los juzgaréis aún mejor por los males que hasta el presente os causaron ya, y por el estado a que os han reducido. Examinad con la mente todos los años de vuestra vida, y vea cada cual si desde su juventud no ha sido víctima, esclavo, desdichado juguete del demonio, ese maldito Satán, así como del mundo y de las propias pasiones. ¡Ay, H. M. ! ¿quién podrá contar todos los malos pensamientos que el demonio os ha sugerido, todas las imágenes con que ha procurado manchar vuestra imaginación, y todos los movimientos desarreglados que en vosotros ha excitado? Sí, H. M., si quisiéramos sinceramente trabajar por nuestra salvación, conoceríamos cuán verdadero es lo que nos dice San Juan, a saber : que «todo lo del mundo no es más que concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida» (1); que nosotros mismos llevamos a todas partes el germen de todos los vicios, y que cada uno de nosotros puede ser

(1) Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitae (I Joan., II, 16).

tentado y seducido por su mala inclinación; que todo lo que nos rodea puede ser para nosotros ocasión de pecado, y que el demonio, empeñado en nuestra pérdida, utiliza unas veces nuestras malas inclinaciones para hacernos abusar de las criaturas, y otras se sirve de las criaturas para excitar nuestras malas inclinaciones. ¡Ay, H. M. ! si estuviésemos bien penetrados del peligro en que constantemente nos hallamos de perdernos, de continuo nos dominaría el pavor. Diríamos con San Pablo: «¡ Ah ! Señor, ¿cuándo tendré la dicha de quedar libre de este miserable cuerpo que parece me fué dado sólo para atormentarme, para humillarme y para ser instrumento de mil miserias?» (1). Y diríamos aún con el santo rey David: «¡ Ah ! ¡ Señor, Dios mío ! ¿quién me dará alas como de paloma para volar, y fugarme de este mundo miserable, donde sólo hallo asechanzas y tentaciones de toda especie?» (2).

Sí, H. M., todo lo que vemos, todo lo que oímos, todo lo que hacemos y decimos, nos inclina al mal. En la mesa, es la sensualidad, la gula y la destemplanza; al permitirnos unos momentos de recreo, son la ligereza y las conversaciones inútiles; cuando trabajamos, es el interés, la avaricia, la envidia o la vanidad misma lo que nos mueve; si rezamos, es la negligencia, las distracciones y el fastidio al experimentar alguna pena o aflicción, son las quejas y murmuraciones; en la prosperidad, es el orgullo, el amor propio y el desprecio del prójimo; las alabanzas hinchán nuestro corazón, las injurias nos hacen montar en cólera. Pues bien, H. M., esto es lo que ha hecho temblar a los más grandes santos, esto es lo que ha poblado los desiertos de tantos anacoretas, esto es lo que es motivo de tantas lágrimas, de tantas oraciones, de tantas pe-

(1) Quis me liberabit de corpore mortis huius? (Rom., VII, 24).

(2) Quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo, et requiescam? (Ps. LIV, 7).

nitencias. Verdad que los santos ocultos en la selva no estaban exentos de tentaciones; pero al menos se alejaban de tantos malos ejemplos como nos rodean continuamente y son la causa de la perdición de tantas almas. Vemos, sin embargo, en su vida, que vigilan, que tiemblan sin cesar, que oran con frecuencia, mientras que nosotros, pobres ciegos, permanecemos tranquilos en medio de tantos peligros de perdición. ¡Ay, H. M. ! algunos ni saben en qué consiste ser tentado, puesto que casi nunca o al menos muy raramente resisten. ¡Ay, H. M. ! siendo esto así, ¿quién de nosotros triunfará de tantos peligros? ¿quién de nosotros será salvo? (1). No, H. M., el que quisiera reflexionar sobre todo esto, quedaría tan atemorizado que le fuera imposible vivir. Sin embargo, H. M., lo que debe consolarnos y darnos seguridad, es que hemos de tratar con un Padre muy bueno, el cual no permitirá nunca que los combates en que estamos comprometidos estén por encima de nuestras fuerzas, y que, cuantas veces a El recurramos, nos ayudará a luchar y a vencer.

II. — Hemos dicho que trataríamos de los medios que debemos emplear para vencer a nuestros enemigos y salir victoriosos en la lucha. Es muy cierto, H. M., que el hombre, en su origen, no era, como al presente, un compuesto de bien y mal, de vicios y pecados. Su alma, al salir de las manos del Criador, no estaba sujeta a tales miserias. Mas el hombre se insubordinó contra su Dios, y desde aquel mismo momento no fué ya nunca señor de sí mismo: su carne, corrompida por el pecado, se rebeló contra el espíritu. De entonces viene esa mezcla del bien y del mal, de buenas y malas inclinaciones que hallamos en cada uno de nos-

(1) Quis ergo poterit salvus esse (Matth., XIX, 25).

otros. Las buenas vienen de Dios, que es el padre de nuestras almas; las malas vienen del demonio, el gran enemigo de Dios y de nuestras almas.—Pero se os ocurre ahora tal vez pensar: ¿qué debemos hacer, pues, para vencer con seguridad a nuestros enemigos? Nada más que tres cosas, H. M.; vedlas aquí: «Vigilar, huir, orar». Si sois fieles a estos tres avisos, aunque todo el infierno se conjure contra vosotros, nada podrá. Expliquemos, pues, H. M., estos tres puntos tan esenciales, como que de ellos depende nuestra salvación.

1.º Digo, primeramente, que debemos *vigilar*; mas no soy yo solo quien os lo dice, sino que es el mismo Jesucristo quien lo afirma. «Si el padre de familias, nos dice, supiese a qué hora deben venir los ladrones, es cierto que no se dormiría, sino que vigilaría para impedir que la casa fuese robada» (1); cerraría con cuidado todas las puertas, estaría atento al menor ruido, no permitiría la entrada a nadie sin conocerle bien, guardaría continua precaución. Esto es, H. M., lo que Jesucristo quiere que hagamos respecto a nuestra alma. Esa casa que Dios quiere que guardemos, es nuestra alma; esos ladrones son los demonios, el mundo y nuestras pasiones; ya que vemos y percibimos claramente cómo esos ladrones están siempre cerca de nosotros, ojo avizor, para tentarnos y perdernos. Hemos, pues, de andar siempre con precaución, a fin de que nunca puedan sorprendernos.—Pero me diréis: ¿cómo podremos vigilar continuamente acerca de nosotros mismos? Vedlo, H. M.: así lo conseguiremos, si ejercemos vigilancia sobre todos los pensamientos que se presentan en nuestro espíritu, sobre todos los movimientos que emanan de nuestro corazón, sobre todas las palabras que salen de nuestra boca, y sobre todas

(1) Quoniam si sciret paterfamilias qua hora fur venturus esset, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam (Matth., XXIV, 43).

las conversaciones que hieren nuestros oídos, para ver y examinar si, en todo ello, hay nada que pueda desagradar a Dios y dejar mal parada a nuestra pobre alma. Nos vigilamos a nosotros mismos, H. M., cuando en todas nuestras empresas, en todas nuestras acciones, en todos nuestros pasos, examinamos delante de Dios cuáles sean los motivos y las intenciones que nos inducen a obrar: si es el orgullo, la vanidad, el interés, el odio, la venganza, o bien intenciones puramente humanas, carnales o impuras.

Sí, H. M., la persona que se vigila a sí misma, es como el hombre prudente, que se ve obligado a andar por un camino muy estrecho, muy resbaladizo y bordeado de precipicios; ved con qué precaución camina, mirando bien dónde pone los pies, prestando atención a todos sus pasos. Andad con cuidado, nos dice San Pablo, acerca de la manera como andáis por las vías de vuestra salvación (1); es decir, la manera cómo habláis u obráis, acerca del menor de vuestros pensamientos, del más mínimo de vuestros deseos, de la más pequeña de vuestras acciones. Tened cuidado con vuestros ojos para que los objetos en que ellos se fijan no sean capaces de causar la muerte de vuestra alma; tened cuidado con la lengua, temiendo no sea ella un cuchillo que asesine a vuestra pobre alma.—Mas, me diréis, ¿quiénes serán los que tomen todas estas precauciones? Si es preciso adoptar todas estas medidas, estamos todos perdidos. — Hay que esperar que no todos estemos perdidos; pero sí es muy cierto que, si son pocos los que observan todo esto, serán también muy pocos los que lleguen al cielo. Ved, H. M., lo que debemos practicar todos los días por la mañana, después de nuestras oraciones: conviene prever las ocasiones de ofender a Dios que se nos van a presentar, a

(1) Videte itaque, fratres, quomodo caute ambuletis (Eph., V, 15).

fin de poderlas evitar, y pedir a Dios la gracia y la fuerza de no sucumbir; por la noche, hemos de rendirnos cuentas a nosotros mismos, para ver si hemos sido fieles a nuestros propósitos; si tuvimos la desgracia de caer, es preciso, sin desanimarnos, gemir delante de Dios, y pedirle nuevamente la gracia de ser más firmes en lo venidero. No, H. M., nada tan eficaz como esta práctica para conseguir la dicha de corregirnos, y lograr el conocimiento de nuestras faltas; solamente de esta manera conseguiremos entregarnos a Dios. ¿Cómo pretendéis que nos sea posible conocer nuestros pecados y apartarlos, sin entrar dentro de nosotros mismos, a lo menos una o dos veces al día? ¡Ay, H. M. ! a pesar de nuestra vigilancia, ¡ cuántos pecados hallaremos en la hora de la muerte, de los que no nos habíamos dado cuenta durante nuestra vida ! Conforme a esto, dejo a vuestra consideración el estado en que se va a encontrar el pobre infeliz que haya pasado una parte de su vida sin examinar sus actos. ¡ Ay ! ¡ qué sorpresa y qué pavor, o mejor, qué desesperación ! Fijaos, H. M., en un hombre que quiere conservar la salud; mirad cuántas precauciones toma para alejar los peligros y cómo se priva de todo cuanto pueda perjudicar su naturaleza. ¿ Por qué, H. M., no hacemos lo mismo para con nuestra pobre alma ? ¿ No es ella más preciosa que nuestro cuerpo ?

2.º Hemos dicho, en segundo lugar, que además de este remedio, que consiste en vigilar constantemente todos los movimientos de nuestro corazón, precisa también *huir* con gran cuidado de todo lo que pueda conducirnos al mal, o entibiarnos en el servicio de Dios.

Sí, H. M., si queremos conservarnos dignos de entrar en el cielo, hemos de huir y evitar todas las ocasiones próximas de pecar, esto es, las personas peligrosas, los lugares donde ordinariamente ofendemos a Dios, a los cuales solamente deberemos ir cuando nos

sea del todo imprescindible. Vais a una reunión, donde casi toda la noche transcurre en murmuraciones y calumnias contra el prójimo, donde se sostienen malas conversaciones o se cantan canciones pecaminosas. ¿Por qué habéis de asistir a tales lugares, H. M.? — A una u otra parte hemos de ir, me responderéis. — No hay duda; pero considerad que no todas las reuniones son así; si habéis concurrido a ellas voluntariamente, en el día del juicio os hallaréis culpables de todos los pecados que se cometieron en vuestra presencia. ¿No queréis creerlo? En el día del juicio lo veréis. ¡Ay! ¡cuán apesadumbrados quedaréis al ver que, por vuestra sola presencia en aquel lugar, os hicisteis culpables de tantos pecados! ¡Cuántas veces habéis buscado la compañía de determinada persona, quien, por su sola presencia o por sus maneras, os provocaba a malos pensamientos u os hacía concebir deseos perversos! Ya que ella es para vosotros una ocasión de pecado, debéis huir de su compañía; si no lo hacéis, obráis mal, puesto que os exponéis a la tentación. Y no basta confiar en vuestros propósitos, ya que tantas veces los habéis quebrantado; además, por vuestra propia experiencia conocéis esto mejor de lo que yo podría o hasta me atrevería a deciros. Es verdad que, muchas veces, lo que es ocasión de pecado para unos no lo es para otros; por eso debemos examinar cada uno sus particulares disposiciones, a fin de portarnos de manera que no ocasionemos la muerte a nuestra alma, sino que la conservemos apta para el cielo. Voy a mostraros esto de una manera más clara.

Entiendo yo por mala compañía, H. M., aquel hombre sin religión que no se preocupa de los preceptos de Dios ni de los de la Iglesia, que no conoce ni la Cuaresma, ni la Pascua, a quien nunca se ve por la Iglesia, o, si viene, es sólo para encandalizar a los demás con sus maneras poco edificantes: debéis huir de él, de

lo contrario, aun sin daros cuenta, no tardaréis en asemejaros al mismo; con sus malos razonamientos y sus malos ejemplos, os enseñará a despreciar las cosas santas y a olvidar vuestros más sagrados deberes. Empezará por ridiculizar vuestra piedad, y, permitiéndose alguna broma acerca de la religión y sus ministros, os contará algunas calumnias contra los sacerdotes y la confesión, hasta el punto de haceros perder enteramente el gusto por la frecuencia de Sacramentos; de las instrucciones de vuestros pastores solamente hablará para ponerlas en ridículo; y tened por seguro que, si frecuentáis su compañía por algún tiempo, veréis cómo, sin notarlo, iréis perdiendo la afición a todo cuanto se refiere a la salvación de vuestra alma. Llamo yo mala compañía, H. M., a ese joven o a ese viejo de hablar grosero, que sólo palabras sucias deja salir de su boca. Andad con cuidado, H. M., ¡esa persona tiene la peste! Si frecuentáis su trato, tened por seguro que os contagiará y que, si no es por un milagro de la gracia, moriréis; el demonio se servirá de ese miserable para ensuciar vuestra mente y corromper vuestro corazón. Llamo mala compañía, H. M., a ese jugador o borracho de profesión: por sobrio y ordenado que seáis, labrará prontamente vuestra perdición haciéndoos consumir vuestro dinero en el juego y en las tabernas; acabaréis por convertirlos en desgracia de vuestra familia y en escándalo de toda la parroquia. Llamo yo mala compañía, H. M., a esa persona curiosa y maldiciente, que quiere saber todo lo que pasa en las familias, y está siempre dispuesta a juzgar acerca de lo que no le interesa. El Espíritu Santo nos dice que tales personas no solamente son enojosas para todo el mundo, sino que además son malditas del Señor (1). Huid su trato, H. M., de lo contrario acabaríais siendo tam-

(1) Prov., VI, 16.

bién como ellas. En tales compañías, habréis de perecer sin remedio: «Dime con quién andas, y te diré quién eres».

Si tan temibles son las malas compañías, H. M., no lo son menos los malos libros. A veces, no se necesita más que la lectura de un mal libro para perder a una persona. ¡Ay, H. M. ! ¡ cuántas personas tienen en su casa cuadernos de malas canciones, y las hacen circular prestándolas a unos y otros ! ¡ Ay ! ¿ cómo serán juzgados ? ¿ Qué van a contestar cuando el Señor les muestre que, por las canciones perversas que prestaron o cantaron, tantas almas se perdieron ? ¿ No convendréis ahora conmigo, H. M., en que, si no huimos de toda esta clase de personas, estamos casi seguros de perdernos por toda la eternidad ?

3.º Ved, además, el tercer medio que debemos adoptar para vencer al enemigo de nuestra salvación: *la oración*. Sí, H. M., ella es la que da eficacia a todos los otros medios que podemos adoptar y de que acabamos de hablar ahora ; sin ella, es decir sin oración, de nada nos servirían todas nuestras precauciones. Esto es lo que voy a mostraros en forma sensible por medio de un ejemplo.

Leemos en la Sagrada Escritura que, mientras Josué combatía en el llano contra los Amalecitas, Moisés, con los brazos extendidos y las manos levantadas al cielo, estaba orando en la montaña. Mientras sus manos estaban elevadas al cielo, el pueblo de Dios dominaba a sus enemigos ; pero en el momento en que sus brazos se bajaban por causa del cansancio y la fatiga, los enemigos volvían a tomar posición ventajosa. Hubo precisión de sostenerle los brazos en alto hasta el fin de la batalla, y los Amalecitas quedaron dispersados y deshechos, no por el valor de los combatientes, sino por las oraciones del siervo de Dios (1). Este ejemplo

(1) Exod., XVII.

nos muestra, H. M., que la oración es no solamente muy eficaz, sino además del todo necesaria para vencer a los enemigos de nuestra salvación. Por otra parte, H. M., mirad a todos los santos: no se contentaron con vigilar y combatir para vencer a los enemigos de su alma, ni con huir únicamente de todo lo que pudiera servirles de tentación; sino que, durante toda su vida, pasaban en oración, no solamente el día, sino hasta la noche toda entera. Sí, H. M., en vano nos vigilaremos a nosotros mismos y todos los movimientos de nuestro corazón, en vano huiremos; si no rogamos, si no acudimos constantemente a la oración, todos los demás medios de nada nos servirán, seremos vencidos. Vemos que en la vida hay muchas ocasiones en que nos es imposible huir; así, por ejemplo, un hijo de familia no puede abandonar la compañía de sus padres por causa de los malos ejemplos de aquéllos; pero puede orar, y la oración le sostendrá.

Pero, además, hasta suponiendo que nos sea posible huir de las personas que nos dan mal ejemplo, es muy cierto que no podemos huir de nosotros mismos, que somos, precisamente, nuestro mayor enemigo. Y aunque pudiésemos hacerlo, si el Señor no vigilara por nuestra conservación, de nada nos servirían todos los medios por nosotros empleados (1). No, H. M., no hallaremos pecador alguno que se haya convertido sin recurrir a la oración; ni uno que haya perseverado sin el auxilio de la oración; y, en cambio, no hallaréis un cristiano condenado que no empezase su reprobación por defecto de orar. Vemos también cuánto teme el demonio al que ora, pues no hay momento en que más nos tienta que en las horas de oración; hace todos los posibles para impedirnos orar. Cuando el demonio quie-

(1) Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam (Ps. CXXVI, 2).

re perder a alguien, comienza por inspirarle un gran fastidio por la oración; por más que sea muy buen cristiano, si consigue hacerle dejar la oración, u obtener que la practique mal o con negligencia, ya puede estar seguro de cogerlo en sus redes. Si queréis comprenderlo aún mejor, decidme: ¿desde qué tiempo dejasteis de resistir a las tentaciones del demonio, y abristeis de par en par las puertas de vuestro corazón a disposición de cualquiera que deseara introducirse en él? ¿No es, por ventura, desde que dejasteis vuestras oraciones, o desde que las hacéis sólo por costumbre, por rutina, para distraeros, mas no para agradar a Dios? Sí, H. M., desde que abandonamos nuestras oraciones, corremos hacia el infierno a pasos de gigante: hasta tal punto, que jamás nos reintegraremos a Dios, si no recurrimos a la oración. Sí, H. M., mediante una oración bien hecha, podemos disponer del cielo y de la tierra, todo nos obedecerá. Escuchad lo que nos dice el mismo Jesucristo para mostrarnos la necesidad de acudir a la oración: «Todo es posible mediante la oración, nos dice; a una oración bien hecha nada se le negará» (1). Ved los Apóstoles: con la oración, hacían que los paralíticos andasen, que los sordos oyesen, que los cojos caminasen (2), que los ciegos vieses, que los muertos resucitasen (3). ¿Queremos, H. M., que el demonio, nuestro cruel enemigo, no nos venza? Acudamos sin cesar a la oración. Pero es preciso orar debidamente, lo cual sucede cuando nuestras plegarias salen de lo hondo de nuestro corazón y no solamente de la punta de los labios, como con frecuencia acontece. Es preciso, además, que nos persuadamos de que, con nuestras solas fuerzas, no podemos combatir ni

(1) Omnia quaecumque orantes petitis, credite quia accipietis, et evenient vobis (Marc., XI, 24).

(2) Act., VIII, 8; III, 7.

(3) Ibid., IX, 34.

vencer, y de que tenemos necesidad absoluta de la gracia de Dios, y de que esta gracia no nos será otorgada sino mediante una oración bien hecha. Mas si tenemos la desgracia de ser vencidos por el demonio, sin desanimarnos, hemos de volver al combate, sin tener en gran cosa nuestras resoluciones, como tal vez hicimos hasta el presente; pero con una gran confianza en la bondad de Jesucristo, que luchará junto a nosotros y nos ayudará a derribar al enemigo.

Concluyamos, H. M., diciendo que cuantas veces hemos pecado, fué porque no nos habíamos diligentemente vigilado a nosotros mismos, no habíamos huído de las compañías o de los lugares que pudieron inducirnos al mal, no habíamos hecho oración, o bien la hicimos mal. Dichoso, H. M., el que en el trance de la muerte podrá decir como San Pablo: «He combatido mucho, mas con la gracia de Dios he resistido siempre a la tentación; heme aquí al final de mi carrera, mis luchas han terminado, y espero con confianza la corona de justicia que el Señor, que tan bueno es, tiene prometida a todos los que habrán luchado y perseverado hasta el final» (1). Esta es la dicha que os deseo.

(1) II Timot., IV, 7-8

DOMINGO DE SEXAGÉSIMA

SOBRE LA PALABRA DE DIOS

*Beati qui audiunt verbum Dei,
et custodiunt illud.*

Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.

(S. Luc., XI, 28).

Leemos en el Evangelio, H. M., que el Salvador del mundo predicaba al pueblo, y le decía cosas tan maravillosas y admirables, que una mujer, que estaba entre la multitud, levantó su voz clamando: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron»; mas Jesucristo repuso al momento: «Mucho más dichoso es aquel que escucha la palabra de Dios y observa lo que ella le prescribe». Tal vez os admire, H. M., que Jesucristo nos diga que el que escucha la palabra de Dios con verdadero deseo de aprovecharse de ella es más agradable al Señor que el que le recibe en la sagrada comunión (1); sí, no hay

(1) Acerca de este pasaje hemos de hacer notar:

1.º Jesucristo, en el citado texto de San Lucas, se refiere a la Virgen Santísima y no al alma del que comulga; pero el santo predicador pasa naturalmente de la Santísima Virgen llevando a Jesús en su seno, al cristiano que le recibe en la comunión.

2.º Tal vez es atrevido decir: «Que el que escucha la palabra de Dios es más agradable al Señor que aquel que le recibe en la sagrada comunión (pág. 185). Pero es exacto decir que «aquel que escucha la palabra de Dios, la tiene presente y la pone en práctica, es más agradable a Dios que muchos de los que comulgan» (pág. 206).

3.º «La palabra de Dios es preferible a la sagrada comunión», es decir, es más necesaria que la Eucaristía, según lo explica más abajo el Santo: «¡Cuántos han llegado al cielo sin haber recibido el sacra-

duda, H. M., que nunca hemos comprendido bien hasta qué punto la palabra de Dios es un don precioso. ¡Ay, H. M. ! si estuviésemos de ello bien penetrados, ¡ con qué respeto, con qué amor deberíamos oirla ! No nos engañemos, H. M. : la palabra de Dios producirá necesariamente en nosotros, o frutos buenos o frutos malos ; serán buenos si estamos adornados de buenas disposiciones, es decir, de un verdadero deseo de aprovecharnos de ella y de hacer todo cuanto nos prescriba ; serán malos, si vamos a oirla con indiferencia, hasta con fastidio, tal vez con desprecio : esta palabra santa nos iluminará, mostrándonos nuestros deberes, o cegará nuestra vista y endurecerá nuestro corazón. Y para hacérselo comprender mejor, voy ahora a mostraros : 1.º cuán grandes sean los provechos que sacamos de la palabra de Dios ; 2.º cómo suelen recibirla los cristianos ; y 3.º las disposiciones con que debemos adornarnos para tener la dicha de aprovecharnos de ella.

I. — Para haceros comprender cuán grande sea el valor de la palabra de Dios, os diré que así la fundación como el progreso de la religión católica son obra de la palabra de Dios y de la gracia que siempre la acompaña. Sí, H. M., podemos aun decir que, aparte la muerte de Jesucristo en el Calvario, y el santo Bautismo, no hay otra gracia, de las que recibimos en nuestra santa religión, que la pueda igualar : lo cual

mento del Cuerpo adorable y de la preciosa Sangre de Jesucristo !... Pero tocante a la instrucción, que es la palabra de Dios, desde el momento en que tenemos la edad capaz para poder recibirla, nos es tan difícil entrar en el cielo sin estar debidamente instruídos en ella, como lo es el salvarse sin estar bautizados».

4.º Bossuet, en su sermón del 2.º Domingo de Cuaresma, siguiendo la autoridad de San Cesáreo, Tertuliano, Orígenes y San Juan Crisóstomo, establece la relación de estrecha semejanza que existe entre la palabra de Dios y la Eucaristía, relación que exige las mismas disposiciones para escuchar la una que para recibir la otra.

se comprende fácilmente. ¡ Cuántos hay que han llegado al cielo sin haber recibido el sacramento de la Penitencia ! ¡ Cuántos sin haber recibido el del Cuerpo adorable y de la Sangre preciosa de Jesucristo ! y ¡ cuántos están en el cielo que no recibieron el sacramento de la Confirmación ni el de la Extremaunción ! Pero tocante a la instrucción, que es la palabra de Dios, desde el momento en que tenemos la edad capaz para poder recibirla, nos es tan difícil entrar en el cielo sin estar debidamente instruídos en ella, como lo es el salvarse sin estar bautizado. ¡ Ay, H. M. ! en el día del juicio veremos, desgraciadamente, cómo la mayor parte de cristianos condenados, lo serán porque no conocieron su religión. Id, H. M., preguntad a todos los cristianos réprobos, y pedídesles por qué están en el infierno. Todos os dirán que su desgracia proviene o de no haber querido escuchar la palabra de Dios, o de haberla despreciado. Pero, me diréis tal vez : ¿ qué obra en nosotros esta palabra santa ? Vedlo aquí : es ella semejante a aquella columna de fuego que guiaba a los judíos mientras andaban por el desierto, que les mostraba el camino por donde debían seguir, que se paraba cuando convenía que el pueblo se detuviese y andaba cuando convenía que el pueblo siguiese su camino ; de manera que este pueblo no tenía más que ser fiel en seguirla, con lo que estaba seguro de no desviarse en su marcha (1). Sí, H. M., la palabra divina hace lo mismo con respecto a nosotros : es ella una refulgente antorcha que brilla ante nuestros ojos, que nos guía en todos nuestros pensamientos, propósitos y acciones (2) ; es ella la que ilumina nuestra fe, la que fortifica nuestra esperanza, la que inflama nuestro amor para con Dios y para con el prójimo ; es ella la que nos hace com-

(1) Exod., XIII, 21-22 ; XI., 34-35.

(2) *Lucerna pedibus meis verbum tuum* (Ps. CXVIII, 105).

prender la grandeza de Dios, el fin bienaventurado para que fuimos criados, las bondades de Dios, su amor para con nosotros, el valor de nuestra alma, la excelcitud de la recompensa prometida; sí, ella es la que nos pinta la magnitud del pecado, el ultraje que hace a Dios, los males que nos prepara para la otra vida; ella es la que nos hace temblar de miedo ante la visión del juicio que está reservado a los pecadores, por la pintura espantable que del mismo nos hace; sí, H. M., esta palabra es la que, despertando nuestra fe, nos lleva a creer, sin previo examen, las verdades de nuestra santa religión, en las que todo es misterio. Decidme: ¿no es por ventura, después de oída una instrucción, cuando se siente el corazón emocionado y lleno de buenos propósitos? ¡Ay! muy digno de lástima es el que desprecia la palabra divina, ya que desprecia y rechaza todos los medios eficaces que nos ofrece Dios para salvarnos. Decidme, H. M., ¿de qué se sirvieron los patriarcas y los profetas, el mismo Jesucristo y todos los apóstoles, así como todos los que después los secundaron en la obra de fundar y propagar nuestra santa religión? ¿No fué por ventura de la palabra de Dios? Mirad a Jonás, cuando el Señor le envía a Nínive: ¿qué hace? pues, simplemente, anunciar allí la palabra de Dios avisándoles que en el plazo de cuarenta días todos sus habitantes van a perecer (1). Y ¿no fué esta santa palabra la que cambió los corazones de los moradores de aquella gran ciudad y convirtió a los grandes pecadores en grandes penitentes? (2). ¿Qué es lo que hace San Juan Bautista para empezar a dar noticias del Mesías, el Salvador del mundo? ¿no es anunciando a los pueblos la palabra de Dios? ¿Qué es lo que hace el mismo Jesucristo re-

(1) Jon., III, 4.

(2) *En el margen*: La destrucción de Jerusalén.

corriendo las ciudades y los campos, rodeado continuamente de multitud de pueblo que no le abandona ni en el desierto? ¿De qué otro medio se sirve para enseñar la religión que quería fundar, sino de esta palabra santa? Decidme, H. M., ¿qué es lo que ha inducido a tantos poderosos del mundo a abandonar sus bienes, sus familias y todas sus comodidades? ¿no han abierto los ojos del alma comprendiendo cuán efímeras y caducas son las cosas creadas, y se han dedicado a buscar los bienes eternos, con ocasión de haber oído la palabra de Dios? Un San Antonio, un San Francisco, un San Ignacio... Decidme: ¿quién puede mover a los hijos a sentir un gran respeto por su padre y su madre, y hacer que los miren como ocupando el lugar de Dios? ¿no se logra esto por las instrucciones que han recibido en el catecismo, de boca de su pastor espiritual, en las que se les ha hecho ver la magnitud de la recompensa que está reservada a un hijo bueno y obediente? Y ¿cuáles son los hijos, H. M., que desprecian a sus padres? ¡Ay, H. M.! ¡muchos de ellos son hijos ignorantes, los cuales por su ignorancia son llevados a la impureza y al libertinaje, y acaban, con frecuencia, por causar la muerte de sus pobres padres, ya por las penas que les causan, ya por otros medios aún peores! ¿Qué es lo que puede inducir a un vecino a mostrar una grande y desinteresada caridad para con otro vecino, sino un sermón que habrá oído y en el que se le habrá mostrado cuán agradables son a Dios las obras de caridad? ¿Qué es lo que ha inducido a tantos pecadores a salir del pecado? ¿No será, por ventura, alguna explicación que habrán oído, en la que se les ha pintado el infeliz estado de un pecador que cae en las manos de un Dios vengador? Si queréis una prueba de ello, escuchadme un momento y quedaréis convencidos.

Cuéntase en la historia que un antiguo oficial de

caballería, en uno de sus viajes, acertó a pasar por un lugar en que el Padre Bridaine daba una misión. Deseoso de oír a un hombre de tanta fama a quien hasta entonces no conocía, entró en una iglesia mientras el Padre Bridaine estaba haciendo una pintura espantable del estado del alma en pecado, la ceguera que significaba el perseverar en la culpa, el fácil medio que el pecador tiene para salir de su situación con una buena confesión general. Quedó el militar tan conmovido, sus remordimientos de conciencia fueron tan fuertes, o mejor, se le hicieron tan insoportables, que en aquel mismo momento formó el propósito de arrepentirse y hacer una confesión de toda su vida. Al pie mismo del púlpito aguardó al misionero y le suplicó le ayudase a hacer una confesión general de su vida. Recibióle el Padre Bridaine con una gran caridad. «Padre mío, le dijo el militar, permaneceré aquí durante todo el tiempo que usted quiera; acabo de concebir un gran deseo de salvar mi alma.» Hizo su confesión con todos los afectos de devoción y dolor propios de un pecador que se convierte; él mismo decía que cada vez que se acusaba de un pecado parecíale quitarse un gran peso de su conciencia. Cuando hubo terminado su confesión, apartóse de la compañía del Padre Bridaine, llorando a lágrima viva. Admirada la gente de ver a aquel militar derramar tantas lágrimas, preguntábanle cuál era la causa de su pena y de su llanto: «¡ Ah ! amigos míos, ¡ cuán dulce es derramar lágrimas de amor y reconocimiento, después de haber vivido, como yo lo hice, tanto tiempo en el aborrecimiento de mi Dios ! ».

¡ Ay ! ¡ cuán ciego es el hombre dejando de amar a Dios, viviendo en su enemistad, mientras El le ama tan dulcemente ! Aquel militar fuése al encuentro del Padre Bridaine, que estaba en la sacristía, y allí, en presencia de los demás misioneros, quiso comunicar a

todos los sentimientos que experimentaba : «Señores, les digo, escuchadme, y usted, Padre Bridaine, acuérdesse de ello siempre. No creo haber gustado en mi vida un placer tan puro y tan dulce como el que disfruto desde que tengo la dicha de estar en gracia ; no, yo no creo en verdad que Luis XV, a quien he servido durante treinta y seis años, pueda ser tan feliz cual yo lo soy ; a pesar de todos los placeres que le acompañan y de todo el esplendor del trono que le rodea, dudo que esté tan contento como yo ahora, desde que he lanzado el lío horrible de mis pecados, en mi dolor y en mi propósito de hacer penitencia. No cambiaría ahora mi suerte por todos los placeres y riquezas del mundo.» Dichas estas palabras, se arrojó a los pies del Padre Bridaine, y le estrechó la mano : «¡ Ah ! Padre mío, ¡ cómo podré dar gracias a Dios, aunque en ello emplee toda mi vida, por haberme llevado como de la mano a este país ! ¡ Ay ! Padre mío, no tenía el más mínimo propósito de hacer lo que usted ha tenido la caridad de inducirme a practicar. No, Padre mío, jamás podré olvidarlo ; y le pido por favor que ruegue por mí al Señor que toda mi vida no sea más que una vida de lágrimas y penitencia». El Padre Bridaine y los demás que fueron testigos de esta aventura, prorrumpieron en lágrimas, diciendo : «¡ Oh ! ¡ cuántas gracias guarda el Señor para los que poseen un corazón dócil a su voz ! ¡ Oh ! ¡ cuántas almas se condenan, que, si hubiesen sido instruídas, se salvaran !» Esta consideración era la que movía al Padre Bridaine a pedir a Dios, antes de empezar sus pláticas, que inflamase su corazón de tal manera, que sus palabras fuesen como fuego devorador que abrasase en amor los corazones de los pecadores más endurecidos y rebeldes a la gracia. Pues bien, H. M., ¿cuál fué la causa de la conversión de aquel soldado ? No fué otra que el haber escuchado la palabra de Dios, la cual halló su corazón dócil a la

voz de la gracia. ¡Ay! ¡cuántos cristianos se convertirían si tuviesen la dicha de escuchar la palabra de Dios con buenas disposiciones! ¡Cuántos buenos deseos y pensamientos haría nacer en su corazón, y de cuántas buenas obras provechosas para el cielo sería ella causa!

Antes de pasar adelante, H. M., he de contaros un caso que aconteció al mismo Padre Bridaine mientras daba una misión en Aix de la Provenza; hay en él algún rasgo muy singular. Un día, cuando el misionero se disponía a sentarse a la mesa con un compañero suyo, un oficial llamó, con manifiesta urgencia, a la morada de los misioneros; jadeante y con el rostro alterado, pidió por el jefe de la compañía. Habiéndose, mientras tanto, acercado el Padre Bridaine: «Padre Bridaine», díjole al oído el oficial con cierta emoción y severidad de tono, dando muestras de lo agitado que se hallaba su ánimo. Como se hallase ya junto a él el misionero, el oficial cerró la puerta, despojóse de sus botas, arrojó lejos de sí el sombrero, tiró su espada. Os aseguro, dijo luego el Padre Bridaine a sus compañeros, que todo esto me alarmaba: su silencio, su mirada feroz, sus puños cerrados, su precipitación y su turbación, me hicieron juzgar no se tratase de un hombre a quien yo hubiese arrebatado el objeto de su pasión, y que, para vengarse, venía seguramente a quitarme la vida; mas pronto se desvaneció mi error, pues vi a aquel militar arrojarle a mis plantas, el rostro pegado al suelo, pronunciando con aplomo estas palabras: «No es cosa de abandonarme por más tiempo, Padre mío, ni de más dilaciones; aquí tiene a sus pies al más grande pecador que haya podido soportar la tierra desde el comienzo del mundo. Vengo de muy lejos para confesarme con usted sin más tardar; de lo contrario no sé lo que va a ser de mí». El Padre Bridaine díjole con expresión bondadosa: «Amigo mío, un momento y vuelvo en seguida». «Padre mío, res-

pondió el soldado, llorando a lágrima viva, ¿responde usted de mi alma durante este tiempo? Sepa, Padre mío, que he hecho un viaje de diez y siete leguas; hace demasiado tiempo que no vivo y el corazón se me rompe; no puedo aguantar más; mi vida y el infierno parecen una misma cosa; comenzó mi tormento al oír a usted predicar en tal lugar, donde pintó tan a lo vivo el estado de mi alma, que no pude menos de persuadirme de que Dios le movía a dar, para mí sólo, aquella instrucción; sin embargo, fué solamente por curiosidad que entré en el templo en que predicaba usted, y precisamente allí era donde Dios me esperaba. ¡Cuán dichoso soy, Padre mío, al poder librarme de estos remordimientos de conciencia que me devoran! tómese el tiempo necesario para que pueda hacer una buena confesión, yo permaneceré aquí cuanto quiera; mas es preciso que me alivie al momento, pues mi conciencia es un verdugo atormentador que no me deja en reposo ni de día ni de noche; en fin, Padre mío, quiero convertirme al instante; ¿lo oye Padre mío? No saldrá usted de aquí hasta que haya descargado mi corazón. Si rehusa, tengo por seguro que, de pena, voy a morir a sus plantas.»

«Pero todo esto lo dijo, nos refiere el Padre Bridaine, derramando abundantes lágrimas. Quedé tan conmovido, nos dice además, de tan emocionante escena, que le recibí en mis brazos, le bendije, mezclé mis lágrimas con las suyas; ya no pensé en la comida; le animé, con todas mis fuerzas, a esperar firmemente en la gracia del buen Dios, la cual se le había ya mostrado de una manera tan singular; permanecí cuatro horas seguidas oyendo su confesión; casi me bañaba con sus lágrimas, lo cual hacía que yo no pudiese retener las mías; no le dejé hasta la hora de ir a predicar la palabra de Dios.»

Este generoso militar permaneció algún tiempo jun-

to al Padre Bridaine, a fin de recibir de él las advertencias que le eran necesarias para tener la dicha de perseverar. Antes de abandonar tan santa compañía, rogó al Padre Bridaine le perdonase la alarma que le había causado: «Sin embargo, Padre mío, añadió el militar, sus temores eran nada en comparación con los míos. Estaba temiendo todos los días que la muerte no se me llevase en el estado en que me hallaba, parecía que la tierra iba a abrirse debajo de mis pies para tragarme vivo al profundo infierno. Ya supondrá, Padre mío, que cuando uno se ve perseguido por semejantes enemigos y reflexiona seriamente sobre su situación, es imposible permanecer tranquilo, aunque se tenga el corazón duro como el bronce. Ahora, Padre mío, yo quisiera morir, tanta es la alegría que tengo de estar bien con Dios.» No sabía decidirse a dejar al Padre Bridaine, le besó las manos, le abrazó. El Padre Bridaine, por su parte, al ver un tal milagro de la gracia, no pudo contener sus lágrimas: la última despedida hizo derramar lágrimas a todos los circunstantes. «Adiós, Padre mío, dijo el militar al Padre Bridaine, después de Dios, es a usted a quien debo el cielo». De regreso a su país, no pudo contenerse de hacer públicas las singulares bondades que Dios había tenido para con él, acabó sus días en el llanto y la penitencia, y falleció santamente seis meses después de su conversión.

Pues bien, H. M., ¿quién fué la causa de la conversión de ese soldado? ¡Ay, H. M. ! lo que oís todos los domingos a la hora del sermón, es lo que él oyó de labios del Padre Bridaine, el cual seguramente describiría el estado espantoso de un pecador que comparece delante del tribunal de Jesucristo con la conciencia llena de pecados. ¡Ay ! Dios mío, ¿cuántas veces vuestro párroco os habrá presentado ese tan poco halagüeño retrato? ¿Seguramente más conmovido que vosotros? ¿Por qué causa, pues, H. M., aquello no os ha abra-

sado y convertido? ¿Es que tal vez la palabra de Dios no tiene el mismo poder, H. M.? No, H. M., no es ésta la verdadera causa de haber vosotros permanecido en pecado. ¿Será tal vez, H. M., por ser un pecador el que os anunció esa palabra santa? No, H. M., no, no es ésta aún la verdadera razón, sino lo que os voy a decir: es porque vuestros corazones se hallan muy endurecidos, y desde mucho tiempo estáis abusando de los dones que Dios, por ministerio de su palabra santa, os envía; es que el pecado, H. M., os ha arrancado los ojos del alma hasta el punto de haceros perder de vista los bienes y los males de la otra vida. ¡Oh Dios mío! ¡qué gran desgracia para un cristiano el ser desterrado del cielo por toda una eternidad y permanecer aún insensible ante una tal pérdida! ¡Oh Dios mío! ¡qué frenesí, estando en peligro de ser precipitados en las llamas del infierno, permanecer tranquilos en un estado que hace estremecer a los ángeles y a los santos! ¡Oh Dios mío! ¡a qué grado de desdicha es llevado aquel a quien la palabra de Dios...!

Y desde el momento en que la palabra de Dios no conmueve, todo puede darse por perdido; no queda ya otro recurso que un gran milagro, lo cual acontece muy raramente. ¡Oh Dios mío! ¿quién jamás podrá comprender tamaña insensibilidad ante tantas desdichas? Sin embargo, para no ir más lejos, tal es el estado de casi todos los que me escuchan. Sabéis que reina en vuestros corazones el pecado; sabéis que mientras estáis dominados por el pecado, no podéis esperar otra cosa que todas esas desdichas. ¡Oh Dios mío! ¿no debería este solo pensamiento causarnos la muerte de pavor? Nuestro Señor ya preveía cuán poco nos aprovecharía la palabra de vida, al proponernos, en el Evangelio, esta parábola: «Un sembrador salió de madrugada a sembrar su trigo, y, al esparcirlo, una parte cayó al borde del camino, y fué hollada por los cami-

nantes y comida por las aves del cielo ; otra parte cayó sobre las piedras, y se secó también al poco tiempo ; otra cayó en medio de la maleza, que la ahogó ; y, finalmente, otra parte cayó en tierra buena, y dió el ciento por uno.» Ya veis pues, H. M., cómo Jesucristo nos muestra que, de todas las personas que escuchan la palabra de Dios, solamente se aprovechan de ella una cuarta parte ; y aun sería mucho que de cada cuatro personas hubiese una que se aprovechase. ¡ Cuánto mayor no sería entonces el número de buenos cristianos !

Admirados los apóstoles de esta parábola, le dijeron : Dignaos explicarnos lo que esto significa. Y Jesucristo, con su acostumbrada bondad, les dijo : Vedlo aquí : El corazón del hombre es semejante a un campo que lleva sus frutos según esté bien o mal cultivado ; esa simiente, les dijo Jesucristo, es la palabra de Dios : la que cae al borde del camino, son aquellos que oyen la divina palabra, pero no quieren cambiar de vida, ni aceptan las molestias y sacrificios que Dios exige de ellos y que han de hacerles buenos y agradables a El. Unos son aquellos que no quieren dejar las malas compañías o los lugares donde tantas veces han ofendido a Dios ; otros, aquellos que se hallan esclavizados por el respeto humano, que los fuerza a abandonar todas las buenas resoluciones tomadas al escuchar la palabra de Dios. Aquella otra parte que cae entre las espinas, son los que escuchan con gusto la palabra de Dios ; mas ella no los mueve a realizar buenas obras : les place oírla, pero no, poner en práctica lo que ella manda. La que va a parar sobre las piedras, simboliza a los de corazón duro y obstinado, que solamente la escuchan para despreciarla o abusar de ella. Finalmente, la que cae en buena tierra, son los que gustan de oírla, y ponen además todos los medios que Dios les inspira para que les aprovechen sus enseñanzas ; y es solamente en esos

corazones donde produce abundancia de frutos, a saber : el apartamiento de la vida mundana y el desarrollo de las virtudes que debe practicar un cristiano para agradar a Dios y salvar su alma. Después de estas palabras de Jesucristo, vosotros mismos podéis ver, H. M., cuán reducido es el número de personas que se aprovechan de la palabra de Dios, ya que de cuatro partes solamente una pone esta semilla en condiciones de producir fruto ; lo cual es muy fácil demostraros, como vamos a ver en el acto. Y si me preguntáis a quién quiere representar Jesucristo en la figura de ese sembrador que sale de madrugada para ir al campo a sembrar la simiente, H. M., os diré que el sembrador es el mismo Dios, que desde el principio del mundo comenzó a laborar por nuestra salud, enviándonos ya sus profetas, para que supiésemos cómo debíamos portarnos para alcanzar nuestra salvación, antes de la venida del Mesías, y no se contentó con enviarnos a sus servidores, sino que vino El mismo ; El es el que nos trazó el camino que debíamos seguir, El bajó a la tierra a anunciarnos la palabra santa.

II. — Mas ante todo, H. M., examinemos cuáles son los que procuran estar en buena disposición para oír esta palabra de vida. ¡ Ay, H. M. ! por las palabras mismas de Jesucristo acabáis de ver cuán pocos son los que reúnen las disposiciones necesarias para aprovecharse bien. ¿ Sabéis lo que viene a ser una persona que no se nutre de esta palabra santa o que abusa de la misma ? Es semejante a un enfermo sin médico que le auxilie, a un viajero extraviado sin guía, a un pobre sin recursos ; digámoslo en otras palabras, H. M. : es absolutamente imposible amar a Dios y agradarle, sin alimentarse con esta divina palabra. ¿ Qué es lo que más puede llevar a uniros con El sino el conocerle ? Y ¿ qué es lo que puede hacérmolos conocer, con todas

sus perfecciones, su belleza, su amor a nosotros, sino la palabra de Dios, que nos descubre todo lo que por nosotros hizo, y los bienes que para la otra vida nos prepara, si nosotros nos esforzamos por agradarle? ¿Qué es lo que puede conducirnos a dejar y a llorar nuestros pecados, sino la pintura espantable que de ellos hace el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura? ¿Qué es lo que puede conducirnos a sacrificar enteramente lo que más amamos en este mundo, con el fin de obtener los bienes celestiales, sino los cuadros vivos que nos pintan los predicadores? Si dudáis de ello, H. M., preguntad a San Agustín qué es lo que empezó a infundirle vergüenza en medio de sus infamias. ¿No es, por cierto, el cuadro espantoso presentado por San Ambrosio en un sermón donde mostró todos los horrores del vicio de la impureza, cuánto degrada al hombre, y cuán horrible es el ultraje que hace a Dios? (1).

¿Qué es lo que movió a Santa Pelagia, aquella famosa cortesana que, por su hermosura y aun más por los desórdenes de su vida, tantas almas había perdido? ¿qué es lo que la llevó a abrazar la más ruda penitencia durante el resto de su vida?... Un día que esta mujer andaba seguida de un grupo de jóvenes ocupados en cortejarla, adornada con gran elegancia, mas con aquella ostentación de mundanidad y aquel porte que no respiraban otra cosa que molicie y voluptuosidad, acertó a pasar cerca de la puerta de una iglesia donde se hallaban varios obispos ocupándose en asuntos de la Iglesia. Los santos prelados, indignados ante aquel espectáculo, desviaron sus miradas hacia otra parte; sin embargo, uno de ellos, llamado Nono, miró fijamente a aquella comedianta y exclamó: «¡Ah! esta mujer que pone tanta diligencia en agradar a los hombres será una acusación contra nosotros que tan

(1) *Conf.*, lib. VI, c. III-IV.

poco cuidamos de agradar a Dios!» Y el santo prelado, tomando a su diácono de la mano, condújole a su celda; llegados a ella, postróse con la faz en tierra y, golpeándose el pecho y llorando amargamente, dijo: «Oh, maestro mío, Jesucristo, tened piedad de mí; ¡es posible que durante mi vida no haya tenido tanto cuidado en adornar mi alma tan preciosa y que tanto os costó, como esa cortesana lo ha tenido en un solo día para engalanar su cuerpo y agradar al mundo!».

Al día siguiente, el santo obispo subió al púlpito, y pintó de manera que infundía horror los males que aquella cortesana causaba, las muchas almas que su mala vida arrastraba al infierno... y acompañaba su sermón con lágrimas abundantes. Precisamente Pelagia estaba en la iglesia oyendo el sermón del santo obispo; quedó tan conmovida, o mejor, tan atemorizada, que resolvió convertirse inmediatamente. Sin vacilar fué al encuentro del santo prelado, y arrojándose a sus pies en presencia de toda la asamblea, pidióle con tantas lágrimas e insistencia el bautismo, que el obispo, hallándola tan arrepentida, no solamente le administró el bautismo, sino además la Confirmación y la Comunión. Después Pelagia distribuyó todos sus bienes entre los pobres, dió libertad a todos sus esclavos, ciñóse con un áspero cilicio, abandonó secretamente la ciudad de Antioquía y fué a recluirse en una gruta que hay en el monte de los Olivos cerca de Jerusalén. Más tarde, el diácono del santo obispo tuvo deseo de ir en peregrinación a Jerusalén; antes de partir, su prelado le encomendó se informase si, de cuatro años a aquella parte, en una gruta de aquellas cercanías había una joven oculta. En efecto, el diácono, al llegar a Jerusalén, preguntó si se sabía que en una gruta de aquellos alrededores hubiese alguna joven reclusa desde unos cuatro años antes. Realmente, el diácono pudo hallarla en la citada montaña, morando en una

celda que por toda abertura tenía una pequeña ventana casi siempre cerrada. La rigurosísima penitencia que Pelagia hacía la había transformado de tal modo, que, a primera vista, el diácono no acertó a reconocerla. Díjola que venía a visitarla de parte del obispo Nono. Por toda respuesta dijo ella al diácono, derramando lágrimas, que el obispo Nono era un santo y que se encomendaba mucho en sus oraciones; y cual si fuese indigna de ver la luz del día, después de haber ofendido tan gravemente a Dios y perdido tantas almas, cerró la ventanilla. Los solitarios dijeron al diácono que aquella mujer castigaba su cuerpo con tormentos tales, que *daban pavor* a los solitarios más austeros. El diácono, antes de partir, quiso tener la satisfacción de verla otra vez; pero la halló muerta (1). Pues bien, H. M., ¿quién sacó a aquella pobre desgraciada del fango de sus infamias para hacer de ella una tan gran penitente? Una sola instrucción, H. M., produjo en ella este cambio. Pero pregunto aún, H. M., ¿de dónde viene esto? Es, H. M., que la palabra de Dios halló su corazón bien dispuesto para recibir la buena semilla; es que esta palabra cayó en tierra buena.

¿Sabéis, H. M., lo que somos? Vedlo aquí: somos semejantes a esos grandes del mundo, que disfrutaban en abundancia de todo lo que su corazón pueda desear, que apuran sus conocimientos a fin de crear nuevas invenciones para dotar de nuevos sabores a las comidas que se les sirven, y, no obstante, nada les satisface. Si presenciase esto una persona que padeciese hambre, ¿no diría por ventura, y tal vez llorando: «¡Ah! ¡si yo tuviese lo que éstos tanto desprecian, cuán dichoso sería!» ¡Ay, H. M.! lo mismo podemos decir nosotros: si los pobres idólatras y paganos recibiesen la mitad o la cuarta parte de esta palabra que a nosotros

(1) *Vidas de los Padres del desierto*, t. VI, cap. XVIII.

con tanta frecuencia se nos administra y de la cual tan poco caso hacemos, antes bien la despreciamos, la oímos con displicencia y fastidio, ¡cuántas lágrimas derramarían, cuántas mortificaciones, cuántas virtudes y buenas obras practicarían! Sí, H. M., esta palabra santa queda absolutamente perdida para aquellos pecadores que se entregan a la disipación, que carecen de toda regla de vida, cuyo espíritu y corazón se asemejan a un camino real por donde pasa todo el mundo, y no saben tan sólo en qué consiste rechazar un mal pensamiento. Un día, es un buen pensamiento o un buen deseo lo que los ocupa; otro día, será un mal pensamiento o un mal deseo; hace un momento, los oíais cantando las alabanzas al Señor en el templo; más tarde, los oiréis cantar las más infames canciones en las tabernas; aquí los veréis hablar bien de sus vecinos, allá los encontrareis entre los que destruyen su reputación; hoy prodigarán buenos consejos, mañana inducirán a otros a vengarse. A más de que, H. M., si escuchan la palabra de Dios, es solamente por costumbre y tal vez hasta con mala intención, para criticar las condiciones y disposiciones del predicador. Pero la escuchan como se escucha un cuento o una cosa muy indiferente. ¡Ay! ¿qué podrá hacer la palabra de Dios en unos corazones tan mal dispuestos, si no es endurecerlos más y más? Dios mío, ¡cuántas almas precipita en el infierno vuestra palabra santa, cuando sólo nos fué enviada para salvarnos!

Ya os he dicho, al empezar, que la palabra de Dios da siempre su fruto, bueno o malo, según nuestras disposiciones. Mirad, H. M., el estado de quien no quiere combatir sus inclinaciones, ni se preocupa de frenar las pasiones que le dominan: a medida que la palabra divina va cayendo, pasa el orgullo, y la huella con sus plantas; pasa el deseo de venganza, y la aplasta; los malos pensamientos y deseos acaban de

hundirla en el cenagal ; después de lo cual, el demonio, que reina ya en ese pobre corazón, a la primera ocasión, arrebató el resto de la impresión que en nosotros haya podido causar la palabra de Dios. Ya veis, pues, H. M., lo que, en primer lugar, nos dice el Evangelio : no sé si lo habréis comprendido bien, mas, por lo que a mí toca, estoy temblando cuando oigo a San Agustín afirmando que tan culpables somos escuchando la palabra de Dios sin un verdadero deseo de aprovecharnos, como los judíos cuando azotaron a Jesucristo y le arrollaron debajo de sus pies. ¡ Ay, H. M. ! jamás lo hubiéramos pensado que, al no querer aprovecharnos de esta santa palabra, cometíamos una especie de sacrilegio.

Sin embargo, H. M., no son ésas, positivamente, vuestras disposiciones, a lo menos las de muchos de vosotros : al oír un sermón, formamos aún saludables propósitos de cambiar de vida, y nos decimos a nosotros mismos : es preciso portarnos mejor de aquí en adelante. He aquí una cosa muy laudable ; pero sucede que en el momento en que Dios nos envía alguna prueba, presto olvidamos nuestras resoluciones y continuamos el mismo género de vida. Nos propusimos ser menos aficionados a los bienes de este mundo ; mas, el menor daño recibido, ya procuramos en seguida resarcirnos ; hablamos mal de las personas que nos ofendieron, a las que continuamos aborreciendo : su vista nos apena, y nos resistimos a prestarles servicio alguno. Pensamos que ahora, porque hemos oído, en una plática, cuán hermosa virtud sea la humildad y cuán agradables nos hace a los ojos de Dios, estamos ya decididos a practicar aquella virtud a la perfección ; mas, a la primera ocasión en que alguien nos desprecie, nos enfadamos, hablamos mal de nuestros contrarios, y si alguna vez les hicimos algún favor, se lo echamos en cara. Ya veis, H. M., lo que hacemos. Muchísimas

veces nos propusimos obrar bien, mas, en cuanto se nos presenta ocasión, ya no pensamos en ello y continuamos nuestro camino ordinario. Así transcurre nuestra pobre vida, en un flujo de propósitos y continuas caídas, de manera que siempre nos hallamos ser los mismos. ¡Ay! ¡esta simiente resulta, pues, perdida para un gran número de cristianos, y no puede servir más que para su condenación! Pero, tal vez, me diréis que en otro tiempo la palabra de Dios era más poderosa, o bien los que la anunciaban eran más elocuentes. No, H. M., la palabra de Dios tiene tanto poder ahora como en otros tiempos, y los que la anunciaban eran tan sencillos como en la actualidad. Escuchad a San Pedro en su predicación: «Atended bien, les dice este santo apóstol; el Mesías a quien hicisteis padecer, a quien hicisteis morir, ha resucitado para la felicidad de todos los que creen que la salvación viene de Él». Apenas hubo dicho esto, todos los que estaban presentes se deshicieron en lágrimas, se precipitaron dando grandes clamores diciendo: «¡Ah! gran Apóstol, ¿qué deberemos hacer para obtener el perdón?» «Hijos míos, les dijo San Pedro, si queréis que os sean perdonados vuestros pecados, haced penitencia, confesad vuestras culpas, no queráis pecar ni pequéis más, y el mismo Jesús que crucificasteis, y que resucitó, os perdonará» (1). En una sola predicación, tres mil se entregaron a Dios dejando su estado de pecadores para siempre jamás (2). En otra, cinco mil renunciaron a la idolatría para abrazar una religión que exige continuado sacrificio (3); siguieron valerosamente el camino que Jesucristo les había trazado.

¿De qué secreto se valieron, H. M., los apóstoles

(1) *Paenitemini igitur, et convertimini, ut deleantur peccata vestra* (Act., III, 10).

(2) *Ibid.*, II, 41.

(3) *Ibid.*, IV, 4.

para cambiar así la faz del mundo? Aquí lo tenéis : «¿Queréis, dijeron los apóstoles, agradar a Dios y salvar vuestra alma? Pues, el que se entrega al vicio de la impureza, renuncie a tales placeres y viva de una manera casta y agradable a Dios; el que detenta los bienes del prójimo, que se los devuelva; el que deseó mal a su hermano, que se reconcilie con él». Oíd a Santo Tomás : «De parte del mismo Jesucristo, os advierto que los hombres, después de la muerte, deberán someterse a un juicio sobre el bien o el mal que hayan hecho, y los pecadores irán a pasar su eternidad en el fuego del infierno para padecer allí sin esperanza; mas el que con fidelidad habrá observado la ley del Señor, tendrá una suerte absolutamente distinta : al salir de este mundo, entrará en el cielo para gozar de toda clase de delicias y bienandanzas.» Oíd a San Juan, el discípulo predilecto : «Hijos míos, amaos unos a otros, como Jesucristo os ha amado; sed caritativos para con los demás, como Jesucristo lo fué para con nosotros, El que sufrió y murió por nuestro bien; soportaos mutuamente las molestias; perdonaos vuestras debilidades, como El os perdona a todos» (1). Decidme : ¿podemos hallar algo más simple y sencillo? Pues bien, H. M., ¿no se os anuncian actualmente las mismas verdades? ¿No se os dice, como decía San Pedro, que Jesucristo murió por vosotros, que en todo momento está presto a perdonaros, si os arrepentís y dejáis el pecado? Y sin embargo, ¿éstas fueron las palabras que hicieron derramar tantas lágrimas y convirtieron a tantos paganos y pecadores! ¿No se os dice también, como decía San Juan Bautista, que, si poseéis bienes ajenos, debéis devolverlos a su dueño, sin cuyo requisito jamás entraréis en el reino de los cielos? ¿No se os dice, además, que si os entregáis al vicio de la impureza, os es

(1) I Joan., II-IV.

necesario abandonarlo y llevar una vida pura? ¿No se os dice aún que, si morís en pecado, iréis irremisiblemente al infierno? ¿Por qué, pues, H. M., estas palabras no producen los mismos efectos, o sea, por qué no nos convertimos al oír la palabra divina? ¡Ay, H. M. ! confesémoslo entre gemidos : ello no proviene de que la sagrada palabra tenga menos poder que en otro tiempo, sino de que esta divina semilla cae en corazones endurecidos e impenitentes, y, apenas caída allí, el demonio la sofoca. Como esta divina palabra no habla más que de sacrificios, de mortificaciones, de desprendimiento del mundo y de sí mismo, y como, por nuestra parte, nos resistimos a practicar todo esto, permanecemos en el pecado, en él perseveramos y en él morimos. Habéis de convenir conmigo en que precisa estar muy endurecido para vivir en pecado, sabiendo muy bien que, si llegamos a morir en tal estado, no tenemos más que el infierno por herencia. Constantemente se nos avisa, y a pesar de ello continuamos siendo pecadores, aguardamos la muerte con tranquilidad, aunque sepamos con certeza que nuestra suerte no puede ser más que la de un réprobo. ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuán triste es la situación de un pecador sin fe !

III. — Pero, me diréis, qué debe sacarse para provecho de la palabra de Dios, a fin de que ella nos ayude a convertirnos? Mirad, H. M., lo que conviene hacer : no tenéis más que observar la conducta de aquella muchedumbre que iba a escuchar a Jesucristo ; aquella gente acudía desde muy lejos, con un sincero deseo de poner en práctica todo cuanto Jesucristo le mandase ; abandonaban aquellas gentes todas las cosas temporales, ya no pensaban en las necesidades del cuerpo, muy persuadidos de que aquel que iba a alimentar su alma, no abandonaría tampoco su cuerpo ; estaban mucho más impacientes por los bienes del cielo que

por los de la tierra; lo olvidaban todo para no pensar más que en practicar lo que Jesucristo les decía (1). Miradles escuchando a Jesucristo o a los apóstoles: sus ojos y sus corazones están como absorbidos por la palabra del Maestro; las mujeres no piensan en sus ocupaciones domésticas; el mercader pierde de vista su comercio; el labrador olvida sus tierras; las jóvenes huellan debajo de sus pies sus adornos elegantes; todos escuchan con gran avidez y hacen cuanto les es posible para grabar bien aquellas palabras en su corazón. Los hombres más sensuales aborrecen sus infames placeres para no pensar más que en mortificar su cuerpo; la santa palabra de Dios es su única ocupación; en ella piensan, sobre ella meditan, se complacen en hablar y en oír hablar de ella. Pues bien, H. M., mirad si en las ocasiones que escucháis la palabra de Dios, estáis adornados de las mismas disposiciones con que aquella gente la recibía. H. M., ¿venís a escuchar esta santa palabra con diligencia, con alegría, con verdadero desco de aprovecharos? Mientras estáis aquí, ¿dejáis en olvido todos vuestros negocios temporales, para no pensar más que en las necesidades de vuestra alma? Antes de oír esta palabra santa, ¿habéis pedido a Dios la gracia de comprenderla bien, y de grabarla indeleblemente en vuestros corazones? ¿Habéis mirado este momento como el más feliz de vuestra vida en razón de que el mismo Jesucristo nos dice que su palabra es preferible a la sagrada comunión? (1). ¿Habéis estado siempre dispuestos a practicar todo lo que ella os ordene? ¿La habéis oído con atención, con respeto, no como la palabra de un hombre, sino como la palabra del mismo Dios? Después de la plática, ¿habéis agradecido a Dios

(1) Luc., IX, 12.

(2) Véase la nota puesta al principio de este sermón.

la gracia que os hizo de instrueros El mismo por boca de sus ministros? ¡Ay, Dios mío! siendo tan pocos los que acuden con tales disposiciones, no nos extrañemos, H. M., de que esta palabra produzca tan escaso fruto. ¡Ay! ¡cuántos hay aquí que están con pena y fastidio! ¡que duermen, que bostezan! ¡cuántos que hojearán un libro, que conversarán! y aun veránse otros que llevan más lejos su impiedad, los cuales, por una especie de desprecio, salen fuera desdeñando la palabra santa y al que la predica. ¡Cuántos otros que encuentran que el tiempo les pasó con mucha lentitud y proponen no volver, y, por fin, otros que, al volverse a sus casas, lejos de conversar sobre lo que oyeron y de meditarlo bien, lo olvidan por completo, y lo traen a colación sólo para quejarse de su excesiva duración, o para criticar al que tuvo la caridad de predicarles! ¿Dónde están los que, al llegar a sus casas, hacen participantes de lo que oyeron, a los que no han podido asistir? ¿Dónde, los padres y las madres que cuiden de preguntar a sus hijos qué puntos del sermón han retenido, y les ilustren acerca de lo que no comprendieron? Pero ¡ay!, H. M., la palabra de Dios es tenida tan en poco, que casi nadie se acusa de haberla oído sin atención. ¡Ay! ¡cuántos pecados de que jamás se acusan los cristianos! ¡Cuántos cristianos condenados, Dios mío! ¡Quién será que diga para sí: «Cuán hermosas, cuán verdaderas son estas palabras! Bien veo cómo, después de tantos años de oírlas, habiéndome mostrado en ellas el estado de mi alma, y hecho casi tocar con el dedo que, si la muerte me sorprendiese, estaría irremisiblemente perdido, sin embargo permanezco continuamente en pecado. ¡Oh, Dios mío! ¡cuántas gracias despreciadas, de cuántos medios de salvación he abusado hasta el presente! Mas esto se acabó, voy a mudar al momento de conducta, he de pedir a Dios la gracia de no oír jamás esta palabra

sagrada sin estar bien dispuesto para recibirla. No, no pensaré jamás, como lo hice hasta el presente, que lo que se predica es para tal o cual persona ; no, diré y pensaré que se predica para mí, y al mismo tiempo procuraré hacer todos los posibles para aprovecharme de tan saludables avisos». ¿Qué sacaremos de todo lo dicho, H. M. ? Vedlo aquí : que la palabra divina es uno de los más grandes dones que Dios haya podido hacernos, ya que, sin la adecuada instrucción, es imposible salvarnos. Y que si, en los desgraciados tiempos en que vivimos, vemos tantos impíos, es porque son tantos los que ignoran la religión, toda vez que es imposible que una persona que la conozca bien, no la ame, ni practique lo que ella nos manda. Cuando os encontréis con algún impío que desprecie la religión, podéis muy bien afirmar : «He aquí un ignorante que desprecia lo que no conoce», ya que, H. M., a tantos pecadores ha convertido esta divina palabra. Procuremos, H. M., oirla siempre con tanto mayor placer cuanto a ella está ligada la salvación de nuestra alma, y por ella venimos a conocer cuán feliz sea nuestro destino, cuán bueno es Dios y cuán grande será la recompensa que nos promete, pues durará por toda una eternidad. Esta es la dicha que os deseo...

MIERCOLES DE CENIZA

SOBRE LA PENITENCIA (1)

Paenitemini igitur et convertimini, ut deleantur peccata vestra.

Convertios, pues, y haced penitencia, para que sean borrados vuestros pecados.

(Actos de los Apóstoles, III, 19).

Este es, H. M., el único recurso que San Pedro propone a los judíos culpables de la muerte de Jesús. Sí, H. M., les dice este gran apóstol: «Vuestro crimen es horrible, puesto que abusasteis de la predicación del Evangelio y de los ejemplos de Jesucristo, despreciasteis sus favores y prodigios, y, no contentos con esto, lo desechasteis y condenasteis a la muerte más infame y cruel. Después de un crimen tal, ¿qué otro recurso os puede quedar, si no es el de la conversión y penitencia?» A estas palabras todos los que estaban presentes prorrumpieron en llanto y exclamaron: «¡Ay! ¿qué tendremos que hacer, oh gran Apóstol, para alcanzar misericordia?» San Pedro, para consolarlos, les dijo: «No desconfiéis H. M.: el mismo Jesucristo que vosotros crucificasteis, ha resucitado, y aún más, se ha convertido en la salvación de todos los que esperan en El; murió por la remisión de todos los pecados del mundo. Haced penitencia y convertíos, y vuestros pecados quedarán borrados». Este es, H. M., el lenguaje que usa también la Iglesia para con los pecadores que

(1) Este sermón es inédito.

reconocen la magnitud de sus pecados y desean sinceramente volver a Dios. ¡Ay, H. M.! ¡cuántos hay entre nosotros que resultan mucho más culpables que los judíos, ya que aquéllos dieron muerte a Jesús por ignorancia! ¡Cuántos renegaron y condenaron a muerte a Jesucristo, despreciaron su palabra santa, profanaron sus misterios, omitieron sus deberes, abandonaron los Sacramentos y cayeron en el más profundo olvido de Dios y de la salvación de su pobre alma! Pues bien, H. M., ¿qué otro remedio puede quedarnos en este abismo de corrupción y de pecado, en este diluvio que mancha la tierra y provoca la venganza del cielo? Ciertamente no hay otro, H. M., que la penitencia y la conversión. Decidme: ¿aún no habéis vivido bastantes años en pecado? ¿aún no habéis vivido bastante para el mundo y el demonio? ¿No es ya tiempo, H. M., de vivir para Dios Nuestro Señor y para asegurarnos una eternidad bienaventurada? Haga cada cual desfilas la vida pasada ante sus ojos, y veremos cuánta necesidad tenemos todos de penitencia. Mas, para induciros a ella, H. M., voy ahora a mostraros hasta qué punto las lágrimas que derramamos por nuestros pecados, el dolor que por ellos experimentamos y las penitencias que hacemos, nos consuelan y nos confortan a la hora de la muerte; veremos, en segundo lugar, que, después de haber pecado, debemos hacer penitencia en este o en el otro mundo; en tercer lugar, examinaremos las maneras cómo puede uno mortificarse para hacer penitencia.

I. — Hemos dicho, H. M., que nada nos consuela tanto durante nuestra vida y nos conforta a la hora de la muerte como las lágrimas que derramamos por nuestros pecados, el dolor que por los mismos experimentamos y las penitencias a que nos entregamos. Es esto muy fácil de comprender, puesto que por seme-

jante medio tenemos la dicha de expiar nuestras culpas, o satisfacer a la justicia de Dios. Sí, H. M., por él merecemos nuevas gracias para que nos ayuden a tener la dicha de perseverar. Nos dice San Agustín que es necesario, de toda necesidad, que el pecado sea castigado, o por aquel que lo ha cometido, o por aquel contra el cual se ha cometido. Si no queréis que Dios os castigue, nos dice, castigaos vosotros mismos. Venos que el mismo Jesucristo, para mostrarnos cuán necesaria nos es la penitencia después del pecado, se coloca al mismo nivel de los pecadores (1).

Nos dice El que, sin el santo bautismo, nadie entrará en el reino de los cielos (2); y en otra parte, que si no hacemos penitencia, todos pereceremos (3). ¡Ay, H. M.! todo se comprende fácilmente. Desde que el hombre pecó, sus sentidos todos se rebelaron contra la razón; por consiguiente, si queremos que la carne esté sometida al espíritu y a la razón, es necesario mortificarla; si queremos que el cuerpo no haga la guerra al alma, es preciso castigarle a él y a todos los sentidos; si queremos ir a Dios, es necesario mortificar al alma con todas sus potencias. Y si aun queréis convencerlos más de la necesidad de la penitencia, abrid la Sagrada Escritura, y allí veréis cómo todos cuantos pecaron y quisieron volver a Dios, derramaron abundantes lágrimas, se arrepintieron de sus culpas e hicieron penitencia.

Mirad a Adán: desde que pecó se entregó a la penitencia, a fin de poder ablandar la justicia de Dios. Su penitencia duró más de novecientos años (4); y fué tal que hace estremecer, por lo que sobrepasa a las

(1) Marc., II, 16.

(2) Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei (Joan., III, 5).

(3) Nisi paenitentiam habueritis, omnes similiter peribitis (Luc., XIII, 3).

(4) Gen., III, 17; V, 5.

fuerzas de la naturaleza. Mirad a David después de su pecado: por todos los ámbitos del palacio resonaban sus exclamaciones y gemidos; guardaba los ayunos hasta un exceso tal, que sus pies eran ya impotentes para sostenerle (1). Cuando, para consolarle, se le decía que, puesto que el Señor le había asegurado que estaba perdonada su gran culpa, debía moderar su dolor, exclamaba: ¡Ah, desgraciado de mí! ¿qué es lo que he hecho? He perdido a mi Dios, he vendido mi alma al demonio; ¡ah! no, no, mi dolor durará lo que dure mi vida y me acompañará al sepulcro. Corrían sus lágrimas con tanta abundancia, que con ellas remojava el pan que comía, y regaba el lecho donde descansaba (2).

San Pedro... (3)

¿Por qué, H. M., sentimos tanta repugnancia por la penitencia, y experimentamos tan escaso dolor de nuestros pecados? ¡Ay, H. M.! porque no conocemos ni los ultrajes que el pecado infiere a Jesucristo, ni los males que nos prepara para la eternidad. Estamos convencidos de que después del pecado es necesario hacer penitencia irremisiblemente. Mas ved lo que hacemos: lo guardamos para más adelante, como si fuésemos dueños del tiempo y de las gracias de Dios. ¡Ay, H. M.! ¿quién de nosotros, si está en pecado, no temblará sabiendo que no tenemos un instante seguro? ¡Ay, H. M.! ¿quién de nosotros no se estremecerá, al pensar que hay fijada en las gracias una cierta medida, cumplida la cual Nuestro Señor no concede ya ni una más? ¿Quién de nosotros no se estremecerá al pensar que hay una medida de la mise-

(1) *Genua mea infirmata sunt a ieiunio* (Ps. CVIII, 24).

(2) Ps. CI, 10; VI, 7.

(3) «San Pedro». Estas palabras colocadas al margen indican que el autor pensaba contar la penitencia del Príncipe de los apóstoles, quien «lloró amargamente» su triple negación, durante todos los días de su vida.

ricordia, terminada la cual todo se acabó? ¡Ay! ¿quién no temblará, al pensar que hay un determinado número de pecados después del cual Dios abandona el pecador a sí mismo? ¡Ay, H. M.! cuando la medida está llena, necesariamente ha de derramarse. Sí, después que el pecador lo ha llenado todo, es preciso que sea castigado, ¡que caiga en el infierno a pesar de sus lágrimas y de su dolor!... ¿Pensáis, H. M., que después de haberos arrastrado, haber rodado, haberos anegado en la más infame impureza y en las más bajas pasiones; pensáis, H. M., que después de haber vivido muchos años a pesar de todos los remordimientos que la conciencia os sugirió para retornaros a Dios; pensáis, H. M., que después de haber vivido como libertinos e impíos, despreciando todo lo que de más santo y sagrado tiene la religión, vomitando contra ella todo lo que la corrupción de vuestro corazón ha podido engendrar; pensáis que, cuando os plazca exclamar: Dios mío, perdonadme, ¿está ya todo hecho? ¿que ya no nos queda más que entrar en el cielo? No, no, H. M., no seamos tan temerarios, ni tan ciegos, esperando tal cosa. ¡Ay, H. M.! en ese momento precisamente, es cuando se cumple aquella terrible sentencia de Jesucristo que nos dice: «Me despreciasteis durante vuestra vida, os burlasteis de mis leyes; mas ahora que queréis recurrir a mí, ahora que me buscáis, os volveré la espalda para no ver vuestras desdichas (1); me taparé los oídos para no oír vuestros clamores; huiré lejos de vosotros, por temor a sentirme conmovido por vuestras lágrimas».

¡Ay, H. M.! para convencernos de esto, no tenemos más que abrir la Sagrada Escritura y la historia, donde están contenidas y reseñadas las acciones de los más famosos impíos; allí veremos cómo tales cas-

(1) Jer., XVIII, 17.

tigos son más terribles de lo que se cree. Escuchad al célebre Antíoco. Viéndose golpeado de una manera visible por la mano del Todopoderoso, se humilla, llora y exclama: «Es justo, Señor, que la criatura reconozca a su Criador» (1). Promete a Dios hacer penitencia, reparar todos los males hechos por él durante su vida, todos los daños causados al templo de Jerusalén, promete la entrega de una gran cantidad de bienes para sostener el culto en el templo del Señor, y además ofrece hacerse judío; en una palabra, toda su vida será una vida enteramente respetuosa para la ley de Dios. Si le hubieseis oído, habríais exclamado con regocijo: he aquí un pecador que es un santo penitente. Sin embargo, ya oímos lo que nos dice el Espíritu Santo: «Este impío implora un perdón que jamás le será otorgado; llora, mas llorando baja a los infiernos».

Mas ¿por qué, H. M., ir tan lejos a buscar los espantosos ejemplos de la justicia de Dios sobre el pecador que ha despreciado las gracias divinas? Mirad el espectáculo que nos han ofrecido los impíos, incrédulos y libertinos del pasado siglo; mirad su vida impía, incrédula y libertina. ¿Acaso no vivieron tan desordenadamente con la esperanza de que el buen Dios les perdonaría cuando ellos quisiesen implorar perdón? Mirad a Voltaire. ¿Acaso, cuantas veces se veía enfermo, no exclamaba: misericordia? ¿no pedía, por ventura, perdón a aquel mismo Dios que cuando sano insultaba, y contra el cual no cesaba de vomitar todo lo que su corrompido corazón era capaz de engendrar? D'Alembert, Diderot, Juan-Jacobo Rousseau, al igual que todos sus compañeros de libertinaje, creían también que, cuando fuese de su gusto pedir perdón a Dios, les sería otorgado; mas podemos decirles lo que el Espíritu Santo dijo de Antíoco: «Estos impíos

(1) II Mac., IX, 12.

imploran un perdón que no les ha de ser concedido» (1).

¿Y por qué, H. M., esos impíos no fueron perdonados, a pesar de sus lágrimas? Esto fué porque su dolor no procedía de un verdadero arrepentimiento, ni de pesar por los pecados cometidos, ni del amor de Dios, sino solamente del temor del castigo.

¡Ay, H. M. ! por terribles y espantosas que sean estas amenazas, aun no abren los ojos de los que andan por el mismo camino que aquellos infelices. ¡Ay ! cuán ciego y desgraciado es aquel que, siendo impío y pecador, tiene la esperanza de que algún día dejará de serlo ! ¡ Ay, H. M. ! ¡ a cuántos el demonio conduce, de esta manera, al infierno ! Cuando menos lo piensan, reciben el golpe de la justicia de Dios. Mirad a Saúl ; él no sabía que, al burlarse de las órdenes que le daba el profeta, ponía el sello a su reprobación y al abandono, que de Dios hubo de sufrir (2). Ved si pensaba Amán que, al preparar la horca para Mardoqueo, él mismo sería suspendido en ella para entregar allí su vida (3). Mirad al rey Baltasar bebiendo en los vasos sagrados que su padre había robado en Jerusalén, si pensaba que aquel sería el último crimen que Dios iba a permitirle (4). Mirad aún a los dos viejos infames, si pensaban que iban a ser apedreados y de allí bajar al infierno, cuando osaron tentar a la casta Susana (5). Indudablemente que no. Sin embargo, H. M., aunque esos impíos y libertinos ignoren cuándo ha de tener fin tanta indulgencia, no dejan por eso de llegar al colmo de sus crímenes, hasta un extremo en que no pueden menos de recibir el castigo.

(1) Orabat autem hic scelestus Dominum, a quo non esset misericordiam consequenturus (II Mac., IX, 13).

(2) I Reg., XV, 23.

(3) Est., VII, 9.

(4) Dan., V, 23.

(5) Ibid., XIII, 6r.

Pues bien, H. M., ¿qué pensáis de todo esto, vosotros que tal vez habéis concebido el propósito espantoso de permanecer aún algunos años en pecado, y quizá hasta la muerte? No obstante, estos ejemplos terribles han inducido a muchos pecadores a dejar el pecado y hacer penitencia; ellos han poblado los desiertos de solitarios, llenado los monasterios de santos religiosos, e inducido a tantos mártires a subir al patíbulo, con más alegría que los reyes al subir las gradas del trono: todo por temor de merecer los mismos castigos que aquellos de que os he hablado. Si dudáis de ello, escuchadme un momento; y si vuestro endurecimiento no llegó hasta el punto en que Dios abandona el pecador a sí mismo, los remordimientos de conciencia van a despertarse en vosotros hasta desgarraros el alma. San Juan Clímaco nos refiere (1) que fué un día a un monasterio; los religiosos que en él moraban tenían tan fuertemente grabada en su corazón la magnitud de la divina justicia, estaban poseídos de un temor tal de haber llegado al punto en que nuestros pecados agotan la misericordia de Dios, que su vida hubiera sido para vosotros un espectáculo capaz de haceros morir de pavor; llevaban una vida tan humilde, tan mortificada, tan crucificada; sentían hasta tal punto el peso de sus faltas; eran tan abundantes sus lágrimas y sus clamores tan penetrantes, que, aun teniendo un corazón más duro que la piedra, era imposible impedir que las lágrimas saltasen de los ojos. Con sólo cruzar los umbrales del monasterio, nos dice el mismo Santo, presencié acciones verdaderamente heroicas; oí exclamaciones capaces de forzar al mismo cielo; había penitentes que se condenaban a permanecer toda la noche sosteniéndose sobre la punta de sus pies; y cuando su pobre cuerpo cedía a la debilidad,

(1) *La Escala santa*, grado quinto.

reprendíanse su cobardía : «Desgraciado, se decían, si tienes tan poco valor para satisfacer a la divina justicia, ¿cómo podrás resistir las llamas vengadoras de la otra vida?» Otros, con los ojos y las manos elevados al cielo, exhalaban clamores capaces de haceros derretir en lágrimas : tan penetrados estaban ellos de la magnitud de sus culpas ; otros hacíanse atar las manos detrás como a criminales ; juzgábanse indignos de mirar al cielo y se echaban cara a tierra. «¡ Ay Dios mío ! clamaban, servíos aceptar nuestras lágrimas y nuestros dolores.» Algunos de ellos hallábanse enteramente cubiertos de llagas ; su pobre cuerpo estaba tan corrompido y exhalaba tan repugnante hedor, que resultaba imposible permanecer a su lado sin morir de asco. Había otros que solamente bebían el agua indispensable para no morir de sed ; tenían siempre ante sus ojos la imagen de la muerte ; decíanse unos a otros : «¡ Ah !, H. M., ¿ qué será de nosotros ? ¿ Creéis que hemos progresado algo en la virtud ? Corramos, amigos míos, en la carrera de la penitencia, mortifiquemos esos malditos cuerpos como ellos mataron nuestras pobres almas». Pero lo que era más espantoso, era que, cuando uno de ellos estaba a punto de salir de este mundo, todos los religiosos poníanse junto al moribundo con aspecto abatido, con los ojos bañados en lágrimas, y se dirigían a él diciéndole : «¿ Qué es lo que pensáis de vos ahora que vais a morir ? ¿ Esperáis, creéis que vuestras lágrimas, vuestro dolor y vuestras penitencias os habrán merecido el perdón ? ¿ No teméis oír de labios del mismo Jesucristo estas palabras : «Apártate de mí, maldito ; vete al fuego eterno?» «¡ Ay ! respondían aquellos pobres moribundos, ¿ quién sabe si nuestras lágrimas habrán aplacado la cólera divina ? ¿ Quién sabe si nuestros pecados han desaparecido a los ojos de Dios ? ¿ Qué podemos más hacer ? Abandonarnos a la justicia de Dios.» Y rogaban a su superior que no fuese sepultado

su cuerpo, sino arrojado al muladar, para servir de pasto a las bestias salvajes.

San Juan Clímaco nos dice que aquel espectáculo le causaba tanto horror, que antes de un mes tuvo que abandonar el monasterio: allí no podía vivir. Y, al estar de regreso, dice, hallóme mi superior tan cambiado, que apenas pudo reconocirme. Y pues, hermano mío, me dijo, ¿habéis visto los trabajos y los combates de nuestros generosos soldados? Sólo pude responderle con mis lágrimas; tal era el espanto que aquel género de vida me infundiera, y la debilidad y delgadez que había dejado en mi cuerpo.

Pues bien, H. M., ahí tenéis unos cristianos como nosotros y mucho menos pecadores que nosotros; ahí tenéis, H. M., unos penitentes que esperaban el mismo cielo que nosotros, que tenían un alma por salvar como nosotros. ¿Por qué, pues, H. M., tantas lágrimas, tantos dolores y tantas penitencias? ¡Ay, H. M. ! es que ellos sentían el gran peso de los pecados, y conocían cuán espantoso es el ultraje que infliere a Dios el pecado; ahí tenéis, H. M., lo que hicieron los que habían comprendido cuán gran desdicha es perder el cielo. ¡ Oh, Dios mío ! ¿ no es el mayor de todos los males ser insensible a tanta desdicha ? ¡ Oh, Dios mío ! ¿ los cristianos que me oyén teniendo la conciencia cargada de pecados y que no han de esperar otra suerte que la de los réprobos, podrán vivir tranquilos ? ¡ Ay ! ¡ cuán desdichado es el que perdió la fe !

II. — Decimos que, necesariamente, después del pecado es preciso hacer penitencia en este mundo, o bien ir a hacerla en la otra vida.

Al establecer la Iglesia los días de ayuno y abstinencia, lo hizo para recordarnos que, pecadores como somos, debemos hacer penitencia, si queremos que Dios nos perdone; y aun más, podemos decir que el ayuno

y la penitencia empezaron con el mundo. Mirad a Adán; ved a Moisés que ayunó cuarenta días. Ved también a Jesucristo, que era la misma santidad, retirarse por espacio de cuarenta días en un desierto sin comer ni beber, para manifestarnos hasta qué punto nuestra vida debe ser una vida de lágrimas, de mortificación y de penitencia. ¡Ay, H. M. ! ¡ desde el momento en que un cristiano abandona las lágrimas, el dolor de sus pecados y la mortificación, podemos decir que de él ha desaparecido la religión ! Sí, H. M., para conservar en nosotros la fe, es preciso que estemos siempre ocupados en combatir nuestras inclinaciones y en llorar nuestras miserias.

Voy a referir un ejemplo que os mostrará cuánta sea la cautela que hemos de poner en no dar a nuestros apetitos cuanto ellos nos piden. Leemos en la historia que había un marido cuya mujer era muy virtuosa, y tenían ambos un hijo cuya conducta en nada desmerecía de la de su madre. Madre e hijo hacían consistir su felicidad en entregarse a la oración y frecuentar los Sacramentos. Durante el santo día del domingo, después de los divinos oficios, empleábanse enteramente en hacer el bien : visitaban a los enfermos y les proporcionaban los socorros que sus posibilidades les permitían. Mientras se hallaban en casa, pasaban el tiempo dedicados a piadosas lecturas, a propósito para animarlos en el servicio de Dios. Alimentaban su espíritu con la gracia de Dios, y esto era para ellos toda su felicidad. Mas, como el padre era un impío y un libertino, no cesaba de vituperar aquel comportamiento y de burlarse de ellos, diciéndoles que aquel género de vida le desagradaba en gran manera y que tal modo de vivir era sólo propio de gente ignorante; al mismo tiempo procuraba poner a su alcance los libros más infames y más adecuados para desviarlos del camino de la virtud que tan felices seguían.

La pobre madre lloraba al oír aquella manera de hablar, y el hijo, por su parte, no dejaba tampoco de lamentarlo grandemente. Mas, tanto duraron las asechanzas, que, hallando repetidamente aquellos libros ante sus ojos, tuvieron la desgraciada curiosidad de mirar lo que ellos contenían; ¡ay! sin darse cuenta aficionáronse a aquellas lecturas llenas de torpezas contra la religión y las buenas costumbres. ¡Ay! sus pobres corazones, en otro tiempo tan llenos de Dios, pronto se inclinaron hacia el mal; su manera de vivir cambió radicalmente; abandonaron todas sus prácticas; ya no se habló más de ayunos, ni penitencias, ni confesión, ni comunión, hasta el punto de abandonar totalmente sus deberes de cristianos. Al ver aquel cambio, quedó el marido muy satisfecho, por considerarlos así inclinados a su parte. Como la madre era joven aún, no pensaba entonces más que en engalanarse, en frecuentar los bailes, teatros y cuantos lugares de placer estaban a su alcance.

El hijo, por su parte, seguía las huellas de su madre: convirtiéndose en seguida en un gran libertino, que escandalizó a su país cuanto anteriormente lo había edificado. No pensaba más que en placeres y desórdenes, de manera que madre e hijo gastaban enormemente; no tardó mucho en vacilar su fortuna. El padre, viendo que empezaba a contraer deudas, quiso saber si su caudal sería bastante para dejarlos continuar aquel género de vida a que los indujera; mas hubo de quedar fuertemente sorprendido al ver que los bienes ni tan sólo podían hacer frente a sus deudas. Entonces apoderóse de él una especie de desesperación, y, un día de madrugada, levantóse y, con toda sangre fría y hasta con premeditación, cargó tres pistolas, entró en la habitación de su mujer, y levantóle la tapa de los sesos; pasó después al cuarto de su hijo, y descargó contra él el segundo golpe; el tercero fué para

sí mismo. ¡ Ah, padre desgraciado ! si al menos hubiese dejado a aquella pobre mujer y a ese pobre hijo en sus oraciones, sus lágrimas y sus penitencias, ellos habrían merecido el cielo, mientras que tú los has arrojado al infierno al precipitarte a ti mismo en aquellos abismos. Pues bien, H. M., ¿ qué otra causa señalaremos a tan gran desdicha, sino que dejaron de practicar nuestra santa religión ?

¡ Ay, H. M. ! ¿ qué castigo puede compararse con el de un alma a la que Dios, en pena de sus pecados, priva de la fe ? Sí, H. M., para salvar nuestras almas, la penitencia nos es tan necesaria, a fin de perseverar en la gracia de Dios, como la respiración para vivir, para conservar la vida del cuerpo. Sí, H. M., persuadámonos de una vez, que, si queremos que nuestra carne quede sometida al espíritu, a la razón, es necesario mortificarla ; si queremos que nuestro cuerpo no haga la guerra al alma, es preciso mortificarlo en cada uno de sus sentidos ; si queremos que nuestra alma quede sometida a Dios, precisa mortificarla en todas sus potencias.

Leemos en la Sagrada Escritura que, cuando el Señor mandó a Gedeón que fuese a pelear contra los Madianitas, ordenóle hiciese retirar a todos los soldados tímidos y cobardes. Fueron muchos miles los que retrocedieron. No obstante, aun quedaron diez mil. Entonces el señor dijo a Gedeón : Aun tienes demasiados soldados ; pasa otra revista, y observa todos los que para beber tomarán el agua con la mano para llevarla a la boca, pero sin detenerse ; éstos son los que habrás de llevar al combate. De diez mil sólo quedaron trescientos (1). El Espíritu Santo nos presenta este ejemplo para darnos a entender cuán pocas son las personas que practican la mortificación, y por lo tanto, cuán pocas las que se salvarán.

(1) Judic., VII, 6.

Es cierto, H. M., que no toda la mortificación se reduce a las privaciones en la comida y en la bebida, aunque es muy necesario no conceder a nuestro cuerpo todo lo que él nos pide, pues nos dice San Pablo: «Trato yo duramente a mi cuerpo, por temor de que, después de haber predicado a los demás, no caiga yo mismo en reprobación» (1).

Pero también es muy cierto, H. M., que aquel que ama los placeres, que busca sus comodidades, que huye las ocasiones de sufrir, que se inquieta, que murmura, que reprende y se impacienta porque la cosa más insignificante no marcha según su voluntad y deseo, el tal, de cristiano sólo tiene el nombre; solamente sirve para deshonorar su religión, pues Jesucristo ha dicho: «Aquel que quiera venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo, lleve su cruz todos los días de su vida, y sígame» (2). Es indudable, H. M., que nunca un sensual poscerá aquellas virtudes que nos hacen agradables a Dios y nos aseguran el cielo. Si queremos guardar la más bella de todas las virtudes, que es la castidad, hemos de saber que ella es una rosa que solamente florece entre espinas; y, por consiguiente, sólo la hallaremos, como todas las demás virtudes, en una persona mortificada. Leemos en la Sagrada Escritura (3) que, apareciéndose el ángel Gabriel al profeta Daniel, le dijo: «El Señor ha oído tu oración, porque fué hecha en el ayuno y en la ceniza»; la ceniza simboliza la humildad. Leemos en la historia que, yendo de viaje dos padres jesuitas (4), como uno de ellos sufriese un catarro y se vieses precisados a dormir juntos, expectoró durante

(1) *Castigo corpus meum... ne forte cum aliis praedicaverim, reprobatus efficiar* (1 Cor., IX, 27).

(2) *Si quis vult venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam quotidie, et sequatur me* (Luc., IX, 23).

(3) Dan., IX, 3, 22.

(4) Estos dos misioneros son San Francisco de Borja y el Padre Bustamante.

durante toda la noche en la cara del compañero, sin saberlo. Por la mañana, dióse cuenta de ello, de lo cual quedó sumamente contrariado y pidióle perdón. Mas el otro le respondió : «Amigo mío, en ningún otro lugar más vil podías expectorar que sobre mi persona». Ahí tenéis, H. M., un ejemplo que manifiesta hasta qué punto llevaba la mortificación aquel buen Padre.

III. — Mas, me diréis vosotros, ¿cuántas clases de mortificaciones hay? Vedlas aquí, H. M., hay dos : una es la interior, otra es la exterior, pero ellas van siempre juntas.

La exterior consiste en mortificar nuestro cuerpo, con todos sus sentidos :

1.º Debemos mortificar nuestros ojos : abstenernos de mirar, ni por curiosidad, los diversos objetos que podrían inducirnos a algún mal pensamiento ; no leer libros inadecuados para conducirnos por la senda de la virtud, los cuales, al contrario, no harían más que desviarnos de aquel camino y extinguir la poca fe que nos queda.

2.º Debemos mortificar nuestro oído : nunca escuchar con placer canciones o razonamientos que puedan lisonjearnos, y que a nada conducen : será siempre un tiempo muy mal empleado y robado a los cuidados que debemos tener para la salvación de nuestra alma ; nunca hemos de complacernos tampoco en dar oídos a la maledicencia y a la calumnia. Sí, H. M., debemos mortificarnos en todo esto, procurando no ser de aquellos curiosos que quieren saber todo lo que se hace, de dónde se viene, lo que se desea, lo que nos han dicho los demás.

3.º Decimos que debemos mortificarnos en nuestro olfato : o sea, no complacernos en buscar lo que pueda causarnos deleite. Leemos en la vida de San Francisco de Borja que nunca olía las flores, antes al

contrario, llevábase con frecuencia a la boca ciertas píldoras, que mascaba (1), a fin de castigarse, por algún olor agradable que hubiese podido sentir o por haber tenido que comer algún manjar delicado.

4.º En cuarto lugar, digo que hemos de mortificar nuestro paladar : no debemos comer por glotonería, ni tampoco más de lo necesario ; no hay que dar al cuerpo nada que pueda excitar las pasiones ; ni comer fuera de las horas acostumbradas sin una especial necesidad. Un buen cristiano no come nunca sin mortificarse en algo.

5.º Un buen cristiano debe mortificar su lengua, hablando solamente lo necesario para cumplir con su deber, para dar gloria a Dñs y para el bien del prójimo. Contemplad a Jesucristo : a fin de mostrarnos cuán agradable le sea la virtud del silencio, y para inducirnos a imitarle, se encierra en él durante treinta años. Mirad a la Santísima Virgen : el Evangelio solamente nos la muestra cuatro veces hablando, y siempre por exigirle la gloria de Dios o el bien del prójimo. Habló al anunciarle el ángel que sería Madre de Dios (2) ; habló cuando fué a visitar a su prima Santa Isabel para participarle la dicha que había merecido (3) ; habló a su Hijo cuando después de haberle perdido, le halló en el templo (4) ; y habló en las bodas de Caná, para hacer presente a su Hijo el apuro en que se hallaba aquella gente (5).

Vemos, además, cómo en toda comunidad religiosa es el silencio uno de los puntos más importantes de sus reglas. Nos dice también San Agustín que es perfecto

(1) *Catapotia dentibus eadem de causa mandere solitus*: «Tenía la costumbre de mascar con los dientes ciertas píldoras por mortificación». *Vita S. Franc. Borgiae*, cap. XV : Act. SS., t. V, oct., p. 286.

(2) Luc., I, 34, 38.

(3) Ibid., 46.

(4) Ibid., II, 48.

(5) Joan., II, 3.

aquel que no peca con la lengua (1). Debemos, sobre todo, mortificar nuestra lengua cuando el demonio nos induzca a sostener pláticas pecaminosas, a cantar malas canciones, a la maledicencia y a la calumnia contra el prójimo; tampoco deberemos soltar juramentos ni palabras groseras.

6.º Digo también que hemos de mortificar nuestro cuerpo no dándole todo el descanso que nos pide; tal ha sido, en efecto, la conducta de todos los santos.

Mortificación interior. Hemos dicho después, que debemos practicar la mortificación interior. Mortifiquemos, ante todo, nuestra imaginación. No debe dejársela divagar de un lado a otro, ni entretenerse en cosas inútiles ni, sobre todo, dejarla que se fije en cosas que podrían conducirla al mal, como sería pensar en ciertas personas que han cometido algún pecado contra la santa pureza, o pensar en los afectos de los jóvenes recién casados: todo esto no es más que un lazo que el demonio nos tiende para llevarnos al mal. En cuanto se presenten tales pensamientos, es necesario apartarlos. Tampoco he de dejar que la imaginación se ocupe en lo que yo me convertiría, en lo que haría, si fuese... si tuviese esto, si se me diese aquello, si pudiese conseguir lo otro. Todas estas cosas no sirven más que para hacernos perder un tiempo precioso durante el cual podríamos pensar en Dios y en la salvación de nuestra alma. Por el contrario, es preciso ocupar nuestra imaginación pensando en nuestros pecados para llorarlos y enmendarnos; pensando con frecuencia en el infierno, para huir de sus tormentos; pensando mucho en el cielo, para vivir de manera que seamos merecedores de alcanzarlo; pensando a menudo en la pasión y muerte de Jesucristo Nuestro Señor,

(1) Esta sentencia la formuló primeramente el apóstol San Jaime: «Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est» (Jac., III, 2).

para que tal consideración nos ayude a soportar las miserias de la vida con espíritu de penitencia.

Debemos también mortificar nuestra mente: huyendo de examinar temerariamente la posibilidad de que nuestra religión no sea buena, no esforzándonos en comprender los misterios, sino solamente discurriendo de la manera más segura acerca de cómo hemos de portarnos para agradar a Dios y salvar el alma.

Igualmente hemos de mortificar nuestra voluntad, cediendo siempre al querer de los demás cuando no hay compromisos para nuestra conciencia. Y esta sujeción hemos de tenerla sin mostrar que nos cause enojo; por el contrario, debemos estar contentos al hallar una ocasión de mortificarnos y poder sí expiar los pecados de nuestra voluntad. Ahí tenéis, H. M., en general, las pequeñas mortificaciones que a todas horas podemos practicar, a las que podemos aun añadir el soportar los defectos y malas costumbres de aquellos con quienes convivimos. Es muy cierto, H. M., que las personas que no aspiran más que a procurarse satisfacción en la comida, en la bebida y en los placeres todos que su cuerpo y su espíritu puedan desear, jamás agradarán a Dios, puesto que nuestra vida debe ser una imitación de Jesucristo. Yo os pregunto ahora: ¿qué semejanza podremos hallar entre la vida de un borracho y la de Jesucristo, que empleó sus días en el ayuno y las lágrimas; entre la de un impúdico y la pureza de Jesús; entre un vengativo y la caridad de Jesucristo? y así de lo demás. ¡Ay, H. M.! ¿qué será de nosotros cuando Jesucristo proceda a confrontar nuestra vida con la suya? Hagamos, pues, algo capaz de agradarle.

Hemos dicho, al principio, que la penitencia, las lágrimas y el dolor de nuestros pecados serán un gran consuelo en la hora de la muerte; de ello no os quepa duda alguna; ¡Qué dicha para un cristiano recordar, en

aquel postrer momento, en que tan minucioso examen de conciencia se hace, cómo no sólo observó puntualmente los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, sino que pasó su vida en medio de lágrimas y penitencia, en el dolor de sus pecados y en una mortificación continua acerca de todo cuanto pudiera satisfacer sus gustos ! Si nos quedase algún temor, bien podremos decir como San Hilarión : «¿Qué temes, alma mía ? ¡ tantos años hace que te ocupas en hacer la voluntad de Dios y no la tuya ! No desconfíes, el Señor tendrá piedad de ti » (1).

Para que mejor lo comprendáis, voy a citaros un hermoso ejemplo. Nos cuenta San Juan Clímaco (2) que cierto joven concibió un gran deseo de emplear su vida haciendo penitencia y preparándose para la muerte ; no puso límites a sus mortificaciones. Cuando llegó la muerte, hizo llamar a su superior y le dijo : «¡ Ah ! padre mío, ¡ qué consuelo para mí ! ¡ Oh ! cuán dichoso me siento de haber vivido en medio de las lágrimas, del dolor de mis pecados, y de la penitencia. Dios, que es tan bueno, me ha prometido el cielo. Adiós, padre mío, voy a unirme a mi Dios, cuya vida he procurado imitar cuanto me ha sido posible ; adiós, padre mío, os doy gracias por haberme animado a seguir este dichoso camino. ¡ Qué dicha para nosotros, en aquellos momentos, H. M., será el haber vivido para Dios ; el haber temido y huído el pecado, el habernos abstenido no solamente de los placeres malos y prohibidos, sino también de los inocentes y permitidos ; el haber recibido frecuente y dignamente los Sacramentos, en los que tantas gracias y fuerzas habremos hallado para combatir al demonio, al mundo y a nuestras pasiones ! Pero, decidme, H. M., ¿ qué puede

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. V, p. 208.

(2) *La Escala santa*.

esperar, en aquella hora tremenda, el pecador, si ve ante sus ojos una vida que no es más que una cadena de crímenes? ¿Qué esperanza ha de abrigar un pecador que ha casi vivido como si no tuviese alma que salvar y como si creyese que con la muerte se acaba todo; que apenas ha frecuentado nunca los Sacramentos, y aun, al recibirlos, no hizo más que profanarlos acudiendo con malas disposiciones; un pecador que, no contento con haberse burlado y hecho menosprecio de su religión y de los que tenían la dicha de practicarla, puso además todo su esfuerzo en arrastrar a otros a seguir por la senda de la infamia y del libertinaje? ¡Ay! ¡cuál será entonces el pavor y la desesperación de ese pobre desgraciado al reconocer que tan sólo vivió para hacer sufrir a Jesucristo, perder su pobre alma y precipitarse en el infierno! ¡Qué desgracia, Dios mío! y tanto más cuanto él sabía muy bien que, a haberlo querido, podía obtener el perdón de sus pecados. Dios mío, ¡qué desesperación por toda una eternidad!

Traeremos aquí un admirable ejemplo que nos muestra cómo, si nos condenamos, será ciertamente porque no habremos querido salvarnos. Se refiere en la historia (1) que Santa Thais había sido en su juventud una de las mas famosas cortesanas que ha habido en el mundo: sin embargo, era cristiana. Precipitose en todo lo que su corazón, que era todo él una hoguera de fuego impuro, pudo desear: profanó en la disolución todo lo que, en cuanto a gracias y belleza, le concediera el cielo; hasta su propia madre fué un instrumento de que se valió el infierno para sumergirla con el más espantoso furor en tantas obscenidades, haciendo que empleara su miserable juventud abandonada a los desórdenes más infames y deshonorosos para una persona de su calidad. De sus admiradores, unos se arruinaban

(1) *Vida de los Padres*, t. I, cap. XV, San Pafnucio.

para ofrecerle regalos, muchos se suicidaban por no haber podido poseerla solos. En fin, los desórdenes de aquella comedianta eran el escándalo de todo el país, y un motivo de aflicción para los buenos. Dejo, pues, a vuestra consideración el mal que causaría aquella mujer, las almas que haría perder, los ultrajes que inferiría a Jesucristo por causa de las personas que arrastraba al pecado. En su juventud había sido muy bien instruída, pero sus desarreglos y la violencia de sus pasiones habían ahogado todas las verdades de la religión.

No obstante, Nuestro Señor, sabiendo hasta qué punto su conversión provocaría la de muchos otros, quiso manifestar la magnitud de sus misericordias; y, lanzando una mirada compasiva, fué El mismo a buscarla en medio de su torpeza la más infame. Para obrar aquel gran milagro de la gracia, valióse de un santo solitario a quien dió a conocer aquella famosa pecadora y todos sus desórdenes. Ordenóle el Señor que fuese a entrevistarse con la cortesana. Aquel solitario era San Pafnucio. Tomó un traje de caballero, proveyóse de dinero, y partió para la ciudad en donde aquella mujer habitaba. Siendo llevado por el mismo Dios, pronto dió con la casa de quella mujer y pidió ser recibido por ella.

Aquella mujer, que nada sabía ni sospechaba, le condujo a un cuarto reservado y lleno de adornos. Entonces el Santo le preguntó si había otro cuarto aun más escondido donde poder sustraerse hasta de los ojos de Dios. «¡ Oh ! díjole la cortesana, ten por seguro que nadie ha de venir ; mas si temes la presencia de Dios, ¿ no está, por ventura, en todas partes ? » Quedó el Santo muy admirado al oirla hablar así de Dios. « ¡ Cómo ! díjole él, ¿ es decir, que conoces al buen Dios ? » — « Sí, contestó ella ; y aun más, sé que hay un paraíso para los que le sirven con fidelidad y un infierno para los que le desprecian. » — « Pero ¿ cómo, le dijo el San-

to, sabiendo todo esto, puedes vivir como vives, durante tantos años, preparándote tú misma un horroroso infierno?» Estas solas palabras del Santo, junto con la gracia de Dios, fueron como un rayo que derribó a nuestra cortesana, al igual que a San Pablo en el camino de Damasco. Arrojóse a sus pies, deshecha en lágrimas y suplicando la gracia de que tuviese piedad de ella, e implorase la misericordia del Señor. Manifestóse enteramente dispuesta a hacer todo cuanto él quisiese, a fin de intentar el divino perdón. No le pidió más que tres horas de plazo para poner en orden sus negocios; y al momento estaría ella en el lugar que le indicase. Habiéndole el Santo concedido el plazo pedido, congregó ella a cuantos libetinos le fué posible, de los que con ella se habían abandonado al pecado, y los llevó a la plaza pública: allí, en presencia de todos, se despojó de sus galas, ordenó fuesen llevados allí los muebles que había comprado con el dinero de sus infamias, hizo de ellos un montón y le pegó fuego, sin decir nada ni dar explicación alguna de por qué obraba así. Después de esto, abandonó la plaza pública para ponerse a disposición del Santo, quien la condujo a un monasterio de recogidas. Encerróla en una celda cuya puerta selló él mismo, y rogó a una religiosa que la llevase algunos mendrugos de pan y un poco de agua. Thais preguntó al Santo qué oración debía hacer en su retiro para mover el corazón de Dios. Y el Santo le contestó: «No eres digna de pronunciar el nombre de Dios, puesto que tus labios están llenos de iniquidades, ni de elevar al cielo unas manos tan criminales. Conténtate con dirigirte hacia oriente, y con todo el dolor de tu corazón y con toda la amargura de tu alma, di: «Oh Vos que me criasteis, tened piedad de mí».

Esta fué toda su oración en los tres años que permaneció encerrada en aquellas cuatro paredes, durante cuyo tiempo jamás olvidó el recuerdo de sus pecados.

Tal fué su llanto, de tal manera y tan cruelmente maltrató su cuerpo, que cuando San Pafnucio fué a consultar a San Antonio a fin de saber si Dios la acogía bajo su misericordia, San Antonio, después de haber pasado con sus religiosos la noche en oración a tal objeto, díjole que el Señor había revelado a uno de dichos religiosos, San Pablo el Simple, que en el cielo había preparado un trono radiante para la penitente Thais. Entonces el Santo, lleno de alegría y muy admirado por haber ella en tan poco tiempo satisfecho a la justicia de Dios, fuése a su encuentro para comunicarle que sus pecados estaban perdonados y que debía salir de aquella celda. Preguntóla el Santo qué era lo que había hecho durante aquellos tres años. Y ella le respondió: «Padre mío, puse mis pecados ante mis ojos como en un montón, y no cesé de llorarlos y de pedir misericordia». «Precisamente por esto, díjole San Pafnucio, y no por las demás penitencias, has cautivado el corazón de Dios.» Habiendo abandonado aquella celda para dirigirse a un monasterio, sobrevivió solamente quince días, después de los cuales voló al cielo a cantar las grandezas de la misericordia de Dios.

Este ejemplo nos muestra, H. M., con cuánta facilidad, y sin hacer ninguna de aquellas grandes penitencias, ganaríamos, si quisiésemos, el corazón de Dios. ¡Cuántos remordimientos nos atormentarán por toda una eternidad, por haber rehusado hacernos la menor violencia a fin de dejar el pecado! Sí, H. M., día vendrá en que veremos cómo hubiéramos podido satisfacer a la justicia de Dios, sólo con las pequeñas molestias de la vida que necesariamente hemos de sufrir en el estado en que Dios se ha servido colocarnos, si hubiésemos acertado a unir a ellas algunas lágrimas y un sincero dolor de nuestros pecados. ¡Cuánto nos pesará haber vivido y muerto en pecado, al ver que Jesucristo padeció tanto por nosotros y que su deseo hubiera sido

el perdonarnos con sólo haber implorado nosotros de El esta gracia ! Dios mío, ¡ cuán ciego y desgraciado es el pecador !

Tememos la penitencia. Ved, empero, H. M., cómo eran tratados los pecadores en los primeros tiempos de la Iglesia. Los que querían reconciliarse con Dios se presentaban, el miércoles de Ceniza, en la puerta del templo, con vestiduras sucias y rasgadas. Después de haber entrado en la iglesia, se les cubría la cabeza de ceniza y se les entregaba un cilicio para que lo llevarsen durante todo el tiempo de la penitencia. Luego se les mandaba que se postrasen en tierra, mientras se cantaban los siete salmos penitenciales para implorar sobre ellos la misericordia de Dios ; seguidamente se les dirigía una exhortación para inducirlos a practicar la penitencia con el mayor celo posible, esperando que así tal vez Nuestro Señor sería movido a perdonarlos.

Después de todo esto, se les advertía que se les iba a arrojar del templo con cierta violencia, a la manera como Dios arrojó a Adán del paraíso después de haber pecado. Apenas tenían tiempo de salir cuando se cerraba tras ellos la puerta del templo. Y si deseáis saber cómo pasaban aquel tiempo y cuánto duraba aquella penitencia, vedlo aquí : primeramente, quedaban obligados a vivir en el retiro o bien a emplearse en los más duros trabajos ; según el número y gravedad de sus pecados, se les asignaban determinados días de la semana en los cuales debían ayunar a pan y agua ; durante la noche y postrados en tierra, tenían largas horas de oración ; dormían sobre duras tablas ; por la noche levantábanse varias veces a llorar sus pecados. Se les hacía pasar por diferentes grados de penitencia ; los domingos, presentábanse a las puertas del templo ciñendo el cilicio, con la cabeza cubierta de ceniza, permaneciendo fuera, expuestos a la intemperie ; postrábanse ante los fieles que entraban en la iglesia, y,

con lágrimas, conjurábanlos a rogar por ellos. Pasado algún tiempo, se les permitía acudir a escuchar la palabra de Dios; mas, en cuanto había terminado el sermón, se los arrojaba del templo; muchos solamente a la hora de la muerte eran admitidos a recibir la gracia de la absolución. Y aun miraban esto como una muy apreciable gracia que la Iglesia les hacía después de haber pasado diez, veinte años o a veces más, en las lágrimas y la penitencia. Así es, H. M., como se portaba la Iglesia, en otro tiempo, con aquellos pecadores que querían convertirse de veras.

Si deseáis ahora saber, H. M., quiénes se sometían a tales penitencias, os diré que *todos*, desde los humildes pastores hasta el emperador. Si me pedís un ejemplo, aquí tenéis uno en la persona del emperador Teodosio. Habiendo pecado aquel príncipe, más por sorpresa que por malicia, San Ambrosio le escribió diciéndole: «Esta noche he tenido una visión en la que Dios me ha hecho ver a vuestra persona encaminándose al templo, y me ha ordenado que os prohibiese la entrada». Al leer aquella carta, el emperador lloró amargamente; sin embargo, fué a postrarse ante las puertas del templo como de ordinario, con la esperanza de que sus lágrimas y su arrepentimiento moverían al santo obispo. San Ambrosio, al verle venir, le dijo: «Deteneos, emperador, sois indigno de entrar en la casa del Señor». Respondióle el emperador: «Es verdad, mas también pecó David, y el Señor le perdonó». «Pues bien, le dijo San Ambrosio, ya que le habéis imitado en la culpa, seguidle en la penitencia». A estas palabras, el emperador, sin replicar más, retiróse a su palacio, dejó sus ornamentos imperiales, postróse con la faz en tierra, y abandonóse a todo el dolor de que su corazón era capaz. Permaneció ocho meses *sin poner los pies* en el templo. Al ver que sus criados se dirigían a la iglesia en tanto que él se hallaba pri-

vado de concurrir allí, oíasele dar unos clamores capaces de mover los corazones más endurecidos. Cuando le fué permitido asistir a las preces públicas, no se ponía de pie o arrodillado como los demás, sino postrado, la faz en tierra, de la manera más conmovedora, golpeándose el pecho, arrancándose los cabellos y llorando amargamente. Durante toda su vida conservó el recuerdo de su pecado; no podía pensar en él sin derramar lágrimas en abundancia. Aquí tenéis, H. M., lo que hizo un emperador que no quería perder su alma.

¿Qué hemos de sacar de aquí, H. M.? Vedlo: ya que es necesario de toda necesidad llorar nuestros pecados, y hacer penitencia en este mundo o en el otro, escojamos la menos rigurosa y la más corta. ¡Qué pena, H. M., llegar a la hora de la muerte sin haber hecho nada para satisfacer a la justicia de Dios! ¡Qué desgracia haber perdido tantos medios como tuvimos cuando, al sufrir algunas miserias, si las hubiésemos aceptado por Dios, nos habrían merecido el perdón! ¡Qué desgracia haber vivido en pecado, esperando siempre librarnos de él, y morir sin haberlo hecho! Tomemos, pues, H. M., otro camino que nos será más consolador en aquel momento: cesemos de obrar mal; comencemos a llorar nuestros pecados, y suframos todo aquello que el buen Dios tenga a bien enviarnos. Que nuestra vida no sea más que una vida de pesar, de arrepentimiento por nuestros pecados y de amor a Dios, a fin de que tengamos la dicha de ir a unirnos a El por toda una eternidad. Esto es lo que os deseo.

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

SOBRE LAS TENTACIONES

*Ductus est Iesus in desertum
a Spiritu Sancto, ut tentaretur
a diabelo.*

Jesús fué llevado al desierto por el Espíritu Santo para ser allí tentado por el demonio.

(S. Mat., IV, 1).

Que Jesucristo, H. M., escogiese el desierto para orar, es cosa que no ha de admirarnos, puesto que en la soledad hallaba todas sus delicias; que fuese conducido allí por el Espíritu Santo, aun debe sorprendernos menos, ya que el Hijo de Dios no podía tener otro conductor que el Espíritu Santo. Pero que sea tentado por el demonio, que sea llevado diferentes veces por ese espíritu de tinieblas, ¿quién se atrevería a creerlo, si no fuese el mismo Jesucristo quien nos lo dice por boca de San Mateo? Sin embargo, H. M., lejos de extrañarnos de ello, hemos de alegrarnos y dar gracias a nuestro buen Salvador, que quiso ser tentado para merecernos la victoria que habíamos de alcanzar en nuestras tentaciones. ¡Dichosos nosotros, H. M. ! ¡ Desde que este dulce Salvador quiso ser tentado, no tenemos más que querer salir victoriosos para vencer. Tales son, H. M., las grandes ventajas que sacamos de la tentación del Hijo de Dios.

¿Cuál es mi propósito, H. M.? Aquí lo tenéis: es mostraros: 1.º que la tentación nos es muy necesaria para ayudarnos a conocer lo que somos; 2.º que he-

mos de temer en gran manera la tentación, pues el demonio es muy fino y astuto, y por una sola tentación, si tenemos la desgracia de sucumbir, podemos precipitarnos a lo profundo del infierno; 3.º hemos de luchar valerosamente hasta el fin, ya que sólo mediante esta condición alcanzaremos el cielo.

Entretenerme ahora, H. M., en querer demostraros que existen demonios para tentarnos, parecería suponer que estoy hablando ante idólatras o paganos, o, si queréis, dirigiéndome a unos cristianos sumidos en la más miserable y crasa ignorancia; pareceríame estar yo persuadido de que nunca conocisteis el catecismo. En vuestra infancia se os preguntaba si todos los ángeles permanecieron fieles a Dios, y respondíais vosotros negativamente; una parte de ellos, en efecto, se rebelaron contra su Dios y fueron echados del cielo y arrojados al infierno. Se os preguntaba además: ¿En qué se ocupan esos ángeles rebeldes? Y contestabais vosotros, que su ocupación es la de tentar a los hombres, y desplegar todos sus esfuerzos para inducirles al mal. De todo esto tengo yo, empero, mayor copia de pruebas que vosotros. Sabéis, en efecto, que fué el demonio quien tentó a nuestros primeros padres en el paraíso terrenal (1), en donde alcanzó nuestro enemigo su primera victoria, la cual, por cierto, contribuyó a hacerle más fiero y orgulloso. El demonio fué quien tentó a Caín, llevándole a matar a su hermano Abel (2). Leemos en el Antiguo Testamento (3) que el Señor dijo a Satán: «¿De dónde vienes?» «Vengo, respondió el demonio, de dar la vuelta al mundo». Prueba evidente, H. M., de que el demonio está rondando por la tierra para tentarnos. Leemos en el Evangelio que, después de haber Magdalena confesado sus

(1) Gen., III, 1.

(2) Ibid., IV, 8.

(3) Job, I, 7.

pecados a Jesucristo, salieron de su cuerpo siete demonios (1). Vemos además, en otra parte del Evangelio, que, al salir el espíritu impuro del cuerpo de un infeliz, dijo: «Volveré a entrar en él con otros demonios peores que yo» (2). No es, empero, todo esto lo que más necesitáis saber; ninguno de vosotros duda de ello; ha de resultar más provechoso haceros conocer la manera cómo el demonio puede tentaros.

Para penetrar bien la necesidad de rechazar la tentación, preguntad a los cristianos condenados cuál es la causa de hallarse en el infierno, ellos que fueron creados para el cielo: todos os responderán que fué porque, al ser tentados, sucumbieron a la tentación. Id, además, a interrogar a todos los Santos que triunfan en el cielo, qué cosa les ha procurado aquella felicidad; y os contestarán todos: es que al ser tentados, con la gracia de Dios, resistimos a la tentación y despreciamos al tentador. Pero, me dirá tal vez alguno de vosotros, ¿qué cosa es ser tentado? Amigos míos, vedlo aquí, escuchad bien y vais a verlo y comprenderlo: cuando os sentís inducidos a hacer algo prohibido por Dios, o a omitir lo que El os ordena o prescribe, es que el demonio os tienta. Dios quiere que por la mañana y por la noche practiquéis bien vuestras oraciones, arrodillados y con gran respeto. Dios quiere que empleéis santamente el domingo, dedicándolo a orar, es decir, a asistir a todas las funciones u oficios (3); que en tal día os abstengáis de toda clase de trabajos. Dios quiere que los hijos tengan un profundo respeto a sus padres y a sus madres; así como que los criados lo tengan a sus señores. Dios quiere que améis a todos,

(1) Luc., VII, 2.

(2) Ibid., VI, 26.

(3) *A todos los oficios*, es decir, a la santa Misa, según es de precepto; y a los demás oficios, como las vísperas, la oración de la noche, según es de consejo y muy provechoso para el cristiano.

que hagáis bien a todos, sin preferencia alguna (1), sin excluir ni a los mismos enemigos ; que no comáis carne los días prohibidos ; que tengáis mucha diligencia en instruiros acerca de vuestros deberes ; que perdonéis de todo corazón a los que os injuriaron. Dios quiere que no soltéis malas palabras, que no os dejéis llevar de la maledicencia, que no levantéis calumnias, que no digáis palabras torpes, que no cometáis jamás actos vergonzosos : todo esto se comprende fácilmente.

Si, a pesar de que el demonio os haya tentado a hacer lo que Dios os tiene prohibido, no lo realizáis, entonces no caéis en la tentación ; si, en cambio, lo realizáis, entonces sucumbís a la tentación. O, si queréis aún comprenderlo mejor, antes de consentir en lo que el demonio os quiere inducir a cometer, pensad si a la hora de la muerte querríais haberlo hecho, y veréis cómo vuestra conciencia clamará.

¿ Sabéis por qué, H. M., el demonio está tan ávido de llevarnos a obrar mal ? Pues, porque, no pudiendo despreciar a Dios en sí mismo, lo desprecia en sus criaturas. Pero, ¡ dichosos nosotros, H. M. ! ¡ qué ventura para nosotros tener a un Dios por modelo ! ¿ Somos pobres ? tenemos a un Dios que nace en un pesebre, recostado en un montón de paja. ¿ Somos despreciados ? Tenemos a un Dios que en ello nos lleva la delantera, que fué coronado de espinas, investido de un vil manto de escarlata, y tratado como un loco. ¿ Nos atormentan las penas y sufrimientos ? Tenemos ante nuestros ojos a un Dios cubierto de llagas, y que muere en medio de unos dolores tales que escapan a nuestra comprensión. ¿ Sufrimos persecuciones ? pues bien, H. M., ¿ cómo nos atreveremos a quejarnos, cuan-

(1) No debe tomarse esta proposición en todo su rigor. Con tal que en nuestra caridad no hagamos exclusión de los enemigos, Jesucristo no nos prohíbe tener ciertas preferencias justificadas por el parentesco o la amistad. ¿ No manifestó el mismo Salvador preferencias de afecto ante San Pedro, San Jaime y San Juan ?

do tenemos a un Dios que muere por sus propios verdugos? Finalmente ¿padecemos tentaciones del demonio? tenemos a nuestro amable Redentor que fué también tentado por el demonio, y llevado dos veces por aquel espíritu infernal; de manera, H. M., que en cualquier estado de sufrimientos, de penas o de tentaciones en que nos hallemos, tenemos siempre y en todas partes a nuestro Dios marchando delante de nosotros, y asegurándonos la victoria cuantas veces la deseamos de veras.

Mirad, H. M., lo que ha de consolar en gran manera a un cristiano: el pensar que, al sufrir una tentación, tiene la seguridad de que cuantas veces recurrirá a Dios, no ha de sucumbir a los embates del demonio.

I. — Hemos dicho que la tentación nos era necesaria para hacernos sentir nuestra pequeñez. San Agustín nos dice que debemos dar gracias a Dios, tanto de los pecados de que nos preservó como de los que tuvo la caridad de perdonarnos. Si tenemos la desgracia de caer tan frecuentemente en los lazos del demonio, es porque fiamos más en nuestros buenos propósitos y promesas que en la asistencia de Dios. Esto es muy exacto. Cuando nada nos desazona, y va todo a la medida de nuestros deseos, nos atrevemos a creer que nada ha de ser capaz de hacernos caer; olvidamos nuestra pequeñez y nuestra debilidad; hacemos las más gallardas protestas de que estamos prestos a morir antes que a dejarnos vencer. Vemos de esto un elocuente ejemplo en San Pedro, quien dijo al Señor: «Aunque todos los demás os negaren, yo no os negaré jamás» (1). Y ¡ay! el Señor, para mostrarle cuán

(1) Et si omnes scandalizati fuerint in te, ego numquam scandalizabor (Matth., XXVI, 33).

poca cosa es el hombre, abandonado a sí mismo, no tuvo necesidad de servirse de reyes, ni de príncipes, ni de armas, sino solamente de la voz de una criada que, por otra parte, parecía hablar con mucha indiferencia. Poco ha estaba él pronto a morir por su Maestro, y ahora asegura no conocerle ni saber de quién se trata; y, para mejor convencer a los circunstantes, lo atestigua con juramento. Dios mío, ¿de qué somos capaces, abandonados a nuestras solas fuerzas! Hay personas que, si hemos de creerlas, parecen hasta sentir envidia de los santos que tantas penitencias hicieron; les parece que sin dificultad podrían hacer otro tanto. Al leer la vida de ciertos mártires, afirmamos que seríamos capaces de sufrir todo aquello por Dios. Aquellas horas pronto pasaron, decimos, y viene después una eternidad de dicha. Mas ¿qué hace el Señor para enseñarnos un poco a conocernos, o mejor, para mostrar que nada somos? Pues aquí lo veréis: permite al demonio llegarse un poco más cercano a nosotros. Oíd a aquel cristiano que no ha mucho envidiaba a los solitarios que se alimentaban de hierbas y raíces, y formaba el gran propósito de tratar duramente su cuerpo; ¡ay! un ligero dolor de cabeza, la picadura de un alfiler le hacen quejarse a grito batiente; se pone frenético, exhala clamores; no ha mucho estaba presto a padecer todas las penitencias de los anacoretas, y una pequeñez le desespera. Mirad aquel otro que parece está presto a dar la vida por su Dios, y que ningún tormento es capaz de detenerle: la más leve murmuración, una calumnia, hasta un papel algo frío, una pequeña desconsideración de parte de los demás, un favor pagado con ingratitud, provocan en seguida en su ánimo sentimientos de odio, de venganza, de aversión, hasta el punto de llegar a veces a no querer ver jamás a su prójimo o a lo menos a tratarle con frialdad, con un aire que revela induda-

blemente lo que pasa en su corazón ; y ¡ cuántas veces esas ofensas le quitan el sueño o se le representan con el primer pensamiento al despertarse ! ¡ Ay, H. M. ! ¡ cuán poca cosa somos y en cuán poco hemos de tener todos nuestros más bellos propósitos !

Ya veis, pues, cómo nada hay tan necesario como la tentación para mantenernos en la conciencia de nuestra pequeñez, e impedir que nos domine el orgullo. Escuchad lo que nos dice San Felipe Neri, cuando, al considerar nuestra extrema debilidad y el peligro en que nos hallamos de perdernos a cada momento, se dirigía al Señor, derramando lágrimas y diciéndole : « Dios mío, sostenedme con mano firme, ya sabéis que soy un traidor, ya conocéis cuán malo soy : si me abandonáis un solo momento, temo haceros traición ».

Mas, pensaréis tal vez, ¿ quiénes son los más tentados ? ¿ no son los borrachos, los maldicientes, los impúdicos, que se abandonan desenfrenadamente a sus obscenidades, un avaro, que no repara en medios para enriquecerse ? No, H. M., no, no son éstos ; al contrario, el demonio los desprecia, o bien los aguanta por temor de que dure poco tiempo su maldad, ya que cuanto más vivirán, tanto mayor número de almas arrastrarán al infierno con sus malos ejemplos. En efecto, si el demonio hubiese apretado a ese viejo impúdico, hasta el punto de abreviar sus días en quince o veinte años, no habría podido robar la flor de la virginidad a aquella joven que él sepultó en el más infame cenagal de la impureza, no habría tampoco seducido a aquella mujer, o no habría enseñado la maldad a ese joven, que tal vez continuará en su iniquidad hasta la muerte. Si el demonio hubiese llevado a ese ladrón a robar a todo trance, seguramente que al poco tiempo habría subido al patíbulo, y ahora no induciría a su vecino a obrar como él. Si el demonio hubiese inducido a ese borracho a beber vino sin cesar, haría ya mucho tiempo que

hubiera perecido en la crápula ; mientras que, alargando sus días, aumentó el número de sus imitadores. Si el demonio hubiese quitado la vida a ese músico, a ese danzante, a ese tabernero, en una riña o en cualquiera otra ocasión, ¡ cuántos serían los que, sin el concurso de esa gente, habríanse librado de la condenación ! San Agustín nos enseña que el demonio no atormenta mucho a esa clase de personas ; al contrario, las desprecia y escupe sobre ellas.

Pero, me diréis, ¿ quiénes son pues, los más tentados ? Amigos míos, vedlo aquí, atended bien. Son los que están prestos, con la gracia de Dios, a sacrificarlo todo para la salvación de su pobre alma ; que renuncian a todo lo que en el mundo se desea con tanto afán. No es un demonio solo quien los tienta, sino que a millones caen sobre ellos para hacerlos dar en sus lazos : ahí tenéis de ello un magnífico ejemplo. Cuéntase en la historia que San Francisco de Asís estaba reunido con sus religiosos en un gran campo donde habían construído unas casitas de junco. Viendo San Francisco que hacían tan extraordinarias penitencias, ordenóles que trajeran todos sus instrumentos de mortificación ; recogieron montones grandes como pajares. Había allí en dicha ocasión un joven a quien Dios concedió se le hiciese visible su ángel de la guarda : por un lado veía a aquellos buenos religiosos que no podían saciarse en su afán de penitencias ; por otro lado, su ángel de la guarda hízole ver una reunión de diez y ocho mil demonios, que estaban deliberando acerca de cómo podrían vencer a aquellos religiosos con tentaciones. Hubo uno de ellos que dijo : « Vosotros no lo comprendéis, esos religiosos son tan humildes, ¡ ah ! ¡ hermosa virtud ! tan desprendidos de sí mismos, tan unidos a Dios ; tienen un superior que los guía tan bien, que resulta imposible poderlos vencer ; esperemos a que mueran el superior y entonces procuraremos la entrada de

jóvenes sin vocación que introducirán el relajamiento, y por este medio serán nuestros». Un poco más lejos, al entrar en la ciudad, vió a un demonio solo, sentado sobre las puertas de la misma para tentar a los que estaban dentro. Aquel santo preguntó a su ángel de la guarda: ¿por qué motivo, para tentar a los religiosos, había tantos millares de demonios, mientras que para una ciudad entera había tan sólo uno y aun estaba sentado? Contestóle el ángel bueno que las gentes del mundo no necesitaban ser tentadas, pues ya se portaban mal por su propia iniciativa e impulso; mientras que los religiosos obraban el bien a pesar de todos los lazos y de los combates a que el demonio los provocase (1).

¿Sabéis cuál es, H. M., la primera tentación que el demonio presenta a una persona que ha comenzado a servir mejor a Dios? es el respeto humano. No se atreve a mostrarse en público, ocúltase de las personas con las cuales en otro tiempo había compartido sus placeres; si se le hace notar que ha cambiado mucho, ¡se avergüenza! El *qué dirán* está siempre fijo en su mente, de tal manera que no tiene valor de obrar el bien delante del mundo. Si el demonio no puede ganarla mediante el respeto humano, entonces le hace concebir un extraordinario temor: que sus confesiones no fueron bien hechas, que su confesor no la comprende; que, por más que haga, será irremisiblemente condenada; que tanto da dejarlo todo como continuar, puesto que las ocasiones son muchas. ¿Por qué será, H. M., que cuando una persona no piensa en salvar su alma, cuando vive en pecado, no es tentada en nada; mas, en cuanto se propone cambiar de vida, es decir cuando desea entregarse a Dios, todo el infierno se precipita

(1) En la *Vida de los Padres del desierto* hállase una historia semejante a la que antecede. ¿Será tal vez la misma que refiere San Juan P. Vianney variando algunos detalles?

sobre ella? Escuchad lo que va a deciros San Agustín: «Ved, nos dice, de qué manera se porta el demonio para con los pecadores: hace como un carcelero que tiene varios presos encerrados en su prisión; guardando la llave en el bolsillo, los deja muy libres, seguro de que no se le escaparán. Esta es su manera de obrar para con un pecador que no piensa en salir del pecado: no se molesta en tentarlo; lo consideraría tiempo perdido, ya que no solamente no piensa en dejarlo, sino que refuerza cada día más las cadenas que le atan: sería pues inútil tentarle; déjale vivir en paz, si en alguna manera es compatible la paz con el pecado. Ocúltale, todo lo posible, el estado en que se halla, hasta la hora de la muerte, en que procura presentarle la pintura más espantosa de su vida, para sumirle en la desesperación. Mas, en cuanto una persona ha resuelto cambiar de vida para entregarse a Dios, entonces ya es otra cosa». Mientras San Agustín vivió en el desorden, ni se dió cuenta de lo que era ser tentado. Nos cuenta él mismo que se creía en paz; pero desde el momento en que quiso volver la espalda al demonio, fué preciso luchar con el maligno espíritu hasta rendirse de fatiga: lo cual duró nada menos que cinco años; derramó lágrimas las más amargas, practicó las más austeras penitencias. «Batíame con él, dice, en medio de las ligaduras que me sujetaban. Hoy reputábame victorioso, y mañana estaba otra vez rendido. Aquella guerra cruel y porfiada duró cinco años. Sin embargo — nos dice — hízome Dios la gracia de que saliese vencedor de mi enemigo» (1). Ved aún las luchas que hubo de sostener San Jerónimo cuando quiso entregarse a Dios, determinando visitar la Tierra Santa. Estando en Roma, concibió un nuevo deseo de trabajar por su salvación. Al dejar la ciudad de Roma, fué a sepultarse en un

(1) Véanse las *Confesiones* del Santo Doctor.

espantoso desierto, para entregarse a todo lo que su amor a Dios le inspirase. Entonces el demonio, previendo que su conversión sería la causa de muchas otras, parecía reventar de desesperación. No hubo género de tentación a que no le sometiese. No creo haya habido otro Santo más tentado que él. Oíd en qué términos escribía a uno de sus amigos (1): «Mi caro amigo, voy a comunicarte cuál es mi aflicción y el estado a que el demonio quiere reducirme. ¡Cuántas veces, en esta vasta soledad que los ardores del sol hacen insoportable, cuántas veces han venido a asaltarme los placeres de Roma! el dolor y la amargura de que está llena mi alma, hácenme derramar, noche y día, torrentes de lágrimas. Voy a ocultarme en los lugares más reservados para combatir mis tentaciones y llorar mis pecados. Mi cuerpo está totalmente desfigurado y cubierto de un áspero cilicio. No tengo otra cama que la tierra desnuda, ni otros alimentos que raíces crudas y agua, hasta cuando estoy enfermo. A pesar de tales rigores, mi cuerpo *acaricia aún el pensamiento* de los placeres infames de que Roma está infectada; mi espíritu se halla todavía en medio de aquellas bellas compañías donde tanto ofendí a Dios. Y, sin embargo, en este desierto al cual yo me he condenado para evitar el infierno, entre estas grutas sombrías donde sólo me acompañan escorpiones y bestias feroces, a pesar de todos los horrores de que estoy rodeado y atemorizado, mi espíritu abrasa en impuro fuego a mi cuerpo, muerto ya antes que yo; aun el demonio se atreve a ofrecerle placeres para deleitarse. Viéndome tan humillado por tentaciones cuyo solo pensamiento me hace morir de horror, no acertando a hallar otros rigores que ejercer contra mi cuerpo a fin de mantenerlo sumiso a Dios, me arrojo en tierra a los pies del cruci-

ξ

(1) *Epist.* 22.^a ad Eustochium.

fijo, regándolo con mis lágrimas, y cuando ellas me faltan, tomo un guijarro y con él golpeo mi pecho hasta que la sangre sale por la boca, clamando misericordia hasta que el Señor tenga piedad de mí. ¿Quién podrá comprender cuán miserable sea mi estado, deseando yo tan ardientemente agradar a Dios y servirle a El sólo? ¡Qué dolor para mí, al verme continuamente inclinado a ofenderle! Ayúdame, amigo querido, con el auxilio de tus oraciones, a fin de que sea yo más fuerte para rechazar al demonio, que ha jurado mi eterna perdición.»

Ya veis, H. M., a qué luchas permite Dios queden expuestos sus grandes santos. ¡Ay, H. M. ! ¡ cuán dignos seremos de compasión, si no nos vemos fuertemente atacados por el demonio ! Entonces, según todas las apariencias, somos los amigos del maligno espíritu : él nos deja vivir en una falsa paz, nos adormece bajo el pretexto de que hicimos ya algunas oraciones, algunas limosnas, de que hemos cometido muchos menos pecados que otros. Según tal modo de discurrir o ver las cosas, H. M., si preguntáis a ese *parroquiano* de la taberna si el demonio le tienta, os responderá sencillamente que no, que nada le inquieta. Interrogad a esa joven vanidosa cuáles son sus luchas, y os contestará riendo que no sostiene ninguna, ignorando totalmente en qué consiste ser tentado. Esta es, H. M., la tentación más espantosa de todas : no ser tentado ; este es el estado de aquellos que el demonio guarda para el infierno. Me atreveré a deciros que se guarda bien de tentarlos ni atormentarlos acerca de su vida pasada, temiendo no abran los ojos ante sus pecados.

Repito, pues, H. M., que el peor mal para todo cristiano, es el no ser tentado, ya que da lugar a creer que el demonio le considera ya cosa suya, y aguarda sólo la hora de la muerte para arrastrarle al infierno. Lo cual es muy verosímil. Observad a un cristiano que

mire algo por la salvación de su alma : todo cuanto le rodea le incita al mal ; a pesar de todas sus oraciones y penitencias, muchas veces apenas puede levantar sus ojos sin ser tentado ; y en cambio, un empedernido pecador, quien tal vez se habrá arrastrado o revolcado por espacio de veinte años o más en el lodazal de sus torpezas, dirá que no es tentado. ¡ Tanto peor, amigo mío, tanto peor ! Esto es precisamente lo que debe hacerle temblar, pues ello indica que no conoces las tentaciones ; decir que no eres tentado, es como afirmar que no existe el demonio, o bien que ha perdido toda su rabia contra los cristianos. « Si no experimentáis tentación alguna, dice San Gregorio, es porque los demonios son vuestros amigos, vuestros pastores y vuestros guías ; mientras os dejan pasar con tranquilidad vuestra pobre vida, al fin de vuestros días os arrastrarán a los abismos. » San Agustín nos dice que la mayor tentación es no sufrir tentación, puesto que ello equivale a ser reprobado, abandonado de Dios y entregado al desorden de las pasiones.

II. — Hemos dicho, en segundo lugar, que la tentación nos es absolutamente necesaria para sostenernos en la humildad y en la desconfianza de nosotros mismos, así como para obligarnos a recurrir al Señor. Leemos en la historia que, viéndose un solitario muy fuertemente tentado, oyó a su superior que le decía : « ¿ Quieres, amigo mío, que pida a Dios te libre de tus tentaciones ? — No, padre mío, contestó el solitario, puesto que ello contribuye a que nunca me aparte de la presencia de Dios, toda vez que tengo continua necesidad de acudir a El para que me ayude a luchar. » Aunque sea cosa muy humillante el ser tentado, sin embargo podemos decir, H. M., que ello es el signo más seguro de que andamos por el camino de salvación. A nosotros no nos queda más que luchar con va-

lentía, puesto que la tentación es tiempo de siega. Ved de ello un claro ejemplo. Leemos en la historia que una santa, de tal modo se veía atormentada por el demonio, que llegó a creerse reprobada. Apareciósele el Señor para consolarla y la dijo que había logrado mayor ganancia espiritual durante aquella prueba que no durante las demás épocas de su vida. San Agustín nos dice que, sin las tentaciones, todo cuanto hacemos nos serviría de escaso mérito; lejos, pues, de inquietarnos en nuestras tentaciones, hemos de dar gracias a Dios y combatir con valor, ya que tenemos la seguridad de salir siempre vencedores, y de que Nuestro Señor nunca permitirá al demonio tentarnos más allá de nuestras fuerzas.

Y es, además, muy cierto, H. M., que no debemos esperar que cesen las tentaciones sino con nuestra muerte; siendo el demonio un espíritu, nunca se cansa: después de habernos tentado durante cien mil años, quedará con los mismos bríos del primer día. No debemos forjarnos la ilusión de que lograremos vencer al demonio o huir de él, para dejar de ser tentados; pues el gran Orígenes nos dice que los demonios son tan numerosos, que exceden a los átomos que revolotean en el aire, y a las gotas de agua que contenidas en los mares, con lo cual viene a significarnos que su número es infinito. Nos dice también San Pedro: «Vigilad constantemente, pues el demonio está rondando cerca de vosotros como león rugiente, que busca a quién devorará» (1). Y el mismo Jesucristo nos dice: «Orad sin cesar, para que no caigáis en la tentación» (2); es decir, que el demonio nos acecha en todas partes. De manera que precisa contar con que, en cualquier parte

(1) *Vigilate: quia adversarius vester diabolus tamquam leo rugiens circuit, quaerens quem devoret* (I Petr., V, 8).

(2) *Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem* (Matth., XXVI, 41).

o en cualquier estado que nos hallemos, nos acompañará la tentación. Ved a aquel santo varón totalmente cubierto de llagas, o mejor, ya podrido; el demonio no deja de tentarle por espacio de siete años; a Santa María Egipciaca, la tienta por espacio de nueve años; a San Pablo, durante toda su vida, es decir, desde el momento en que comenzó a entregarse a Dios. Nos dice San Agustín, para consolarnos, que el demonio es un gran perro encadenado, que acosa, que mete mucho ruido, pero que solamente muerde a los que se le acercan demasiado. Un santo sacerdote se encontró con un joven que se hallaba muy inquieto; y le preguntó por qué se preocupaba tanto. ¡Ay! padre mío, le contestó, es que temo ser tentado y caer. Si te sientes tentado, le dijo el sacerdote, haz la señal de la cruz, y eleva el corazón a Dios; si el demonio continúa, continúa tú también, y ten por seguro que no mancillarás tu alma. Mirad lo que hizo San Macario, un día que, al volver de procurarse material para hacer unas esteras, encontró por el camino a un demonio que le perseguía con una guadaña de fuego en la mano para matarle y destrozarle. San Macario, sin atemorizarse, elevó su corazón a Dios. El demonio huyó furioso exclamando: «¡Ah! Macario, ¡cuánto me haces sufrir al defenderte para que no te maltrate! Sin embargo, todo cuanto haces, lo hago yo también. Si tú velas, yo no duermo; si tú ayunas, yo no como nunca; solamente hay una cosa que tú tienes y yo no. Preguntóle el Santo qué cosa era aquélla; y le contestó: «Es la humildad»; y al punto desapareció. Sí, H. M., la humildad es una virtud formidable para el demonio. También vemos que San Antonio, al ser tentado, no hacía más que humillarse profundamente, diciendo a Dios: «Dios mío, tened piedad de este gran pecador»; al momento el demonio emprendía la fuga.

III. — Hemos dicho, en tercer lugar, que el demonio se precipita contra aquellos que más fuertemente han tomado a pechos su salvación, y los persigue continuamente y con toda energía, siempre con la esperanza de vencerles: ved de ello un ejemplo. Refiérese que un joven solitario había, ya desde muchos años, abandonado el mundo para no pensar más que en la salvación de su alma. Tornóse por ello tan furioso el demonio, que al pobre joven le pareció que todo el infierno se le arrojaba encima. Nos dice Casiano, que es quien refiere este ejemplo, que a este solitario, viéndose importunado por tentaciones de impureza, después de muchas lágrimas y penitencias, se le acudió salir al encuentro de otro solitario, anciano, para consolarse, confiando en que le proporcionaría remedios para vencer mejor a su enemigo, y proponiéndose a la vez encomendarse en sus oraciones. Mas acaeció cosa muy distinta: aquel viejo, que había pasado su vida casi sin lucha interior, lejos de consolar al joven, manifestó una gran sorpresa al oír la narración de sus tentaciones, le reprendió con aspereza, dirigióle palabras duras, llamándole infame, desgraciado, diciéndole que era indigno de llevar el nombre de solitario, toda vez que le sucedían semejantes cosas. El pobre joven se marchó muy desanimado, teniéndose ya por perdido y condenado, y abandonándose a la desesperación. Decíase a sí mismo: «Puesto que estoy condenado, ya no tengo necesidad de resistir ni luchar; preciso me es abandonarme a todo lo que quiera el demonio; sin embargo, Dios sabe que he dejado el mundo solamente para amarle y salvar mi alma. ¿Por qué, Dios mío — decía él en su desesperación — me habéis dado tan escasas fuerzas? Vos sabéis que yo quiero amaros, puesto que tengo tanto temor y pena de desagradaros; y, con todo, ¡no me dais la fuerza necesaria y me dejáis caer! Ya que todo está

perdido para mí, ya que no tengo los medios de salvarme, me vuelvo otra vez al mundo».

Como, en su desesperación, se dispusiese ya a abandonar su soledad, Dios hizo conocer el estado de su alma a un santo abad que moraba en el mismo desierto, llamado Apolonio, el cual tenía gran fama de santidad. Este solitario salió al encuentro del joven; al verle tan conturbado, acercóse a él y le preguntó con gran dulzura qué le acontecía, y cuál era la causa de su aturdimiento y de la tristeza que su aspecto revelaba. Mas el pobre joven estaba tan profundamente abismado en sus pensamientos, que no le respondió palabra. El santo abad, que veía claramente el desorden de su alma, le instó tanto a decirle qué cosa era lo que así le agitaba, por qué motivo salía de la soledad, y cuál era el objeto que se proponía en su marcha, que, viendo cómo su estado era adivinado por el santo abad, a pesar de que él lo ocultaba con gran cuidado, aquel joven, derramando lágrimas en abundancia y deshaciéndose en conmovedores sollozos, habló así: «Vuélvome al mundo, porque estoy condenado; ya no tengo esperanza alguna de poderme salvar. Fui a aconsejarme con un anciano que quedó muy escandalizado de mi vida. Puesto que soy tan desgraciado y no puedo agradar a Dios, he resuelto abandonar mi soledad para reintegrarme al mundo, donde voy a entregarme a cuanto quiera el demonio. No obstante, he derramado muchas lágrimas, para no ofender a Dios; yo bien quería salvarme, y tenía a gran gusto hacer penitencia; mas no me siento con fuerzas bastantes, y no voy ya más allá». Al oírle hablar y llorar así, el santo abad, mezclando sus lágrimas con las del joven, le dijo: «¡Ah! amigo mío, ¿no acertáis a ver que, lejos de haber sido tentado de tal manera porque ofendisteis a Dios, es precisamente porque le sois muy agradable? Consolaos, amigo querido, y re-

cobrad vuestro valor ; el demonio os creía vencido, mas, por el contrario, vos le venceréis ; a lo menos hasta mañana regresad a vuestra celda. No os desaniméis, amigo mío ; yo mismo experimento cada día tentaciones como las vuestras. No hemos de contar exclusivamente con nuestras fuerzas, sino con la misericordia de Dios ; voy ayudaros en la lucha orando también con vos. ¡ Oh, amigo mío ! Dios es tan bueno que no puede abandonarnos al furor de nuestros enemigos sin darnos las fuerzas suficientes para vencer ; es El, querido amigo, quien me envía para consolaros y anunciaros que no os perderéis : seréis libertado». Aquel pobre joven, ya del todo consolado, regresó a su soledad, y arrojándose en brazos de la divina misericordia, exclamó : «Creía, oh Dios mío, que os habíais retirado de mí para siempre».

Mientras tanto, Apolonio se fué junto a la celda de aquel anciano que tan mal recibiera al pobre joven, y postrándose con la faz en tierra, dijo : «Señor, Dios mío, Vos conocéis nuestras debilidades : librad, si os place, a aquel joven de las tentaciones que le desaniman ; ¡ ya veis las lágrimas que ha derramado a causa de la pena que experimentaba por haberos ofendido ! Haced que sufra la misma tentación este anciano, a fin de que aprenda a tener compasión de aquellos a quienes Vos permitís que sean tentados». Apenas hubo acabado su oración cuando vió al demonio en figura de un asqueroso negrito, lanzando una flecha de fuego impuro a la celda del anciano, quien, no bien hubo sentido toda la fuerza del golpe, cuando fué presa de una espantosa agitación, la cual no le daba lugar a descanso. Levantábase, salía, volvía a entrar. Después de pasado un tiempo en tales angustias, pensando al fin que jamás podría combatir con ventaja, imitando al joven solitario, tomó la resolución de abandonarse al mundo, puesto que no podía resistir ya más al demonio ; des-

pidióse de su celda y partió. El santo abad, que le observaba sin que el otro se diese cuenta (Nuestro Señor le hizo conocer que la tentación del joven había pasado al viejo), acercósele y preguntóle dónde iba y de dónde venía con una tal agitación que le hacía olvidar la gravedad propia de sus años; insinuóle que sin duda sentiría alguna inquietud tocante a la salvación de su alma. El anciano vió muy bien que Dios hacía conocer al abad lo que pasaba en su interior. «Volveos, amigo mío, le dijo el santo, tened presente que esta tentación os ha venido en vuestra vejez a fin de que aprendáis a compadeceros de vuestros hermanos tentados, y a consolarlos en sus dolencias espirituales. Habíais desanimado a aquel pobre joven que vino a comunicar sus penas; en vez de consolarle, ibais a sumirle en la desesperación; sin una gracia extraordinaria, estaría irremisiblemente perdido. Sabed, padre mío, que el demonio había declarado una guerra tan porfiada y cruel al pobre joven, porque adivinaba en él grandes disposiciones para la virtud, lo que le inspiraba un gran sentimiento de celos y de envidia, a más de que una tan firme virtud solamente podía ser vencida mediante una tentación tan firme y violenta. Aprended a tener compasión de los demás, a darles la mano para impedir que caigan. Sabed que si el demonio os ha dejado tranquilo, a pesar de tantos años de retiro, es porque veía en vos poca cosa buena: en lugar de tentaros, os desprecia.»

Este ejemplo nos muestra claramente cómo, lejos de desanimarnos al vernos tentados, hemos de experimentar consuelo y hasta regocijarnos, puesto que solamente son tentados con porfía aquellos de los cuales el demonio prevé que con su manera de vivir habrían de ganar el cielo. Por otra parte, H. M., hemos de quedar persuadidos de que es imposible querer agradar a Dios y salvar el alma sin ser tentados. Mirad a Jesucristo:

El, que era la misma santidad, después de haber ayunado cuarenta días con sus noches, también fué tentado y arrebatado dos veces por el demonio (1).

Yo no sé, H. M., si alcanzáis a comprender lo que es tentación. No sólo son tentación los pensamientos de impureza, de odio, de venganza, sino además todas las molestias que nos sobrevengan : tales como una enfermedad en que nos sentimos movidos a quejarnos ; una calumnia que se nos levanta ; una injusticia que se hace contra nosotros ; una pérdida de bienes, el morirsenos el padre, la madre, un hijo. Si nos sometemos gustosos a la voluntad de Dios, entonces no sucumbimos a la tentación, pues el Señor quiere que suframos aquello por su amor ; mientras que, por otra parte, el demonio hace cuanto puede para inducirnos a murmurar contra Dios. Mas ved ahora cuáles sean las tentaciones más dignas de temerse y que pierden mayor número de almas de lo que se cree : son los pequeños pensamientos de amor propio, los pensamientos acerca de la propia estimación, los pequeños aplausos para todo cuanto se hace, el gusto que nos causa lo que de nosotros se dice. Reproducimos todo esto infinidad de veces en nuestra mente, nos gusta ver las personas a quienes hemos favorecido, pareciéndonos que ellas lo tienen siempre presente y que forman de nosotros buena opinión ; nos sentimos satisfechos cuando alguien se encomienda en nuestras oraciones ; estamos ávidos de saber si se ha alcanzado lo que para los demás hemos pedido a Dios. Sí, H. M., esta es una de las más rudas tentaciones del demonio ; por esto os digo que debemos vigilar mucho sobre nosotros mismos, pues el demonio es muy astuto ; y tal consideración debe llevarnos a pedir a Dios, todos los días por la mañana, que nos otorgue la gracia de conocer bien cuándo el demonio se acerca a nosotros

(1) Matth., IV.

para tentarnos. ¿Por qué cometemos el mal con tanta frecuencia sin darnos cuenta de nuestros yerros hasta después de cometidos? Pues por no haber por la mañana suplicado a Dios esta gracia, o por habérsela pedido mal.

Finalmente, H. M., digo que hemos de luchar valerosamente, y no cual lo hacemos: decimos que *no* al demonio, mientras le tendemos la mano. Mirad a San Bernardo cuando, estando de viaje y mientras descansaba en su cuarto, fué por la noche a su encuentro una desgraciada mujer para inducirle a pecar; púsose él a gritar, pidiendo auxilio; volvió ella hasta tres veces, mas fué vergonzosamente rechazada por el Santo. Ved lo que hizo San Martiniano, cuando una mujer de mala vida quiso tentarle. Mirad a Santo Tomás de Aquino, a quien se le presentó una joven en su habitación para inducirle a pecar: tomó un tizón encendido y la echó vergonzosamente de su presencia. Ved lo que hizo San Benito, quien, al ser tentado una vez, fué a arrojarle a un estanque helado, y se sumergió hasta la garganta. Otros (1) se revolcaron sobre espinas. Refiérese de un santo (2) que, al ser un día tentado, fué a un pantano donde había muchísimas avispas, las cuales se echaron sobre él y dejaron su cuerpo como cubierto de lepra; al regresar, el superior le conoció sólo por la voz, y le preguntó ¿por qué se había puesto en tal estado? «Es, respondió él, que mi cuerpo quería perder a mi alma: he aquí por qué lo he reducido a tal estado.»

¿Qué debemos sacar en conclusión de todo esto, H. M.? Vedlo aquí: 1.º No hemos de forjarnos la ilusión de que vamos a quedar libres de tentaciones que, de una u otra manera, nos atormenten mientras viva-

(1) San Benito y San Francisco de Asís.

(2) San Macario de Alejandría.

mos ; por consiguiente es preciso combatir hasta la muerte. 2.º Apenas nos sintamos tentados, hemos de recurrir pronto a Dios, y no cesar de pedir su auxilio mientras dure la tentación, puesto que, si el demonio persevera en tentarnos, es siempre con la esperanza de hacernos sucumbir. En tercer lugar, hemos de huir de todo cuanto sea capaz de movernos a tentación, a lo menos en cuanto nos sea posible, y además no perder nunca de vista el hecho de que los ángeles malos fueron tentados una sola vez y de aquella tentación vino su caída en el infierno. Es necesario tener mucha humildad, sin confiar jamás en que, con solas nuestras fuerzas, podamos escaparnos de sucumbir, sino que únicamente ayudados por la gracia divina estaremos exentos de caer. Dichoso, H. M., el que a la hora de la muerte podrá decir como San Pablo : «He combatido mucho, pero, con la gracia de Dios, he vencido ; por esto espero alcanzar la corona de gloria que el Señor otorga al que le ha sido fiel hasta la muerte» (1). Esta es la gracia que os deseo...

(1) II Timot., IV, 8

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

SOBRE LA LIMOSNA (1)

Date eleemosynam, et ecce omnia munda sunt vobis.

Haced limosnas, y os serán borrados vuestros pecados.

(S. Luc., XI, 41).

¿Qué cosa podremos imaginarnos más consoladora para un cristiano que tuvo la desgracia de pecar, H. M., que el hallar un medio tan fácil de satisfacer a la justicia de Dios por sus pecados? Jesucristo, nuestro divino Salvador, sólo piensa en nuestra felicidad, y no ha despreciado medio para proporcionárnosla. Sí, H. M., por la limosna podemos fácilmente rescatarnos de la esclavitud de los pecados y atraer sobre nosotros y sobre todas nuestras cosas las más abundantes bendiciones del cielo; mejor dicho, H. M., por la limosna podemos librarnos de caer en las penas eternas. ¡Oh, H. M.! ¡cuán bueno es un Dios que con tan poca cosa se contenta!

H. M., a haberlo querido Dios, todos seríamos iguales. Mas no fué así, pues previó que, por nuestra soberbia, no habríamos resistido a someternos unos a otros. Por esto puso en el mundo ricos y pobres, para que unos a otros nos ayudáramos a salvar nuestras almas. Los pobres se salvarán sufriendo con paciencia su pobreza y pidiendo con resignación el auxilio de los ricos. Los ricos, por su parte, hallarán modo de satisfacer

(1) Este sermón es inédito.

por sus pecados, teniendo compasión de los pobres y aliviándolos en lo posible. Ya veis pues, H. M., cómo de esta manera todos nos podemos salvar. Si es un deber de los pobres sufrir pacientemente la indigencia e implorar con humildad el socorro de los ricos, es también un deber indispensable de los ricos dar limosna a los pobres, sus hermanos, en la medida de sus posibilidades, ya que de tal cumplimiento depende su salvación. Pero será muy aborrecible a los ojos de Dios aquel que ve sufrir a su hermano, y, pudiendo aliviarle, no lo hace. Para animaros a dar limosna, siempre que vuestras posibilidades lo permitan, y a darla con pura intención, solamente por Dios, voy ahora a mostraros : 1.º cuán poderosa sea la limosna ante Dios para alcanzar cuanto deseamos ; 2.º cómo la limosna libra, a los que la hacen, del temor del juicio final ; 3.º cuán ingratos seamos al mostrarnos ásperos para con los pobres, ya que, al despreciarlos, es al mismo Jesucristo a quien menospreciamos.

I. — Sí, H. M., bajo cualquier aspecto que consideremos la limosna, hallaremos ser ella de un valor tan grande que resulta imposible haceros comprender todo su mérito ; solamente el día del juicio final llegaremos a conocer todo el valor de la limosna. Si queréis saber la razón de esto, aquí la tenéis : podemos decir que la limosna sobrepuja a todas las demás buenas acciones, porque una persona caritativa posee ordinariamente todas las demás virtudes.

Leemos en la Sagrada Escritura que el Señor dijo al profeta Isaías : «Vete a decir a mi pueblo que me han irritado tanto sus crímenes que no estoy dispuesto a soportarlos por más tiempo : voy a castigarlos perdiéndolos para siempre jamás». Presentóse el profeta en medio de aquel pueblo reunido en asamblea, y dijo : «Escucha, pueblo ingrato y rebelde, he aquí lo que

dice el Señor tu Dios : Tus crímenes han excitado de tal manera mi furor contra tus hijos, que mis manos están llenas de rayos para aplastaros y perderos para siempre. Ya veis, les dice Isaías, que os halláis sin saber a dónde recurrir ; en vano elevaréis al Señor vuestras oraciones, pues El se tapará los oídos para no escucharlas ; en vano lloraréis, en vano ayunaréis, en vano cubriréis de ceniza vuestras cabezas, pues El no volverá a vosotros sus ojos ; si os mira, será en todo caso para *destruiros*. Sin embargo, en medio de tantos males como os afligen, oíd de mis labios un consejo : seguirlo, será de gran eficacia para ablandar el corazón del Señor, de tal suerte que podréis en alguna manera forzarle a ser misericordioso para con vosotros. Ved lo que debéis hacer : dad una parte de vuestros bienes a vuestros hermanos indigentes ; dad pan al que tiene hambre, vestido al que está desnudo, y veréis cómo súbitamente va a cambiarse la sentencia contra vosotros pronunciada». En efecto, en cuanto hubieron comenzado a poner en práctica lo que el profeta les aconsejara, el Señor llamó a Isaías, y le dijo : «Profeta, ve a decir a los de mi pueblo, que me han vencido, que la caridad ejercida con sus hermanos ha sido más potente que mi cólera. Diles que los perdono y que les prometo mi amistad». Oh hermosa virtud de la caridad, ¿eres hasta poderosa para doblegar la justicia de Dios? Mas ¡ay! ¡cuán desconocida eres de la mayor parte de los cristianos de nuestros días! Y ¿a qué es ello debido, H. M.? Proviene de que estamos demasiado aferrados a la tierra, solamente pensamos en la tierra, como si sólo viviésemos para este mundo y hubiésemos perdido de vista, y no los apreciásemos en lo que valen, los bienes del cielo.

Vemos también que los santos la estimaron hasta tal punto la caridad para con los demás, que tuvieron por imposible salvarse sin ella.

En primer término os diré que Jesucristo, que en todo quiso servirnos de modelo, la practicó hasta lo sumo. Si abandonó la diestra de su Padre para bajar a la tierra, si nació en la más humilde pobreza, si vivió en medio del sufrimiento y murió en el colmo del dolor, fué porque a ello le llevó la caridad para con nosotros. Viéndonos totalmente perdidos, su caridad le condujo a realizar todo cuanto realizó, a fin de salvarnos del abismo de males eternos en que nos precipitara el pecado. Durante el tiempo que moró en la tierra, vemos su corazón tan abrasado de caridad, que, al hallarse en presencia de enfermos, muertos, débiles o necesitados, no podía pasar sin aliviarlos o socorrerlos. Y aun iba más lejos: movido por su inclinación hacia los desgraciados, llegaba hasta el punto de realizar en su provecho grandes milagros. Un día, al ver que los que le seguían para oír sus predicaciones estaban sin alimentos, con cinco panes y algunos peces alimentó, hasta saciarlos, a cuatro mil hombres sin contar a los niños y a las mujeres; otro día alimentó cinco mil. No se detuvo aún aquí. Para mostrarles cuánto se interesaba por sus necesidades, dirigióse a sus apóstoles, diciendo con el mayor afecto y ternura: «Tengo compasión de ese pueblo que tantas muestras de adhesión me manifiesta; no puedo resistir más: voy a obrar un milagro para socorrerlos. Temo que, si los despidio sin darles de comer, van a morir de hambre por el camino. Haced que se sienten; distribuidles estas pocas provisiones; mi poder suplirá a su insuficiencia» (1). Quedó tan contento con poderlos aliviar, que llegó a olvidarse de sí mismo. ¡Oh, virtud de la caridad, cuán bella eres, cuán abundantes y preciosas son las gracias que traes aparejadas! Hasta vemos cómo los santos del Antiguo Testamento parecían prever ya cuán apreciada sería

(1) Matth., XV, 32-38.

del Hijo de Dios esta virtud, y así podemos observar cómo muchos de ellos ponen su dicha y emplean todo el tiempo de su vida en ejercitar tan hermosa y amable virtud. Leemos en la Sagrada Escritura que Tobías, santo varón que había sido desterrado de su tierra por causa de la cautividad de Siria (1), ponía el colmo de su gozo en practicar la caridad para con los desgraciados. Por la mañana y por la noche, distribuía entre sus hermanos pobres todo cuanto tenía, sin reservarse nada para sí. Unas veces se le veía junto a los enfermos exhortándolos a padecer y a conformarse con la voluntad de Dios, y mostrándoles cuán grande iba a ser su recompensa en el cielo; otras veces veíasele desprenderse de sus propios vestidos para darlos a los pobres sus hermanos. Cierto día se le dijo que había fallecido un pobre, sin que nadie se prestase a darle sepultura. Estaba comiendo y se levantó al momento, cargóselo sobre sus hombros y lo llevó al lugar donde tenía que ser sepultado. Cuando creyó llegado el fin de su vida, llamó a su hijo junto al lecho de muerte: «Hijo mío, le dijo, creo que dentro de poco el Señor va a llevarseme de este mundo. Antes de morir tengo que recomendarte una cosa de gran importancia. Prométeme, hijo mío, que la observarás. Da limosna todos los días de tu vida; no desvíes jamás tu vista de los pobres. Haz limosna según la medida de tus posibilidades. Si tienes mucho, da mucho, si tienes poco, da poco, pero pon siempre el corazón en tus dádivas y da además con alegría. Con ello acumularás grandes tesoros para el día del Señor. No olvides jamás que la limosna borra nuestros pecados y preserva de caer en otros muchos. El Señor ha prometido que un alma caritativa no caerá en las tinieblas del infierno, donde no hay ya lugar a la misericordia. No, hijo mío, no desprecies jamás a los pobres, ni ten-

(1) En Asiria.

gas tratos con los que los menosprecian, pues el Señor te perdería. La casa, le dijo, del que da limosna, pone sus cimientos sobre la dura piedra que no se derrumbará nunca, mientras que la del que se resiste a dar limosnas será una casa que caerá por la debilidad de sus cimientos»; con lo cual nos quiere manifestar, H. M., que una casa caritativa jamás será pobre, y, por el contrario, que aquellos que son duros para con los indigentes perecerán junto con sus bienes.

El profeta Daniel nos dice: «Si queremos inducir al Señor a olvidar nuestros pecados, hagamos limosna, y en seguida el Señor los borrará de su memoria». Habiendo el rey Nabucodonosor tenido un sueño que le aterrizó, llamó ante su presencia al profeta Daniel y le suplicó le interpretara aquel sueño. Díjole el profeta: «Príncipe, vais a ser echado de la compañía de los hombres, comeréis hierbas como una bestia, el rocío del cielo mojará vuestro cuerpo y permaneceréis siete años en tal estado, a fin de que reconozcáis que todos los reinos pertenecen a Dios, que los entrega y los quita a quien le place. Príncipe, añadió el profeta, he aquí el consejo que voy a daros: satisfaced por vuestros pecados mediante la limosna, y libraos de vuestras inquietudes mediante las buenas obras que realicéis en favor de los desgraciados». En efecto, el Señor dejóse conmover de tal manera por las limosnas y por todas las buenas obras que hizo el rey en favor de los pobres, que le devolvió el reino y le perdonó sus pecados (1).

Vemos también que, en los primeros tiempos del cristianismo, parecía que los fieles solamente se com-

(1) El libro de Daniel no habla de que Nabucodonosor hiciera limosnas y buenas obras, sino solamente de que, después de los siete años de castigo predichos por el profeta, el rey elevó sus ojos al cielo, bendijo al Altísimo y exaltó su eterna omnipotencia, y entonces recobró el sentido y fué repuesto en su reino (Dan., IV).

placían en poseer bienes para tener el gusto de entregarlos a Jesucristo en la persona de los pobres; leemos en los Actos de los Apóstoles que su caridad era tan grande, que nada querían poseer en particular. Muchos vendían sus bienes para dar el dinero a los indigentes (1). Nos dice San Justino: «Mientras no tuvimos la dicha de conocer a Jesucristo, siempre estábamos con el temor de que el pan nos faltase; mas desde que tenemos la suerte de conocerle, ya no amamos las riquezas. Si nos reservamos algunas, es para hacer participantes de ellas a nuestros hermanos pobres; y ahora que sólo buscamos a Dios, vivimos mucho más contentos».

Escuchad lo que el mismo Jesucristo nos dice en el Evangelio: «Si dais limosnas, yo bendeciré vuestros bienes de un modo especial. Dad, nos dice, y se os dará; si dais en abundancia, se os dará también en abundancia» (2). El Espíritu Santo nos dice por boca del Sabio: «¿Queréis haceros ricos? Dad limosna, ya que el seno del indigente es un campo tan fértil que rinde ciento por uno» (3). San Juan, conocido con el sobrenombre de «el Limosnero», por razón de la gran caridad que por los pobres sentía, nos dice que cuanto más daba, más recibía: «Un día, refiere él, encontré a un pobre sin vestido, y le entregué el que yo llevaba. En seguida una persona me facilitó medios con que proporcionarme muchos». El Espíritu Santo nos dice que quien desprecie al pobre será desgraciado todos los días de su vida (4).

El santo rey David nos dice: «Hijo mío, no permitas que tu hermano muera de miseria si tienes algo para darle, ya que el Señor promete una abundante ben-

(1) Act., II, 44-45.

(2) Luc., VI, 38.

(3) Prov., XXIX, 15.

(4) Ibid., XVII, 5.

dición al que alivie al pobre, y El mismo atenderá a su conservación» (1). Y añade después, que a aquellos que sean misericordiosos para con los pobres, el Señor los librará de tener desgraciada muerte (2). Vemos de ello un ejemplo elocuente en la persona de la viuda de Sarepta. El Señor enviola el profeta Elías para que la socorriese en su pobreza, mientras dejó que todas las viudas de Israel padeciesen los rigores del hambre. ¿Queréis saber la razón de ello? «Es porque — dice el Señor a su profeta — ella había sido caritativa todos los días de su vida.» Y el profeta dijo a la viuda: «Tu caridad te mereció una muy especial protección de Dios; los ricos, con todo su dinero, perecerán de hambre; mas ya que fuiste tan caritativa para con los pobres, serás aliviada, pues tus provisiones no disminuirán hasta que termine el hambre general» (3).

II. — Hemos dicho, en segundo lugar, que aquellos que habrán practicado la limosna, no temerán el juicio final. Es muy cierto que aquellos momentos serán terribles: el profeta Joel lo llama el día de las venganzas del Señor, día sin misericordia, día de espanto y desesperación para el pecador (4). «Mas, nos dice este Santo, ¿queréis que aquel día deje de ser para vosotros de desesperación y se convierta en día de consuelo? Dad limosna y podéis estar tranquilos.» Otro santo nos dice: «Si no queréis temer el juicio, haced limosnas y seréis bien recibidos por parte de vuestro juez». Después de esto, H. M., ¿no podremos decir que nuestra salvación depende de la limosna? En efecto, Jesucristo, al anunciar el juicio a que nos

(1) Beatus qui intelligit super egenum et pauperem: in die mala liberabit eum Dominus (Ps. XI., 1).

(2) Ps. CXI, 7.

(3) III Reg., XVII.

(4) Joel., II, 2.

habrá de someter, habla únicamente de la limosna, y de que dirá a los buenos : «Tuve hambre, y me disteis de comer ; tuve sed, y me disteis de beber ; estaba desnudo, y me vestisteis ; estaba encarcelado, y me visitasteis. Venid a poseer el reino de mi Padre, que os está preparado, desde el principio del mundo». En cambio, dirá a los pecadores : «Apartaos de mí, malditos : tuve hambre, y no me disteis de comer ; tuve sed, y no me disteis de beber ; estaba desnudo, y no me vestisteis ; estaba enfermo y encarcelado, y no me visitasteis». «Y ¿ en qué ocasión, le dirán los pecadores, dejamos de practicar para con Vos todo lo que decís?» «Cuantas veces dejasteis de hacerlo con los ínfimos de los míos que son los pobres» (1). Ya veis, pues, H. M., cómo todo el juicio versa sobre la limosna.

¿ Os admira esto tal vez? Pues, H. M., no es ello difícil de entender. Esto proviene de que quien está adornado del verdadero espíritu de caridad, sólo busca a Dios y no quiere otra cosa que agradarle, posee todas las demás virtudes en un alto grado de perfección, según vamos a ver ahora. No cabe duda que la muerte causa espanto a los pecadores y hasta a los más justos, a causa de la terrible cuenta que habremos de dar a Dios, quien en aquel momento no dará lugar a la misericordia. Este pensamiento hacía temblar a San Hilarión, el cual por espacio de más de setenta años estuvo llorando sus pecados ; y a San Arsenio, que había abandonado la corte del emperador para dejar consumir su vida entre dos peñas y allí llorar sus pecados hasta el fin de sus días. Cuando pensaba en el juicio, temblaba todo su cuerpo achacoso. El santo rey David, al pensar en sus pecados, exclamaba : «¡ Ah ! Señor, no os acordéis más de mis pecados». Y nos dice además : «Repartid limosnas con vuestras riquezas y no teme-

(1) Matth., XXV.

réis aquel momento tan espantoso para el pecador». Escuchad al mismo Jesucristo cuando nos dice: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (1). Y en otra parte habla así: «De la misma manera que tratareis a vuestro hermano pobre, seréis tratados» (2). Es decir, que si habéis tenido compasión de vuestro hermano pobre, Dios tendrá compasión de vosotros.

Leemos en los Hechos de los Apóstoles que en Joppe había una viuda muy buena que acababa de morir. Los pobres corrieron en busca de San Pedro para rogarle la resucitara; unos le presentaban los vestidos que les había hecho aquella buena mujer, otros le mostraban otra dádiva (3). A San Pedro se le escaparon las lágrimas: «El Señor es demasiado bueno, les dijo, para dejar de concederos lo que le pedís». Entonces acercóse a la muerta, y le dijo: «Levántate, tus limosnas te alcanzan la vida por segunda vez». Ella se levantó, y San Pedro la devolvió a sus pobres. Y no serán solamente los pobres, H. M., los que rogarán por vosotros, sino las mismas limosnas, las cuales vendrán a ser como otros tantos protectores cerca del Señor que implorarán benevolencia en vuestro favor. Leemos en el Evangelio que el reino de los cielos es semejante a un rey que llamó a sus siervos para que rindiesen cuentas de lo que le debían. Presentóse uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué

(1) Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur (Matth., V, 7).

(2) In qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis (Ibid., VII, 2).

(3) El santo párroco parece indicar que San Pedro hallábase ya en Joppe. Según los Hechos (cap. IX), San Pedro estaba en una ciudad vecina a Joppe, en Lydda, donde dos mensajeros enviados por los fieles de Joppe, fueron a rogarle se trasladase a esta última ciudad para resucitar a la santa viuda llamada Tabhita. Entonces San Pedro los siguió, y en tal ocasión fué cuando le presentaron los vestidos confeccionados por Tabhita, y él volvió a llamar a la vida a aquella bienhechora de los pobres.

pagar, el rey mandó encarcelarle junto con toda su familia hasta que hubiese pagado cuanto le debía. Mas el siervo arrojóse a los pies de su señor y le suplicó por favor que le concediese algún tiempo de espera, que le pagaría tan pronto como le fuese posible. El señor, movido a compasión, le perdonó todo cuanto le debía. El mismo siervo, al salir de la presencia de su señor, encontróse con un compañero suyo que le debía cien dineros, y, abalanzándose a él, le sujetó por la garganta y le dijo: «Devuélveme lo que me debes». El otro le suplicó que le concediese algún tiempo para pagarle; mas él no accedió, sino que hizo meterle en la cárcel hasta que hubiese pagado. Irritado el señor por una tal conducta, le dijo: «Servidor malvado, ¿por qué no tuviste compasión de tu hermano como yo la tuve de ti?» (1).

Ved, H. M., cómo tratará Jesucristo en el día del juicio a los que se habrán manifestado bondadosos y misericordiosos para con sus hermanos los pobres, representados por la persona del deudor; ellos serán objeto de la misericordia del mismo Jesucristo; mas a los que habrán sido duros y crueles para con los pobres les acontecerá como a ese desgraciado, a quien el Señor, que es Jesucristo, mandó fuese atado de pies y manos y arrojado después a las tinieblas exteriores, donde sólo hay llanto y rechinar de dientes. Ya veis, H. M., cómo es imposible que se condene una persona verdaderamente caritativa.

III. — En tercer lugar, H. M., la razón que debe inducirnos a dar limosnas de todo corazón y con alegría, es el pensar que las damos al mismo Jesucristo. Leemos en la vida de Santa Catalina de Sena que, al encontrarse una vez con un pobre, le dió una cruz;

(1) Matth., XVIII.

en otra ocasión, dió su ropa a una pobre mujer. Algunos días después, apareciósele Jesucristo, y le manifestó haber recibido aquella cruz y aquella ropa que ella había puesto en manos de sus pobres, y que le habían complacido tanto que esperaba el día del juicio para mostrar aquellos presentes a todo el universo. San Juan Crisóstomo nos dice : «Hijo mío, da un mendrugo de pan a tu hermano pobre, y recibirás el paraíso ; da un poco, y recibirás mucho ; da los bienes perecederos, y recibirás los bienes eternos. Por los presentes que hicieres a Jesucristo en la persona de los pobres, recibirás una recompensa eterna ; da un poco de tierra, y recibirás el cielo». San Ambrosio nos dice que la limosna es casi un segundo bautismo y un sacrificio de propiciación que aplaca la cólera de Dios y nos ayuda a hallar gracia delante de El. Sí, H. M., y es tan cierto esto, que cuando damos algo, es al mismo Dios a quien lo damos.

Leemos en la vida de San Juan de Dios que un día encontróse con un pobre totalmente cubierto de llagas, y se hizo cargo de él para conducirlo al hospital que el Santo había fundado para albergar a los pobres. Una vez llegado allí, al lavarle los pies para colocarle después en su lecho, vió que los pies del pobre estaban agujereados. Admiróse el Santo, y alzando los ojos, reconoció al mismo Jesucristo, que se había transformado en la figura de un pobre para excitar su compasión. Y entonces el Señor le dijo : «Juan, estoy muy contento al ver el cuidado que te tomas por los míos y por los pobres.» En otra ocasión, halló a un niño muy miserable ; cargósele sobre sus hombros, y, al pasar cerca de una fuente, suplicó el niño que le bajase, pues estaba sediento y quería beber agua. Vió también que era el mismo Jesucristo, el cual le dijo : «Juan, lo que haces con mis pobres es cual si a mí lo hicieses».

Son tan agradables a Dios los servicios prestados a

los pobres y enfermos, que muchas veces se vió bajar a los ángeles del cielo para ayudar a San Juan a servir a sus enfermos con sus propias manos, los cuales desaparecieron después.

Leemos en la vida de San Francisco Javier que, yendo a predicar en un país de gentiles, halló en su camino a un pobre totalmente cubierto de lepra, y le dió limosna. Cuando hubo andado algunos pasos, arrepintiéndose de no haberle abrazado para manifestarle cuán de veras sentía sus penas. Volvióse para mirarle, y no vió a nadie: era un ángel que había tomado la forma de pobre. Decidme, ¡qué pesar espera en el día del juicio a aquellos que habrán abandonado y despreciado a los pobres, cuando Jesucristo les muestre cómo es a El mismo a quien hicieron la injuria! Mas también, H. M., ¡cuál será la alegría de aquellos que verán que todo el bien que hicieron a los pobres, es al mismo Jesucristo a quien lo hicieron! «Sí, les dirá Jesucristo, era a mí a quien fuisteis a visitar en la persona de ese pobre; era a mí a quien prestasteis tal servicio; aquella limosna que repartisteis en la puerta de vuestra casa, era a mí a quien la disteis.»

Es tan cierto todo esto, H. M., que se refiere en la historia que un santo Papa (1), todos los días sentaba a su mesa a doce pobres, en honor de los doce apóstoles. Viendo que un día había trece, preguntó al que estaba encargado de introducirlos por qué razón había trece, y no doce como le había encomendado. «Padre Santo, le dijo su administrador, yo no veo más que doce.» Mas él veía siempre trece. Preguntó entonces a sus comensales si veían doce o trece, y le contestaron que sólo veían doce. Después de la comida, tomó de la mano al que hacía trece: lo había distinguido, porque notó que de tiempo en tiempo cam-

(1) San Gregorio Magno.

biaba de color; condújole a sus habitaciones, y le preguntó quién era. Respondióle aquel hombre, que era un ángel que había tomado la figura de pobre; díjole también que ya había recibido de él una limosna cuando era religioso, y que Dios, en vista de su caridad, le había hecho encargo de que le guardase durante toda su vida, y le hiciese conocer cuanto debía practicar para portarse rectamente y procurar en todo el bien de su alma y la salvación de su prójimo. Ya veis, H. M., hasta qué punto recompensa Dios la caridad.

¿No nos autoriza todo esto para afirmar que nuestra salvación está íntimamente ligada con la limosna?

Ved lo que sucedió a San Martín yendo de camino. Encontró a un pobre en extremo miserable, cuya situación le conmovió tanto que, no teniendo con qué socorrerle, cortó la mitad de su capa y se la entregó. A la noche siguiente, apareciósele Jesús cubierto con aquella media capa de que se había desprendido, rodeado de una gran corte de ángeles, y le dijo: «Martín, que es todavía catecúmeno, me ha dado la mitad de su capa» (aunque San Martín se la había dado a un pobre viandante). No, H. M., no hallaremos ningún linaje de acciones en atención a las cuales haga Dios tantos milagros como a favor de las limosnas. Refiérese que, en cierta ocasión, un caballero halló a un pobre miserable y conmovióse tanto ante su miseria que llegó a derramar lágrimas. No tuvo necesidad de otras excitaciones para despojarse de su ropa exterior y dársela al pobre. Algunos días después, supo que el pobre había vendido aquel vestido, de lo cual tuvo pena el caballero. Estando en oración, decía a Jesús: «Dios mío, veo muy bien que no era merecedor ese pobre de llevarse mi vestido». Nuestro Señor apareciósele entonces sosteniendo aquel vestido en sus manos y le dijo: «¿Reconoces esta vestidura?» El caballero exclamó: «Ah, Dios mío, es

la misma que di al pobre». — «Ya ves, pues, cómo no se ha perdido, y cómo realmente me complaciste al entregármela en la persona de aquel indigente.»

Nos cuenta San Ambrosio que, mientras daba limosna a varios pobres, se encontró un día con un ángel mezclado entre ellos: el cual recibió la limosna sonriendo y desapareció. De una persona caritativa, por miserable que ella sea, podemos afirmar, H. M., que se pueden concebir grandes esperanzas de que se salvará. Leemos en los Hechos de los Apóstoles que, después de la Resurrección, Jesucristo aparecióse a San Pedro y le dijo: «Vete al encuentro del centurión Cornelio, pues sus limosnas han llegado hasta mí; ellas le merecieron su salvación». Fué San Pedro a ver a Cornelio, al cual halló en oración, y le dijo: «Tus limosnas han sido tan agradables a Dios, que El me envía para anunciarte el reino de los cielos, y para bautizarte» (1). Ya veis, H. M., cómo las limosnas del centurión fueron causa de que él y toda su familia fuesen bautizados.

Mas ved un ejemplo que os mostrará cuánto poder tiene la limosna para detener la justicia de Dios. Refiérese en la historia que el emperador Zenón tenía gran satisfacción en socorrer a los pobres, mas también era muy sensual y libertino, hasta el punto de haber rapado a la hija de una dama honesta y virtuosa y abusado de ella con gran escándalo del pueblo. Aquella pobre madre, desconsolada casi hasta la desesperación, iba con frecuencia al templo de Nuestra Señora a llorar los ultrajes que contra su hija se cometían: «Virgen Santísima, le decía ella, ¿no sois por ventura el refugio de los miserables, el asilo de los afligidos y la protectora de los débiles? ¿Cómo permitís, pues, esa opresión tan injusta, ese deshonor que cae sobre mi familia?» La Virgen Santísima se le apareció, y le

(1) Act., X.

dijo : «Has de saber, hija mía, que, desde hace mucho tiempo, mi Hijo habría tomado venganza de la injuria que se os hace ; mas ese emperador tiene una mano que sujeta a la de mi Hijo y detiene el curso de su justicia. Las limosnas que en gran abundancia reparte, le han preservado hasta el presente de recibir el merecido castigo».

Ya veis, H. M., cuán poderosa es la limosna para impedir que el Señor nos castigue a pesar de hacernos repetidamente merecedores de ello. San Juan el Limosnero, patriarca de Alejandría, nos refiere un ejemplo muy notable que le aconteció a él mismo. Dice el Santo que un día vió un grupo de pobres sentados, tomando el sol para mitigar los rigores del invierno ; se ocupaban en referirse mutuamente las casas cuyos moradores daban limosna y aquellas donde se les daba de mala gana o donde no recibían nunca nada. Hubieron de hablar de la casa de un mal rico que nunca les había dado la más insignificante limosna ; hablaban muy mal de él, cuando se levantó uno entre ellos y dijo que, si querían apostar algo, él iría a pedir limosna, con la seguridad de que algo recibiría.

Los demás le dijeron que no tenían inconveniente en apostar, mas que estuviese enteramente seguro de que nada iba a recibir, antes bien sería rechazado ; no habiendo dado nunca nada, no querría empezar entonces a desprenderse de algo. Mientras le aguardaban juntos, fuéese aquél a encontrar al rico y con gran humildad le pidió quisiese darle algo en nombre de Jesucristo. El rico se enfureció en gran manera, y no hallando a mano ninguna piedra para echársela encima, y viendo a su criado que venía de casa el panadero a hacer provisión de pan para sus perros, tomó un pan con gran furia y se lo arrojó a la cabeza. El pobre, con el ánimo de ganar la apuesta hecha con sus compañeros, corrió con presteza a recogerlo y lo llevó a sus ca-

maradas como prueba de que aquel rico le había dado una buena limosna (1).

Dos días después, aquel rico cayó enfermo, y estando ya a punto de morir, parecióle ver en sueños que estaba ante el tribunal de Dios para ser juzgado. Le pareció ver cómo alguien presentaba una balanza donde pesar el bien y el mal. Vió que a una parte estaba Dios, y al otro lado el demonio que cuidaba de presentar todos los pecados que en su vida había cometido, los cuales eran en gran número. El ángel de la guarda no tenía nada para poner en su platillo de la balanza; no acertaba a ver ni una buena acción que pudiera servir de contrapeso. Dios le preguntó qué es lo que tenía que poner en el lado que le correspondía. El ángel bueno, muy triste por no tener nada, le dijo llorando: «¡Ay! Señor, no hay nada». Mas Jesucristo le dijo: «¿Y aquel pan que arrojó a la cabeza de aquel pobre? Ponlo en la balanza y él aligerará el peso de sus pecados». En efecto, colocó el ángel aquel pan en la balanza, y ella se cayó de aquel lado. Entonces el ángel miró al rico y le dijo: «Miserable, a no ser por este pan, ibas a ser echado al infierno; ve a practicar cuantas penitencias te sean posibles y da a los pobres cuanto posees, sin lo cual habrás de condenarte». Al despertarse, se fué al encuentro de San Juan el Limosnero, contóle aquella visión y toda su vida, llorando amargamente su ingratitud para con Dios, de quien había recibido cuanto poseía, y su dureza para con los pobres, y dijo: «¡Ah! padre mío, si un solo pan dado

(1) La vida de San Juan el Limosnero refiere algunos detalles en otra forma: 1.º el pobre, temiendo enojar al rico, no dijo nada para implorar limosna, mas su humilde continente decía bien a las claras lo que deseaba; 2.º el rico vió venir de la panadería el mulo cargado de pan *excelente*, destinado a su mesa, «animal portans *siligines* a mancio, caussa prandii ipsius.» No era, pues, destinado a los perros. Véase *Act. SS.*, t. III, 30 jan., Vita s. Joan. Eleemosyn., p. 119 y 137. La historia llama a este rico «San Pedro el Publicano».

de mala gana a un pobre, me saca de las garras del demonio, ¡cuán propicio puedo hacerme a Dios dándole todos mis bienes en la persona de los pobres!» Y llegó a tal extremo en sus resoluciones, que, al hallarse con un pobre, si no llevaba nada, quitábase el vestido y lo cambiaba con el del pobre; empleó el resto de su vida en llorar sus pecados, dando a los pobres cuanto poseía.

¿Qué decís, H. M., a todo esto? ¿Verdad que nunca os habíais formado cabal concepto de la magnitud de la limosna?

Mas aquel hombre aun llegó a más. Vais a verle cómo, al pasar por una calle, se encontró con un criado que en otro tiempo había estado a su servicio; sin miedo al respeto humano ni a nada, le dijo: «Amigo mío, tal vez no te retribuí bastante las molestias que te causé al estar a mi servicio; hazme un favor: condúceme a la ciudad, y allí me venderás como esclavo, a fin de que quedes indemnizado del perjuicio que te hubiera podido causar no dándote salario suficiente». El criado le vendió por treinta dineros. Rebosante de alegría por verse reducido al último grado de pobreza, servía a su señor con increíble gusto; lo cual causaba tanta envidia a los demás esclavos, que le despreciaban, y le golpeaban a menudo. Nunca se le vió abrir la boca para quejarse. Habiendo observado el señor los tratos de que era objeto su esclavo predilecto, reprendió duramente a los demás por tratarle de tal suerte. Llamó después al rico convertido, cuyo nombre ignoraba aún, y le preguntó quién era y cuál fuese su condición. El rico le refirió cuanto le había acontecido, lo cual conmovió en gran manera al señor, quien era nada menos que el mismo emperador, que se puso a derramar abundantes lágrimas, convirtiéndose sin tardanza y empleó su vida repartiendo cuantas limosnas le era posible. Decidme: ¿habéis ahora penetrado la excelsitud del mérito de la limosna, y cuán provechosa sea ella

para el que la hace? H. M., de la limosna y de la devoción a la Santísima Virgen os diré que es imposible que se pierda quien las practica de corazón. No nos extrañemos, pues, H. M., de que esta virtud haya sido común a los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Sé muy bien, H. M., que el hombre de corazón duro es avaro e insensible a las miserias del prójimo; hallará mil excusas para no tener que dar limosna. Así, algunos de vosotros me diréis: «Hay pobres que son buenos, pero hay otros que *no valen nada*: unos gastan en las tabernas lo que se les da; otros lo disipan en el juego o en glotonerías». Esto es muy cierto, muy pocos son los pobres que emplean bien los dones que reciben de manos de los ricos, lo cual demuestra que son muy pocos los pobres buenos. Unos murmuran de su pobreza, cuando no se les da tanto como ellos quisieran; otros envidian a los ricos, hasta los maldicen, y les desean que Dios les haga perder sus riquezas, a fin, dicen ellos, de que aprendan lo que es la miseria. Convengamos en que todo esto está muy mal; tales gentes son precisamente lo que se llaman malos pobres. Pero a todo esto sólo he de contestar con una palabra: y es que esos pobres a quienes recrimináis porque malgastan las limosnas, porque no se portan bien, porque sufren una pobreza buscada, no os piden la limosna en nombre propio, sino en el de Jesucristo. Que sean buenos o malos, poco importa, ya que es al mismo Jesucristo a quien entregáis vuestra limosna, según acabamos de ver en lo que hemos dicho anteriormente. Es, pues, el mismo Jesucristo quien os recompensará.

Pero, me diréis, éste es un mal hablado, un vengativo, un ingrato. — Mas, amigo mío, esto no te afecta a ti: ¿tienes con qué dar limosna en nombre de Jesucristo, con la mira de agradar a Jesucristo, de satisfacer

por tus pecados? Deja a un lado todo lo demás; tú tienes que entendértelas con Dios; queda tranquilo; tus limosnas no se perderán, aunque vayan a parar en los malos pobres que tanto desprecias. Además, amigo mío, aquel pobre que te escandalizó, que aun no hace ocho días sorprendiste abusando del vino o metido en cualquier otro desorden, ¿quién te dice que a estas horas no esté ya convertido, y sea ya agradable a Dios? ¿Quieres saber, amigo mío, por qué hallas tantos pretextos para eximirte de la limosna? Escucha lo que voy a decirte, que en ello habrás de reconocer la verdad, si no en estos momentos, a lo menos a la hora de la muerte: es que la avaricia ha echado raíces en tu corazón; arranca esa maldita planta, y hallarás gusto en dar limosna; quedarás contento al hacerla, cifrarás en ello tu alegría. — ¡Ah, dirás, cuando me hace falta algo, nadie me da nada—¿Nadie te da nada? ¡Ah! amigo mío, ¿de quién procede todo cuanto tienes? ¿No viene de la mano de Dios que te lo dió, con preferencia a tantos otros que son pobres y no tan pecadores como tú? Piensa, pues, en Dios, amigo mío... Si quieres dar algo con creces, dalo; de este modo te cabrá la dicha de satisfacer por tus pecados haciendo bien al prójimo.

¿Sabéis, H. M., por qué nunca tenemos algo para dar a los pobres, y por qué nunca estamos satisfechos con lo que poseemos? No tenéis con qué hacer limosna, pero bien tenéis con qué comprar tierras; siempre estáis temiendo que la tierra os falte. ¡Ah! amigo mío, deja llegar el día en que tengas tres o cuatro pies de tierra sobre tu cabeza, entonces podrás quedar satisfecho. ¿No es verdad, padre de familia, que no tienes con qué dar limosna, pero lo posees abundante para comprar fincas? Di mejor, que poco te importa salvarte o condenarte, con tal de satisfacer tu avaricia. Te gusta aumentar tus caudales, porque los ricos son hon-

rados y respetados, mientras que a los pobres se les desprecia. ¿No es verdad, madre de familia, que no tienes nada para dar a los pobres, pero es porque has de comprar objetos de vanidad para tus hijas, has de comprarles pañuelos con encajes, han de llevar bien adornado el cuello y el pecho, has de regalarles pendientes, cadenas, una gargantilla? — ¡Ah! me dirás, aunque les haga llevar todo esto, que es necesario, no pido nada a nadie; no puede V. enojarse por ello — Madre de familia, yo te digo ahora esto porque viene a tono, para que en el día del juicio tengas bien presente que te lo advertí: no pides nada a nadie, es verdad; mas debo decirte que no resultas menos culpable, tan culpable como si, yendo de camino, hallases a un pobre y le quitases el poco dinero que lleva. — ¡Ah! me diréis, si gasto este dinero para mis hijos, sé muy bien lo que me cuesta — Mas yo te diré también, aunque no me hagas caso, que a los ojos de Dios eres culpable, y esto es suficiente para perderte. — Me preguntarás: ¿Por qué razón? — Amigo mío, porque tus bienes no son más que un depósito que Dios ha puesto en tus manos; fuera de lo necesario para tu sustento y el de tu familia, lo demás es de los pobres. ¡Cuántos hay que tienen atesorada gran cantidad de dinero, al paso que tantos pobres mueren de hambre! ¡Cuántos otros poseen gran abundancia de vestidos, mientras muchos pobres padecen frío! ¿Es que, amigo mío, no estás en condiciones, no tienes con qué hacer limosna, puesto que sólo dispones de tu salario? Si quisieras, tendrías fácilmente algo que dar a los pobres; bien tienes para llevar tus hijas a la condenación, bien tienes con qué ir al café, a la taberna, al baile. — Me dirás, empero: Nosotros somos pobres; apenas tenemos lo necesario para vivir. — Amigo mío, si el día de la fiesta mayor no gastases tan superfluamente, algo te quedaría para los pobres. ¡Cuántas veces habrás ido a Villafranca,

a Montmerle (1) o a otras partes solamente para recrearte sin tener nada que hacer allí ! No ahondemos más, bastante clara está la verdad : no vamos a fastidiaros con enumeraciones prolijas. ¡ Ay, H. M. ! si los santos hubiesen obrado como nosotros, tampoco habrían hallado con qué dar limosna ; mas ellos sabían muy bien cuán necesaria les era para su santificación, y ahorran cuanto les era posible a tal objeto, y así disponían siempre de algunas reservas. Por otra parte, H. M., la caridad no se practica sólo con el dinero. Podéis visitar a un enfermo, hacerle un rato de compañía, prestarle algún servicio, arreglarle la cama, prepararle los remedios, consolarle en sus penas, leerle algún libro piadoso.

No obstante, en honor de la verdad, hay que reconocer que sentís generalmente inclinación a socorrer a los desgraciados, y os compadecéis de sus miserias. Mas veo también cómo son contados los que dan la limosna en forma adecuada para hacerse acreedores a una espiritual recompensa, según vais a ver : unos lo hacen a fin de ser tenidos por personas de bien ; otros, por sentimentalismo, porque se sienten conmovidos ante las miserias ajenas ; otros, para que se los aprecie, se les diga que son buenos y sea alabada su manera de vivir ; tal vez hasta algunos para que se les pague con algún servicio, o en espera de algún favor. Pues bien, H. M., todos esos que, al dar limosnas, tienen únicamente tales miras, carecen de las cualidades necesarias para hacer que la caridad sea meritoria. Hay quienes tienen sus pobres predilectos a los cuales les darían cuanto poseen ; mas para los otros muestran un corazón cruel. Portarse así, H. M., no es más que obrar como los gentiles, los cuales, a pesar de todas sus buenas obras, no lograrán su salvación.

(1) Alusiones locales del santo autor. (N. del Tr.).

Mas, pensaréis vosotros, ¿cómo debe hacerse la limosna para que sea meritoria? Atended bien, H. M., en dos palabras voy a decíroslo: en todo el bien que hacemos a nuestro prójimo, hemos de tener como objetivo el agradar a Dios y salvar nuestra alma. Cuando vuestras limosnas no vayan acompañadas de estas dos intenciones, la buena obra resultará perdida para el cielo. Esta es la causa por qué serán tan escasas las buenas obras que nos acompañen en el tribunal de Dios, pues las realizamos de una manera tan humana. Nos complace que se nos agradezcan, que se hable de ellas, que se nos devuelvan con algún favor, y hasta nos gusta hablar de nuestras buenas acciones para manifestar que somos caritativos. Tenemos nuestras preferencias; a unos les damos sin medida, mas a otros nos negamos a darles nada, antes bien los despreciamos.

Cuando no queramos o no podamos socorrer a los indigentes, cuidemos, H. M., de no despreciarlos, pues es al mismo Jesucristo a quien despreciamos. Lo poco que damos, démoslo de corazón, con la mira de agradar a Dios y de satisfacer por nuestros pecados. El que tiene verdadera caridad no guarda preferencias de ninguna clase, lo mismo favorece a sus amigos que a sus enemigos, con igual diligencia y alegría da a unos que a otros (1). Si alguna preferencia hubiésemos de tener, sería para con los que nos han dado algún disgusto. Esto es lo que hacía San Francisco de Sales. Algunos, cuando han favorecido a alguien, si los favorecidos les causan después algún disgusto, en seguida les echan en cara los servicios que les prestaron. Con esto os engañáis, ya que así perdéis toda recompensa. ¿No sabéis que aquella persona os ha implorado caridad en nombre de Jesucristo, y que vosotros la

(1) Véase la nota de la pág. 238.

habéis socorrido para agradar a Dios y satisfacer por vuestros pecados? El pobre no es más que un instrumento del cual Dios se sirve para impulsaros a obrar bien. Ved todavía otro lazo que el demonio os tenderá con frecuencia, y con el cual sorprende a muchas almas: consiste en representar nuestras buenas acciones ante nuestra mente, para que nos gocemos en ellas, y así, de este modo, hacernos perder la recompensa a que nos hicimos acreedores. Así pues, cuando el demonio nos pone delante tales consideraciones, hemos de apartarlas presto como un mal pensamiento.

¿Qué debemos sacar de todo esto, H. M.? Vedlo: que la limosna es de gran mérito a los ojos de Dios, y tan poderosa para atraer sobre nosotros sus misericordias, que parece cómo si asegurase nuestra salvación. Mientras estamos en este mundo, es preciso hacer cuantas limosnas podamos; siempre seremos bastante ricos, si tenemos la dicha de agradar a Dios y salvar nuestra alma; mas es necesario hacer la limosna con la más pura intención, esto es: todo por Dios, nada por el mundo. ¡Cuán felices seríamos si todas las limosnas que habremos hecho durante nuestra vida nos acompañasen delante del tribunal de Dios para ayudarnos a ganar el cielo! Esta es la dicha que os deseo.

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

SOBRE LA MUERTE DEL PECADOR

(SIN CONCLUIR)

Quaeritis me, et in peccato vestro moriemini.

Me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado.

(S. Juan, VIII, 21).

Terrible amenaza, H. M., y tanto más terrible cuanto ella debe ser cumplida. Es a los judíos, H. M., a aquel pueblo amado, colmado de tantas gracias, a quien habla Jesucristo. ¡ Ah ! pueblo ingrato, ¿ qué es lo que no hice por ti ? Pero día vendrá en que me buscaréis y no me hallaréis, huiré de vosotros, y moriréis en vuestro pecado, como vivisteis también en él. Terrible, pero justo castigo. ¡ Qué ! ¡ un cristiano colmado de tantas gracias en su vida, un cristiano resiste a los remordimientos de su conciencia para pecar ! ¡ un cristiano que tiene la persuasión de que cada pecado por él cometido le hace merecedor del infierno ! ¡ un cristiano que sabe muy bien que, si desea volver a Dios, El mismo le proporcionará todos los medios ! Un cristiano, digo, que lo tiene todo a su disposición : los ministros del Señor que insisten, que le conjuran a no permanecer ni por un momento en aquel estado, que oran por él, que le brindan todos los remedios necesarios y de gran eficacia para curar las llagas que el pecado causó en su pobre alma ; y a pesar de esto, ¡ persevera, pudriéndose en su pecado

y entregándose continuamente a nuevos crímenes ! ¡ Un cristiano que considera el pecado cosa de juego, y llega hasta a despreciar a los sacerdotes caritativos que quisieran ayudarle a sacar su pobre alma de la culpa y del infierno ! ¡ Ah ! ¿ no es, por cierto, de justicia que ese pecador perezca en su pecado, y que Dios le abandone, El que le esperó durante tanto tiempo, con tantas muestras de bondad y de paciencia, ofreciéndole en todo momento los méritos de su pasión ? Sí, es justo que ese desgraciado perezca en su pecado ; y, cuando quiera volver a Dios, es justo que Jesucristo, a quien tanto despreció, huya de él y le abandone a su desesperación y al poder del demonio. « Ah, desgraciado, le dice el profeta Amós, ah, desgraciado, tú perecerás en tu pecado, ya que no quieres salir de él, cuando el Señor te llama... ». ¡ Oh ! ¡ cuán horrible es la muerte del pecador ! Y sin embargo, ¡ cuán considerable es el número de los que en pecado mueren ! Para hacer que la temáis y procuréis evitarla, voy ahora a mostraros cómo los últimos momentos de un pecador que no quiso convertirse, son de gran desesperación, tanto por la consideración de sus pecados, como por la de las gracias que menospreció y de los tormentos que se le preparan por toda una eternidad.

I. — Si me preguntáis en qué consiste una mala muerte, os contestaré : el morir una persona en la flor de su edad, estando casada, gozando de perfecta salud, poseyendo bienes en abundancia, y dejando en la desolación a una esposa e hijos amantísimos, no cabe duda que es una muerte ésta, muy cruel. Decía el rey Ezequías : « ¿ Cómo, Dios mío, es preciso que muera yo a la mitad de mis años, en la flor de mi edad ? » (1). Y el

(1) Ego dixi : In dimidio dierum meorum vadam ad portas inferi (Is., XXXVIII, 10).

Rey Profeta pedía a Dios (1) que no le hiciese morir a la mitad de su vida. Otros dicen que morir en manos del verdugo, pendiente de una horca, es una mala muerte. Otros, que es una mala muerte la muerte repentina: como el ser derribado por un rayo, ahogarse en el agua, caer de lo alto de una casa y quedar muerto instantáneamente. Por fin, otros dicen que es mala muerte la que proviene de una enfermedad traidora e invencible como la peste u otra dolencia contagiosa.

Pues bien, H. M., yo os digo que tales clases de muerte nada tienen de malo: por más que una persona se halle bien instalada en la vida, o que muera en la flor de sus años, su muerte no dejará de ser preciosa a los ojos del Señor. ¡Tantos santos tenemos que murieron en la flor de su edad! Tampoco lo es morir en manos del verdugo: todos los mártires murieron en manos de los verdugos. Tampoco lo es morir súbitamente, mientras se esté preparado: muchos santos tenemos que murieron así. San Simeón murió víctima del rayo estando de pie en su columna; San Francisco de Sales falleció de apoplejía. Tampoco es muerte funesta el morir de la peste: de ella fallecieron San Roque y San Francisco Javier. Lo que hace desgraciada la muerte del pecador, es el pecado. ¡Ah! es el maldito pecado lo que le consume y devora en aquellos espantosos momentos. ¡Ay! a cualquier lado que ese pobre desdichado dirija su vista, no ve más que pecados y gracias despreciadas. Y ¡ay!, si eleva sus ojos al cielo, sólo ve a Dios montado en cólera, armado con todo el furor de su justicia pronta a echársele encima. Si dirige sus miradas hacia abajo, ¡ay! no vislumbra más que el infierno y sus furores, abriendo sus fauces para engullirle. ¡Ay! ese pobre pecador no quiso, durante su vida, reconocer la justicia de Dios; y en este momento, no sólo

(1) Ne revoces me in dimidio dierum meorum (Ps. CI, 25).

la ve, sino que la siente gravitar sobre sí. Durante su vida, procuró siempre ocultar sus pecados, o al menos disimular su número; mas ahora todo aparece a la luz del día. ¡Ay! ahora ve lo que debiera haber visto, lo que no quiso ver; quisiera llorar sus pecados, pero ya no es tiempo. Durante su vida despreció a Dios, y Dios, a su vez, le desprecia y le abandona a su desesperación.

Escuchad, pecadores endurecidos que os arrastráis por el fango de vuestras torpezas, sin que tan sólo penséis en salir de tal estado ni tal vez se os acuda esto hasta que os veáis abandonados de Dios, como ha sucedido a tantos otros menos culpables que vosotros. Sí — nos dice el Espíritu Santo — los pecadores en sus últimos momentos, con la sola consideración de sus crímenes, rechinarán de dientes, y quedarán sobrecoídos de un pavor espantoso (1); sus iniquidades se levantarán contra ellos, y los acusarán. «¡Ay! — clamarán en aquella hora desdichada — ¿de qué nos sirvió este orgullo, esta vana ostentación y todos los placeres de que disfrutamos en el pecado? Todo pasó, sin que podamos ostentar indicio alguno de virtud, mientras que hemos quedado convictos en nuestra malignidad» (2).

Esto es precisamente lo que sucedió al desgraciado Antíoco, quien, habiendo sufrido una caída de su carro, quedó con el cuerpo miserablemente quebrantado. Sentía un tan agudo dolor en sus entrañas, que parecía se las arrancasen; los gusanos se lo comían en vida, su cuerpo era hediondo como un cadáver. Entonces comenzó a abrir los ojos: es lo que hacen todos los peca-

(1) *Peccator videbit, et irascetur, dentibus suis fremet et tabescet* (Ps. CXI, 10).

(2) *Quid nobis profuit superbia? aut divitiarum iactantia quid contulit nobis? Sic et nos continuo desivimus esse: et virtutis quidem nullum signaculum valuimus ostendere: in malignitate autem nostra consumpti sumus* (Sap., V, 8, 13).

dores ; pero ya era tarde. « ¡ Ah ! — exclamaba — reconozco que son los daños que he causado a Jerusalén los que ahora me atormentan y me roen el corazón ». Su cuerpo era atormentado por espantosos dolores y su espíritu por una tristeza inconcebible. Llamó a sus amigos, creyendo que cerca de ellos podría hallar algún consuelo ; pero fué en vano : abandonado de Dios, de donde viene todo consuelo, no podían consolarle los demás. « ¡ Ay ! amigos míos míos — les decía — he caído en una terrible aflicción, perdí el sueño, no acierto a descansar un solo momento ; mi corazón está atravesado de dolor. ¡ Ay ! ¡ a qué estado de angustia y de tristeza he venido a parar ! ¡ deberé pues morir de tristeza, y en un país extranjero ! ¡ Ah ! Señor, ¡ perdonadme ! Estoy dispuesto a reparar todo el mal que hice ; devolveré todo lo que al templo de Jerusalén había quitado ; traeré grandes presentes a dicho templo ; me haré judío, observaré la ley de Moisés, recorreré los lugares publicando en todas partes la omnipotencia de Dios. ¡ Ah ! Señor, dad lugar, si os place, a vuestra misericordia ! » Pero su enfermedad va en aumento, y el Señor, a quien tanto despreciara en su vida, no tiene ya oídos para escucharle ; es preciso que muera, y que muera en su pecado (1). Era un orgulloso y un blasfemo ; y, a pesar de sus apremiantes oraciones, no fué escuchado, no tuvo más remedio que bajar al infierno.

Triste, pero justo castigo de los pecadores que, después de haber despreciado las gracias que Dios les concediera en vida, se encuentran faltos de la gracia cuando quisieran aprovecharse de ella. ¡ Ay ! ¡ y cuán grande es a los ojos de Dios el número de los que tienen tan desgraciada muerte ! ¡ Ay ! ¡ cuánto abundan, en el mundo, esos ciegos que solamente abren sus ojos cuando ya no hay remedio para sus males !

(1) II Mac., IX.

Sí, H. M., sí, vida de pecados y muerte de réprobos. ¿Estáis vosotros en pecado, y no queréis salir de él? — No, me decís. — Pues bien, en él pereceréis, como sucedió al famoso impío Voltaire. Atended bien, y veréis cómo, si despreciamos constantemente al Señor, con todo y esperarnos benignamente durante nuestra vida, a menudo, por justos juicios de su sabiduría, nos abandona a la hora de muerte, cuando quisiéramos volver a El. Vivir en pecado y pensar que otro día saldremos de él, es un lazo del demonio que os perderá, como ha perdido a tantos otros. Voltaire, al hallarse enfermo, comenzó a reflexionar sobre el estado de un pecador que muere con la conciencia cargada de pecados. Quiere entrar en su interior, y probar si Dios querrá perdonarle los pecados que en su vida cometió, cuyo número es enorme. Cuenta con la misericordia de Dios que es infinita, y, en sus confiados pensamientos, llama a un sacerdote, a cuya clase tanto había ultrajado y calumniado en sus escritos. Mientras éste llega, con el pensamiento se arroja ya él a sus plantas, hace confesión de sus pecados, y deposita en sus manos la retractación de sus impiedades y escándalos. Lisonjeábase ya de dar término a la grande obra de su reconciliación; pero se engañaba miserablemente; Dios le había abandonado, como vais a ver. La muerte va más de prisa que los últimos socorros. ¡Ay! ese pobre impío siente renacer en sí todos sus temores. Y en sus postreros momentos exclama: «¡Ay! ¿estoy, pues, abandonado de Dios y de los hombres?» Sí, desdichado, estás abandonado. Tu herencia y tu esperanza son el infierno. Escuchad al impío: con aquella boca toda manchada de sacrilegios, de blasfemias contra Dios, su religión y sus ministros, da grandes exclamaciones: «¡Ah! — grita él — ¡Jesucristo, Hijo de Dios que moristeis por todos los pecadores sin distinción, tened piedad de mí!» Mas ¡ay! casi todo un siglo de impiedad ha agotado la pa-

ciencia de Dios, y le ha merecido la reprobación ; ya no es más que una víctima que la cólera de Dios está cebando para las llamas eternas. Los sacerdotes, a quienes tanto despreciara y a quienes tanto desea en aquellos momentos, no comparecen. Y él se consume entre las convulsiones y los horrores de la desesperación : con los ojos extraviados, pálido y temblando de espanto, se agita, se inquieta, parece querer vengarse de las pasadas blasfemias con que tan frecuentemente manchara su boca. Sus compañeros de impiedad, temiendo que acabaría por recibir los Sacramentos, lo cual hubieran tenido a descrédito, se lo llevaron a una casa de campo, y allí, abandonado a su desesperación...

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

APLAZAMIENTO DE LA CONVERSIÓN

*Ego vado et quaeritis me, et
in peccato vestro moriemini.*

Yo me voy, me buscaréis, y
moriréis en vuestro pecado.

(S. Juan, VIII, 21).

Sí, H. M., es una gran miseria, una profunda humillación para nosotros, el haber sido concebidos en pecado original, ya que por él venimos al mundo como hijos de maldición; es, indudablemente, otra muy gran miseria el vivir en pecado; mas el colmo de todas las desdichas es morir en él. Es cierto, H. M., que no pudimos evitar el primer pecado, o sea el de Adán; pero podemos fácilmente evitar aquel en que caemos tan voluntariamente, y, una vez caídos, podemos deshacernos de su opresión con la gracia de Dios. ¡Ay! ¡cómo podemos permanecer en un estado que nos expone a tanta desdicha por toda una eternidad! ¿Quién de nosotros, H. M., no temblará al oír a Jesucristo cuando nos dice que un día el pecador le buscará, pero no le hallará, y morirá en su pecado? Dejo a vuestra consideración el considerar el estado en que descansa quien vive tranquilo en pecado, siendo la muerte tan cierta y tan inseguro el momento. Con gran razón nos dice, pues, el Espíritu Santo (1) que los pecadores se han extraviado

(1) Ergo erravimus a via veritatis, et iustitiae lumen non luxit nobis, et sol intelligentiae non est ortus nobis (Sap., V, 6).

do en su marcha, que sus corazones se cegaron, que sus espíritus quedaron cubiertos de las más espesas tinieblas, y que su malicia acabó por engañarlos y perderlos. Dilataron su vuelta al Señor para un tiempo que no les será concedido, esperaron tener una buena muerte, viviendo en pecado; pero se engañaron, ya que su muerte será muy desgraciada a los ojos del Señor. Tales, precisamente, H. M., la conducta de la mayor parte de los cristianos de nuestros días, los cuales, viviendo en pecado, esperan siempre tener una buena muerte, confiando en que dejarán el estado de culpa, que harán penitencia y que, antes de ser juzgados, repararán los pecados que cometieron. Mas el demonio los engaña, y no saldrán del pecado más que para ser precipitados al infierno.

Para haceros comprender mejor la ceguera de los pecadores, voy a mostraros: 1.º que cuanto más retrasamos salir del pecado y volver a Dios, mayor es el peligro en que nos ponemos de perecer en la culpa, por la sencilla razón de que son más difíciles de vencer las malas costumbres adquiridas; 2.º cada vez que despreciamos una gracia, el Señor se va apartando de nosotros, quedamos más débiles, y el demonio toma mayor ascendiente sobre nuestra persona. De aquí concluyo que, cuanto más tiempo permanecemos en pecado, en mayor peligro nos ponemos de no convertirnos nunca.

I. — ¡Hablar yo, H. M., de la muerte desgraciada de un pecador que muere en pecado, a cristianos que tantas veces han sentido ya la felicidad de amar a un Dios tan bueno y que, por la luz de la fe, conocen la magnitud de los bienes que Jesucristo prepara para los que conserven su alma exenta de pecado! Tal manera de hablar sería mejor para dirigirse a paganos que no conocen a Dios e ignoran las recompensas que promete a sus hijos. ¡Oh, Dios mío! ¡cuán ciego es el hombre

al dejar perder tantos bienes y atraer sobre sí tantos males, permaneciendo en pecado ! Si pregunto a un niño : «Para qué fin Dios te ha creado y te ha conservado hasta el presente?», me responderá : «Para conocerle, amarle, servirle y por este medio alcanzar la vida eterna». Mas si yo le dijese : «¿ Por qué no hacen los cristianos lo que deben para merecer el cielo? » «Esto proviene, me diría, de que han perdido de vista los bienes del cielo, y piensan hallar toda su felicidad en las cosas creadas». El demonio los engañó y los engañará aún ; viven sumidos en su ceguera y en ella perecerán, por más que tengan la esperanza de salir un día del pecado. Decidme, H. M., ¿ no estamos viendo todos los días a personas que viven en pecado, y que desprecian todas las gracias que Dios les envía : buenos pensamientos, buenos deseos, remordimientos de conciencia, buenos ejemplos, la palabra de Dios ? Siempre con la esperanza de que Dios las recibirá cuando tengan a bien retornar a El, no se dan cuenta, en su ceguera, de que, durante ese tiempo, el demonio les va preparando sitio en el infierno. ¡ Oh ceguera ! ¡ a cuántos has echado al infierno, y a cuántos arrojarás hasta el fin del mundo ! En segundo lugar, digo que esta consideración debe hacer temblar a un pecador que permanece en el pecado, aunque tenga la esperanza de salir de él. Ante todo, H. M., no sois vosotros tan ignorantes para no saber que un solo pecado mortal será la causa de que nos perdamos para siempre, si llegamos a morir sin confesario, sin haber obtenido el perdón. En tercer lugar, sabemos muy bien que Jesucristo nos recomienda que estemos siempre preparados, pues nos hará salir de este mundo en el momento más inesperado ; y si no dejamos el pecado antes de que nos llame a otra vida, nos castigará sin misericordia. ¡ Oh, Dios mío ! ¡ podremos vivir tranquilos en un estado que nos expone a caer en los abismos ! Y si esto no es bastante para conmove-

ros, oídme por un momento, o mejor, abrid el Evangelio, y veréis si se puede vivir tan tranquilo, como vosotros vivís, estando en pecado.

Sí, H. M., todo os está advirtiéndolo que, si no salís pronto del pecado, vais a perecer: los oráculos, las amenazas, las comparaciones, las figuras, las parábolas, los ejemplos, todo aquello os dice que, o bien no podréis convertirlos, o bien no querréis hacerlo. Oíd lo que el mismo Jesucristo dice al pecador: «Andad mientras brilla delante de vosotros la luz de la fe (1), para evitar que, despreciando esa guía, os extraviéis para siempre». En otro lugar (2) nos dice: «Vigilad, vigilad continuamente», ya que el enemigo de vuestra salvación trabaja constantemente para perderos. Y además, orad, orad sin cesar para atraer sobre vosotros los auxilios del Cielo, pues vuestros enemigos son muy poderosos y astutos. ¿A qué tanto empeño, nos dice, a qué vivir tan ocupados en las cosas temporales y en los placeres, si dentro unos momentos lo habréis de abandonar todo? No, H. M., nada más espantoso que la amenaza de Jesucristo a los pecadores al decirles que, si no quieren volver a El cuando les ofrece su gracia, día vendrá en que le buscarán implorando misericordia, mas El los despreciará, y, a fin de no dejarse conmover por sus oraciones y lágrimas, se tapaná los oídos y huirá de ellos. ¡Oh, Dios mío! ¡qué desdicha ser abandonado de Vos! ¡Oh, H. M.! ¡cómo podremos pensar en esto sin morir de dolor! Sí, H. M., si sois insensibles a estas palabras, es que ya estáis perdidos. ¡Ah! ¡pobre alma, llora ya desde hoy los tormentos que se te están preparando en la otra vida!

Prosigamos, H. M., oigamos al mismo Jesucristo, y veremos si nos es dado vivir seguros queriendo per-

(1) Joan., XII, 35.

(2) Marc., XIII, 33.

manecer en el pecado. «Sí, nos dice, vendré como ladrón nocturno, que procura sorprender al dueño de la casa en el momento en que más confiado duerme» (1); nos dice, igualmente, que la muerte vendrá a cortar el hilo de la vida criminal del pecador en el mismo momento en que su conciencia estará cargada de crímenes, y habrá tomado la buena resolución de librarse de ellos, sin haberlo hecho todavía. En otro lugar, nos dice que nuestra vida transcurre «con la rapidez de un rayo que cruza de Oriente a Occidente» (2); hoy vemos a un pecador lleno de vida y rebosando salud, con la cabeza llena de mil proyectos, y mañana las lágrimas de los suyos nos advierten que ya no es de este mundo, del cual ha salido sin saber por qué había venido, ni para qué fin. Ese insensato vivió ciego y murió tal como había vivido. Nos dice además Jesucristo que la muerte es el eco de la vida, para darnos a entender que aquel que vive en pecado, es casi seguro que morirá en pecado, a no ser un milagro de la gracia. Es esto tan cierto, que leemos en la historia que cierto hombre hizo del dinero su dios; al caer enfermo, ordenó que le trajesen una gaveta llena de oro para gozarse con el placer de contarlos, y cuando ya no tuvo fuerzas para ello, puso su mano debajo del montón hasta que murió. De otro se cuenta que, cuando el confesor le presentó un crucifijo para moverle a contrición, dijo: «Si este Cristo fuese de oro, valdría muy bien tanto...» ¡Ah! no, H. M., el corazón del pecador no deja el pecado tan fácilmente como se cree. «Vida de pecador, muerte de réprobo.»

¿Qué quiere significarnos Jesucristo, H. M., con aquella parábola de las vírgenes prudentes y de las vírgenes fatuas, según la cual las primeras fueron bien

(1) Matth., XXIV, 43.

(2) Matth., XXIV, 27.

recibidas porque entraron con el esposo, mientras que las otras hallaron cerrada la puerta? Con ello quería Jesucristo mostrarnos la conducta de la gente del mundo: las vírgenes prudentes representan a los buenos cristianos que se hallan siempre preparados para comparecer delante de Dios, cualquiera que sea el momento en que los llame; las vírgenes fatuas son la figura de los malos cristianos, que creen constantemente les va a quedar tiempo para prepararse y convertirse, salir del pecado y hacer buenas obras. Así pasan la vida, y llega la muerte; pero ellos no tienen en su haber más que maldades y nada bueno. La muerte les da el zapazo, Jesucristo los llama a su tribunal para que rindan cuenta de su vida; entonces quisieran poner en orden su conciencia, se inquietan; quisieran dejar el pecado; pero ¡ay! no tienen ni tiempo, ni fuerza suficiente, ni tal vez la gracia que sería necesaria. Al suplicar a Dios que tenga de ellos compasión y sea misericordioso, les responde que no los conoce, les cierra la puerta: es decir, los arroja al infierno. Ved, H. M., la suerte de muchísimos pecadores que viven muy tranquilos en el pecado. ¡Ah! pobre alma, ¡cuán desdichada eres al tener que morar en un cuerpo que con tanto furor te arrastra al infierno! ¡Ah! amigo mío, ¿por qué quieres tú perder esa pobre alma?... ¿Qué mal te ha hecho para condenarla a tantas desdichas?... ¡Oh, Dios mío, cuán ciego es el hombre!...

En segundo lugar, he de deciros que en el comportamiento de Esaú hallamos el verdadero retrato del hombre que se pierde, vendiendo su patrimonio por un plato de lentejas. Durante algún tiempo, Esaú «vivió totalmente insensible a su pérdida» (1), solamente pensaba en divertirse y entregarse a sus placeres; llega, empero, el momento en que entra en sí mismo, recor-

(1) *Parvpendens quod primogenita vendidisset* (Gen., XXV, 34).

dando la falta cometida ; pero, cuanto más reflexiona, más se convence de la magnitud de su ceguera. Desconsolado por su desgracia, mira si será posible una reparación ; usa de las súplicas, de las lágrimas, de los sollozos, para procurar mover el corazón de su padre ; pero es demasiado tarde : el padre dió ya la bendición a otro, sus súplicas son desatendidas, sus instancias no son escuchadas. En vano se inquieta, no hay más remedio que resignarse a permanecer en la miseria y morir en ella. Ved aquí, H. M., lo que acontece en todo tiempo al pecador : vende a su Dios, a su alma y el lugar que en el cielo tiene destinado, por menos de un plato de lentejas, esto es, por el placer de un instante, por un pensamiento de odio, de venganza, por una mirada o un tocamiento deshonesto consigo mismo o con otros, por un puñado de tierra, por un vaso de vino. ¡ Ah ! ¡ por qué miseria eres entregada, oh alma hermosa ! Vemos también, en efecto, a esos pecadores vivir tranquilos por algún tiempo, tan en paz, a lo menos aparentemente, como si en su vida no hubiesen realizado más que buenas obras. Unos piensan en sus placeres, otros en los bienes de este mundo ; pero, como aconteció a Esaú, llega el momento en que reconocen su falta, quisieran poderla reparar, pero es demasiado tarde. Gimiendo y derramando lágrimas, conjuran al Señor para que les devuelva los bienes que ellos vendieron, esto es, el cielo ; mas el Señor hace cual el padre de Esaú, les responde que dió su lugar a otro. ¡ Ay ! en vano ese pobre pecador se exclama e implora misericordia ; no tiene más remedio que resignarse a permanecer en su miseria y precipitarse en el infierno. ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuán desdichada a los ojos del Señor es la muerte del pecador !

¡ Ay ! cuántos hacen como el desgraciado Sísara, a quien una pérfida mujer adormeció dándole a beber un poco de leche, y aprovechóse de aquella oportuni-

dad para quitarle la vida, sin que el infeliz tuviese lugar a llorar la ceguera que significaba el poner la confianza en aquella pérvida (1). Así también ¡cuántos pecadores hay a quienes la muerte se lleva tan rápidamente, que no les deja tiempo para llorar la ceguera de haber permanecido en el pecado! ¡Cuántos hay también que imitan al impío Antíoco, que reconocen sus crímenes, los lloran e imploran misericordia sin que les sea dado obtenerla, y descienden al infierno lanzando esas desesperantes súplicas no atendidas. Y éste es, H. M., el fin de innumerables pecadores. No cabe duda, H. M., de que ninguno de nosotros quisiera tener una muerte desgraciada, en lo cual no andamos ciertamente fuera de razón; mas lo que me desconsiela, es el que viváis en pecado, y estéis en gran peligro de perecer en él. No soy tan sólo yo quien lo dice, sino que es el mismo Jesucristo quien lo asegura.

¿No es verdad, amigo mío, que estás pensando: dejemos hablar al cura, y hagamos nosotros nuestra vida ordinaria? ¿Sabes, amigo mío, lo que te acontecerá dejando hablar al cura? — ¿Y qué quiere usted que me acontezca? — Pues, amigo mío, que te condenarás. — Mas yo confío que no será así, pensarás tal vez; hay tiempo para todo. — Amigo mío, podemos muy bien tener tiempo para llorar y para sufrir, pero no para convertirnos; y para que te convenzas voy a contarte un ejemplo espantoso. Refiérese en la historia que un hombre de mundo, que durante largo tiempo había vivido en el mayor desorden, se convirtió y perseveró una temporada en aquellas buenas disposiciones; pero al fin recayó, sin pensar ya más en volver a Dios. Sus amigos no cesaban de orar por él; mas él despreciaba todo cuanto se le advertía para su bien. En aquella misma época anunciáronse ejercicios, los cuales debían

(1) Iudic., IV.

darse al poco tiempo. Creyóse que aquellas circunstancias serían oportunas para mover al pecador aquel a aprovechar la ocasión que Dios le ofrecía de poder entrar de nuevo en el camino de la salvación. Tras muchas súplicas e instancias por parte de sus amigos, y después de haber él rehusado y resistido obstinadamente, al fin accedió, dando palabra de que asistiría a los ejercicios con los demás. Mas ¡ay! ¿qué aconteció, H. M.? ¡Oh! ¡cuán terribles e impenetrables son los juicios de Dios! La mañana misma en que se le aguardaba, que era el día en que los ejercicios iban a comenzar, supose que aquel hombre había sido hallado muerto en su casa, sin conocimiento, sin socorro alguno, sin sacramentos. ¿Nos convenceremos de una vez, H. M., de lo que es vivir en pecado con la esperanza de que un día saldremos de él?

¡Ay, H. M.! abusamos del tiempo cuando disponemos de él, despreciamos las gracias que Dios nos ofrece; mas, frecuentemente, el Señor, para castigarnos, nos las quita cuando queríamos aprovecharlas. Si al presente no determinamos portarnos bien, quizá, al quererlo, no nos será posible. ¿No es verdad que pensáis confesaros algún día, y entonces dejar el pecado y hacer penitencia?—Esta es ciertamente mi intención.—Esta es tu intención, amigo mío, pero yo voy a decirte lo que harás y lo que vas a ser. Actualmente estás en pecado; no me lo negarás: pues bien, después de tu muerte te condenarás. —Y ¿qué sabe usted? pensarás tú. —Si no lo supiese no te lo diría. Además, voy ahora a demostrarte que, viviendo en pecado, aun con la esperanza de salir de tal estado, no lo harás, hasta queriéndolo de corazón, y entonces comprenderás lo que sea despreciar el tiempo y las gracias que en determinado momento nos ofrece Dios. Refiérese en la historia que cierto extranjero, pasando por Donzenac (ese extranjero se llamaba Lorrain y era librero de pro-

fesión), dirigióse a un sacerdote para que le oyese en confesión; mas el sacerdote, no sé por qué causa, lo rechazó. De allí fué a una ciudad llamada Brives. Presentóse al procurador del rey y le dijo: Señor, os ruego que me encarceléis, ya que hace algún tiempo me di al demonio, y he oído decir siempre que no hay poder que valga contra los que están en manos de la justicia. — Amigo mío, respondióle el procurador del rey, no sabéis lo que es estar en manos de la justicia; una vez en su poder no se sale de cualquier manera. — No importa, señor, encarceladme. El procurador imaginó que aquel hombre estaría loco, por lo cual encarcelándole, y hasta conversando con él por más tiempo, se exponía a las burlas del público. En aquel momento, vió pasar por la calle a un sacerdote conocido suyo, que era confesor de las Ursulinas; llamóle y le dijo: Padre, tened la bondad de tomar a este hombre bajo vuestros cuidados. Y dirigiéndose a aquel hombre: Amigo mío, le dijo, seguid a este sacerdote y haced lo que él os diga. Dicho sacerdote, después de hablar un rato con el infeliz, pensó, como el procurador del rey, que tenía enajenadas sus facultades mentales; y rogóle que se dirigiese a otra parte, ya que él no podía encargarse de su conducta. Aquel pobre desgraciado, no sabiendo ya dónde acudir, se fué a dos distintas comunidades a pedir un sacerdote que le confesase. En una se le dijo que los Padres estaban descansando, puesto que debían levantarse a media noche; en la otra, pudo hablar con un Padre que le despidió para que volviese al día siguiente. Mas aquel pobre infeliz se echó a llorar, exclamando: ¡Oh! Padre mío, si no tiene piedad de mí, estoy perdido; me entregué al demonio, y el plazo termina esta noche. — Idos, amigo, le respondió el Padre, y encomendaos a la Santísima Virgen. Entrególe un rosario y le despidió. Al pasar por una plaza, llorando de pena por no haber podido hallar

un confesor entre tantos sacerdotes como en aquellas comunidades había, vió un grupo de vecinos que estaban conversando, y les pidió si por ventura entre ellos habría alguno que quisiera hospedarle aquella noche. Hallábase entre ellos un carnicero, quien le dijo que podía seguirle a su casa. Cuando estuvieron en ella, aquel pobre infeliz le contó cuán desdichado era por haberse dado al demonio; creía él tener tiempo suficiente para confesarse, dejar el pecado y hacer penitencia, mas ningún sacerdote quiso confesarle. El carnicero se extrañó de que todos aquellos sacerdotes hubiesen mostrado tanta falta de caridad.—¡Ay! señor, bien reconozco que ello es permisión de Dios para castigarme por el tiempo y las gracias que desprecié.—Amigo mío, dijo el carnicero, cabe aún recurrir a Dios.—¡Ay! señor, estoy perdido; esta misma noche el demonio debe matarme y llevarse mi alma. El carnicero, según parece, no se fué a dormir, para indagar si aquel hombre había perdido el juicio, o si era verdad cuanto afirmaba. En efecto, hacia media noche, oyó un espantoso ruido, y gritos horribles como de dos personas de las que la una estrangulase a la otra. Corrió el carnicero hacia el cuarto del infeliz, y vió al demonio que le arrastraba al patio. Horrorizado el carnicero, huyó a encerrarse en la casa; y al día siguiente, hallaron al infeliz colgado, a guisa de carnero, en un gancho de la carnicería. El demonio le había arrancado un jirón de su capa y con él le estranguló y le colgó. El Padre Lejeune, que refiere esto en uno de sus sermones, dice que lo oyó contar a uno que vió al infeliz colgado.

Ya veis, pues, H. M., cómo, al retardar nuestra conversión, nos exponemos con frecuencia a no convertirnos nunca. ¿No es cierto que, al caer enfermo, te has dado prisa en llamar a un sacerdote para confesarte, y hasta has concebido un temor grande de

que no estuviese bien hecha la confesión? ¿No eres tú quien, en tu enfermedad, dijiste que era gran ceguera esperar a la hora de la muerte para amar a Dios, y que, si te devolvía la salud, te portarías mucho mejor que hasta entonces, y que obrarías con mucho mayor juicio? Amigo mío, o hermana mía, si Nuestro Señor os devuelve la salud... ¡pobres hijos míos! no os fijáis en que vuestro arrepentimiento no viene de Dios, ni del dolor de vuestros pecados, sino solamente del temor del infierno. Hacéis como Antíoco, que lloraba los castigos que sus crímenes atraían sobre sí; mas su corazón no había cambiado. Pues bien, hermana mía, Dios te ha devuelto la salud que con tanta insistencia le pediste, prometiéndole que te portarías mejor. Dime: una vez recobrada la salud, ¿te has vuelto mejor? ¿ofendes menos a Dios? ¿te has corregido de algún defecto? ¿se te ve con mayor frecuencia a recibir los sacramentos? ¿quieres que te diga lo que eres? Helo aquí: antes de tu enfermedad te confesabas algunas veces al año; desde que el Señor te ha devuelto la salud, ni aún lo haces por Pascua. ¡Ay! ¡cuántos entre los que me escuchan obran así! Mas no tengáis cuidado, veréis cómo, a la primera enfermedad, Dios os hará salir de este mundo; o hablando más claro, seréis arrojados al infierno. Muy bien podéis ver cómo, permaneciendo en el pecado, aunque sea con la halagüeña esperanza de abandonarlo algún día, os estáis burlando de Dios.

Aguardaos, H. M., y veréis cuán chocante resulta eso de creer que Dios os perdonará cuando a vosotros os dé la gana de implorar su misericordia. Voy a poner un ejemplo que, como otro ninguno, viene a tono con lo que hablamos. Se refiere que hubo un caballero bueno en extremo. Tenía un criado tan malvado que no perdonaba ocasión para injuriar a su señor; complacíase, sobre todo, en hacerlo cuando esta-

ba rodeado de visitas y amigos. Le robó muchas cosas y de gran valor, y acabó por seducir a una de sus hijas; después de este golpe, huyó de la casa, por temor a los rigores de la justicia. Pasado algún tiempo, se fué a encontrar a un sacerdote que sabía era muy respetado en la casa del mencionado señor. El sacerdote se personó en la casa del caballero para rogarle que se dignase perdonar las culpas de aquel criado. El señor fué tan bondadoso, que habló así al sacerdote: «Haré cuanto vos mandéis; mas quiero también que él me dé alguna satisfacción; obrar de otro modo sería dar carta blanca a todos los criminales. El sacerdote, lleno de alegría, fué al encuentro del criado y le dijo: «Vuestro señor ha tenido la caridad de perdonaros; pero quiere, con evidente justicia, una pequeña satisfacción». El criado le contestó: «¿Cuál es, pues, la satisfacción que quiere mi dueño, y en qué tiempo la habré de cumplir?» Dijo el sacerdote: «En su casa, al presente, arrodillado a sus plantas y con la cabeza descubierta». «¡Ah! ¡muchos honores quiere mi señor! pero yo no quiero hacer más que pedirle perdón; él quiere que sea en su casa, de rodillas y con la cabeza descubierta, y yo quiero hacerlo en mi cuarto, y acostado en mi cama. El quiere que sea ahora mismo, y yo quiero que sea dentro diez años, cuando piense y esté dispuesto a morir». ¿Qué pensáis, H. M., de ese criado, qué me decís de él? ¿Qué consejo hubierais dado a aquel caballero? Seguramente le habríais hablado así: Señor, vuestro sirviente es un miserable, que merece estar encerrado en un calabozo de donde salga únicamente para ser conducido al patíbulo. Pues bien, H. M., en este ejemplo, ¿no veis la manera como os portáis vosotros con Dios? ¿No es éste el mismo lenguaje que usáis con Dios, cuando decís que aun tenéis tiempo, que no hay prisa, que no estáis aún cercanos a la muerte? ¡Ay! ¡cuántos pecadores están cegados respecto al es-

tado de su alma, y esperan hacer aquello que no les será dado realizar cuando ellos quieran !...

Pero, vayamos aún más lejos, y veremos que, cuanto más diferís dejar el pecado, en mayor imposibilidad os ponéis de salir de él. ¿No es cierto que, en algún tiempo, la palabra de Dios os conmovía, os llevaba a hacer ciertas reflexiones, y que, varias veces, habíais resuelto dejar el pecado y entregaros enteramente a Dios? ¿No es verdad que el pensamiento del juicio y del infierno os hacía derramar lágrimas, y que, ahora, nada de esto os conmueve, ni os sugiere la menor reflexión? ¿De qué proviene esto, H. M.? ¡Ay! es que vuestro corazón se ha endurecido y que Dios os abandona, de manera que cuanto más permanecéis en el pecado, más se aleja Dios de vosotros, y más insensibles os hacéis a vuestra perdición. ¡Ah! si al menos hubieseis fallecido en vuestra primera enfermedad, ¡no caeráis en lugar tan profundo del infierno! — Pero, si quisiese retornar a Dios en la actualidad, ¿me recibiría aun el Señor? — Amigo, no te digo sí, ni no. Si el número de pecados que Dios tiene el propósito de perdonarte, no está colmado; si no has despreciado aún todas las gracias que Dios te tenía destinadas, bien puedes esperar. Mas si está ya llena la medida de tus pecados y de las gracias menospreciadas, entonces todo está perdido para ti; en vano formularás los mejores propósitos... Así lo has podido ver en el terrible ejemplo que acabo de referir.

¡Ah! Dios mío, ¿podremos pensar en esto sin que intentemos por todos los medios posibles mover la misericordia de Dios Nuestro Señor? — Mas, tal vez, alguien se dirá consigo mismo, ¿no tendré más que entregarme a la desesperación? — ¡Ah! amigo mío, yo quisiera poder llevarte a dos pasos de la desesperación, para que, al darte cuenta del estado espantoso en que te hallas, adoptases, para salir del mismo, los medios

que aun en el presente Dios te ofrece. — Pero, me dirás, muchos hay que se convirtieron en la hora de la muerte: el buen Ladrón se convirtió totalmente en aquel momento. — El buen Ladrón, en primer lugar, H. M., nunca había conocido a Dios. Desde que le conoció, entregóse a El; mas adviértase que es el único caso que la Sagrada Escritura nos presenta, y es para que no desesperemos del todo en aquella hora. — Mas hay también muchos otros que se convirtieron, a pesar de haber vivido mucho tiempo en pecado. — Cuidado, amigo mío, pues creo que te engañas: dime que hay muchos que se arrepintieron; pero convertirse, ya es otra cosa. He aquí lo que harás, y lo que has hecho ya en tus enfermedades: hacer llamar a un sacerdote, porque te atemorizaba el mal que sufrías. Pues bien, con todo y tú arrepentimiento, ¿te has convertido? Sin duda te habrás endurecido más todavía. ¡Ay, H. M. ! poca cosa significan tales arrepentimientos. Bien se arrepintió Saúl, ya que lloró sus pecados (1); y sin embargo, está condenado; Caín se arrepintió, pues, cuando hubo asesinado a su hermano, lanzó horrorosos gritos (2), y no obstante, está en el infierno. Judas se arrepintió, ya que fué a devolver el dinero, y fué tan grande su pesar que se ahorcó (3). Si me preguntáis ahora ¿dónde llevan tales arrepentimientos?, os responderé... al infierno. Y vendré siempre a parar a mi conclusión de que, si vivís en pecado y morís en él, os condenaréis; pero espero que no será así: no llegaréis a esto.

En tercer lugar, y avanzando en nuestros razonamientos, voy a mostraros cómo en vuestra manera de

(1) I Reg., XV, 24, 30.

(2) El Génesis no contiene palabra alguna que indique el arrepentimiento de Caín; por el contrario, pone en su boca estas palabras de desesperación: «Es demasiado grande mi iniquidad para que merezca ser perdonado». Gen., IV, 13.

(3) Matth., XXVII, 3.

vivir nada hay que pueda haceros confiar ; por el contrario, todo debe alarmaros, según ahora vais a ver.

1.º Sabéis vosotros que, por vuestras solas fuerzas, no podéis salir del pecado ; estáis plenamente convencidos de que es preciso que Dios os ayude con su gracia, ya que San Pablo nos dice que «no somos ni capaces de formular un buen pensamiento sin la gracia de Dios» (1) ;

2.º Sabéis muy bien que el perdón sólo podéis obtenerlo del mismo Dios. Reflexionad seriamente sobre estas dos consideraciones, H. M., y comprenderéis cuán grande sea vuestra ceguera ; o, para decirlo más claramente, pensad que estáis perdidos si con prontitud no abandonáis el pecado. Mas decidme, ¿es precisamente despreciando las gracias del buen Dios como podéis esperar mayores fuerzas para romper con vuestros malos hábitos ? ¿No es, por ventura, todo lo contrario lo que debéis esperar ? Cuanto más allá lleguéis en vuestros extravíos, más merecedores os haréis de que Dios se aparte de vosotros y os abandone. De lo cual concluyo yo que, cuanto más retrasáis el retornar a Dios, mayor es el peligro en que os ponéis de no convertir os nunca. Hemos dicho que sólo de Dios podemos obtener el perdón. Pues bien, dime, ¿será multiplicando tus pecados como vas a asegurarte el perdón de tu Dios ? Anda, amigo ; eres un ciego, vives en el pecado para morir en él, y serás condenado. He aquí, amigo mío, a dónde te llevará tu manera de orar y tu manera de vivir : «Vida de pecador, muerte de réprobo». Mas para que mejor sintáis todo esto, avancemos hasta el momento fatal en que va a terminar nuestra vida.

II. — Tengo por seguro, ante todo, que todos vosotros habéis resuelto hacer una buena muerte, conver-

(1) Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis ; sed sufficientia nostra ex Deo est (II Cor., III, 5).

tiros y dejar el pecado. Vamos, pues, H. M., junto a fulano, que está moribundo, y hallaremos a un sujeto tendido en su lecho, cuya vida ha sido, como la vuestra, vida de pecado ; mas sin faltarle jamás la esperanza de que antes de morir saldría de tan miserable estado. Examinadle bien, considerad atentamente su arrepentimiento, su dolor, su confesión y su muerte. A continuación, considerad lo que sois : y veréis también lo que será de vosotros otro día. No nos apartemos, H. M., de la cabecera de ese moribundo, antes de que su suerte esté decidida para siempre. Aunque vivió en el pecado y en los placeres, se había prometido constantemente tener una buena muerte, y reparar todo el mal cometido durante su vida. Grabad indeleblemente esto en vuestro corazón, para que nunca os olvidéis de ello, y tengáis siempre presente ante vuestros ojos la suerte que os espera.

Os diré, primeramente, que durante toda su vida estuvo siempre impedido por obstáculos que él juzgaba insuperables. Lo primero que creía imposible de dejar eran sus malos hábitos ; otro obstáculo era la creencia de que no contaba ni con la gracia ni con fuerzas suficientes. Aunque en pecado, comprendía muy bien lo costoso, lo difícil que es hacer una buena confesión y reparar toda una vida que no fué más que una cadena de horrores y crímenes. Sin embargo, el tiempo llega, el tiempo urge ; es preciso dar comienzo a lo que nunca se quiso hacer, es preciso internarse en su corazón, verdadero abismo de iniquidad, semejante a un matorral erizado de tantas y tan temibles espinas, que uno no sabe por dónde echar mano y acaba por dejarlo todo tal como está. Mas la luz del conocimiento va extinguiéndose poco a poco ; y, sin embargo, él no quiere morir en tal estado. Quiere convertirse : es decir, quiere dejar el pecado antes de morir. Que morirá, no hay duda ; mas que se convierta, no lo creo : sería

preciso hacer ahora lo que debía haber hecho estando sano. En la imposibilidad de realizarlo, con lágrimas en los ojos, formula las mismas promesas que ha hecho cuantas veces se halló en trance de muerte; mas Dios no escuchará tales falsedades y mentiras. Para ello sería necesario destruir el pecado, que echó ya en su corazón raíces tan profundas, que superan a toda fuerza que intente arrancarlas, como no sea una gracia extraordinaria. Pero Dios, para castigar su desprecio de todas las que en vida le concedió, se la deniega y le vuelve la espalda para no verle; tápase los oídos para no exponerse a que sus gemidos y sollozos le enternezcan. ¡Ay! es preciso morir, y nada de conversión; pero ni tan sólo conocimiento tiene; vedle cómo desatina, contestando una cosa por otra. El sacerdote se queja, dice que se le debió avisar más pronto, que el enfermo carece ya de conocimiento, que no puede confesar. Padre, se engaña usted, tiene todo el conocimiento que debe tener antes de morir; si hubiese venido ayer para confesarle, Dios le habría quitado también el conocimiento; ha vivido en pecado despreciando el tiempo y las gracias que El le concediera, y, según la justicia divina, debe morir en pecado. Aguarde usted unas horas y no tardará en verle arrastrado al infierno por los demonios a quienes tan puntualmente obedeció en vida; no aparte de él su mirada y va a ver cómo vomita su alma al infierno.

Mas, antes de llegar el terrible momento, consideremos, H. M., la agitación que experimenta; preguntadle si realmente quiere confesarse, si le sabe mal haber ofendido a Dios; os hará ademán de que sí; bien quisiera confesarse, pero no puede. ¡Ay! ¡es preciso morir, y nada de confesión! ¡nada de conversión! ¡nada de conocimiento! Acércate, amigo, mira a este empedernido pecador, que todo lo despreció, que se burló de todo, que creía que al morir todo acabaría

para él. Mira a ese joven libertino; no hace aún quince días dejaba oír su voz en los cafés y casas de diversión, cantando canciones las más obscenas, malversando su dinero en el juego. Mira a esa joven mundana llevada en alas de su vanidad, en la creencia de que jamás podría detenerse ni morir! ¡Oh, Dios mío! ¡hay que morir! ¡Ay! ¡qué cambio, es necesario morir y condenarse! Mira aquellos ojos que salen de sus órbitas, presagiando que la muerte va a llegar; ve cómo todos los que le acompañan están afectados de un sentimiento singular; se le contempla con lágrimas en los ojos. ¿Me conoces? le preguntan. Y él se limita a abrir horriblemente los ojos, con un visaje que mete espanto a cuantos le rodean. Se le mira temblando y con la cabeza inclinada: salid de allí, dejadle morir tal como vivió.

No, no, me engaño, venid, H. M., vosotros que desde tantos años vais dilatando la confesión para tiempos mejores. Ved cómo sus labios fríos y temblorosos, faltos de movimiento, le anuncian que llega la muerte y la condenación. Amigo, deja por un momento la taberna, y ven conmigo a contemplar ese rostro pálido, ese semblante lívido, esos cabellos bañados en el sudor de la muerte. ¿No ves cómo se erizan sus cabellos? ¡Ay! parece como si experimentase ya los horrores de la muerte. ¡Ay! todo acabó para él, es preciso morir, y condenarse. Ven, hermana mía, deja por un momento esa música y esa danza; ven y verás lo que te espera otro día. ¿No ves esos demonios que le rodean, induciéndole a la desesperación? ¿No ves sus horribles convulsiones? No, no, H. M., todo está perdido; preciso es que el alma salga de su cuerpo. ¡Oh, Dios mío! ¿A dónde irá esa pobre alma? ¡Ay! sólo el infierno será su morada.

No, no, H. M., un momento; le quedan aún cinco minutos de vida para que le sea manifestada toda su

desdicha. Vedle cómo se acerca a su fin... los circunstantes y el sacerdote pónense de rodillas para mirar si Dios querrá tener compasión de aquella pobre alma : «¡ Alma cristiana, le dice el sacerdote, sal de este mundo !»—Y ¿a dónde quiere usted que vaya, si no ha vivido más que para el mundo, si solamente se acordó del mundo? Además, según la manera como vivió, pensaba no salir nunca de él... Usted, padre, le desea el cielo, pero ella ¡ ni tan sólo conocía su existencia ! Se engaña, Padre ; dígame más bien : «Sal de este mundo, alma criminal, ve a quemarte, ya que durante toda tu vida no has trabajado más que para eso». — «Alma cristiana, continúa el sacerdote, ve a descansar en la celestial Jerusalén». — ¡ Bravo ! amigo, envía usted a aquella hermosa ciudad un alma toda cubierta de pecados, cuyo número excede a las horas de su vida ; un alma cuya vida no fué más que una cadena de impurezas, la va usted a colocar junto a los ángeles, junto a Jesucristo que es la pureza misma. ¡ Oh, horror ! ¡ oh, abominación ! ¡ al infierno, al infierno, ya que allí es donde tiene su lugar señalado ! — «Dios mío, va siguiendo el sacerdote, Criador de todas las cosas, reconoced esta alma como obra de vuestras manos. — ¡ Y qué ! padre, se atreve usted a presentar a Dios, como si fuese su obra, un alma que no es más que un montón de crímenes, un alma enteramente corrompida ; cese, amigo, de dirigirse al cielo, vuelva su mirada hacia los abismos y escuche a los demonios cuyo auxilio tanto reclamó ; écheles esa alma maldita, ya que para ellos trabajo. — «Dios mío, dirá tal vez aún el sacerdote, recibid esta alma que os ama como a su Criador y como a su Salvador». ¿ Ella ama al buen Dios ? ¿ dónde están, amigo, las señales ? ¿ dónde están sus devotas oraciones, sus buenas confesiones, sus buenas comuniones ? O mejor, ¿ cuándo cumplió el precepto pascual ? Calle usted, escuche al demonio diciendo a gritos que ella le

pertenece, ya que desde mucho tiempo a él se entregó. Hicieron un trato de cambio: el demonio le dió dinero, medios de vengarse, le procuró ocasiones de satisfacer sus infames deseos; no, no, amigo, no le hable más del cielo. Por otra parte, ella tampoco lo desca; prefiere, estando tan cubierta de crímenes, ir a arder en los abismos, antes que subir al cielo, en presencia de un Dios tan puro.

Detengámonos ahora un momento, H. M., antes que el demonio se apodere de ese réprobo; sólo le queda el conocimiento necesario para darse cuenta de los horrores del pasado, del presente y del porvenir, que, para él, son otros tantos torrentes del furor de Dios cayendo sobre el infeliz para completar su desesperación. Dios permite que en el espíritu de ese desgraciado que todo lo despreció, se le presenten juntos en aquel momento todos los medios que le ofreciera para salvar su alma; ve entonces cómo tenía necesidad de todo cuanto le ofreció Dios, y no le ha servido de nada. Dios permite que, en aquel momento, se acuerde hasta del ínfimo pensamiento saludable de los que le habrán sido sugeridos durante su vida; y ve cuál fué su ceguera al perderse. ¡Oh, Dios mío! ¡cuál será su desesperación en tales momentos, al ver que podía salvarse y se ha de condenar! ¡Ay! ¡el presente y el porvenir completan su desesperación! Tiene plena convicción de que antes de transcurrir tres minutos estará en el infierno para no salir jamás de allí... El sacerdote, viendo que no hay lugar para la confesión, le presenta un crucifijo para excitarle al dolor y a la confianza, diciéndole: «Hijo mío, he aquí a tu Dios que murió para redimirte, ten confianza en su gran misericordia que es infinita». — Salga de aquí, amigo, ¿no ve usted que sólo aumenta su desesperación? ¿Piensa lo que va a hacer?... ¡Un Dios coronado de espinas, en las manos de una mundana veleidosa que durante toda su vida

sólo procuró adornarse para agradar al mundo !... ¡ Un Dios despojado de todo, hasta de sus vestiduras, en manos de un avaro !... ¡ Oh, Dios mío ! ¡ qué horror !... ¡ Un Dios cubierto de llagas, en manos de un impuro !... ¡ Un Dios que muere por sus enemigos, en manos de un vengativo !... ¡ Oh, Dios mío ! ¡ podemos imaginarlo sin morir de horror ! ¡ Oh ! no, no, no le presente usted más ese Dios clavado en cruz ; todo acabó para él, su reprobación es segura. ¡ Ay ! ¡ es preciso morir y condenarse, teniendo tantos medios para alcanzar la salvación ! Dios mío, ¡ cuál será la rabia de ese cristiano durante toda la eternidad !

¡ Ay, H. M. ! oídle al dar sus tristes despedidas. El infeliz ve que sus parientes y amigos huyen de él y le abandonan, y lloran diciendo : « Ya está, ya murió... ». Es en vano que se esfuerce en darles su última despedida : ¡ Adiós, padre mío y madre mía ! ¡ adiós, mis pobres hijos, adiós para siempre !... Mas ¡ ay ! aún no ha exhalado su último suspiro y ya se halla separado de todo, ya no se le escucha. ¡ Ay ! ¡ yo me muero y estoy condenado !... ¡ Ah ! ¡ sed más buenos que yo !... ¡ Oh ! se le dice, no dejaste de obrar bien durante tu vida ! ¡ Oh ! triste consuelo. Pero no son éstas las despedidas que más le entristecen ; ya sabía él que un día lo había de dejar todo esto ; mas, antes de bajar al infierno, levanta sus ojos al cielo, perdido para siempre : ¡ Adiós, hermoso cielo ! ¡ adiós, mansión feliz que por tan poca cosa he perdido ! ¡ adiós, dichosa compañía de los ángeles ! adiós, mi buen ángel de la guarda, a quien Dios había destinado para ayudarme a mi salvación, y a pesar de vos me he perdido ! ¡ Adiós, Virgen santa y Madre tierna, si hubiese querido implorar vuestro auxilio, Vos hubiescis obtenido mi perdón ! ¡ Adiós, Jesucristo, Hijo de Dios, que tanto sufristeis por salvarme, y yo me he perdido ; Vos que me hicisteis nacer en el seno de una religión tan consoladora, y fácil de seguir !

¡ Adios, pastor mío, a quien tantas penas he causado al despreciar a usted y todo cuanto su celo le inspiraba para hacerme ver que, viviendo como yo vivía, me era imposible salvarme, adiós para siempre !... ¡ Ah ! al menos los que están aún en la tierra pueden evitar semejante desdicha ; mas, para mí, todo se acabó ; ¡ sin Dios, sin cielo, sin felicidad !... ¡ siempre llorar, siempre sufrir, sin esperanza de fin !... ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuán terrible es vuestra justicia ! ¡ Eternidad ! cuántas lágrimas me haces derramar, cuántos clamores me haces exhalar..., ¡ yo que viví constantemente en la esperanza de que un día había de salir del pecado y convertirme ! ¡ ay ! ¡ la muerte me ha engañado, y no he tenido tiempo !...

¡ Ah ! hermano mío, nos dice San Jerónimo, ¿ quieres permanecer en pecado, y temes perecer en él ? Nos refiere este gran Santo que un día fué llamado para visitar a un pobre moribundo, y, al verle muy atemorizado, le preguntó qué era lo que tanto parecía espantarle. « ¡ Ay ! padre, ¡ estoy condenado ! » Y diciendo estas palabras, exhaló el postrer suspiro. ¡ Oh, infortunado destino el de un pecador que ha vivido en pecado ! ¡ Ay ! ¡ a cuántos ha arrastrado el demonio al infierno, con la esperanza de que se convertirán ! ¡ Ay, H. M. ! ¿ qué vais a pensar, vosotros que me escucháis, y no practicáis la oración, ni os confesáis, ni pensáis en convertirlos ? Dios mío, ¿ podrá uno permanecer en una situación que en todo momento expone a caer en los abismos ?... ¡ Dios mío, dadnos la fe, que nos hará conocer la magnitud de nuestras desdichas si nos perdemos, y nos pondrá en la imposibilidad de permanecer en pecado ! Esta es la gracia que os deseo.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
A los predicadores de lengua española	IX
Prólogo de la tercera edición	XXVIII
Primer domingo de Adviento. — Sobre el juicio final	1
Segundo domingo de Adviento. — Sobre el respeto humano	22
Cuarto domingo de Adviento. — Sobre la satisfacción	40
Para el día de Navidad. — Sobre el misterio	61
Primer domingo del año. — Sobre la santificación del cristiano	81
Epifanía. — Sobre los Reyes Magos	104
Segundo domingo después de la Epifanía. — Sobre el matrimonio	123
Tercer domingo después de la Epifanía. — Sobre la oración de un pecador que no quiere dejar el pecado	144
Cuarto domingo después de la Epifanía. — Sobre los enemigos de nuestra salvación	165
Domingo de Sexagésima. — Sobre la palabra de Dios.	185
Miércoles de Ceniza. — Sobre la penitencia	209
Primer domingo de Cuaresma. — Sobre las tentaciones	235
Segundo domingo de Cuaresma. — Sobre la limosna.	257
Cuarto domingo de Cuaresma. — Sobre la muerte del pecador	281
Cuarto domingo de Cuaresma. — Aplazamiento de la conversión	288